Pierre Jarawan

El silencio del contador de historias



Grijalbo

PIERRE JARAWAN

El silencio del contador de historias

Traducción de
Laura Manero Jiménez

Grijalbo narrativa

Para Kathleen

Si alguien cree haber entendido el Líbano, es que no se lo han explicado bien.

Dicho popular libanés

I

¿Cómo habría podido saber ya entonces que esa imagen me perseguiría de por vida?

Prólogo

Todo late, todo brilla. Beirut de noche, esa belleza resplandeciente, una diadema de luces centelleantes, una banda que quita la respiración. Ya de niño, me encantaba soñar con venir aquí algún día. Ahora, sin embargo, siento la navaja clavada entre las costillas, y el dolor que me atraviesa el tórax es tan intenso que ni siquiera soy capaz de hablar. «Pero si somos hermanos», quiero gritar mientras me arrancan la mochila de la espalda y me patean hasta hacerme caer de rodillas. El asfalto está caliente. Desde la Corniche llega la brisa, oigo el mar acariciando la orilla y la música de los restaurantes del paseo. Huelo la sal del aire, y el polvo, y el calor. Noto el sabor de la sangre en los labios, un reguero metálico sobre piel seca. Siento que me invade el miedo. Y la rabia. «No soy un extranjero», quiero gritar tras ellos. El eco de sus pasos se burla de mí. «Aquí tengo mis raíces», quiero vociferar, pero solo me sale una gárgara.

Veo el rostro de mi padre. Su silueta en el vano de la puerta de mi habitación infantil antes de que se me cerraran los ojos, nuestro último momento juntos. Me pregunto si el tiempo y los remordimientos le habrán pasado factura.

Recuerdo los versículos que el anciano de la barba murmuraba hace un rato: «Nadie podría ayudarles y no se salvarían».

«La mochila», pienso, y con ello no me refiero al dinero ni al pasaporte, que ya han volado. Me refiero a la fotografía del compartimento secreto de la parte delantera. Y a su diario. Todo ha desaparecido. El dolor casi me hace perder la consciencia.

«Soy responsable de la muerte de un hombre», pienso.

Y después, mientras la sangre mana de la herida: «Serénate, esto tiene que significar algo. Es una señal».

Los pasos de los hombres se pierden a lo lejos, estoy solo, no oigo más que los latidos de mi corazón.

«Si sobrevives a esto —me digo, y de repente siento una extraña calma—, es que hay un motivo. Es que tu viaje no ha terminado aún. Es que realizarás un último intento de dar con él».

1

1992.

Mi padre estaba subido al tejado. Mejor dicho: hacía equilibrios sobre él. Yo estaba abajo, haciéndome visera con la mano mientras entornaba los ojos para mirar a lo alto, donde él se recortaba como un acróbata oscuro contra el cielo estival. Mi hermana, sentada en la hierba, agitaba un diente de león y observaba las piruetas que hacían sus diminutos paracaídas. Tenía las piernas dobladas de una forma tan complicada como solo los niños pequeños son capaces de ponerlas.

—¡Ya falta poco! —exclamó nuestro padre con alegría, y siguió girando la parabólica mientras separaba mucho las piernas para apuntalarse mejor—. ¿Está bien así?

Abajo, en el piso, Hakim asomó la cabeza por la ventana.

—No, ahora salen unos coreanos por la tele —informó.

—¿Unos coreanos?

—Sí, jugando al tenis de mesa.

—Al tenis de mesa… ¿Y los comentaristas? ¿Hablan en coreano?

—No, en ruso. En tu tele hay unos coreanos jugando al tenis de mesa mientras un ruso lo va comentando.

—¿Y qué hacemos nosotros viendo tenis de mesa? —gritó mi padre.

—Creo que te has ido demasiado a la derecha.

Mi cabeza también había quedado atrapada en una partida de tenis de mesa al seguir el diálogo entre ambos y dirigir la mirada de uno a otro. Mi padre se sacó una llave inglesa del bolsillo del pantalón y aflojó las fijaciones; después consultó la brújula y giró un poco la parabólica hacia la izquierda.

—Recuerda: veintiséis grados este —exclamó Hakim, y su cabeza de pelo gris desapareció de nuevo en el salón.

Antes de subir al tejado, de pie en la estrecha franja de hierba que había delante de nuestro edificio, mi padre me lo había explicado con todo detalle. Ya tenía la escalera apoyada en la pared, la luz del sol se colaba por entre las hojas del cerezo y proyectaba sombras caprichosas sobre el asfalto.

—En el espacio hay satélites que orbitan alrededor de la Tierra —había dicho—. Más de diez mil satélites. Nos dicen qué tiempo va a hacer, miden la Tierra, además de otros planetas y

estrellas, y también se encargan de que podamos ver la televisión. La mayoría ofrece unos canales bastante malos, pero hay alguno que tiene cosas buenas. Nosotros buscamos el satélite con la mejor televisión, y ese está más o menos por ahí. — Miró la brújula y la hizo girar en su mano hasta que la aguja se alineó con el norte. Después señaló al cielo siguiendo la marca de veintiséis grados del lado derecho, y mi mirada siguió su dedo.

—¿Siempre? —quise saber.

—Siempre —respondió. Se inclinó, acarició a mi hermana en la cabeza y cogió dos cerezas que habían caído en la hierba. Se comió una y sostuvo la otra a la altura de nuestros ojos. Luego tomó el hueso roído de la primera con la punta de dos dedos y lo hizo girar a cierta distancia de la segunda—. Da vueltas alrededor de la Tierra a la misma velocidad que la Tierra gira sobre sí misma. —Despacio, fue dibujando una semicircunferencia con el hueso en el aire—. Por eso siempre está en la misma posición.

Me gustó esa idea de una televisión extraterrestre, pero aún me gustó más la idea de que en algún lugar, allá en lo alto, hubiera un satélite que, aun desplazándose, siempre estuviera en el mismo lugar, siempre siguiendo la misma órbita, constante e inalterable. Sobre todo ahora que también nosotros habíamos encontrado nuestro lugar en el mundo.

—¿Ahora va? —volvió a preguntar mi padre desde el tejado.

Miré hacia la ventana del salón, por donde Hakim asomó la cabeza enseguida.

—La verdad es que no.

—¿Más tenis de mesa?

—Hockey sobre hielo con comentarista italiano. Creo que te has ido demasiado a la izquierda.

—Pues yo creo que voy a volverme loco —respondió mi padre.

A esas alturas, varios hombres habían salido a la calle y se habían reunido frente al edificio, donde compartían unos pistachos. En los balcones del otro lado, las mujeres habían dejado de colgar la ropa en los tendederos y contemplaban el espectáculo con semblante divertido y los brazos en jarras.

—¿Arabsat? —preguntó uno de los hombres en dirección al tejado.

—Sí.

—Excelente televisión —opinó otro.

—Lo sé —fue la respuesta de mi padre, que volvía a aflojar los tornillos para girar la parabólica un poco hacia la derecha.

—Veintiséis grados este —señaló uno de los espectadores.

—Si se va demasiado a la izquierda, pillará la televisión italiana —advirtió otro.

—Sí, y los rusos no andan lejos, así que tenga cuidado.

—El mundo entero se dedica a hacer deporte. También yo debería hacer un poco más de

ejercicio —fue el comentario de Hakim, esta vez algo pesaroso, y su cabeza volvió a desaparecer en el salón.

—Mi suegro se cayó un día del tejado por querer salvar a un gato —explicó un hombre que acababa de unirse al grupo—. Al gato le va de maravilla.

—¿Quiere que suba y le aguante la brújula? —se ofreció un joven.

—Sí, ayúdalo, Khalil —lo animó uno de los mayores, probablemente su padre—. La televisión rusa es un espanto. ¿Alguna vez habéis visto las noticias rusas? No hacen más que sacar a Yeltsin, y un montón de tanques… ¡Y ese idioma que tienen, que es una catástrofe! —Se metió otro pistacho en la boca y, mirando hacia arriba, preguntó—: ¿Quiere que saque la barbacoa? Veo que tiene aún para un buen rato. —Parecía decirlo en broma.

A mi alrededor, los hombres rieron. Mi padre no. Mi padre lo pensó un momento y luego puso esa sonrisa pícara que aparecía en sus labios cada vez que se le ocurría un plan.

—Sí, buen hombre, saque la barbacoa. Cuando termine con esto, lo celebraremos. —Y luego miró hacia donde estaba yo—: Samir, *habibi*, ve a decirle a tu madre que prepare ensalada. Los vecinos vienen a comer.

Era típico de él: identificaba de manera instintiva situaciones que podían acabar en celebración. Cuando la vida le ofrecía la ocasión de transformar un momento corriente en uno extraordinario, nunca se lo pensaba dos veces. Era como si lo envolviera un manto de confianza. Desprendía una alegría contagiosa que emanaba de él como una nube de perfume y atrapaba a todo el que estuviera cerca. En sus ojos, que solían ser castaño oscuro pero que a veces adoptaban un brillo verdoso e irisado apenas perceptible, se adivinaba esa chispa que ponía en marcha sus ideas disparatadas, y entonces parecía recién salido de las páginas de una novela picaresca. Una sonrisa ágil danzaba en sus labios. Por mucho que las leyes naturales dictasen que más por menos era igual a menos, él eliminaba de un plumazo el signo negativo para quedarse solo con lo positivo; esa clase de reglas no tenían validez para mi padre. Salvo durante las últimas semanas que pasamos juntos, casi siempre lo conocí así: como un espíritu alegre que se nutría de las buenas noticias de la vida, mientras que las malas nunca encontraban la forma de introducirse por sus conductos auditivos, como si allí tuviera un misterioso filtro de felicidad que les impidiera alcanzar sus pensamientos.

También poseía otras facetas. Momentos en los que transmitía algo diferente: un aplomo esculpido en piedra, como una estatua viviente, algo imperturbable. Entonces parecía meditabundo, la respiración se le ralentizaba y su mirada adquiría la profundidad de las aguas abisales. Y era cariñoso. Siempre me pasaba una mano cálida por el pelo, o por las mejillas, y cuando explicaba algo, su voz adoptaba ese tono alentador de la paciencia infinita. Igual que aquel día, cuando me mandó entrar en casa porque acababa de tomar la decisión de organizar una fiesta con todos esos vecinos a quienes aún no conocía.

De modo que fui para adentro y me puse a ayudar a mi madre a lavar lechuga y cortar hortalizas. El edifico al que acabábamos de trasladarnos debía de ser muy viejo. Los peldaños de la escalera tenían las huellas desgastadísimas y crujían a cada paso. Olía a madera húmeda y a moho. El papel pintado de las paredes estaba abombado. Unas manchas oscuras con forma de nubes se habían afincado en lo que un día fuera blanco, y del portalámparas colgaba una bombilla desnuda que no funcionaba.

A mí, en cambio, me olía a nuevo. En los rincones de nuestro piso todavía quedaban cajas de cartón de la mudanza, y el olor de las paredes recién pintadas inundaba las habitaciones como una alegre melodía. Todo estaba limpio. La mayor parte de los armarios estaban montados, pero aún se veían tornillos sueltos y herramientas por todas partes: un taladro aquí, un martillo allá, destornilladores, cables alargadores, tacos de madera, todo revuelto. En la cocina, ollas, sartenes y cubiertos estaban ya en su sitio. Incluso les habíamos sacado brillo antes de guardarlos, y también los fogones relucían. Nunca habíamos tenido un hogar tan grande ni tan bonito. A mí me recordaba a un palacio encantado, un poco carcomido por el tiempo pero provisto del brillo innegable de días pasados. Lo que todavía faltaba eran unas cortinas claras, un par de plantas y fotos en las paredes: de mis padres, de mi hermana, mías. Me imaginé que pronto colgarían allí, varias en la pared del televisor y, junto a la puerta del salón, una ampliada que todo el mundo vería cada vez que saliera al pasillo, donde yo me encontraba en esos momentos.

Miré un instante al salón. Allí estaba Hakim, sentado frente al televisor, en cuya pantalla solo se veía una neblina blanca. Se volvió hacia mí, me sonrió y levantó la mano para saludarme. Hakim era el mejor amigo de mi padre. Yo lo conocía de toda la vida y me encantaba su extravagancia. Siempre llevaba la camisa arrugada, y su pelo alborotado apuntaba en todas direcciones, lo cual le daba cierto aire de genio desastrado al que te encantaría peinar. Sus ojos curiosos se movían como si siempre estuvieran sobresaltados; recordaba un poco a un suricata, solo que algo más rechoncho. Hakim es una de las personas más amables que he conocido jamás, siempre dispuesto a escucharte y a compartir un consejo bienintencionado o algún que otro chiste. Todos esos rasgos de su personalidad componen el recuerdo que tengo de él, pese a lo que me ocultó durante años. Ya en el viejo piso, pasaba a vernos todos los días con Yasmin, su hija, y cuando nos trasladamos a ese otro apartamento, Yasmin y Hakim se instalaron en el de debajo del nuestro. En el fondo, ambos eran como de la familia.

Poco después, cuando mi madre y yo salimos del portal con ensaladas y panes planos, el olor del pescado a la parrilla ya flotaba en el aire. En un rincón del césped había varios hombres con bigote, sentados en círculo alrededor de un narguile. El aroma del tabaco —de manzana o de higo, no lo recuerdo bien— resultaba agradable, pero me mareaba un poco. Otros dos jugaban a las damas. Alguien había montado tres mesas plegables con sus correspondientes bancos y varias mujeres distribuían platos de cartón y cubiertos de plástico sobre ellas. Los niños jugaban delante

del cobertizo, y de vez en cuando recibían la advertencia de que no corrieran por la calzada. En resumen, frente a nuestro edificio debían de pulular más de dos docenas de simpáticos desconocidos a los que cada vez se sumaban más vecinos de la calle. Algunos hombres llevaban niños en brazos, las mujeres lucían vestidos largos hasta los tobillos y cargaban con enormes cazuelas llenas de comida.

Hay algo que cualquiera debe saber sobre mi padre, una regla que yo no hice más que ver confirmada durante todos esos años: nadie rechazaba jamás una de sus invitaciones. Ni siquiera personas que no lo conocían de nada.

Aquello sucedió una cálida tarde del verano de 1992, el día de nuestro traslado. Todavía lo recuerdo bien. Habíamos conseguido dejar el diminuto piso social de la periferia en el que nunca acabamos de sentirnos en casa y por fin estábamos allí. En el centro de la ciudad. Por fin teníamos un hogar bonito y grande, y mi padre estaba en el tejado, instalando una parabólica que quedaría orientada para siempre hacia un satélite que orbitaba a nuestro alrededor siguiendo una trayectoria fija. Todo iba bien.

—¿Es que no piensas bajar nunca? —exclamó mi madre.

—No hasta que esto funcione —replicó mi padre mientras aceptaba la llave inglesa de manos de Khalil.

Los hombres que había a mi alrededor saludaron a mi madre con un amistoso gesto de la cabeza.

—*Ahlan wa sahlan* —dijeron. «Sean bienvenidos».

Uno me tocó ligeramente el hombro.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Samir.

—Dame eso, Samir —dijo con una sonrisa, y me quitó el cuenco de ensalada de las manos.

De repente oímos una música árabe que salía por la ventana de nuestro salón. Unos segundos después, la cabeza de Hakim apareció por ella con la cara colorada.

—¡Funciona!

—¿Seguro que no es un partido de tenis? —preguntó mi padre desde arriba.

—¡Es música! —exclamó Hakim—. ¡Rotana TV!

—¡Música! —exclamó también otro hombre, que se puso en pie de un salto.

Antes de que me diera cuenta, el desconocido me agarró de las manos y se puso a bailar conmigo en círculos, saltando de una pierna a la otra y riendo, sin dejar de dar vueltas como un tiovivo de feria.

—¡Sube el volumen, Hakim! —gritó mi padre desde el tejado.

Su amigo desapareció en el salón y, en un abrir y cerrar de ojos, la música árabe resonaba por toda la calle. Tambor, pandereta, cítara, flauta y violines se fundieron en mil y un sonidos a los

que siguió el canto de una mujer. Todo el mundo se puso a bailar y a seguir el ritmo dando palmas; los niños giraban con torpeza; los hombres los levantaban en alto y les hacían dar vueltas; las mujeres vitoreaban y proferían estridentes gritos de alegría. Después formaron una fila agarrándose de los hombros y empezaron a bailar el *dabke* dando fuertes pisotones. Era una locura. Era un sueño. En aquel momento, nada hacía pensar que vivíamos en Alemania. Bien podría haber sido una calle apartada de un barrio de Zahlé, la ciudad natal de mi padre, en las estribaciones de la cordillera del Líbano. Zahlé, la ciudad del vino y la poesía. La ciudad de los escritores y los poetas. A nuestro alrededor solo había libaneses que hablaban y comían y celebraban como libaneses.

Mi padre salió entonces del portal. Cojeaba un poco, como siempre que había realizado un esfuerzo físico, pero reía y se puso a bailar con pasitos rápidos mientras silbaba la melodía. Lo seguían Hakim y el joven Khalil. Los bailarines formaron un pasillo y lo guiaron con palmadas en los hombros, lo acogieron y también a él le dieron la bienvenida con sus *Ahlan wa sahlan*.

Miré a mi hermana, que estaba agarrada a la pierna de mi madre con cara de asombro, observando con los ojos muy abiertos a todas esas personas que nos saludaban como si fuéramos viejos amigos, una familia que vivía allí desde hacía tiempo y a quien conocían de sobra.

No sé a qué hora me metí en la cama, saciado, cansado y rendido. El vocerío y las animadas canciones me habían dejado un zumbido en los oídos. Las imágenes del día regresaban a mí una y otra vez. Esas fuentes llenas de hojas de parra, olivas, hummus, *fattush*, pescado a la parrilla, almendras, empanadillas, panes planos. Anís estrellado, sésamo, azafrán. Familias. Mujeres que les limpiaban la boca a los niños que pataleaban en su regazo; hombres que fumaban del narguile y se pasaban los dedos por el bigote, riendo y charlando como si la calle fuese un mundo aparte que les pertenecía solo a ellos. Hakim contando sus chistes a todo el que quisiera oírlos. Yasmin, dos años mayor que yo, sentada algo más allá, dibujando con lápiz y papel mientras sus largos rizos negros y rebeldes no dejaban de caerle a la cara. De vez en cuando se los apartaba de la frente con un soplido o un gesto rápido del dorso de la mano, y me saludaba cada vez que miraba hacia ella. Mi madre, con su sonrisa ensimismada. Mi alegría, la sensación de haber llegado a nuestro destino. Aquel era nuestro sitio, nuestro hogar. Allí, todos se ayudaban. Allí no se necesitaba ninguna brújula. En nuestra calle, todas las parabólicas apuntaban a veintiséis este.

Y en medio de todo aquello, mi padre, que adoraba las celebraciones y daba renqueantes vueltas igual que un satélite alrededor de sus recién encontrados amigos.

2

Varios días después, mi padre y yo estábamos sentados junto al lago. Exhalamos a la vez. La cadena de cimas montañosas de la orilla contraria describía en el cielo nerviosas líneas de electrocardiograma cuyos picos llegaban hasta las nubes. Nosotros, en cambio, estábamos tranquilos. Un rato entre padre e hijo. Un día para nosotros dos. En la orilla, los abetos lucían su grueso traje de agujas y parecían tan bien arraigados que nada sería capaz de hacerlos tambalear. Cada uno de nosotros tenía dos docenas de nueces delante, en la hierba, y una piedra puntiaguda en la mano.

—Ve con cuidado de no aplastar demasiado la cáscara — me advirtió mi padre—. Lo ideal es que las dos mitades queden enteras.

No sabía cuáles eran sus planes, pero tampoco me importaba. Estaba contento porque habíamos salido los dos juntos. Los días pasaban volando, las cajas de cartón de la mudanza ya estaban dobladas en el sótano, y los armarios, ordenados. El olor a pintura nueva se había disipado. En su lugar, lo que perfumaba el salón era la colada limpia. Y cuando no había ropa tendida, olía a mis padres, que pasaban mucho tiempo allí. La cocina olía por turnos a platos sucios, a especias o a la harina que mi madre espolvoreaba sobre la masa extendida con un rodillo cuando hacía panes. El baño olía unas veces a jabón, ya fuera limpiador cítrico o champú, otras a toallas húmedas y a menudo a ambas cosas. Todo olía a hogar. El pasillo, a zapatos usados. Pero daba lo mismo, porque eso solo demostraba que allí vivían unas personas que siempre que salían regresaban a su hogar, donde se descalzaban y se dejaban arropar por los olores de su familia. A nuestro alrededor, más familias. Cada vez que salía a la calle, alguien me hacía una señal o me saludaba amablemente con la mano; allí estaban esos hombres con bigote y boina, sentados en la acera junto a sus mesas plegables, jugando a las damas o al tres en raya, comiendo pistachos y lanzando volutas de humo de *shisha* por todo el barrio. Me sentía a gusto.

Mi padre y yo empezamos a partir las nueces con las piedras intentando no romper demasiado las cáscaras. Era una cálida tarde de finales de verano. Las pocas nubes que había en el cielo dibujaban formas juguetonas y grotescas, una leve brisa nos susurraba secretos desde el agua. Dos libélulas volaban en círculos por encima de nosotros. Mi padre reparó en que yo no hacía más que mirar hacia los abetos de la orilla.

—Lástima que no sean cedros.

Cedros. El mero sonido de esa palabra me hacía soñar.

—¿Te gustan, de todos modos?

—Ajá…

—Entonces, los cedros te encantarían. No hay un árbol más bonito.

—Ya lo sé —susurré. Aunque nunca había visto ninguno, y ese era un detalle que me preocupaba. Cómo me habría gustado poder participar en las conversaciones de los hombres cuando se sentaban juntos a deleitarse con sus recuerdos…

—¿Sabes por qué nuestra bandera tiene un cedro?

—¿Porque no hay un árbol más bonito?

Mi padre rio.

—Porque no hay un árbol más fuerte. Es el rey de las plantas.

—¿Por qué?

—Así lo llamaron los fenicios. —Cada vez que hablaba del Líbano, su voz se teñía de una nostalgia secreta y su tono cambiaba, como si recordara a una amante a quien añoraba con locura —. Construyeron barcos con él. El cedro los convirtió en un pueblo de grandes comerciantes. Los egipcios utilizaron el aceite de nuestros cedros para embalsamar a sus muertos, y el rey Salomón erigió con ellos su templo de Jerusalén. Imagínate: nuestros cedros en Sion y en el Valle de los Reyes, junto a las pirámides…

Yo siempre imaginaba todo lo que me contaba con gran detalle y colorido, tal como imagina un niño de siete años las historias de su padre cuando este habla con pasión y entusiasmo.

A menudo me describía los cedrales del Líbano. De pequeño, y también de joven, había pasado mucho tiempo en las montañas de Chouf. Allí se sentaba a la sombra de esos gigantes arbóreos que tenían siglos de antigüedad e inhalaba el especiado y tranquilizador aroma de un futuro seguro. Buscaba un lugar bajo la espesa cubierta de agujas, al amparo de las coníferas, se apoyaba en un tronco y bajaba la mirada desde los valles altos y pelados hasta la costa, para luego contemplar los destellos plateados del Mediterráneo, junto al que el resplandeciente Beirut yacía delicadamente recostado en su bahía. A medida que yo iba cumpliendo años, lo imaginaba sentado allí tan a menudo que acabé identificando esa imagen suya con la idea de una infancia feliz.

Mi padre se sacó unos cuantos palillos del bolsillo de la camisa, y también una bolsita de tela con papel crepé rojo. Rasgó un trozo de papel y me lo puso en la mano.

—Para las banderas ondeantes —dijo, y siguió rompiendo el papel en pequeños jirones alargados.

Pegamos con paciencia los papelitos a los palillos, que luego clavamos en las mitades de cáscaras de nuez que habían quedado intactas. Al cabo de poco, en la hierba teníamos ya un montón de barquitos de cáscara de nuez, una flota de banderas rojas lista para hacerse a la mar.

—Ven.

Se levantó, y juntos nos acercamos al agua, que lamía la orilla con suavidad. El sol y las montañas se reflejaban en el verde malaquita del lago. Nos quedamos un rato allí plantados, con los barquitos en las manos, respirando juntos.

—Los cedros viven varios miles de años —dijo mi padre—. Si un cedro pudiera hablar, nos contaría historias que jamás olvidaríamos.

—¿Qué clase de historias?

—Seguro que muchas divertidas, pero también otras tantas tristes. Historias de su vida. Historias de la gente que ha pasado por delante de él o que ha descansado a su sombra.

—¿Como tú?

—Como yo. Inténtalo. Imagínatelo. Con los abetos.

De pie en la orilla, imaginé el viento colándose por entre las agujas. El sonido que producía era el susurro de los abetos hablando de su vida. Deseé que en algún momento recordaran que mi padre y yo habíamos estado en ese lago, fantaseando con lo que contarían de nosotros.

De niño, sentía un anhelo irresistible de ver el Líbano, una gran curiosidad por una belleza desconocida y envuelta en leyendas. La forma en que mi padre hablaba de su hogar, su pasión, su entusiasmo, se me contagiaban como una enfermedad. El Líbano con el que crecí era una idea: la idea de la tierra más bella del mundo, con antiguas y misteriosas ciudades que se alineaban a lo largo de una costa rocosa para abrirse al mar con sus coloridos puertos. Tras ellas, un sinfín de serpenteantes pasos montañosos por cuyos flancos se extendían valles fluviales de fértiles orillas que ofrecían un suelo perfecto para ese vino de fama mundial. Y más allá aún, los densos cedrales de los territorios más elevados y fríos, rodeados por la cordillera del Líbano, cuyas cumbres permanecían nevadas también en verano, visibles incluso desde una colchoneta inflable, allá abajo, en el mar.

Aquel día, junto a aquel lago, ambos respiramos el mismo aire y compartimos el mismo anhelo. Aparte del amor mutuo, creo que no existe entre dos personas un vínculo más fuerte que el de un anhelo compartido.

—¿Qué diría el cedro de nuestra bandera? —pregunté.

Mi padre sonrió un instante y sentí cómo las palabras acudían a su boca, cómo se esforzaba por encontrar una respuesta. Aun así, se limitó a apretar los labios.

Pusimos los barquitos en el agua. Solo unos pocos perdieron la bandera tras unos metros; los demás, en cambio, las hicieron ondear con orgullo en el aire. Mi padre me pasó un brazo por los hombros mientras los contemplábamos.

—Como los fenicios —dijo.

Eso me gustó. Yo, Samir, capitán fenicio de un cascarón de nuez.

—¡Navegarán mil años!

—¡Y volverán con historias épicas!

Mi padre rio.

He recordado muchas veces ese día. Sé que entonces, a finales del verano de 1992, quiso darme una alegría y, en efecto, me sentí muy contento. No se nos hundió casi ningún barquito. Alguno se balanceó de forma amenazante, pero ninguno llegó a volcar. Nos quedamos allí de pie hasta que la última cáscara de nuez se convirtió en un punto minúsculo, y recuerdo que me sentí muy orgulloso.

Sin embargo, también recuerdo que el brazo de mi padre pesaba cada vez más sobre mis hombros. Su respiración se volvió más profunda y su mirada se perdía, como si ya no contemplara los barcos, sino algún punto lejano. Lo recuerdo muy bien, porque fue uno de los últimos días que pasamos juntos.

3

Por aquella misma época, en el Líbano se estaba escribiendo la historia. Beirut, la belleza resplandeciente de antaño, salía cojeando de entre las ruinas y acariciaba su rostro destruido; una ciudad que se tomaba el pulso. En los barrios, los vecinos se sacudían el polvo de la ropa y alzaban la cabeza con cansancio. La guerra había terminado. Los milicianos volvían a ser ciudadanos, dejaban las armas y las cambiaban por palas. Tapaban los agujeros de las balas, encalaban las fachadas de los edificios, retiraban de las aceras los coches quemados. Limpiaban los escombros y disipaban el humo. Descolgaban las amplias telas de las calles, pues ya no había francotiradores a quienes entorpecer la vista. Mujeres y niños barrían los cascotes de los balcones y quitaban los tablones de las ventanas mientras los padres sacaban los colchones de los sótanos donde se habían refugiado y volvían a subirlos a los pisos. En resumen, los libaneses hacían lo que siempre habían hecho: seguir adelante.

Sin embargo, de noche, cuando la luna iluminaba las fachadas recién embellecidas y el mar devolvía el reflejo de las luces de la ciudad, en calles y callejones se oía una trápala de botas. Y no solo allí. También en las barriadas chabolistas de la periferia, en los pueblos de los alrededores y en las demás ciudades de la costa y las montañas, desde la septentrional Trípoli hasta la meridional Tiro; esa trápala se oía por todos los rincones del país. El Líbano había organizado un baile y Beirut quería ser la más bonita, pero los encargados de acicalarla eran soldados sirios. Y después, cuando la luz del día regresaba y desvelaba que el maquillaje y la noche solo habían ocultado las cicatrices temporalmente, en los muros de las casas se veía el trabajo de esos hombres de botas trapaleantes. A primera hora de la mañana, los libaneses salían a las calles y alzaban la mirada hacia esas paredes en las que colgaban carteles con el rostro del presidente sirio, Háfez al-Ásad, que los contemplaba desde lo alto con la raya muy bien hecha. De modo que ya no había duda alguna, era innegable y evidente para todo el mundo: en el Líbano mandaban los sirios, y se encargarían de hacerles bailar al son que ellos escogieran.

Iban a celebrarse unas elecciones parlamentarias. Las primeras desde el final de la guerra. Las primeras en veinte años.

En el Líbano, el principio de distribución confesional estipula que cada comunidad religiosa esté representada en el Parlamento por una cantidad determinada de diputados. Una particularidad única. En un país en el que todos los grupos religiosos llevaban quince años matándose entre sí, a partir de entonces ya no se lucharía con las armas, sino mediante la palabra.

Los mismos grupos religiosos que se habían lanzado a combatir en las calles debían sentarse unos frente a otros en el Parlamento como si no hubiese ocurrido nada. Amnistía general. Se cerraba el libro de historia y se miraba hacia delante. Todo el que recorriera las calles de Beirut durante las ajetreadas semanas previas a los comicios debió de llevarse la impresión de que todavía reinaba el caos, solo que ya no se oían tiros y explosiones, sino el salvaje griterío de los voluntarios electorales repartiendo octavillas. Esos comandos móviles iban armados con brochas y cola para empapelar los muros de los barrios con sus carteles. Cuando los conductores quedaban atrapados en el denso tráfico de la ciudad, alguien les ponía un folleto en la mano. Desde: «Yo soy vuestro hombre, tanto en los buenos tiempos como en los malos», hasta: «Este es mi hijo, votad por él». En esas octavillas podía leerse de todo menos promesas concretas. La gente se las llevaba a sus casas, donde muchos las tiraban a la basura, molestos por el absurdo teatro. Otros sacaron sus mejores ropas y salieron hacia las urnas con ánimo festivo para dar un paso en dirección al futuro. No hubo una campaña electoral ante la que posicionarse, con argumentos sólidos o planes de reconstrucción. ¿Para qué? Damasco había confeccionado los distritos electorales a la medida de la mayoría de los candidatos. En un país en el que más de la mitad de la población solo había conocido el estallido de las bombas y el retumbar de los disparos durante toda su vida, los sirios, que en 1976 habían entrado como potencia protectora —para luego quedarse—, organizaron unas elecciones con cuarenta mil soldados dentro de las fronteras libanesas. A esas alturas ya casi no quedaba nadie que creyera que fuesen a abandonar el país antes de finales de año, tal como estaba previsto. La cámara que saldría de esas elecciones contemporizaría demasiado con ellos para exigírselo.

Beirut se puso sus mejores galas y salió a bailar. En los hoteles de la Corniche volvieron a celebrarse bodas bulliciosas. El maquillaje le sentaba bien. El hormigón nuevo recomponía las deterioradas fachadas de sus edificios y hacía que parecieran estables. Las cámaras de medios de comunicación árabes y occidentales destaparon sus objetivos y pusieron el espectáculo en marcha. En las pantallas de los televisores de Alemania pudo verse un país que aún cojeaba un poco, cierto, pero que ya caminaba sin muletas y quizá incluso conseguiría resurgir y recuperar su antigua belleza. Tras las elecciones, muchos apretones de manos y muchos vencedores exultantes.

Sin embargo, nadie quitó los carteles de las paredes. Háfez al-Ásad siguió sonriendo a Beirut desde lo alto.

—Son demasiado idiotas hasta para timarnos con, al menos, un poco de elegancia —se lamentó Hakim, y lanzó un cacahuete a nuestro televisor, donde los diferentes programas informativos mostraban las mismas imágenes de Beirut desde hacía días.

Entonces reparó en la mirada de reprobación que le lanzó mi madre mientras me señalaba a mí con un gesto de la cabeza. Hakim murmuró una disculpa, se inclinó hacia delante, recogió el cacahuete y se lo metió en la boca de mala gana. Iba igual de despeinado que siempre, y su aire de suricata no desaparecía ni cuando se acaloraba hablando de política.

—Hay urnas electorales que han tardado nueve horas en recorrer un trayecto de diez minutos… ¿y a nadie le parece extraño? La gente que ni siquiera hemos votado les estamos poniendo el país en bandeja a los sirios. Habrían tenido que permitirnos votar a todos los libaneses, también a los que hemos abandonado el país y hemos huido. ¡Nosotros sí que habríamos mandado a ese burro al diablo!

—Hakim… —le llamó la atención mi madre.

—Perdón.

—Saldrá bien —murmuró mi padre, que estaba sentado en su lugar habitual del sofá, a la derecha. Mi hermana se había quedado dormida en su regazo.

—Lo que el Líbano necesita es un objetivo —opinó Hakim—. Si esa gente no tiene nada que hacer, empezará a echar de menos los fusiles. Tenemos que volver a convertirnos en el centro económico que éramos, para que los jeques dejen de gastarse el dinero en los países del golfo y empiecen a invertir en nosotros: en empresas, escuelas internacionales, universidades, infraestructuras y hoteles. Así volveremos a ser ese país que al mundo le gusta visitar, un país de encuentro, de congresos, de ferias…

—Saldrá bien —repitió mi padre—. Es bueno que haya ganado Hariri.

—Tiene dinero, sus empresas reconstruirán el país y todo, calles, edificios, plazas…, todo brillará. Pero después vendrán esos idiotas que han aterrizado en el Parlamento con él y se mearán en las bonitas paredes de las casas.

—¡Hakim! —lo reprendió de nuevo mi madre.

—Perdón —volvió a decir él, y luego se dirigió a mí—: Samir, ¿quieres que te cuente un chiste?

Sí quería.

—Un sirio entra en una tienda de electrodomésticos y le pregunta al dependiente: «Disculpe, ¿tiene televisores en color?». Y el vendedor responde: «Sí, tenemos una amplia gama de televisores en color», a lo que el sirio exclama: «¡Qué bien! Entonces, quisiera uno de color verde».

Me eché a reír. Hakim se sabía un montón de chistes de sirios y le encantaba contarlos a la menor ocasión. Solía ser él mismo quien soltaba la risa más escandalosa. Ese en concreto se lo había oído por lo menos tres veces ya, aunque siempre cambiaba el color del final. Nunca me había preguntado por qué eran justamente los sirios quienes hacían de tontos. Los alemanes

contaban chistes de la gente de Frisia Oriental; los libaneses contaban chistes de sirios. Parecía lógico.

Mi padre no se había reído con nosotros. Puede que ni siquiera hubiera oído el chiste. Seguía mirando la pantalla con las cejas enarcadas, como si viera avecinarse una tormenta. Llevaba varios días un poco extraño. Yo no sabía por qué, así que de vez en cuando me preguntaba si había hecho algo malo. Sus cambios de humor eran extremos, comparables a esos días de abril que miras por la ventana y brilla el sol, pero poco después empieza a llover y caen rayos y truenos. A menudo se quedaba ausente y no reaccionaba cuando me dirigía a él. Algo raro le pasaba. Su comportamiento me generaba inseguridad, porque nunca lo había visto así. Claro que alguna vez estaba de mal humor, e incluso me regañaba cuando hacía alguna tontería, pero en comparación con ese nuevo estado de ánimo, aquellos arranques apenas parecían sombras pasajeras. Ese tipo de conducta no encajaba ni con el pillo que estaba constantemente ideando formas nuevas de disfrutar de la vida ni con el padre sensato y tranquilo. También mi madre estaba desconcertada, lo cual me preocupaba más aún, porque ella lo conocía desde hacía mucho más que yo y, aun así, esa faceta suya parecía resultarle nueva. Mi padre no le hacía ningún caso, apenas contestaba a sus preguntas, se retraía cada vez más. Era como si su parte pensativa y serena se hubiera transformado en algo sombrío. Lo que ocurría en el Líbano en aquellos momentos, y que había encontrado la forma de llegar hasta nuestro televisor, lo absorbía como una magia oscura. No me quedó más remedio que contentarme pensando que sería una fase natural después del ajetreo que habíamos vivido con la mudanza, así que de vez en cuando me pegaba a sus piernas igual que un perro que no sabe si se ha portado mal, o lo observaba en silencio desde un rincón. En cualquier caso, deseaba que no tuviera nada que ver con nuestro cambio de domicilio; me daba miedo tener que dejar el nuevo apartamento si a él no le gustaba. Sentir miedo por algo relacionado con mi padre era algo completamente nuevo para mí. Ahora que también teníamos a mi hermana, éramos una gran familia en un gran piso y, sin embargo, mi padre estaba triste.

Yo nunca lo había visto triste de verdad. Hasta entonces había sido como un general a cuyas campañas todos querían apuntarse. No le costaba entablar conversación con desconocidos, le resultaba fácil ganarse a la gente. El hecho de que jamás olvidara un nombre ayudaba mucho. Cuando íbamos por la calle y veía en la acera contraria a alguien a quien había conocido varias semanas antes solo de pasada, levantaba la mano para saludar con una sonrisa y lo llamaba por su nombre. Cuántas veces nos habíamos parado junto a un tal señor Al-Qasimi, una tal señora Fjodorow, la familia El-Tayeb o Schmid, un tal Bilaal, una Ivana o una Inge… Ni una sola vez me dio la impresión de que esas personas no se detuvieran de buena gana a hablar con nosotros. La conversación trivial era el fuerte de mi padre, que no solo recordaba nombres, sino también detalles de todo tipo. De modo que preguntaba: «¿Cómo están los niños?», o: «¿Se ha arreglado

ya ese asunto de los frenos que chirriaban?». A menudo ofrecía ayuda: «Si sigue teniendo molestias en el hombro, nosotros vamos a comprar todos los días. Nos da una lista, y Samir le llevará a casa todo lo que necesite», o: «¿Cómo progresa la casa? ¿Ya han terminado el tejado? Si necesitan que alguien les eche una mano para impermeabilizarlo, llámenme». Al cabo de un rato, todo el que hablaba con mi padre tenía la sensación de conocerlo desde hacía tiempo, y tal vez incluso de ser su amigo. Lo había visto saludar a toda clase de personas con esa misma cordialidad. Nunca se limitaba a estrecharles una mano, sino que al mismo tiempo les ponía la otra en el hombro. O estrechaba la mano del otro con las dos suyas a la vez. Un gesto cálido, como de dos personas que cierran un trato y, bueno, a mí me daba la sensación de que así lo veía él: «¡Bienvenido! Ya formas parte de mi mundo».

Aunque no era especialmente alto, a mí me parecía un faro: alguien a quien localizabas desde lejos y que te servía de guía. Estoy convencido de que también muchos otros lo veían de esa forma. En el mercado saludaba a los vendedores, se interesaba por su estado de salud con amabilidad y, así, entablaba conversación con tanta naturalidad que casi no se daban cuenta de cuando empezaba a negociar. Y negociar le encantaba. En eso era árabe hasta la médula. No solo probaba suerte cuando me llevaba con él al mercado, también en el súper se acercaba a veces con gesto conspirativo al perplejo empleado que estaba en las estanterías de copos de avena y platos preparados y le susurraba: «Ese queso… ¿por cuánto podría dejármelo?».

Y cantaba. Otra cosa en la que era típicamente árabe. Cantaba por la calle y no se cortaba porque lo miraran.

—Los alemanes no cantan en voz alta cuando van por la calle —me dijo una vez que volvíamos a casa del mercado, cogidos de la mano y cargados con bolsas llenas de fruta y verdura fresca.

El día parecía hecho para cantar; era un día como de canción veraniega: un sol resplandeciente, toldos que daban sombra, niños con la cara manchada de helado de chocolate, parejas haciendo manitas, un joven con rastas y tejanos cortados que avanzaba traqueteando con su monopatín por el bordillo de la acera.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque le dan demasiada importancia a lo que piensen de ellos los demás. Creen que los tomarán por locos si van cantando por la calle.

—A lo mejor tú estás loco.

—Es posible. —Me guiñó un ojo, sacó una manzana de la bolsa, le dio un mordisco y me la ofreció—. O a lo mejor a ellos les gustaría cantar por la calle, pero no se atreven porque piensan que para eso necesitan un permiso.

Le gustaba burlarse de que en Alemania se necesitara un permiso para todo. Le había visto hacerlo varias veces, casi siempre con mi madre, y por eso sabía que lo decía en broma.

Y entonces se puso a cantar:

—*Bhebak ya lubnān, yā watanī bhebak, bišmālak biĝnūbak bisahlak bhebak…* —«Te quiero, Líbano, tierra mía, te quiero. Tu norte, tu sur, tus campos, te quiero».

Me agarré a su mano con más fuerza. Conocía la canción. Conocía a la cantante. Había oído muchas veces su voz; una voz imbuida de una tristeza nostálgica y de una poesía que se abría paso con delicadeza en casi todas las canciones hasta quedar por encima de la melodía. Fairuz. Así se llamaba la mujer. La había visto una vez por televisión, plantada como una esfinge ante las ruinas del templo de Baalbek, cantando esa misma canción delante de miles de personas que la vitoreaban. Una mujer hermosa con facciones pronunciadas y fuertes, inaccesible, el pelo rojo como la fronda otoñal y los hombros cubiertos por un vestido dorado. La luz de los focos la hacía parecer irreal, casi como el retrato de una noble dama que hubiera cobrado vida y, sublime, se acercara al micrófono. También mi madre adoraba sus canciones. Todo el mundo adoraba a Fairuz. Era el arpa del Este, el ruiseñor de Oriente Próximo, que proclamaba el amor por su hogar desde los escenarios. Alguien, creo que fue Hakim, la llamó una vez «la madre de todos los libaneses».

Así que regresamos a casa con mi padre cantando. En algún momento también yo me uní a él. No nos importaba que la gente nos mirara raro. De hecho, cuantas más personas nos cruzábamos en el camino, más fuerte cantábamos, y lo mismo nos daba desafinar en casi todas las notas. Íbamos cogidos de la mano, con las bolsas de la compra susurrando al viento, y cantábamos en árabe porque en alemán no podríamos haber expresado lo que sentíamos en ese instante.

4

Mi padre comprendió enseguida lo importante que era aprender alemán. Después de huir de un Beirut en llamas y llegar a Alemania en la primavera de 1983, el primer lugar donde alojaron a mis padres fue el gimnasio del instituto de enseñanza secundaria de nuestra ciudad. Habían cerrado el centro durante las vacaciones de verano del curso anterior porque, al realizar unas pruebas rutinarias de la calidad del aire, descubrieron niveles altos de amianto. A falta de alternativas, sin embargo, la instalación se utilizó como centro de acogida para refugiados. Ya allí, mi padre consiguió libros para aprender aquel idioma extranjero y por las noches, mientras a su alrededor todos dormían en el suelo envueltos en mantas, él encendía una linterna y estudiaba alemán. También durante el día lo veían a veces de pie en un rincón, repitiendo palabras con los ojos cerrados. Aprendió deprisa. Los voluntarios de ayuda a los refugiados pronto empezaron a recurrir a él para que les tradujera. Mi padre se colocaba en el centro del grupo que formaban los demás y, con su alemán chapurreado, explicaba a los voluntarios qué medicamentos necesitaban y qué decía en los certificados y documentos que les mostraban. No era un intelectual, nunca había estudiado. Ni siquiera sé si era más inteligente que la media, pero fue astuto y comprendió que hacerse imprescindible le vendría muy bien.

En el gimnasio los ánimos se exaltaban con frecuencia. Todas esas personas que habían llegado allí sin más equipaje que la esperanza de encontrar una nueva vida se veían de pronto condenadas a aguardar para saber qué sería de ellas. El aire resultaba sofocante, faltaba espacio. Bajo el techo del pabellón se percibía un murmullo constante, nunca había silencio de verdad. Por las noches se oía el llanto de los niños o de las madres, los ronquidos, el rascarse o las toses de los refugiados. Si uno se resfriaba, muchos caían enfermos pocos días después. Los voluntarios hacían todo lo que estaba en sus manos, pero faltaba de todo: medicamentos, artículos de higiene y alimentos suficientes, además de juguetes para los niños y oportunidades de empleo para los adultos.

El hecho de haber perdido su hogar unía a aquellas personas; todos eran refugiados por igual. Sin embargo, también sabían que debían conseguir un permiso de residencia y tenían muy claro que no los autorizarían a todos a quedarse. De vez en cuando se repetía la escena de una madre que se aferraba al poste de una canasta de baloncesto y gritaba para que no la sacaran del pabellón junto a sus hijos. Podía ser cualquiera, quien acabara quitándole el sitio al de al lado, por lo que las peleas se convirtieron en un grave problema. Sin embargo, también en eso supo

cómo mediar mi padre. Les hablaba a los demás con calma, los convencía de lo importante que era no crear dificultades. Les decía que más les valía causar una buena impresión, ya que todo lo que ocurriera dentro de aquel gimnasio encontraría la forma de llegar al exterior. Y allí, delante del pabellón, a veces había vecinos enarbolando pancartas en las que ponía que la ciudad no tenía sitio para tanta gente.

Aunque también estaban los otros, los que les llevaban sacos llenos de ropa, eran una minoría. De modo que muchos refugiados empezaron a ver en mi padre una figura de autoridad a quien podían confesar sus preocupaciones. «Nosotros también somos personas —se quejaban—, no animales, y sin embargo nos tienen aquí encerrados», o: «En Jounieh era abogado, tenía un bufete que quedó destruido. ¿Adónde voy a ir si no me dejan quedarme? ¿Tendré que volver? No hay vuelta posible. Ya no tengo casa, ni familia…». Y mi padre les daba la razón, aunque nunca incondicionalmente. Siempre insistía en que era importante entender a esas personas que se manifestaban delante del pabellón, que sin duda tenían miedo a lo desconocido, igual que muchos otros. Y cuanto más se llenaba el gimnasio, más se tensaba la situación. Porque no era solo el estrés y la incertidumbre lo que hacía reaccionar a la gente de forma desproporcionada; también las diferencias religiosas hacían de detonante de insultos y peleas. Muchos de los refugiados libaneses se habían distribuido según su confesión, de manera que el gimnasio se asemejaba a las calles de la dividida Beirut: a la izquierda, musulmanes; a la derecha, cristianos maronitas. Y los unos culpaban a los otros de su destino. De haberlo perdido todo, de haber tenido que huir, de verse viviendo en un gimnasio.

La autoridad de mi padre se vio reforzada por su amistad con Hakim. Hakim y Yasmin, que por entonces no tenía ni dos años, eran musulmanes. Mis padres eran cristianos. Habían huido juntos de Beirut. Hakim y Yasmin ocupaban un sitio justo al lado de mis padres, en el sector cristiano del pabellón, por así decir. Sin embargo, Hakim animaba a su hija a jugar con cualquier niño y jamás hacía distinciones con nadie. Mi padre y Hakim iban juntos a hablar con todo el mundo. «Ya no estamos en el Líbano —les decían—. Todos hemos venido aquí buscando la paz, no la guerra. Ahora ya no importa quién es cristiano y quién musulmán. Lo que importa es que todos somos libaneses».

No obstante, a veces sus palabras caían en saco roto. Una noche, un ruido sordo despertó a mi padre, como si un objeto duro golpeara contra algo blando a intervalos regulares. Movió la mano a tientas en la oscuridad, sintió la respiración calmada de mi madre, que dormía a su lado, y se incorporó. Sentado sin ver nada, aguzó el oído. Solo se percibía ese ruido. Se levantó y fue hacia él, poniendo un pie delante del otro con cuidado de no pisar a nadie mientras dormía. En la penumbra solo alcanzaba a ver delante de él una silueta encorvada encima de otra, pero ya era demasiado tarde. Cuando se inclinó para agarrar del hombro al atacante, que sentado a horcajadas sobre su víctima le descargaba puñetazos como un poseso, vio que el otro ya tenía el

rostro destrozado. La mujer de al lado empezó a gritar. Alguien encendió la luz y entonces todos se incorporaron y miraron sobresaltados alrededor. Cada vez gritaban más personas. No solo había sangre en el suelo, también las manos y la ropa del hombre que había matado al otro estaban manchadas de rojo cuando entre cuatro más lo derribaron y lo inmovilizaron hasta que llegó la policía.

La plaza del gimnasio que había ocupado el fallecido permaneció vacía durante una temporada. Casi parecía que su final hubiera provocado también el cese de las riñas, pero todos los días llegaban personas nuevas al pabellón, así que no pasó mucho tiempo antes de que alguien extendiera una manta para echarse a dormir en aquel sitio libre. Al cabo de pocos días, nadie habría sabido decir cuál era exactamente la plaza que había quedado vacía.

Lo que sí mejoraba poco a poco era el alemán de mi padre. Para él, la capacidad de hablar ese idioma extranjero estaba ligada al destino que les aguardaba a su mujer y a él. Y como sabía lo importante que era, intentaba enseñarle también a Hakim todo lo que aprendía. Empezó a contar historias en el gimnasio, al caer la tarde. Al principio se sentaba en el suelo del pabellón rodeado de muchos niños, que lo escuchaban con unos ojos enormes y la boca abierta, y les hablaba de una gigantesca nave espacial que llevaba a la humanidad al planeta Amal, donde había de todo en abundancia. El suelo de la nave tenía varias líneas de diferentes colores que indicaban el camino hacia magníficas salas de baño, un fastuoso comedor o la cabina. Gracias a su imaginación, mi padre transformó el pabellón entero en una nave espacial. De las deslucidas duchas de los vestuarios salió un balneario de alta tecnología en el que pequeños robots te frotaban la espalda. Las franjas exteriores de la cancha de baloncesto se convirtieron en bandas de aceleración de energía: un juego perfecto para los niños, que solo tenían que tomar un poco de impulso para saltar sobre las bandas y atravesar a toda mecha la nave espacial, comandada por un piloto bobalicón que entretenía a los pasajeros con divertidos anuncios. En ese punto, mi padre siempre ponía una voz divertida que hacía reír mucho a los pequeños. *Amal* significa «esperanza» en árabe, y el planeta de la Esperanza no tardó en causar furor en el gimnasio. En ocasiones, cuando hasta los padres se veían incapaces de ocultarles su agotamiento y su desesperación a los niños y se echaban a llorar, estos les ponían las manitas en las mejillas y decían: «Ya no falta mucho para llegar a Amal».

Y así, al cabo de poco, también los adultos se unieron al público atento de mi padre. Unos días después, incluso algunos de los voluntarios se sentaron con ellos solo para escucharlo. La hora del cuento de todas las tardes no tardó en convertirse en una cita fija, un ritual de unión. Era el único momento en el que no hablaba nadie más que mi padre, cuya voz se elevaba por encima de las cabezas, como un bálsamo cargado de imágenes.

Hoy, después de todo lo que he descubierto sobre él, a menudo me pregunto cómo pudo

soportar su secreto. Y siempre llego a la misma conclusión: gracias a su capacidad para evadirse de la realidad.

A Hakim, que era progenitor único, le notificaron la aprobación de su petición de asilo antes que a mis padres, y no tardó en celebrar con Yasmin que les habían concedido el permiso de residencia permanente. Mis padres los felicitaron con besos y abrazos, y se despidieron de ellos con la mano cuando abandonaron el gimnasio. Su siguiente parada sería un pequeño piso social que les habían asignado en la periferia de la ciudad. Hakim, que al cabo de unos meses recibió también el permiso de trabajo, encontró empleo en una carpintería. Llevaba toda la vida tocando el laúd y le resultó fácil convencer al maestro carpintero —un hombre que veía con buenos ojos a los refugiados— de que los callos que tenía en los dedos eran el resultado de años dedicados a la artesanía manual. El trabajo, además, le gustaba. Siendo hijo de un lutier de laúdes, le encantaba el olor de la madera. Hakim había pasado muchos años de su infancia en el taller de su padre, antes de ir a Beirut para ganarse la vida como músico.

Mis padres aún tuvieron que quedarse una temporada más en el pabellón. Sin embargo, cuando también ellos recibieron la autorización provisional, mucha gente lloró. Incluida mi madre, aunque ella de alivio. Algunos adultos lloraron porque no eran capaces de imaginar el gimnasio sin mi padre; los niños lloraron porque se quedaban sin su cuentacuentos. Fue un martes cuando un hombre se presentó en el gimnasio y paseó la mirada como si buscara algo hasta que uno de los voluntarios que estaba apoyado en una puerta le indicó el camino. El hombre se acercó a mis padres con determinación.

—¿Es usted Brahim? —preguntó.

—Sí —contestó mi padre.

—¿Brahim El-Hourani?

—Sí, el mismo.

—¿Y usted es Rana El-Hourani? —continuó, dirigiéndose a mi madre.

—Sí —confirmó ella también.

—Una carta para ustedes. —Y como vio que mi madre se encogía un poco cuando les tendió el sobre, añadió con una sonrisa—: ¡Enhorabuena!

Así fue como Brahim el Cuentacuentos salió del gimnasio. Casi todos quisieron despedirse de él y desearles mucha suerte a mis padres. Se dijeron que volverían a verse más adelante, en las calles de la ciudad, ya como ciudadanos, o en el cine, o haciendo la compra, o en algún restaurante.

Brahim. Así se llamaba mi padre. Brahim El-Hourani. Rana era el nombre de mi madre. Los El-Hourani, esos eran mis padres. Yo aún no existía por aquel entonces.

Mis padres acabaron en el mismo complejo de viviendas sociales que Hakim y Yasmin. El destino y algún que otro funcionario se portaron bien con ellos. Vivían a pocos metros unos de otros, y mi padre, que a esas alturas ya hablaba muy bien el alemán, recibió también el permiso de trabajo al cabo de pocos meses. Mi madre me contó que se presentó en la Oficina de Extranjería con una bolsa llena de *baklavas* recién hechos y se los dejó en la mesa al perplejo funcionario.

—Esto lo ha preparado mi mujer para usted —anunció.

—Oh —repuso el hombre—. No puedo aceptarlo.

—Es por el sello —dijo mi padre.

—¿El sello?

—El del permiso de trabajo.

—Ah, el sello —repitió el funcionario, que miraba una y otra vez a mi padre y a la bolsa de plástico de su mesa.

—Le estamos muy agradecidos.

—Por desgracia, no puedo aceptarlo —repitió el hombre, visiblemente incomodado.

—Se lo ruego. Soy un invitado de su país, tómelo como el regalo de un huésped.

—Es que no me está permitido.

—Yo no se lo contaré a nadie.

—Aun así…

—He visto lo que tienen hoy en el comedor —insistió mi padre—. Créame: quiere estos *baklavas*.

—Estoy seguro de que están buenísimos —añadió el funcionario, tenso—, pero, por desgracia, no me está permitido aceptar nada.

—¿Quiere que hable con su jefe?

—¡No! —exclamó el hombre—. No, señor…

—El-Hourani. Puede llamarme Brahim.

—Señor El-Hourani. Por favor, salude de mi parte a su esposa y dígale que me ha dado una alegría. Pero mi mujer va a hacer un pastel esta tarde y, si me como antes sus dulces, tendré problemas en casa.

—¿Problemas? ¿Con su mujer? Eso sí que no puede ser.

—En efecto, así es.

—Bueno, pues eso no podemos permitirlo —decidió mi padre.

—No, no podemos.

—Está bien. —Mi padre volvió a levantar la bolsa de la mesa—. De todas formas, muchas gracias por su esfuerzo. Y si alguna vez le apetecen unos *baklavas*, no dude en llamarnos.

Mi madre me contó entonces que mi padre volvió a casa y comentó con un suspiro:

—En Beirut, si quieres conseguir un sello para lo que sea, le llevas antes unos *baklavas* al tipo que tiene el sello. Aquí, ni siquiera los quieren cuando se los llevas después.

El funcionario no se olvidó de mi padre tan pronto. ¿Cómo iba a hacerlo? Lo vio en otras tres ocasiones, cuando fue a acompañar a otros tantos hombres a quienes conocía del gimnasio. Cada una de esas veces le pidió un sello al hombre, y cada una de esas veces lo obtuvo.

Al permiso provisional le siguió el definitivo. Mis padres fueron reconocidos como personas con derecho a asilo político y recibieron el permiso de residencia permanente. Él encontró un puesto de trabajo en un centro para jóvenes donde muchos niños extranjeros pasaban las tardes. Los ayudaba a estudiar alemán después de clase, y ellos aprendían con ganas, porque mi padre era el mejor modelo que podían tener. Gozaba de gran respeto entre esos chicos. Una vez consiguió que un conocido grafitero visitara las instalaciones, y entre todos pintaron con espráis la fachada exterior, que era gris, para alegrarla un poco. A partir de entonces estuvo decorada con un paisaje colorido y fantasioso, con ríos por los que fluía refresco de cola, árboles que parecían chupachups y montañas de chocolate con cimas de helado. Un poco como el planeta Amal.

Mi madre era una apasionada de la costura. Compraba telas a buen precio en el mercadillo que montaban cerca de donde vivían, y con ellas confeccionaba vestidos en una máquina de coser que había encontrado en ese mismo mercadillo. De manera que a menudo estaba sentada bajo el cono de luz que proyectaba un pequeño flexo que mi padre le había instalado en un rincón del salón, enhebrando el hilo y moviendo la tela de aquí para allá con mano firme bajo el ritmo veloz de la aguja. Después ponía sus vestidos a la venta en tiendas de segunda mano, y a menudo le reportaban diez veces más de lo que le había costado el material. Cuando el dinero le alcanzó, se hizo unas tarjetas de visita y ella misma diseñó unos trazos que empezó a bordar en todos sus vestidos.

—Da igual que te decidas por «Rana» o por «El-Hourani» —opinó mi padre—. Las dos suenan a marca de diseño.

Ella escogió su nombre de pila, y así creó su propia marca. Recuerdo que, cuando yo tendría unos seis años, una tarde sonó el teléfono. La que llamaba era la señora Demirici, que en realidad se llamaba Beck pero estaba casada con un turco, según explicó mi madre, y que era la dueña de la tienda de segunda mano que quedaba cerca de la zona peatonal. Cuando mi madre colgó, estaba exultante:

—¡Una mujer ha comprado uno de mis vestidos y quiere conocerme! —exclamó.

Me tomó de ambas manos y bailó conmigo por el minúsculo salón del viejo piso, donde yo había nacido en 1984. Resultó que aquella mujer se llamaba Agnes Jung, y que le gustaba cómo cosía mi madre. Y como Agnes Jung tenía pensado cambiar pronto de apellido para convertirse en Agnes Kramer, quería que mi madre confeccionara los vestidos de sus cuatro damas de honor y le ofrecía por ello tanto dinero que, del mareo que le dio, mi madre estuvo a punto de no llegar

al sillón para caer en blando. Se pasó las semanas siguientes cosiendo día y noche. Al terminar, cuando las damas de honor llamaron a la puerta de nuestro piso, mi madre se disculpó profusamente por hacerles las pruebas en un sitio tan pequeño y en un barrio no demasiado bonito, y no dejó de insistir en que esperaba que los vestidos les gustaran. Las mujeres desaparecieron entonces en el dormitorio de mis padres para probárselos, y mi madre dejó la llave puesta por dentro para que yo no pudiera ver nada ni mirando por la cerradura.

Cuando éramos pequeños, Yasmin pasaba mucho tiempo en nuestro piso. Hakim estaba todo el día en el taller, mi madre cosía en casa y Yasmin era como una hija para ella. Nos llevábamos muy bien. A mí, de Yasmin me gustaba que nunca me hacía sentir demasiado pequeño, aunque ella fuera dos años mayor que yo. Sus ojos castaños tenían una profundidad inolvidable, y sus largos rizos negros, que siempre irradiaban un brillo cálido, solían caerle alborotados por delante de la cara, como si acabara de cabalgar bajo una tormenta. Tenía un aire indómito, de muchacho, pero únicamente cuando recorríamos el complejo los dos solos. Entonces la veía partir ramas de árboles y arrastrarlas consigo por el suelo al caminar, como si trazara una frontera. También se le daba mejor que a mí trepar, y nunca se rompía la ropa. La envolvía un aura de ligereza contra la que solo podías perder, si es que te atrevías a medirte con ella. Todo eso dejaba marcas, y yo no hacía más que volver a casa con agujeros nuevos en los pantalones y los jerséis, que luego mi madre tenía que remendar. Yasmin, en cambio, era una maestra del disfraz: delante de los adultos siempre se portaba bien. Era educada, daba las gracias cuando le preparaban algo de comer y, al contrario que yo, nunca apoyaba los codos en la mesa cuando estábamos comiendo. También era capaz de permanecer sentada en silencio mucho rato, llena de paciencia, y dejarse peinar por mi madre, que siempre le pasaba el cepillo por la melena. Yo creo que, si les hubiera explicado a los adultos todo lo que se atrevía a hacer cuando no estaban delante, ninguno me habría creído.

El piso en el que pasé mis primeros siete años de vida era demasiado pequeño para tres personas, y describirlo como «cutre» sería quedarse corto. En casi todas las paredes se adivinaban manchas amarillentas, y además debían de ser finas como el papel. Siempre se oían ruidos de cacharros de otras cocinas, televisores con el volumen demasiado alto, alguien pisando los delgados suelos de madera con calzado grueso. No había que esforzarse mucho para enterarse de las discusiones de los vecinos. Eso si los entendías, porque aquellas viviendas sociales acogían a inquilinos de las nacionalidades más variopintas: rusos, italianos, polacos, rumanos, chinos, turcos, libaneses, sirios, incluso un par de africanos, creo que de Nigeria. Allí, las parabólicas de los balcones apuntaban en muchas direcciones diferentes. En el centro del patio formado por los muros del complejo había un diminuto parque de juegos, que era adonde iban

sobre todo los chicos mayores, a sentarse allí a fumar. También había cristales rotos por todas partes, y cuando llovía mucho, el agua se acumulaba y formaba un lago sucio. Ni Yasmin ni yo íbamos nunca allí a jugar. A las bicicletas de los aparcabicis de los portales, casi sin excepción, les habían desaparecido el sillín o los neumáticos. Si alguien encadenaba la bici solo por la rueda delantera, ya podía dar por hecho que al día siguiente le habrían robado el cuadro. Hasta los cochecitos de bebés robaban de los descansillos.

A veces, Yasmin y yo intentábamos adivinar el origen de las familias que vivían en el complejo. Un concurso de acertar nacionalidades con el que nos entreteníamos. Recorríamos los oscuros pasillos pintarrajeados con rotulador, donde casi todas las bombillas parpadeaban y siempre se percibía un exagerado olor a desinfectante echado con desmesura, y cuando estábamos seguros de que nadie nos veía, nos arrodillábamos un momento o nos tumbábamos en el suelo y acercábamos la nariz al resquicio de la puerta. Porque allí siempre se cocinaba algo y nosotros queríamos adivinar de qué país eran los habitantes del piso en cuestión según las especias y los ingredientes que usaban. Por lo general olía sobre todo a grasa para freír. De vez en cuando ocurría que la puerta del piso se abría justo cuando estábamos tumbados delante, pero entonces nos levantábamos de un salto y corríamos todo lo deprisa que podíamos para bajar por la escalera cochambrosa, hasta que nos quedábamos sin aliento y reíamos triunfales mientras, ya en un lugar seguro, jadeábamos para recobrar el aliento, oyendo cómo nos latía el corazón.

Los pasillos llenos de recodos de aquel complejo de viviendas sociales eran un paraíso para dos chavales amantes de los secretos que buscaban un lugar donde refugiarse del mundo de los adultos. El mundo de los adultos, eso eran para nosotros los rostros de esos edificios. Rostros cuyos labios casi siempre estaban curvados hacia abajo. Padres cargados con bolsas de la compra que se arrastraban escalera arriba con el cansancio en la mirada mientras nosotros nos escondíamos bajo los peldaños. O voces que discutían a gritos y resonaban como lamentos de espíritus tristes tras las puertas cerradas.

Un día que Yasmin y yo vagábamos por los pasillos sin mirar muy bien por dónde íbamos, fuimos bajando cada vez más hasta llegar al sótano, y de pronto nos encontramos ante una puerta que no habíamos visto nunca y que tenía la pintura desconchada. Yasmin accionó el tirador con cautela. No estaba cerrada con llave, y se abría a una pequeña sala con un catre en el que había un saco de dormir de color lila muy arrugado. El suelo estaba repleto de botellas de cerveza y de licor vacías, y junto al colchón encontramos un montón de jeringuillas. No había ventanas, solo un conducto de ventilación en la pared con las láminas cubiertas por una gruesa capa de polvo. Apestaba a moho, y un olor desagradable nos subía por la nariz cada vez que inhalábamos, pero también había una estantería con herramientas: un martillo, alicates, alambres y un tubo de goma. Y una caja con flores artificiales. Habíamos dado con la vieja sala del conserje. Porque, antes, el complejo había tenido un conserje a jornada completa, y seguramente era allí donde se retiraba a

dedicarse a sus cosas. Con el tiempo, sin embargo, los arreglos acabó gestionándolos el ayuntamiento, que no enviaba a nadie hasta que ya no había más remedio, así que sin duda hacía mucho que esa sala solo servía de escondite a indigentes o drogadictos. Yasmin sacó una flor de la caja —debía de haber unas doscientas— y quitó el polvo de los pétalos con la manga. Eran rojos.

—Qué mal sitio para una flor —comentó, y se quedó mirando el colorido objeto que tenía en la mano y que, en medio de aquella fealdad, parecía tan fuera de lugar como una obra de arte pop en la celda de una cárcel—. Tengo una idea —dijo, y sus ojos oscuros brillaron.

Solo pude mirarla con espíritu aventurero.

Los días siguientes volvimos a bajar a aquella sala y, como todo seguía estando tal como nosotros lo habíamos dejado, dimos por sentado que nadie más iba por allí y nos sentimos seguros. Habíamos encontrado un lugar que era solo nuestro, la estancia mágica de un reino encantado. Fue idea de Yasmin subir las flores al mundo de los adultos para aportarle algo de color.

—A todo el mundo le gustan las flores —afirmó solemne y, una vez más, no pude quitarle la razón.

Sin embargo, como en el complejo había más viviendas que flores teníamos, decidimos aplicar un procedimiento de selección:

—Cada vez que oigamos una pelea o veamos a alguien que entra triste en su piso, le dejaremos una flor delante de la puerta —propuso—. Pero cada persona recibirá una flor una única vez.

De manera que, a partir de entonces, cada vez que vagabundeábamos por los pasillos y oíamos a alguien maldecir, marcábamos su puerta con una pequeña X de tiza en la parte inferior derecha del marco para poder encontrarla de nuevo. A veces incluso nos escondíamos tras una esquina para ver cómo reaccionaba la gente ante nuestro regalo de color para alegrar su gris existencia. Lo cierto es que nunca vimos salir a nadie. Sin embargo, cuando regresábamos al lugar de los hechos, las flores siempre habían desaparecido, así que imaginábamos cómo las recogían del suelo y las olían. Cómo miraban de reojo por el pasillo antes de volver a cerrar la puerta para, después, ponerlas en un jarrón junto a la ventana, aunque no tuvieran nada de auténticas. Lo pasábamos en grande, y cuando regresábamos a casa con mi madre y ella nos preguntaba qué habíamos estado haciendo, no le contábamos nada, solo nos sonreíamos por encima de la mesa en conspirativo silencio.

En el complejo solía haber problemas con la policía. Algunos jóvenes del parque se jactaban incluso de vivir en un lugar en el que los agentes no se atrevían a entrar después de caer la noche, de ser los reyes de la calle en cuanto se ponía el sol. Pero eso no era cierto. La policía sí se presentaba aunque estuviera oscuro, y lo hacía a menudo, a decir verdad. Desde la ventana,

veíamos a los agentes entrar con linternas en un bloque de pisos del complejo, de donde poco después salían llevándose a alguien. La policía no tenía ningún reparo en meterse con nosotros, y muchas veces vi cómo sacaban de allí a alguno de aquellos reyes.

Si a mi padre le preocupaba nuestra situación habitacional, nunca lo exteriorizó. O tal vez por entonces yo era demasiado pequeño para darme cuenta. A él le gustaba trabajar en el centro juvenil y mi madre había conseguido hacerse con una clientela fija como modista; ambos estaban satisfechos. Aun así, no andábamos muy boyantes. Mi padre me repetía a menudo que también tenía que enviarle dinero a su madre, mi abuela, que en su momento se había negado a abandonar el país. Sobre todo para pagar facturas médicas y fármacos. Un día, cuando le pregunté por qué no se había ido la abuela con ellos, o por qué no se reunía entonces con nosotros en Alemania, me respondió con una sonrisa:

—Es el Líbano. Nadie quiere irse de allí.

A los siete años de vivir en aquel complejo, mi madre se quedó embarazada por segunda vez. El apartamento se nos quedaba definitivamente demasiado pequeño y, como estábamos en una sexta planta y el ascensor se estropeaba cada dos por tres, mis padres decidieron que había llegado la hora de mudarse. Hakim compartía su opinión. Yasmin y yo estábamos entusiasmados. Además, ya se nos habían terminado las flores.

5

El cálido final del verano de 1992, cuando encontramos el piso nuevo, yo tenía siete años y Yasmin nueve. Hakim y ella se trasladaron al apartamento de debajo del nuestro, que tenía una distribución similar aunque era algo más pequeño. En nuestra calle, casi todas las parabólicas apuntaban a veintiséis grados este. Nos sentíamos a gusto. Los cromos del ratón Diddl cambiaban de dueño en el patio del colegio, las pulseritas de colores oficializaban amistades, Bill Clinton juró su cargo con la mano sobre la Biblia y Take That cantaba *Could It Be Magic*. En el Líbano se habían celebrado las elecciones parlamentarias y absolutamente todo señalaba en la dirección correcta. Todo parecía ir bien. Me sentía como si formara parte de una familia de animalillos salvajes que podía afrontar el otoño y el invierno siguientes con calma y tranquilidad porque contaba con provisiones suficientes y tenía una madriguera cálida y agradable.

Así pues, varias semanas después del traslado, estábamos sentados en nuestro salón mientras el televisor mostraba las imágenes de Beirut que se habían hecho habituales desde las elecciones. Hakim acababa de contar el chiste del sirio y yo me había reído, pero mi padre no, y por eso volví a darle vueltas a lo distraído y poco alegre que parecía desde hacía algunos días. En lugar de reír, se rascó la nuca ensimismado y con la mirada perdida, como si intentara atisbar algo que estuviera más allá de las paredes pero no viera nada. Casi no hablaba, estaba encerrado en sí mismo. A veces, después de cenar, salía de casa y paseaba durante horas, o eso decía. Si yo decidía ir al pasillo tras él y acompañarlo, para cuando me ponía los zapatos y una chaqueta, él ya había salido por la puerta y la había cerrado. Algunos días, cuando regresaba, creía notar que cojeaba un poco más. Siempre había conocido a mi padre con esa cojera. Formaba parte de él, era algo tan intrínsecamente suyo como el color de sus ojos. Si no lo sabías, apenas se le notaba, a menos que hubiera realizado un esfuerzo físico. Aun así, caminaba erguido, solo que con la cabeza algo gacha, y pocas veces me miraba. Si en alguna ocasión conseguía atrapar su atención, me dedicaba una sonrisa pero no decía mucho, y casi siempre apartaba la cabeza enseguida, como si se sintiera incómodo o lo hubiera pillado in fraganti. Su respiración se convertía en un suspiro, como si le implicara un esfuerzo o procediera de un lugar muy profundo, como si acabara de subir mil escalones. A veces, al pasar, me acariciaba la cabeza con su mano enorme, y había momentos en que le notaba los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado. Pero eso solo eran suposiciones mías. Nunca lo vi llorar.

Sin embargo, también sucedía todo lo contrario. Había momentos en que lo miraba y

comprobaba que me estaba observando con atención, que no podía apartar los ojos de mí, como si me viera una marca extraña en la frente. Momentos en que yo creía ver cierto tormento en su expresión, pero solo durante una fracción de segundo, porque, en cuanto se daba cuenta de que lo miraba, se obligaba a sonreír. Cuando estaba de ese ánimo y me abrazaba, me apretaba muchísimo y no había manera de que me soltara. Yo aguantaba aunque casi me hiciera daño. Si en esos momentos hablaba conmigo, lo hacía deprisa, como un torrente incontenible, sin pausa, como si quisiera evitar que me levantara y me alejara, y conseguir así que me quedara sentado a su lado escuchándolo. Entonces gesticulaba con exageración e intentaba resultar apasionante, cosa que siempre conseguía. Todo eso lo hacía también con mi hermana, pero creo que ella no se daba cuenta. Lo que más me preocupaba de su conducta, no obstante, era que no hablaba con mi madre. Cuando ella se dirigía a él, mi padre se limitaba a levantar la cabeza despacio y asentir con pesadez, sin mediar palabra. Y, por algún motivo, no soportaba que ella lo mirara directamente a los ojos.

Hacía poco que habíamos salido al lago a botar aquellos barquitos de cáscara de nuez, y si tuviera que determinar cuándo empezó a cambiar la actitud de mi padre, diría que fue ese día. Mejor dicho: esa noche. Tras regresar del lago por la tarde, mi padre nos enseñó unas diapositivas; ese momento quedó grabado en mi memoria y es el motivo por el que recuerdo ese verano y el otoño siguiente en tonos sepia: todas sus escenas están bañadas por una luz nostálgica y muy ligadas a mi recuerdo.

Mi padre dejó en la mesa del salón una caja cuya existencia yo desconocía. No había reparado en ella durante la mudanza. La sacó de la estantería, se volvió hacia nosotros y se nos acercó con paso solemne.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ahora lo verás —dijo con una sonrisa misteriosa.

También mi madre sonrió. Por aquel entonces aún sonreía a menudo. No hay muchos recuerdos en los que vea a mis padres así. Tan cómplices. Tan unidos, tan cariñosos. Después de esa noche, jamás volví a verlos de esa forma. Daba la impresión de que habían preparado la velada movidos por las ganas de compartir un secreto con nosotros. Estaba muy emocionado. Entonces me fijé en que, aunque no íbamos a salir de casa, mi madre incluso se había puesto perfume. Sabía en qué lugar del cuarto de baño guardaba el frasquito con la etiqueta de «Arzet Lebanon», y la imaginé frente al espejo, aplicándose dos gotitas en el cuello. Olía divinamente.

—Qué bien hueles —comenté.

—Gracias, Samir —respondió, y me acarició la mejilla. Justo entonces llamaron a la puerta—. ¿Voy a abrir? —preguntó.

—No, ya voy yo —contestó mi padre, y le dio un beso fugaz en la frente.

También eso era algo que le había visto hacer en poquísimas ocasiones.

En la puerta estaban Hakim y Yasmin. Ella llevaba un vestido azul con lunares blancos que parecía un cielo ligeramente nublado. Él sostenía con ambos brazos un objeto abultado que no pude identificar porque iba envuelto en un trapo oscuro. Debía de pesar mucho; Hakim casi se tambaleó los últimos metros antes de llegar al salón, donde lo dejó en la mesa con cuidado.

—¿Qué es eso?

—Ahora mismo lo verás —contestó.

—Eso acaba de decirme también *baba*.

—Entonces será verdad.

Cuando miré a Yasmin como preguntándole qué era lo que había traído su padre, se limitó a encogerse de hombros.

Mi padre nos indicó que tomáramos asiento. Los tres adultos se quedaron de pie. Yo senté a mi hermana en mi regazo, que seguía succionando su chupete sin ningún interés por nosotros, pero feliz. Yasmin se acomodó a mi lado.

—Hakim —dijo mi padre, y levantó el índice—, ¡redoble de tambores, por favor!

Su amigo imitó con las manos el repicar de dos baquetas mientras profería un sonido que recordaba más o menos al de un tambor. Mientras tanto, mi padre se acercó a la mesa, tomó el trapo que cubría el extraño objeto con el pulgar y el índice y tiró de él como un mago al realizar su mejor truco.

—¡Tacháááán!

En la mesa apareció un artefacto gris que recordaba un poco a un coatí. Un coatí robótico: en la parte inferior tenía un pedestal metálico rectangular sobre el que se sostenía una carcasa ovalada de cuyo extremo salía un tubo bastante largo. No tenía ni idea de qué se suponía que era.

—¿Y eso qué es?

—Un Leitz-Prado —anunció mi padre.

—¿Un qué? —preguntó Yasmin enarcando las cejas.

—Un Leitz-Prado —repitió él, todavía metido en su papel, como quien declama unas palabras mágicas—. El mejor proyector de diapositivas que se pueda encontrar.

Miré a mi madre, que bajó la cabeza y sonrió tímidamente. Cuando mi padre estaba entusiasmado con algo, era lo mejor del mundo. Y punto. Sabía en qué tienda tenían la lechuga más fresca, qué vendedor de coches de segunda mano ofrecía los neumáticos de invierno más seguros y en qué puesto preparaban los mejores *döner*. El puesto podía ir cambiando, pero el *döner* siempre era el mejor del mundo. Y en ese momento estábamos en nuestro salón, y ante nosotros teníamos el mejor proyector de diapositivas del mundo. Un Leitz-Prado.

—¿Para qué lo has comprado? —quise saber.

—No lo he comprado. Hakim lo ha pedido prestado.

—Pero ¿para qué?

—Para enseñaros una cosa. —Mi padre le hizo una señal a Hakim, que enchufó el cable del proyector y apagó la luz.

Mi padre apretó entonces el interruptor y el artefacto lanzó un gran cuadrado de luz hacia la pared del salón. En el cono luminoso danzaban motas de polvo.

—Queremos enseñaros unas fotografías —dijo mi madre—. Fotos del Líbano. De nosotros. Para que veáis de dónde venimos.

—Para que veáis de dónde venís vosotros también —añadió mi padre.

Eso me gustó. Yo, Samir, nacido en Alemania, estaba a punto de saber más cosas sobre el país de origen de mi familia. Mi padre me lo había explicado brevemente una vez: «Se llama *ius sanguinis*, derecho de sangre. Tú naciste en Alemania, cierto, pero nosotros no somos alemanes, sino libaneses. Por eso, también en tu pasaporte dice que eres del Líbano». Yo había contestado con un sucinto «Vale» y no había vuelto a pensar en ese trozo de cartulina.

Mi padre colocó entonces la primera diapositiva, el proyector traqueteó y en nuestra pared apareció una imagen de mi madre a todo color. Estaba sentada en una silla y llevaba un precioso vestido de novia.

—¡Guau! —exclamó Yasmin—. Qué guapa.

Mi madre no solía maquillarse y casi nunca llevaba los ojos tan pintados como en aquella foto. Parecía una carísima obra de arte hecha por encargo, un tanto frágil pero envuelta en un aura de extraordinaria singularidad. Nunca la había visto tan arreglada. Estaba preciosa de verdad.

Entonces llegó la siguiente diapositiva. Mi padre, al lado de una mujer a quien yo no conocía. Tenía el pelo negro y rizado, y una pose muy recta y digna. Incluso en esa foto antigua, la solemnidad que transmitía resultaba innegable. Mi padre era bastante más alto que ella, y la mujer lo tomaba del brazo y sonreía con sus labios finos.

—Esa es vuestra *teta* —explicó mi padre al ver mi mirada interrogante.

—¿Esa es la abuela? —Observé la imagen con más detenimiento—. Pues no parece enferma.

Mi padre bajó la cabeza, pero sonrió.

—Ahí no. Pero ahora sí que lo está, ya lo sabes.

Asentí.

—¿De cuándo es esa foto? —preguntó Yasmin.

—De 1982 —dijo mi madre—. El día que nos casamos.

En la imagen, mi padre llevaba un traje elegante. La abuela lucía un vestido azul y se había pintado mucho los labios, lo cual hacía difícil calcularle la edad. Supuse que tendría cuarenta y pocos años. Llevaba unos pendientes enormes que me llamaron especialmente la atención por cómo combinaban con su pelo corto y rizado. La sonrisa de mi padre resultaba forzada, pero también es cierto que nunca le gustó posar para las fotografías.

—Ahora viene lo bueno —anunció Hakim con entusiasmo.

El proyector volvió a traquetear y la imagen que apareció nos dejó atónitos. Mis padres estaban uno frente al otro, y tras ellos, Hakim.

—¡Pero si estás tocando la guitarra! —exclamé.

—Es un laúd —me corrigió mi madre—. Hakim tocó una música maravillosa para nosotros.

Los ojos del Hakim de la fotografía estaban fijos en un punto lejano, como si siguiera con la mirada los sonidos que iban saliendo de su instrumento.

—¿De qué os conocíais? —quiso saber Yasmin.

—De otra boda —explicó mi padre—. Hakim tocaba en muchas.

—¿Y dónde está la madre de Yasmin? —pregunté yo.

Al parecer, les pilló por sorpresa, y entonces caí en la cuenta de que nunca se lo había preguntado. Ni a Hakim ni a mis padres. Tampoco a Yasmin le había hecho esa pregunta, a pesar de todas las horas que había pasado con ella jugando, soñando, a pesar de todos los momentos que habíamos compartido buscando un secreto. De pronto, mi frase quedó flotando en la sala como una esfera pesada que podía explotarnos encima en cualquier momento. Los tres adultos se miraron. Yasmin me miró a mí, y yo me sentí incómodo. Sobre todo porque nadie me dio ninguna respuesta.

Enseguida vimos más fotografías, la mayoría de la celebración y de los invitados divirtiéndose, hasta que mi padre anunció:

—Ahora viene la última imagen de nuestra boda. —Y puso otra diapositiva en el proyector.

En la foto salían tantas personas que tardé un poco en ubicarme. Mis padres estaban delante de un árbol, una higuera grande e imponente, y parecían bailar la danza nupcial. A su alrededor estaban los invitados, que aplaudían formando un semicírculo. Todas las mujeres iban muy enjoyadas y llevaban un maquillaje muy llamativo. Debía de hacer un día caluroso y soleado. El cielo era de un azul resplandeciente. Ellas lucían vestidos muy coloridos, ellos iban de traje. Algunos se habían echado la americana al hombro con desenfado y parecían modelos de revista. Algo me llamó la atención: también había allí otros hombres, unos que no habían aparecido en las fotografías anteriores. Estaban al fondo, junto al muro de adobe. Varios de ellos observaban a los novios con los brazos cruzados. Vestían pantalones marrones y camisetas de color caqui con un cedro bordado en el lado izquierdo del pecho. Un cedro dentro de un círculo rojo. En el árbol había apoyado un fusil.

—¿Y esos quiénes son? —pregunté.

—Invitados —contestó mi padre.

—Amigos —añadió mi madre.

Hakim no dijo nada.

Se hizo un breve silencio.

—Todavía quedan más fotografías —dijo mi padre de repente, y se frotó las manos—. Ahora

quiero enseñaros el país.

Y lo hizo. Como siempre que tenía ocasión de hablar del Líbano, se lanzó de cabeza. Vimos fotografías del mar y de Beirut, con sus altos bloques de pisos. También de las Rocas de las Palomas, emblema de la ciudad, que se alzaban de entre las olas a pocos metros de la costa. Luego nos enseñó una toma del templo de Júpiter de Baalbek, del que todavía quedaban en pie seis columnas. La habían hecho por la noche, y la iluminación era impresionante. Cuando salió la imagen de un puerto, explicó:

—¿Veis eso? Es Biblos. Allí, los fenicios, nuestros antepasados, inventaron el alfabeto. Hay mucha gente que no lo sabe. Todo el mundo dice: «¡Mirad los egipcios, qué pirámides más maravillosas construyeron, qué cultura árabe tan adelantada!», pero creedme cuando os digo que, si hubiéramos seguido el ejemplo de los egipcios, ¡aún estaríamos leyendo libros de dibujitos!

Vi que Hakim y mi madre cruzaban una mirada. Sabían que en ese momento no tenía sentido interrumpir a mi padre. A los niños, sin embargo, se nos contagió su entusiasmo. No solo nos enseñaba fotografías, sino que con cada una de ellas nos contaba algo más. Había momentos en los que casi parecía una clase magistral.

—El Líbano es el único país árabe sin desierto —explicó mientras nos mostraba una foto del lago Karaoun, en la llanura de la Becá, que relucía con un azul claro y reflejaba la cadena montañosa que quedaba al fondo—. Cuenta con un sinfín de tierra fértil, un sinfín de viñedos.

—¡Sobre todo en Zahlé! —exclamó Yasmin. Le brillaban los ojos.

—Exacto —confirmó mi padre con una sonrisa de satisfacción, y luego pasó a la siguiente diapositiva.

Esa fue la imagen que cambió su estado de ánimo.

Al recordarlo ahora, creo que se equivocó, que estaba tan entusiasmado que no la miró bien. Creo que en realidad pretendía poner la diapositiva que estaba justo al lado. La que nos enseñó, en cambio, debía de estar casi la última a propósito. Mi padre debía de haberla apartado para que no acabara en el proyector. Para que no la viéramos.

El aparato traqueteó una vez más.

Mi madre miró la imagen un momento y luego apartó los ojos para volver a mirar bruscamente un instante después. Como si tuviera que asegurarse de que aquello era cierto.

A la derecha de la imagen se veía a mi padre, y junto a él había un hombre joven y apuesto con una abundante mata de pelo negro, los ojos castaño oscuro y una sonrisa simpática. Los dos estaban de pie bajo la araña de cristal de una gran sala, delante de una amplia escalinata con barandillas doradas. Los escalones estaban cubiertos por una alfombra elegante. Frente a ambos, en el extremo izquierdo del encuadre, había un fotógrafo con la cámara ante los ojos. Ellos miraban en dirección al objetivo. Alrededor del fotógrafo se había reunido un grupo de curiosos, algunos de ellos uniformados, también una mujer joven y varias personas que parecían vestidas

de camareros. El hombre que estaba junto a mi padre llevaba uniforme, una pistola al cinto y un cedro bordado en la pechera izquierda de su camisa. Un cedro dentro de un círculo rojo. Entonces me fijé en mi padre: era muy joven y casi parecía cohibido. Sus ojos tenían una expresión que, no sé por qué, no encajaba con la escena. Hoy la describiría como soñadora. Mi padre sonreía. Sonreía con expresión soñadora mientras realizaba un saludo militar. Llevaba el mismo uniforme que el otro, también con una pistola en el cinto.

Hay momentos en los que descubres algo y te haces preguntas. Y a esos momentos le siguen otros en los que te preguntas más cosas todavía. Pero solo mucho después, cuando apenas los recuerdas ya, esos instantes cobran un nuevo sentido porque te has enterado de algo que no sabías acerca de esa persona por aquel entonces. Todos esos gestos, esas miradas, esos movimientos, esas conductas que no podías explicarte encuentran por fin un significado. Es como si, años después, dieras con la pieza que faltaba y la añadieras a ese puzle que habías estado guardando por si algún día conseguías completarlo.

Hay momentos en la vida en los que te planteas hacer una pregunta pero decides que mejor no. Intuyes una barrera y te dejas llevar por el instinto; sientes que la pregunta no encajaría en la situación. Los adultos saben hacerlo. Los niños también. Y años después, cuando tienes más información, te arrepientes. Te arrepientes de no haber hecho esa pregunta, la pregunta que tal vez lo hubiera aclarado todo: por qué llevaba uniforme mi padre, por ejemplo. Por qué tenía una pistola. Quién era el hombre que estaba a su lado. Eso habría hecho más fáciles muchas cosas.

Mi padre se quedó mirando la fotografía como si no se reconociera en ella. En la pared de nuestro salón, atraía las miradas de todos junto a ese otro hombre que lucía el uniforme con tanta naturalidad como si lo hubiera llevado toda la vida. Hoy solo puedo conjeturar qué le pasó por la cabeza en esos instantes. Qué sentimientos despertó en él esa imagen. Qué recuerdos. O qué dolor, quizá. Todos contemplamos la diapositiva. Durante unos segundos que a mí me parecieron una eternidad, nadie dijo nada. Después mi hermana empezó a patalear y se echó a llorar. Mi madre despertó de su estupor, se hizo cargo del cuerpecillo agitado de la niña y salió del salón acunándola en sus brazos. Hakim le indicó a Yasmin con un gesto que mejor sería irse ya. Ella me miró con inseguridad, se levantó del sofá, le dio la mano a su padre y juntos salieron del piso. Mi padre apagó el proyector y abandonó la sala con la cabeza gacha. Yo me quedé allí. Apenas un instante antes había querido preguntar qué pasaba con esa foto, pero al final decidí no hacerlo.

6

¿Habría podido intuir hasta qué punto cambiaría nuestra vida ese momento? ¿Que en ese instante, sin que nos diéramos cuenta, se había puesto en marcha la desintegración de nuestra familia, como una úlcera que uno no descubre hasta que ya es demasiado tarde? «Solo es una foto», pensé entonces. Una imagen de mi padre con pistola. ¿Cómo iba a saber yo que esa imagen me perseguiría de por vida?

Los días siguientes sucedió lo que ya he descrito. La actitud de mi padre se transformó. Yo sospechaba que ese cambio estaba de alguna manera relacionado con la diapositiva y seguía sintiéndome tentado de preguntarle por ella, pero intuía que él no quería hablar del asunto y eso me frenaba. Solo tenía siete años. Para mí, el mundo de los adultos estaba repleto de enigmas, y cuando se trataba de tomar decisiones, a menudo me sentía como perdido en un edificio demasiado grande, con demasiados pasillos y demasiadas puertas entre las que elegir. El instinto me decía que era mejor no hablar de la fotografía, ni con mi madre ni con mi padre, así que me dejé llevar.

Hoy, dos décadas después, a menudo pienso que más me habría valido hacerle caso a la cabeza y no al instinto. Hoy, todos me aseguran que no tuve la culpa. «Pero si entonces no eras más que un niño —me dicen consternados, porque no se les ocurre nada más—. Un niño no sabe reconocer esas señales». Dicen que mi padre abusó de mi confianza cuando me hizo prometer que no le contaría a nadie lo de esas extrañas llamadas, y que yo no engañé a mi madre por ocultárselo todo. Lo dicen porque no saben que hubo momentos en los que ella me zarandeaba y me suplicaba que le confesara la verdad. «Aunque lo hubieras hecho todo de otra forma —me dicen—, ¿qué habría cambiado?». Pero la verdad es esta: que sus palabras no significan nada, porque yo sé lo que ocurrió.

Por mucho que la actitud de mi padre me asustara, quería estar cerca de él, así que un día decidí ir a buscarlo al centro juvenil donde trabajaba. Justo cuando salí de casa, el cielo se oscureció. El aire se cargó de humedad y una película desagradable se posó sobre mi piel, pero aún no parecía que fuese a estallar la enorme tormenta que descargó solo unos minutos después. Al principio cayeron en la calle unas gotas solitarias y gruesas, y se levantó un viento repentino que le arrebató el periódico de las manos a un hombre que esperaba en la parada de autobús de la acera de enfrente. Los camareros salieron corriendo de las cafeterías, miraron al cielo con desconfianza y se protegieron la cabeza con las bandejas o recogieron a toda prisa mesas y sillas

de las aceras mientras los toldos aleteaban como palomas espantadas. Un instante después, las gotas empezaron a caer a intervalos cada vez más breves y, en un abrir y cerrar de ojos, todo se volvió gris. La lluvia parecía hecha de hilos plomizos y yo no iba lo bastante abrigado. Un viento frío me silbaba en los oídos, las nubes cargadas de lluvia avanzaban como tortugas por el cielo. No tenía sentido regresar, ya casi había llegado. Encogí los hombros y metí las manos en los bolsillos para trotar por el bordillo mientras los coches que pasaban a mi lado levantaban aluviones de agua sucia. Junto a la entrada del centro juvenil, bajo un pequeño tejadillo, había un grupo de chicos a quienes la tormenta impedía volver a casa. Uno de ellos, que tenía una llamativa cicatriz con forma de herradura en la frente, se fijó en que los estaba mirando y me ofreció un paquete de cigarrillos con una mirada interrogante, igual que se le ofrece un plátano a un mono, tras lo cual los demás se volvieron hacia mí y estallaron en carcajadas. Entré en el edificio. El vacío del pasillo contrastaba con el estrépito de la calle. El ambiente se notaba cargado después de todo el día, como si se hubiera agotado el oxígeno. Pasé por delante de unas vitrinas con fotografías de chicos jugando a la pelota o serrando grandes tablones. En algunas salía mi padre, y también reconocí a los jóvenes de la entrada. Las suelas de mis zapatos dejaban huellas mojadas en el linóleo. El despacho de mi padre era una de las últimas puertas del pasillo y, justo al lado de la placa con su nombre, colgaba una lista para inscribirse a una salida nocturna. Entré sin llamar. Sabía que mi padre tenía un escritorio sobre el que se apilaban las carpetas, y esperaba encontrarlo medio oculto tras ellas. Pero no fue así. No estaba sentado, sino de pie ante la mesa, y cuando reparó en mi presencia, se sobresaltó y colgó el auricular del teléfono.

—Samir. ¿Qué estás haciendo aquí? —Casi parecía un poco enfadado. Nada de: «Samir, qué sorpresa más bonita», nada de: «Ay, pero si estás empapado».

—Se me ha ocurrido venir a buscarte.

De repente me sentí como un tonto, como alguien que se ha equivocado de fecha en la fiesta sorpresa de un amigo. Demasiado pequeño para aquel despacho tan grande en el que me encontraba, mojado de la cabeza a los pies y sin saber qué más decir.

Mi padre me miró un momento sin entender nada, como si acabara de declamar un saludo aprendido de memoria en lengua tofalar con la esperanza de que se tradujera solo. Profirió un breve «Oh», seguido de:

—Bueno, pues ya he terminado. Vámonos.

Salimos juntos de su despacho, pero no me dio la mano hasta que estuvimos fuera.

—He aparcado ahí delante —dijo, y señaló hacia un lugar invisible tras el telón de lluvia.

Me llevó consigo, aunque me costaba seguirle el paso y casi tropecé. Poco antes de que estallara un trueno enorme, oí que uno de los chicos le decía al de la cicatriz:

—¡Colega, acabas de ofrecerle un piti al hijo de Brahim!

Cuando mi padre estaba de ese humor, resultaba difícil encontrarle algo positivo a nuestra situación. Nunca lo había visto así. Igual que su alegría tenía algo de contagioso, también esa melancolía se transmitía como una gripe. De pronto, las paredes de nuestro piso ya no me parecían tan blancas y claras. También me fijé en que el parquet tenía pequeños defectos y manchas junto a la mesa del comedor, donde arrastrábamos las sillas. Reparé en que el embellecedor dorado y ovalado de la cerradura del piso mostraba feos arañazos. Y si el sol otoñal caía en un ángulo poco favorecer, veía lo sucias que estaban las ventanas. Cuando salía a la calle, rompía ramas de los árboles o me metía en la hierba húmeda que me llegaba hasta la cintura con la esperanza de llamar la atención de mi padre al regresar con la ropa mojada y rota.

Añoraba sus historias, añoraba que se sentara conmigo en la cama para contármelas con un brillo en la mirada. Que mi padre me contara historias era una tradición nuestra. Un ritual. Algo que nos unía. Esas historias reforzaban el vínculo invisible entre nosotros. Un vínculo que yo consideraba tan fuerte que nadie sería capaz de cortarlo. Sus historias me habían abierto mundos enteros que solo él y yo podíamos visitar. Accedíamos a ellos por puertas secretas de las que solo nosotros poseíamos la llave. Cuando mi padre entraba en mi habitación para contarme una nueva aventura, no podía estarse quieto, se frotaba las manos furtivamente e irradiaba un entusiasmo infantil que transmitía su impaciencia. Entonces cerrábamos la puerta para que mi madre no nos molestara, atenuábamos la luz y nos sumergíamos en nuevas esferas. Esa puerta cerrada le indicaba a mi madre que no debía entrar. Así sabía que estábamos embelesados contemplando cómo cobraban vida las criaturas y los personajes creados por él, cómo corrían aventuras. Yo deseaba recuperar a ese padre de antes, ese hombre risueño y soñador que irradiaba alegría de vivir. Mi orgulloso padre. El padre paciente, no el que apenas se daba cuenta de que yo estaba ahí, por mucho que me esforzara. No el que, aunque cogía a mi hermana en brazos y la acunaba, parecía soportar un tormento terrible por el hecho de mirarla.

También añoraba que Yasmin viniera a nuestro piso. Añoraba que asomara su melena rizada por mi puerta y entrara. Sin llamar, por supuesto, porque aquella también era su casa. Ella, igual que yo, había notado la transformación que sufría mi padre, y cada vez venía menos a vernos porque su actitud la hacía sentirse insegura.

—¿Qué es lo que le pasa? —me preguntó un día que se lo había cruzado por la escalera y él, apresurado, no le había dirigido la palabra.

Solo pude encogerme de hombros.

La noche después del pase de diapositivas, estaba tumbado en la cama cuando oí a mis padres

discutir como discuten los padres cuando no quieren que sus hijos se enteren. A puerta cerrada, con vehemencia pero al mismo tiempo conteniendo la voz. Pegué una oreja a la almohada y me tapé la otra con la manta, aunque de poco sirvió. Intenté concentrarme en las formas ingrávidas que producía la lámpara de lava de mi mesilla de noche; chocaban unas contra otras, se apretaban contra el cristal, se deshacían y volvían a formarse de nuevo. Pero las voces de mis padres seguían colándose por el resquicio de la puerta como un humo venenoso. Venían de la cocina y no había manera de ignorarlas.

—Lo habías prometido —decía mi madre.

—Lo sé.

—¿Tienes claro lo que habría ocurrido si la hubieran encontrado?

Silencio.

—¿Tienes claro que, de ser así, hoy no estaríamos aquí?

Silencio.

—Podríamos estar muertos, Brahim. Enterrados en cualquier campo, o en el fondo del mar, como tantos otros.

Seguía sin haber respuesta.

—¿Por qué la guardaste?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No. Fue hace diez años.

—Diez años en los que nos hemos construido una nueva vida. Una vida en común.

Silencio.

—Vinimos aquí para que nuestros hijos tuvieran una vida mejor, y tú pusiste eso en peligro.

—Por entonces aún no teníamos hijos.

—Pero sabías muy bien que algún día los tendríamos.

—¡Solo es una fotografía! —estalló mi padre. Su voz llegó con fuerza hasta mí.

—Es más que eso —replicó mi madre—. Quiero que te deshagas de ella. Aunque sea con diez años de retraso.

—Rana —dijo él—, aquí esa foto no le interesa a nadie.

—Me da igual lo que creas. —Mi madre estaba enfadada—. ¡Tírala a la basura de una vez!

—Esa foto significa algo para mí.

—¡Ya lo sé! —exclamó ella, furiosa—. Sé muy bien lo que significa para ti. ¡Y por eso quiero que te deshagas de ella! Ahora estás aquí, con nosotros. Eso debería significarlo todo para ti. —Al pronunciar esas últimas palabras, sollozó.

Entonces oí los pasos de mi madre en el pasillo. Pasó por delante de mi habitación para ir a su dormitorio y cerró la puerta.

Yo, bajo la manta, contuve el aliento. Noté que apretaba los dientes con fuerza. Me dolía la mandíbula. Intenté oír algo más, pero el piso se había quedado en silencio. Me destapé lentamente. Sin hacer ruido, bajé de la cama y abrí la puerta con cuidado. A mi izquierda, en la cocina, aún se veía la luz encendida. De manera que él seguía ahí. Desde el dormitorio no se oía nada. Me recogí las perneras del pijama para no tropezar ni resbalar con el dobladillo. De puntillas, crucé el pasillo hasta el salón.

No pensaba lo que estaba haciendo. El proyector seguía encima de la mesa, sumido en la oscuridad. La diapositiva, insertada en el lateral. La saqué con cuidado. En la penumbra solo se distinguían sombras borrosas, así que di media vuelta y regresé a mi habitación sin hacer ningún ruido.

Apenas un momento después, oí que mi padre salía de la cocina y contuve la respiración. Entonces percibí un crujido y me lo imaginé rebuscando entre las diapositivas esparcidas por la mesa. El ruido duró muy poco. Mi padre se acercó a mi habitación. Cerré los ojos, oí cómo abría la puerta y sentí su mirada posada en mí desde el vano.

—¿Samir? —susurró.

No reaccioné. Los latidos del corazón me cerraban la garganta mientras aferraba la diapositiva en mi puño cerrado, que había escondido bajo la almohada. Mi padre entró despacio en la habitación, oí su respiración cuando se inclinó sobre mí. Tras mis párpados se hizo entonces la oscuridad; había apagado la lámpara de la mesilla. Regresó a la puerta con paso pesado.

—Buenas noches, Samir —dijo, como si todavía estuviera despierto.

Así supe que lo sabía.

7

Nunca me habló de ello, nunca sacó el tema. Ni al día siguiente, ni en las semanas que vinieron después. Fue como si ese momento en que me descubrió pero no dijo nada nunca hubiera existido. Gracias a eso volvió a nacer en mí la sensación de que algo nos unía. Un secreto. Sin embargo, el estado de ánimo de mi padre apenas cambió, y cuanto más tiempo hacía que se comportaba de esa forma tan extraña, más sufría mi madre, por mucho que se esforzara en ocultarlo. Cuando tendía la ropa y veía que yo la observaba, intentaba silbar una canción alegre, algo que nunca hacía. Un día que mi padre acababa de salir de casa, entré en la cocina.

—¿Estás llorando? —pregunté.

—No —contestó mi madre, y sonrió—. Es que estoy cortando cebolla, ya lo ves.

—Hakim dice que cuando cortas cebolla hay que contener la respiración. Así no lloras.

—Pero no puedo contener la respiración para siempre, Samir.

Ver a mi padre tan raro resultaba doloroso, pero casi me dolía más ver a mi madre intentando ocultar el daño que le hacía su conducta. Pocas cosas había en el mundo más tristes que una sonrisa forzada. Tal vez la percepción de mi madre había cambiado de una forma similar a la mía, porque empezó a limpiar el piso a fondo todos los días, incluso en sitios que era imposible que se hubieran ensuciado. También cocinaba más de lo que conseguíamos comer. Después envolvía lo que sobraba en papel de aluminio y me enviaba a repartirlo entre amigos y vecinos. Cuando ella estaba agotada, era yo quien me encargaba de mi hermana. La acunaba en mis brazos y le cantaba canciones hasta que se dormía. A menudo, cuando regresaba al salón, descubría que también mi madre se había quedado dormida, hecha un ovillo como una niña pequeña en su lado del sofá, el izquierdo. Y si me acercaba a ella lo suficiente, veía el rastro de las lágrimas secas en sus mejillas.

Una vez, poco después de aquel mediodía en que Hakim me contó el chiste del sirio delante del televisor y estuvo comentando con mi padre el nuevo comienzo político del Líbano, sonó el teléfono en el pasillo. Era uno de esos viejos aparatos de disco, con un auricular pesado. El nuestro era verde menta. Como yo estaba cerca, descolgué.

—Samir El-Hourani, dígame —contesté, y esperé.

Nada.

—¿Diga? —pregunté, y me encogí de hombros mientras me volvía hacia mi padre, que me contemplaba extrañado.

La conexión era mala, había interferencias. Al otro lado de la línea se oyó una respiración, como si alguien tomara una bocanada de aire.

—¿Diga? —pregunté de nuevo.

La persona exhaló. De fondo se oía a alguien cantando, pero de pronto mi padre se acercó y me quitó el auricular.

—Brahim El-Hourani.

Lo observé y vi que entornaba los ojos. Después colgó.

—Se ha cortado la comunicación —dijo, escueto. Luego giró sobre sus talones, alcanzó su chaqueta del perchero, sacó unas monedas del bolsillo y las sopesó un instante en la palma de la mano para calcular cuánto sumaban.

—¿Vas a salir? —quise saber.

—Era tu abuela —dijo—. Tengo que devolverle la llamada.

—Entonces ¿para qué necesitas la chaqueta?

—Bajaré a la cabina telefónica.

—Pero si aquí tenemos teléfono —repliqué, e incluso se lo señalé, como si no lo supiera.

—Sí, Samir, pero llamar al Líbano es muy caro. He reunido calderilla a propósito para poder hablar con tu abuela. Desde la cabina.

Se arrodilló y se ató los cordones de los zapatos.

—¿Puedo ir contigo?

—No. Espera aquí. Seguro que tu madre vuelve de la compra dentro de nada. Quiero que la ayudes con las bolsas.

Y salió de casa.

Un par de días después volvió a sonar el teléfono. De nuevo contesté yo. De nuevo silencio en la línea. Solo esa respiración. Esta vez no se oía a nadie cantando. En lugar de eso, creí oír ruido de motores.

—¿Abuela? —pregunté rompiendo el silencio, pero no obtuve respuesta.

¿Sería la conexión aún peor al otro lado de la línea? Me quedé escuchando un rato más, hasta que colgaron. Luego le conté a mi padre que habían llamado y él volvió a salir de casa para bajar a la cabina telefónica. Antes de irse, sin embargo, se arrodilló ante mí en el pasillo, me puso las dos manos en los hombros y me miró fijamente a los ojos.

—Samir —dijo—, prométeme que no le contarás nada de esa llamada a tu madre.

—¿Por qué no?

—No quiero que se preocupe.

—Pero ¿no crees que, si la abuela está mal, querrá saberlo?

Entornó los ojos.

—Sí, pero ya conoces a tu madre. Se lo tomaría muy a pecho, y eso no sería bueno.

Me encogí de hombros.

—¿Me lo prometes?

—¿Solo a mamá?

—No se lo cuentes a nadie.

Lo prometí. Y mantuve mi promesa.

Creo que la abuela llamó una tercera vez. Mi padre descolgó el auricular, dijo su nombre, colgó enseguida y salió de casa. Esa vez sin chaqueta ni nada.

Fuera hacía cada vez más frío. Las hojas de los árboles cambiaban de color y sumían el barrio en una luz dorada y rojiza durante el crepúsculo, hasta que acabaron por volverse marrones y caer. Una calle a cámara rápida. El otoño vestía los árboles de tonos bonitos e incluso cambiaba el colorido de las personas. Me encantaba que el aire fresco lograra dibujar una sonrisa en sus mejillas rosadas como por arte de magia. Los adultos parecían más cercanos cuando, por ejemplo, rastrillaban las hojas de delante de los edificios de nuestra calle. También me encantaba alborotar de nuevo esos montones de hojas cuando nadie me veía, desde luego. Para mí, el otoño era una época de alegre expectación. Tan cerca del invierno y, por lo tanto, de esa primera nevada que esperábamos con tanto anhelo. Y me encantaban las nueces. No solo porque con ellas podían hacerse barquitos, sino también por lo buenas que estaban. Me parecía genial que oscureciera antes, porque así mi madre encendía velas y ponía la calefacción. El otoño, además, me gustaba porque me ofrecía una bella estampa que va ligada al recuerdo de mi madre: cuando se sentaba en el sofá, con una manta sobre las piernas y una taza de té caliente y humeante, a hojear catálogos en busca de inspiración para nuevos vestidos. Antes de pasar la página, siempre se llevaba el índice de la mano izquierda a los labios para humedecerlo. Creo que ella no se daba cuenta. Hasta que llegaba un buen día en el que por primera vez, al salir al aire libre, veías tu propio aliento.

Hacía dos meses que se había formado el nuevo Parlamento del Líbano y pronto quedó claro que Rafik Hariri, el primer ministro, no pensaba perder el tiempo. Los planes para la reconstrucción ya estaban definidos. Los sirios seguían en el país, por supuesto, y aunque ya estábamos a principios de noviembre, no parecían tener mucha prisa por retirarse. Solo la primera nevada seguía haciéndose esperar. De momento, la ropa para la nieve continuaba guardada en el armario. Ese 10 de noviembre de 1992 cumplí ocho años.

8

Unos días antes de mi cumpleaños, mi padre fue al polígono industrial de la ciudad con el coche. Allí estaba la carpintería donde trabajaba Hakim. Cuando regresó, sacó un grueso tablón del maletero. Era de un marrón más bien claro, pero aun así de una tonalidad bastante viva. Me planté junto a él y me lo quedé mirando. Llevaba guantes y chaqueta de abrigo, y una nubecilla de aliento escapó de su boca cuando tiró del tablón para sacarlo.

—Ven, huele esto —dijo, y lo sostuvo bajo mi nariz.

—No huelo nada.

—Exacto. Es madera de cedro seca.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Es un secreto —contestó, y me guiñó un ojo.

—¿De dónde la has sacado?

—La he encargado a través del taller de Hakim. El carpintero jefe conoce a un vendedor al por mayor. Aquí no es fácil conseguir madera de cedro.

—Creía que el cedro olía diferente.

Echó a andar con el tablón y señaló con la cabeza en dirección al cobertizo.

—Acompáñame —dijo.

Lo seguí, desbordado por la euforia que me provocaba el hecho de que, tras todas esas semanas, mi padre volviera a prestarme atención por fin. En el cobertizo, sacó una sierra pequeña de la caja de herramientas, apoyó el tablón en la pared y lo serró un poco.

—Huele ahora.

Un fuerte aroma balsámico a madera me subió por la nariz.

—Son los aceites esenciales que contiene la resina —explicó, y luego él mismo acercó la nariz al lugar del corte e inhaló.

—¿Qué vamos a hacer con el tablón?

—Nosotros nada. Pero yo sí, y a lo mejor te lo enseño cuando acabe.

—¿A lo mejor?

—A lo mejor.

Se levantó, me pasó la mano por el pelo, echó a andar y desapareció.

Se pasó todo el fin de semana siguiente metido en el cobertizo. También vi a Hakim entrar varias veces en la vieja construcción de madera, pasar un rato dentro y luego salir sacudiéndose

la ropa. Siempre le caían virutas de la camisa. Yasmin y yo nos quedábamos sentados en los escalones del portal, bien abrigados, vigilando el cobertizo llenos de intriga, mientras nuestro aliento se alejaba flotando en forma de nubecillas blancas.

A mi fiesta de cumpleaños acudieron muchos vecinos de la calle. En mi pastel había ocho velas encendidas, y todos me cantaron el *Sana Helwa ya Gameel*, la versión árabe del *Cumpleaños feliz*. Soplé las velas, las apagué todas de una vez y los invitados aplaudieron. También me hicieron unos regalos geniales. Khalil, el que había ayudado a mi padre a instalar la parabólica en el tejado el día que nos mudamos, me regaló un diábolo. Yo lo había visto practicar con él muchas veces en nuestra calle: mantenía el cono doble en equilibrio sobre ese cordón que iba de un palo a otro, y conseguía auténticas proezas. Casi como en el circo. Hakim me había construido un trineo de madera. Uno precioso de verdad, con asideros curvos. Desprendía un intenso aroma a taller y a cera.

—Pronto llegará la nieve —dijo—, solo se está haciendo de rogar un poco más.

Yasmin se animó a darme incluso un beso en la mejilla, aunque yo enseguida me lo limpié con el dorso de la mano, algo avergonzado. Mis padres estuvieron todo el día esforzándose por que los invitados no notaran el ambiente enrarecido de las últimas semanas. Casi se los veía torpes intentando dar la imagen de un equipo bien avenido mientras servían bebidas o ponían la mesa, cuando en realidad no hacían más que estorbarse el uno al otro y hasta chocar entre sí. Cualquiera que los observara con más atención podía darse perfecta cuenta de que agachaban la cabeza al pasar uno junto al otro, hablaban con los invitados por separado y no se miraban a los ojos.

Por la noche, Yasmin y yo salimos a probar el diábolo. La calle estaba desierta frente a nuestro edificio. Hacía tanto frío que no era fácil sostener los palos con firmeza. Aun así, estábamos demasiado fascinados para entrar a buscar unos guantes. No hacíamos más que lanzar al aire el doble cono de goma para luego atraparlo con el cordón, siempre calculando quién de los dos conseguía llegar más alto y quién mantenerlo más rato en equilibrio.

Pronto cayó la niebla nocturna de noviembre, que envolvió la calle y también a nosotros con su manto gris y difuminó la luz de las farolas. Se arrastraba desde el descampado cercano y recorría los callejones del barrio, se posaba sobre los tejados y hacía desaparecer las casas entre sus vapores. Las ventanas iluminadas parecían ojos de mirada funesta. En un momento dado, Hakim asomó la cabeza desde su piso y llamó a Yasmin. Se había hecho tarde. Ella me miró con las mejillas coloradas y los ojos vidriosos a causa del frío.

—Espero que te lo hayas pasado bien en tu cumpleaños —dijo, y me devolvió los palos.

Asentí. Yasmin dio media vuelta y desapareció en la niebla, y durante unos segundos solo oí

sus pasos y el posterior golpe de la puerta del edificio al cerrarse. Me quedé un rato inmóvil ahí fuera. A mi alrededor, el silencio y una extraña sensación de soledad impenetrable. Entonces miré hacia arriba y vi que también en la ventana de nuestro salón había luz, pero la verdad era que no me apetecía subir.

En mi mesilla de noche encontré un regalito. Lo vi nada más entrar en la habitación. Estaba junto a la lámpara de lava, que estaba encendida, envuelto en papel azul oscuro y atado con una cinta dorada. Oí a mi madre fregando en la cocina, los platos que entrechocaban. Del salón me llegaba el sonido de la tele. Al entrar en casa había visto luces de colores deslizándose por el suelo del pasillo y había oído la sintonía de Al Jadeed TV; mi padre debía de estar viendo las noticias. Me quité la chaqueta y los zapatos en el pasillo y dejé el diábolo en un rincón.

No tenía muchas ganas de ir al salón. Temía que mi padre volviera a no hacerme caso o, peor aún, que otra vez me mirara fijamente, como si pudiera desvanecerme en cualquier momento y por eso tuviera que grabarse mis rasgos a toda costa. De modo que me metí en mi cuarto sin hacer ruido y allí descubrí el regalo. Pesaba muchísimo para el tamaño que tenía. Cuando abrí el papel, me encontré con una cajita en las manos. Era de madera. Su tono marrón claro estaba atravesado por finísimas vetas de un castaño más oscuro que se ramificaban por los laterales como ríos o venas. La giré y le di vueltas en las manos para contemplarla por todas partes. Estaba muy bien pulida, no se notaba ninguna irregularidad al pasar el dedo por los cantos. No era grande, pero desprendía un olor a madera de cedro tan intenso que tuve que tragar saliva y casi retrocedí asombrado. Imaginé a mi padre en el cobertizo, fabricándola para mí. Había serrado el tablón, tallado y lijado la madera hasta obtener la forma deseada, luego la había pulido y, mientras tanto, habría pensado en cómo tocaría yo su creación. Sentí que se me saltaban las lágrimas, pero luché por contenerlas. Tiré de la tapa hacia atrás para abrirla. Estaba vacía. El hueco del interior tenía unos dos dedos de ancho, puede que un meñique de largo, y no era demasiado profundo. Mi madre tenía una cajita parecida a esa, forrada de tela, donde guardaba los pendientes. Yo, en cambio, no tenía pendientes, y en aquel instante no se me ocurrió ningún objeto que pudiera meter allí dentro.

—¿Te gusta? —Mi padre estaba en la puerta, mirándome.

Llevaba un jersey azul oscuro de cuello alto que le cubría casi toda la garganta y parecía cómodo y caliente. Me habría gustado correr hacia él y apretar la cara contra su barriga, pero no me atreví.

—No sabía si te gustaría —dijo.

—Es preciosa.

—Me alegro.

—Aún no sé qué guardaré dentro.

—Estoy seguro de que algo se te ocurrirá.

Asentí sin decir nada.

—¿Puedo pasar?

Volví a asentir sin apartar la mirada de la cajita. Mi padre entró en la habitación y la observó en detalle. Sus ojos pasaron por mi escritorio, en el que había un ciclamen mustio, y luego por la pequeña estantería donde tenía unos cuantos libros y figuritas. Contempló la habitación como si por primera vez la viera de verdad. Yo lo miraba con inseguridad. No sabía qué quería de mí. Las últimas semanas me habían afectado y seguía sin entender su actitud, de modo que me quedé allí sentado con la cajita en la mano.

—Cuando era un poco más mayor que tú ahora —dijo de repente, y señaló mis manos—, también tuve una como esa. —Se acarició la barba.

—¿De verdad? ¿Y qué guardabas en la tuya?

—Antes escribía historias —contestó, y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué clase de historias?

—Historias inventadas.

—¿Sobre qué?

—Sobre toda clase de cosas. No eran especialmente buenas, así que nunca se las enseñé a nadie.

—¿Y eso era lo que guardabas en tu cajita?

—Sí. Aunque era un poco más grande que la tuya. —Sonrió y me miró—. Siempre va bien tener un lugar para guardar tus secretos.

Entonces se acercó mucho a mí, tanto que percibí su característico aroma. Cómo me habría gustado apoyar la cabeza en él… Pero me quedé sentado, inmóvil.

—¿Algún día volverás a contarme alguna historia?

Mi padre vaciló un momento.

—Sí, claro —contestó después.

—¿Una de Abu Youssef? —Lo miré de reojo mientras por dentro pedía que dijera que sí.

—¿Una nueva aventura de Abu Youssef?

—Eso estaría muy bien —dije, aunque con mi respuesta me quedaba cortísimo.

Abu Youssef era un personaje que mi padre había inventado para mí. Hacía muchos años que me contaba aventuras siempre nuevas de las descabelladas andanzas de nuestro héroe, Abu Youssef, un libanés estrafalario que vivía de forma humilde pero era muy querido por los habitantes de su pequeño pueblo de las montañas, ya que le encantaba reunir a sus amigos y celebrar fiestas. Poseía un dromedario parlante que se llamaba Amir. *Amir* significa «príncipe», por lo que el dromedario quería que se dirigieran a él como «alteza». Abu Youssef adoraba a Amir, y todos los días al anochecer le cepillaba el pelaje. Para comer, incluso le permitía entrar en la casa y sentarse a la mesa, pues tenía muy buenos modales. Lo que más le gustaba a Amir

era el pastel de manzana. Juntos vivían incontables aventuras en las que ponían fin a las fechorías de temibles malhechores o socorrían a grandes reyes cuando sus consejos de sabios ya no sabían qué más hacer. Abu Youssef era un hombre muy respetado en todas partes. Sin embargo, había algo que ni siquiera Amir sabía, y era que Abu Youssef ocultaba un secreto: era muy, pero que muy rico, puesto que poseía un enorme tesoro. Lo único que se sabía al respecto eran los rumores que el viento llevaba a veces desde los pueblos de las montañas hasta las ciudades, donde se arremolinaban en las columnas de las plazas más importantes, antes de que la gente los extendiera susurrándolos por lo bajo en mercados y establecimientos. Desde el sencillo tejedor de alfombras del bazar hasta el jeque saudí más rico en su ático de Beirut, todos contaban historias del tesoro de Abu Youssef, aunque muchos las desdeñaban por considerarlas meras invenciones, ya que Abu Youssef vivía en unas condiciones muy humildes en su pueblo, donde, si no había ninguna nueva aventura que se lo impidiera, se dedicaba a agasajar a sus amigos. Yo lo imaginaba como un simpático anciano con una larga barba gris, rodeado de niños con quienes compartía su sabiduría, pero también recorriendo el país entero a lomos de su dromedario para afrontar siempre nuevos peligros.

Mi padre ladeó la cabeza y me miró con insistencia.

—¿No empiezas a ser un poco mayor para las aventuras de Abu Youssef?

—Nunca seré demasiado mayor para tus historias.

Estalló en carcajadas, y de repente él mismo pareció tan sorprendido que tuvo que carraspear.

—¿Cuándo? —pregunté yo.

—Pronto.

—¿Cómo de pronto?

—Muy pronto. Ya tengo una historia en la cabeza.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿De verdad?

—Claro que sí. ¿Acaso te mentiría yo?

Al imaginar que volvería a tenerlo sentado en el borde de la cama contándome una historia de Abu Youssef, tuve que contener las lágrimas de nuevo.

Entonces sentí su brazo sobre los hombros. No fue más que un momento fugaz de intimidad, pero si hubiera podido desear un superpoder, habría sido el de detener el tiempo. Las pequeñas gotas de agua que la niebla lanzaba contra la ventana nunca habrían resbalado cristal abajo. Las formas de la lámpara de lava se habrían quedado petrificadas para siempre. Las diminutas motas de polvo del ambiente se habrían congelado en mitad de su danza errática. La hoja seca que estaba a punto de caer del ciclamen de mi escritorio habría quedado suspendida verticalmente en el aire. Y la sonrisa de asombro que elevó las comisuras de mis labios no se habría disipado jamás, porque su brazo seguiría aún sobre mis hombros. Pero no tenía ese superpoder.

Ninguno de los dos dijo nada. Yo seguí allí sentado, disfrutando del gesto de mi padre, del peso de su brazo y de su lento abrazo. Después, ambos exhalamos a la vez. Fue entonces cuando reparamos en que mi madre también había entrado en la habitación. Llevaba la blusa mojada en varios puntos, le caía un mechón húmedo en la cara y sonreía con cansancio. Escondí la cajita bajo las sábanas porque no sabía si mi padre quería que fuese un secreto nuestro. Yo, en cualquier caso, sí. Si mi madre llegó a verla, no comentó nada. Mi padre apartó el brazo de mi hombro poco a poco.

—¿Te lo has pasado bien en tu cumpleaños? —preguntó mi madre.

—Sí, mucho.

—¿Y el diábolo? ¿Te ha gustado?

Sonreí con timidez.

—Sí, y se me da bastante bien.

—Ya lo creo.

—Ha sido bonito tener a tantos invitados. Me caen bien nuestros vecinos.

—Y tú a ellos. Han disfrutado mucho.

—Me gusta Khalil. Es muy simpático y me da buenos consejos.

—Ese joven puede enseñarte mucho, sin duda —coincidió mi padre conmigo.

Asentí con cierta vacilación mientras recordaba esa tarde: el salón repleto de gente, los invitados charlando en árabe y el indispensable narguile pasando de unos a otros tras el café. Incluse recordé el paquete amarillo de Chiclets del que iban sacando pastillas para quitarse después el sabor del humo. Y mi anhelo por sentir de una vez por todas que yo también era uno de ellos. No quería ser solo un hijo de padres libaneses nacido en Alemania; quería ver el Líbano, quería vivir allí, rodeado de personas que enfatizaban cada una de sus palabras con gestos impulsivos y ampulosos, que comían con los dedos, que se dirigían a todo el que tenían cerca con un *habibi* o un *habibti*, que hablaban esa lengua maravillosa. En mi interior nació una pregunta que ansié pronunciar en voz alta, aunque no estaba seguro de que fuera el momento adecuado.

—¿Va todo bien? —dijo mi madre.

Reuní todo mi valor.

—¿Volveremos a vivir en el Líbano algún día?

Era evidente que mi madre no se lo esperaba. Apartó los ojos de mí para mirar a mi padre con cierto temor.

—No —dijo ella.

—Puede —dijo él.

Habían contestado a la vez.

Más tarde, cuando hacía ya rato que había apagado la lámpara de lava y mi habitación estaba a oscuras, desperté de un sueño intranquilo. Dejé colgar el brazo por fuera de la cama y palpé el suelo hasta dar con la botella de agua. Bebí a grandes tragos, con mucha sed. Mi sueño se desvanecía como la tinta mágica, apenas lograba recordar ya algún detalle. El piso estaba en silencio, solo se oía el tenue rumor del viejo calentador de agua que había en la cocina, encima del fregadero. Seguí el cable de la lámpara con el dedo hasta encontrar el interruptor. Me froté los ojos, cansado, y mi mirada se topó con la cajita de madera en la mesilla de noche. Estaba abierta, así que vi ese hueco que me había parecido tan pequeño. Como mucho, podría contener una llave. Pero ¿de qué puerta? La tomé en la mano, le di vueltas, la palpé, y al visualizar de nuevo a mi padre en el cobertizo, fabricando mi regalo bajo la escasa luz que entraba por la ventanita, fue como si oyera su voz: «Siempre va bien tener un lugar para guardar tus secretos».

Aparté las mantas y me levanté de la cama. La lámpara apenas iluminaba la habitación con un brillo débil, pero yo habría encontrado mi camino hasta dormido. Me acerqué a la estantería y saqué el libro más grueso: *Las mil y una noches*. Siempre me habían fascinado los cuentos que Sherezade le contaba al sultán Shahriar para seguir con vida. Ese libro era el tesoro más valioso de mi estantería, y lo agité con cuidado hasta que de dentro cayó el pequeño objeto que había escondido entre sus páginas. Lo recogí, devolví el libro a su sitio y regresé a la cama.

La diapositiva cabía a la perfección en el hueco de la cajita. Era como si la hubieran fabricado expresamente para eso.

9

Mi expectación crecía día a día. Estaba impaciente por sumergirme de nuevo en el mundo mágico de Abu Youssef y Amir. Un mundo lleno de héroes y bellacos, de coloridos ropajes y gloriosas aventuras. Recordaba sus anteriores andanzas. Por ejemplo, una vez que Abu Youssef tuvo que rescatar a Amir del tratante de animales Ishaq Caralagarto. Ishaq había secuestrado a Amir y amenazaba con vender al dromedario parlante a un circo de París. Ishaq era un enemigo temible que tenía esclavizados a varios animales con talentos excepcionales. Entre otros, a un rinoceronte obeso que era imbatible jugando a las cartas. Cuando había luna llena, el tratante se transformaba en un lagarto de ojos verdes con un caparazón de escamas negro e impenetrable. Abu Youssef consiguió rescatar a Amir gracias a una astuta argucia: el único punto débil de Ishaq era su miedo al fuego. Así pues, tras perseguir al hombre lagarto por el mar embravecido hasta París, donde pretendía negociar el precio de su extraordinaria mercancía con el director del circo, el héroe lo retó a un duelo en el Arco de Triunfo bajo la luna llena, y Abu Youssef ganó al arrojar a Ishaq al pequeño hoyo de la tumba del Soldado Desconocido, donde ardía la llama eterna.

Supongo que todos los hijos quieren a sus padres, pero yo veneraba al mío, porque casi siempre me permitía participar de sus fascinantes locuras. Porque me llevaba consigo a esos mundos maravillosos que creaba en su cabeza. Porque me embriagaba con sus palabras. Y, además, me había hecho prometerle otra cosa: que no le contaría a mi madre de qué trataban sus historias.

—Si se entera de que te hablo de hombres que se transforman en lagartos cuando hay luna llena, tendré problemas —me dijo guiñando un ojo.

Por supuesto, yo asentí con entusiasmo y prometí guardar nuestro secreto.

También Yasmin conocía al legendario Abu Youssef, por eso sintió envidia cuando le dije que mi padre pronto me regalaría un nuevo episodio.

—¿Y luego tú me lo contarás a mí? —preguntó con unos ojos que destellaban como la superficie del agua cuando refleja la luz.

Era una tradición solo nuestra. Mi padre me contaba a mí una historia y después yo se la transmitía a Yasmin. Por aquel entonces me sentía orgulloso de ser también un cuentacuentos, y disfrutaba mucho de esos momentos en que Yasmin escuchaba mientras yo repetía las palabras

de mi padre. Cómo cerraba los ojos, con qué interés seguía la historia… Casi podía ver esos mundos maravillosos cobrando forma en el interior de su cabeza. Cuando montábamos nuestro teatro particular, Yasmin era tanto el público como los focos y el escenario. Por entonces yo no tenía todavía historias propias, solo mi voz, mi cuerpo, así que aquel chiquillo se plantaba delante de la muchacha y gesticulaba con los brazos para representar el viento que le soplaba a Abu Youssef en la cara, o daba saltitos de puntillas para mostrar cómo se acercaba sigilosamente a su enemigo. Susurraba cuando Abu Youssef susurraba y gritaba cuando Abu Youssef gritaba. A Yasmin le encantaba, y para mí no había nada más bonito que su risa entusiasmada y su aplauso al terminar.

Pocos días después de mi cumpleaños cayó la primera nevada. Como algodones precipitándose desde el cielo, los copos de nieve se posaron en los árboles pelados y en los tejados de las casas, y transformaron el mundo en una maravilla resplandeciente. Desperté con el ruido de las palas que retiraban la nieve del asfalto y enseguida me incorporé en la cama. Por la ventana vi a Hakim allí abajo, despejando la acera con las orejas coloradas. Al verme, me saludó con la mano.

—¿No te dije que pronto nevaría? —exclamó riendo, y yo reí con él.

Por la noche se habían formado flores de escarcha en la ventana. Eran las que más me gustaban porque, para empezar, no había que regarlas.

Esa tarde, Hakim nos llevó a Yasmin y a mí a la colina más cercana a probar mi trineo. Nos sentamos uno detrás del otro en la plataforma, y Hakim tiró de nosotros entre resuellos para arrastrarnos por la nieve. Mi padre no nos acompañó. A esas alturas casi me había acostumbrado a que estuviera tan raro. El día después de hacerme su promesa, ya volvía a andar intranquilo de aquí para allá, como si estuviera en una jaula. Poco antes había sonado el teléfono y había contestado mi madre, que repitió «¿Diga?» varias veces y luego colgó. Como una media hora después, mi padre salió de casa con discreción. Yo sabía que iba a llamar a la abuela, pero contuve el impulso de decirle a mi madre que no se preocupara.

De todos modos, tampoco tenía tiempo para entretenerme con eso. La nieve, después de tanto esperar, había llegado al fin. Cuando bajé con mi mono de esquí, Yasmin ya estaba esperando ante el edificio con su gorro rojo de lana, guantes y una bola de nieve recién hecha en las manos, retándome con la mirada. Nos sentamos en mi trineo nuevo, le pedimos a Hakim que tirara más deprisa y no pudimos contener las carcajadas cuando de pronto se puso a relinchar como un caballo. Después estuvimos lanzándonos cuesta abajo una y otra vez hasta que perdimos la noción del tiempo. Hacía un día claro, frío y llenaban el aire los gritos de alegría. Teníamos las mejillas rosadas, las pestañas heladas. Nos moqueaba la nariz, pero no nos dábamos ni cuenta. Había llegado el invierno, la estación más familiar. El olor a fría humedad y hojas muertas dejó

paso al de la canela y las mandarinas. El aroma a fuego de chimenea y clavo de especia remplazó el de las castañas y la tierra mojada. Dejábamos huellas en la nieve al caminar. Éramos felices.

Debieron de pasar horas, porque en cierto momento nos dimos cuenta de que estaba oscureciendo.

—Basta por hoy —anunció Hakim con los ojos brillantes a causa del frío—, que el invierno es largo. La próxima vez saldremos en coche y buscaremos una pendiente más alta.

Protestamos solo un poco porque ya sentíamos un cansancio agradable. Si Hakim también lo había notado, no nos lo hizo saber. Se limitó a relinchar de buena gana y a piafar con los talones en la nieve mientras nos llevaba de vuelta.

Cuando llegamos, la escalera entera olía a ponche casero. Yasmin y yo entramos en nuestro piso a la vez, empujándonos, y enseguida nos deshicimos de los guantes y los gorros y nos quitamos los monos de esquí. Mi madre ya nos estaba esperando con dos tazas humeantes.

—Pero si estáis helados —constató mientras nos pasaba la mano por las mejillas.

Sí que lo estábamos, por eso aferramos las tazas con más fuerza aún. Hakim cerró la puerta tras nosotros y se arrodilló un momento para recoger los guantes y los gorros que habíamos dejado tirados en el suelo sin ningún cuidado.

—Dales a estos dos un trineo y una cuesta, y no solo se olvidan del tiempo, sino también de los buenos modales.

Mi madre le sonrió con gratitud, se hizo cargo de la ropa de abrigo y también a él le puso una taza en la mano. Hakim se la acercó a la fría mejilla con los ojos cerrados. Después entró en la cocina con nosotros.

—¿Dónde está Brahim? —preguntó, y asomó la cabeza hacia el salón, buscándolo.

—Todavía no ha vuelto —dijo mi madre.

—¿Cuándo ha salido?

—Esta mañana.

Hakim levantó las cejas y miró el reloj que había sobre la puerta de la cocina. Marcaba algo más de las seis. Mi padre llevaba fuera más de siete horas.

—¿Sabes adónde iba?

—No. —Mi madre suspiró.

Hakim se sentó y arrugó la frente. Ya había oscurecido del todo.

Mi madre se volvió hacia nosotros.

—Explicadme cómo ha ido —pidió, y le apartó un rizo de la cara a Yasmin cuando esta se inclinó sobre la taza.

Le hablamos entusiasmados de los incontables viajes colina abajo, intentando superar siempre el relato del otro en cuanto a velocidad y a caídas espectaculares en la gruesa capa de nieve.

También le contamos que Hakim había sido nuestro caballo de tiro, cosa que hizo reír incluso a mi madre. Cuando reía, estaba guapa de verdad.

Nos pasamos más de una hora en la cocina, bebiendo ponche y cenando. Después nos trasladamos al salón. Yasmin y Hakim bajaron un momento a su piso para poco después regresar con unos jerséis más cómodos, así que acabamos los cuatro sentados en el sofá, bien juntos, con el aire de la calefacción a la espalda y una manta suave calentándonos las piernas. Yasmin y yo fuimos a buscar papel para escribir la carta de lo que queríamos por Navidad. Yo pedí una bicicleta, Yasmin una mochila nueva para el colegio. Hakim le preguntó a mi madre por sus encargos de costura y sus nuevas ideas. Tenía en el regazo la libreta de sus diseños e iba pasando los dedos por las páginas como si así pudiera palpar la calidad de las telas. Ella, con los dibujos delante, fue explicándole pacientemente los diferentes pasos de su trabajo y le habló de un mercadillo navideño de la ciudad en el que quería conseguir telas a buen precio. Hakim conocía ese mercadillo: su jefe de la carpintería le había preguntado si quería fabricar algunas figuritas navideñas de madera para venderlas allí, o si, al ser musulmán, prefería no hacerlo. Hakim no tenía ningún problema en fabricarlas, desde luego.

Por eso no oímos a mi padre cuando entró. No sé cuánto tiempo llevaría allí de pie antes de que nos fijáramos en él. Mi madre se sobresaltó y se estremeció, como si le hubiera pasado la corriente. Hakim levantó la mirada y tiró al suelo la libreta sin querer. Yasmin se agarró a mi brazo. Mi padre estaba en la puerta, mirándonos como si fuéramos fantasmas. Llevaba toda la ropa mojada y arrugada, y tenía el rostro tan gris como una mañana de noviembre. Por un instante pareció que alguien hubiera detenido el tiempo. Del pelo y la barba le caían gotas de agua, que ya habían formado un pequeño charco a sus pies, en el parquet. Entonces cerró los párpados con fuerza, alzó las manos y se apretó las sienes con las muñecas, como si lo destrozara el dolor o no soportara vernos. Como si esperara que, al abrir los ojos de nuevo, hubiésemos desaparecido. Pero allí seguíamos, sentados, inmóviles, devolviéndole la mirada. Dejó caer las manos y dio media vuelta. Pocos segundos después oímos que se encerraba en el cuarto de baño.

Una vez, cuando era más pequeño todavía —puede que tuviera tres o cuatro años—, casi me ahogué. Fue un verano. Por nuestra ciudad pasaba un pequeño río con verdes orillas a las que la gente iba a pasear en cuanto el tiempo dejaba de ser tan frío. Si hacía sol, las parejitas retozaban en una manta y se daban crema en la espalda el uno al otro, comían fresas mientras coqueteaban o se lanzaban miraditas subidas de tono. Había también jóvenes con radiocasetes atronadores que metían botellas de cerveza en el agua para enfriarlas; niños de pañales que recorrían la hierba con sus pasitos torpes mientras a su alrededor jugueteaban perros que meneaban la cola; chicos que jugaban al fútbol en bañador y se disculpaban con una sonrisa cuando chutaban el balón en

dirección a alguna de las chicas que, sin mostrar el menor interés, tomaban el sol en biquini junto al terreno de juego; viejos que en vano silbaban para llamar a sus mascotas cuando los animales no podían resistirse a la perspectiva de un baño refrescante y, de vuelta en la orilla, se sacudían el agua del pelaje formando pequeños arcoíris. Fue uno de esos días. El sol se reflejaba en el agua de tal manera que la superficie parecía un escaparate repleto de diamantes.

Habíamos llegado algo tarde. Los mejores sitios de la orilla, donde el agua era poco profunda y perfecta para darse un breve chapuzón, ya estaban ocupados, de modo que caminamos río arriba y encontramos un lugar donde la hierba todavía no estaba demasiado aplastada por las toallas. Allí extendimos nuestra manta. Mi padre preparó el carbón y encendió un fuego, mi madre cortó zanahorias y pepinos, y yo me metí en el agua. No lo recuerdo muy bien, pero sé que estaba muy fría y que enseguida me rodeó por completo. La corriente me arrastró. En mi memoria, mi madre exclama el nombre de mi padre, pero es posible que me lo haya inventado. En todo caso, vi que él saltaba al agua vestido de arriba abajo y echaba a nadar tras de mí con poderosas brazadas. Intentó alcanzarme varias veces sin conseguirlo, hasta que por fin me agarró y me apretó contra él mientras con el brazo libre nos llevaba despacio de vuelta a la orilla. Mi madre, descompuesta, me cogió en brazos y me secó. Y estando allí sentado, envuelto en la toalla, miré a mi padre, que seguía de pie al sol, chorreando agua. También en aquella ocasión le caían gotas de la ropa y la barba. Su mirada, sin embargo, era diferente. Aquel día sonreía.

Mi padre tardó una hora en salir del cuarto de baño. Hakim y Yasmin ya se habían marchado. Yo estaba sentado delante de la puerta, escuchando el rumor amortiguado de la ducha. Mi madre recorría el pasillo inquieta. Se había atado a toda prisa el cinturón de su chaqueta de lana roja y no hacía más que pasarse la mano por el pelo. En cierto momento me ordenó que me levantara del suelo y me fuera a mi cuarto, así que, una vez allí, pegué la oreja a la pared, pero no oía nada. Estaba desconcertado, tenía miedo. Jamás había visto a mi padre en ese estado. Tan vulnerable, tan asustado, tan herido. Como si hubiese tenido que recurrir a todas su fuerzas para escapar de la oscuridad de una cámara de tortura. Como si unos espíritus lo hubiesen perseguido por la nieve y solo en el último momento hubiese logrado quitárselos de encima. Me preguntaba qué terrible noticia podían haberle dado por teléfono para que hubiera regresado a casa de esa manera. Mi fantasía desbordante me hacía imaginar cosas terribles relacionadas con mi abuela en el Líbano. Tal vez le había confesado que estaba ya muy mal y no sabía si podrían volver a hablar por teléfono. Me imaginé lo triste que habría puesto eso a mi padre, cómo habría soltado el auricular y se habría derrumbado despacio en la cabina telefónica para luego echar a andar sin rumbo, vagando tambaleante por la noche invernal.

Allí de pie, con la oreja pegada a la pared, me di cuenta de que estaba temblando. Tenía la piel

de gallina por todo el cuerpo. Deseé que aquello terminara de una vez. Que mi padre saliera del baño y nos abrazara a mí y a mi madre, nos diera un beso en la frente y nos dijera que se había acabado su extraña conducta. Que se disculpara por hacernos tanto daño.

La puerta del baño se abrió poco después. Oí que mi madre le decía algo que no entendí, pero reprimí el impulso de salir corriendo al pasillo. Quería que mi padre viniera a mi habitación. Quería que viera lo mucho que me había asustado y que se sentara a mi lado, que hablara conmigo y me explicara lo que ocurría. Me tumbé en la cama y me quedé mirando el tirador de la puerta con la esperanza de verlo moverse y que mi padre entrara a verme. En tal caso, me habría vuelto deprisa hacia un lado, de cara a la pared, para que solo pudiera ver mi espalda y, así, tal vez me preguntara cómo estaba. Pero no entró. Oí los pasos de ambos en el pasillo, yéndose juntos a su dormitorio, donde volví a oír hablar a mi madre. Parecía muy enfadada. Poco después, la puerta de su habitación se abrió y mi padre salió, pero ella se quedó dentro.

Esta vez la tentación fue demasiado grande. Salí de mi cuarto y le tiré de la manga. Se había puesto unos pantalones marrones y una camisa de cuadros, y olía a jabón y champú.

—¿Es que la abuela no está bien? —pregunté en un susurro, para que no me oyera mi madre.

Él se me quitó de encima.

—Ahora no, Samir. Ahora no…

Yo no me rendí. Volví a agarrarlo.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, Samir, que me he caído. No es nada grave.

Dio un par de pasos, pero yo no le soltaba la manga.

—Pues lo parecía.

—Oye, *habibi*, ahora quiero que te vayas a tu cuarto. Acuéstate en la cama.

—¿Por qué?

Yo estaba furioso. Luchaba por contener las lágrimas. Estaba harto de todo aquello, harto de tener que adivinar qué se proponía con esa conducta. Quería que cambiara, y de inmediato.

Mi padre parpadeó nervioso, pero su voz sonó tranquila, casi cariñosa:

—Porque así luego iré a verte y te contaré una historia.

De pie frente a la luz del pasillo, parecía una columna de un teatro, medio en sombra, iluminado solo por un tenue semicírculo.

—¿De Abu Youssef?

—Sí, ya la tengo lista.

Por primera vez me miró a los ojos. Fue una mirada insondable, suspendida en algún punto entre un agotamiento enorme y la determinación. Entonces apartó la cabeza.

—¿Y no puedes contármela ya?

—Luego. Primero tengo que encargarme de una cosa, Samir.

—¿De qué?

—Quiero ir a ver a Hakim. Para decirle que no tiene por qué preocuparse, y para disculparme si le he asustado.

Asentí. Hakim y Yasmin se habían ido a su casa desconcertados. Ella de la mano de su padre, pero volviéndose para mirarme a mí una y otra vez.

Yo, de todos modos, seguía sin soltar la camisa de mi padre y no apartaba los ojos de él.

—Pero volverás, ¿verdad?

Inspiró profundamente.

—Sí, Samir. Solo bajo un momento a casa de Hakim, luego iré a tu cuarto.

Le solté la manga.

—¿Puedo ir contigo?

—No. No tardaré mucho.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Prepárate para esa historia. Trata del tesoro de Abu Youssef.

—¿De su secreto?

—Sí, de su secreto. —Tragó saliva—. Vete a tu cuarto y espérame allí. Enseguida vuelvo.

Así que obedecí. Poco después oí que la puerta del piso se abría y se cerraba otra vez, pero ni por un momento se me ocurrió dejarlo ir solo. Esta vez no quería perderlo de vista. En el fondo sabía que esa fantasía mía de que lo perseguían figuras tenebrosas no era cierta, pero si lo fuera, tal vez estarían esperándolo ahí fuera. Seguramente lo habrían acechado hasta nuestra escalera, donde se habrían escondido en un rincón al que no llegara la luz. Y si estaban esperándolo allí, necesitaría mi ayuda, de modo que decidí seguirlo sin que se diera cuenta.

En cuanto mi padre desapareció, me puse las zapatillas de estar por casa y abrí la puerta del piso, aunque solo un resquicio. Alcancé a verlo en el rellano de la escalera, doblando la esquina, y salí a hurtadillas tras él. Unos metros después, me detuve y apoyé la espalda contra el viejo papel pintado. Todavía se oían sus pasos. Conté los escalones que bajaba y me extrañó. Eran demasiados. Había pasado de largo por la puerta de Hakim, y eso significaba que me había mentido. Sentí que el corazón me palpitaba con fuerza y por un instante temí que sus impetuosos latidos pudieran delatarme. Pero no había tiempo que perder, debía seguirlo antes de que se esfumara; esta vez quería estar a su lado si le ocurría algo. Me asomé por la esquina para asegurarme de que allí no había nadie, después corrí de puntillas siguiendo los crujidos de sus pasos. No me atrevía a respirar, todavía tenía el corazón desbocado. En cierto momento creí haberlo perdido, porque de repente dejé de oírlo. Me encontraba ante la puerta del edificio, pero estaba cerrada con llave. Había llegado a la planta baja. Solo quedaba otra escalera, la que conducía al sótano, pero allí no se veía ninguna luz. Ni siquiera había bombilla. Sin embargo, de

pronto oí un ruido. Un chirrido largo, como un frenazo sobre mojado. Conocía ese sonido. Lo había oído muchas veces durante la mudanza. Mi padre había abierto la puerta del sótano.

En ese momento pensé en Yasmin y en nuestras expediciones por el antiguo complejo de viviendas. En cómo habíamos recorrido el laberinto encantado de sus pasillos siguiendo los ruidos extraños que salían de las paredes. Deseé que estuviera conmigo. Las misiones encubiertas se le daban mucho mejor a ella que a mí. Seguir a mi padre por el sótano era imposible; en cuanto abriera la puerta, me descubriría. Querría hablar conmigo y me preguntaría por qué lo había seguido, por qué desconfiaba de él. Y como castigo, puede que no me contara la historia. No merecía la pena. Además, tampoco es que tuviera unas ganas locas de meterme en ese sótano oscuro y húmedo, con un suelo hecho de losas de piedra sueltas que se movían cuando las pisabas y en las que era fácil torcerse un tobillo. Miré a mi alrededor sin saber qué hacer. ¿Adónde podía ir? ¿De vuelta arriba, hasta que lo oyera subir? Pero ¿y si luego salía por la puerta del edificio? Yo no llevaba chaqueta, así que sería una locura seguirlo al exterior. ¿Debía subir corriendo a abrigarme? ¿Y si, en ese rato, él salía del sótano? ¿Y si mi madre me veía y me retenía? ¿Qué estaría buscando mi padre ahí abajo? Que yo supiera, allí solo había cajas de cartón dobladas de las mudanzas y un par más pequeñas con objetos poco útiles que no necesitábamos tener a mano: bolas navideñas, angelitos de paja, vajilla vieja. Decidí esperar. Confié en mi rapidez y en que sabría reaccionar ante cualquier situación. Y entonces la luz de la escalera se apagó y me quedé a oscuras.

No creo que tardara mucho. Puede que unos diez minutos. Diez minutos en los que estuve sentado no muy lejos de la puerta de entrada, tenso, mientras mis ojos se iban acostumbrando poco a poco a la oscuridad. Entonces volví a oír el chirrido. Mi padre cerró la puerta del sótano al salir, y esta vez distinguí incluso el ruido de la llave en la cerradura. A esas alturas ya me había puesto en pie de un salto. La luz volvió a encenderse; mi padre había accionado el interruptor. Cuando oí que subía por la escalera, estuve seguro de que no saldría del edificio, sino que regresaba arriba, así que desanduve el camino deprisa y haciendo el menor ruido posible. Mi padre se detuvo en el piso de Hakim. Oí que llamaba a la puerta y, con cuidado, asomé la cabeza por la esquina. Lo vi debajo de la débil bombilla, esperando a que le abrieran. Llevaba un objeto rectangular envuelto en un trapo negro que sostenía con ambas manos. No alcanzaba a verle la cara porque la tenía vuelta hacia el objeto, y tampoco se me ocurría qué podía ocultar bajo ese trapo. ¿Un regalo con el que pretendía disculparse? Llamó una segunda vez. Entonces oí pasos y vi que la puerta se abría. Hakim, que iba en pijama, parecía un ave marina con todas las plumas alborotadas por el viento. Los dos se miraron sin decir nada durante un buen rato. Después, Hakim asintió en silencio y se hizo a un lado.

Cuando llevas mucho tiempo sentado en un mismo sitio mirando alrededor, te llaman la atención cosas en las que nunca te habías fijado y te preguntas cómo puede ser, si has pasado mil

veces por delante de ese lugar. Por primera vez reparé en el delicado estampado del papel pintado de la escalera: un sinfín de pequeños rombos muy pegados que parecían bordados. Hasta entonces les había prestado tan poca atención como a las enormes pelusas grises que había en el rincón de la escalera. Inspeccioné los alrededores con la mirada. La luz se apagó y no me atreví a encenderla otra vez, así que intenté encontrar formas de animales y objetos en las finas grietas de la pared. Una ardilla, por ejemplo. Pero en cuanto comprendí que solo pretendía llenar el tiempo, incluso eso empezó a aburrirme. Me quedé observando el contorno de la puerta por la que había desaparecido mi padre. Cómo me habría gustado pegar la oreja para oír de qué hablaban Hakim y él… Sus murmullos amortiguados me habrían tranquilizado, pero era demasiado peligroso. Si mi padre me descubría allí, seguro que no me contaría ninguna historia. Y me la había ganado, tenía derecho a oírla. Así que me quedé donde estaba. Cómo me habría gustado estar con Yasmin, en su habitación, bajo su cálida manta… Cómo me habría gustado decirle que no tenía de qué preocuparse, que lo de mi padre no era tan malo como parecía y que al día siguiente le contaría la historia de Abu Youssef. Una historia especial, porque no había que olvidar que trataría sobre su tesoro secreto. Y la imaginé a ella escuchándome, echando la cabeza atrás y riendo en las partes divertidas. Me había dirigido una mirada temerosa al salir de mi casa de la mano de Hakim. Y un poco triste. Cuando la imaginé tumbada en su cama, despierta, preguntándose qué estaría haciendo yo, el impulso de colarme en su habitación resultó casi irresistible. Pero la puerta estaba cerrada y Yasmin estaba al otro lado, igual que mi padre, y no había forma de entrar allí.

Me es imposible calcular cuánto tiempo estuve sentado en esa escalera. El silencio se convirtió en un vacío, se me hizo una eternidad. En algún momento empezaron a pesarme los párpados. Me quedaba traspuesto y me sobresaltaba cada vez que la cabeza se me caía hacia delante. No estaba ni dormido ni despierto del todo, sino en un estado de duermevela entre lo uno y lo otro, hasta que por fin volví a oír unas voces amortiguadas que llegaban hasta mí. Me espabilé de repente y abrí mucho los ojos. Apreté los puños y tensé los músculos, dispuesto a salir corriendo hacia arriba. Reconocí la voz de mi padre, que por lo visto intentaba convencer de algo a Hakim. Luego una frase que sonó como una pregunta breve, y después otra vez mi padre, insistente y decidido. Al cabo se abrió un poco la puerta, pero nadie salió de allí. En lugar de eso, creí oír un sollozo.

—Prométemelo —oí que decía mi padre, y los sollozos se intensificaron.

La puerta se abrió algo más y entonces los vi a ambos: mi padre y Hakim se abrazaron con fuerza durante unos segundos. Después, mi padre tomó el rostro de Hakim con ambas manos, y su viejo amigo lo miró con los ojos arrasados en lágrimas.

—Prométemelo —susurró mi padre.

Hakim asintió.

Se miraron como si jugaran a ver quién parpadeaba primero, y entonces mi padre dio media vuelta y Hakim se quedó mirando su espalda sin saber qué hacer. Las lágrimas que le caían hasta la barbilla dejaban rastros en forma de hoz en su rostro. Cerró la puerta. Vi que mi padre se frotaba los ojos, se alisaba la camisa y apretaba el interruptor de la luz. Debía de haber dejado el objeto que llevaba antes en el piso de Hakim. Miró escalera arriba y dio un primer paso. Para entonces, yo ya había desaparecido.

De vuelta en mi habitación, me quité la ropa a toda prisa, me metí en la cama y me tapé respirando con dificultad. Mi madre no estaba por ningún lado. Fuera, oí los pesados pasos de mi padre y el chasquido de la puerta del piso al cerrarse. Me obligué a calmar la respiración. Mi padre se descalzó en el pasillo, después abrió un poco la puerta de mi habitación y asomó la cabeza.

—¿Samir?

—¿Sí?

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. ¿Has arreglado las cosas con Hakim?

—Sí, ya está arreglado. ¿Sigues lo bastante despierto para una historia?

—Por supuesto.

Mi padre sonrió.

—Bueno, entonces vengo enseguida.

Regresó pocos minutos después. Se había puesto el pantalón del pijama y un jersey muy suave, y yo me aparté un poco para que se sentara en la cama. Lo miré e intenté adivinar por su expresión si me había visto fuera. Si sabía que lo había seguido. No encontré ninguna señal de ello.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunté, y al darme cuenta de que se estremecía un poco, añadí—: En tener la historia lista.

La luz de mi mesilla de noche se reflejaba en sus ojos.

—Las buenas historias requieren su tiempo —repuso—. Tenía mucho que pensar sobre Abu Youssef.

—Yo también.

—Pero ahora la espera ha llegado a su fin.

—Qué bien.

—¿Estás seguro de que quieres oír su historia?

—¿Por qué lo dices?

—Bueno… —Se encogió de hombros con un gesto algo exagerado y volvió las palmas de las

manos hacia arriba—. No sé, ¿no prefieres reservarla para otro día?

—¿Estás loco?

—Cuando te la haya explicado, la cuenta de historias pendientes volverá a estar a cero.

—Eso me da igual.

—¿Y haces lo mismo con tu hucha?

—La hucha no me cuenta historias. ¡Empieza, por favor!

Mi padre me subió la manta hasta los hombros y sonrió.

—Algún día, también tú acostarás a tus hijos y les contarás historias.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Y eso es algo muy bonito. Pasarás mucho tiempo inventándolas, y tus hijos nunca las olvidarán.

Eso me gustó. Yo, Samir, creador de mundos de fantasía. Cuentacuentos como mi padre. Me puse de lado y metí las manos bajo la almohada. Estaba preparado. En ese momento me daba igual su extraña actitud, poco me importaba qué le hacía estar tan ausente con nosotros. Por fin lo tenía ahí. En mi habitación. En mi cama. Conmigo. Y había traído a Abu Youssef. Eso era lo único que importaba.

10

El regreso de Abu Youssef a Beirut fue triunfal. La noticia de su victoria sobre Ishaq, el tratante de animales, había corrido como la pólvora. Cuando su barco pudo verse desde el puerto, las personas allí reunidas estallaron en gritos de alegría y agitaron coloridos pañuelos y banderas del Líbano. En cubierta estaban Abu Youssef y Amir, que se alegraron de que el viento les llevara la jubilosa algarabía. Las velas ondeaban con impaciencia a medida que la costa se acercaba.

—¡La gente me quiere! —exclamó Amir, el dromedario, enseñando su excelente y brillante dentadura con una sonrisa gloriosa mientras, con una pezuña, saludaba al público reunido en el puerto.

Los gritos de entusiasmo se intensificaron al instante.

Abu Youssef miraba sin decir nada. No había estampa más hermosa que la de Beirut desde el mar. Cómo se elevaban las impresionantes Rocas de las Palomas ante la costa, cómo brillaban los bloques de pisos bajo el sol, cómo destacaban las montañas del fondo cuando la mirada se posaba más allá de las fachadas de cristal… Le encantaba regresar a su hogar. A su tesoro.

Llegados a tierra, los dos se abrieron paso entre el sinfín de brazos y manos que la gente alargaba hacia ellos para tocar a sus héroes y darles palmadas en los hombros. Mientras que Amir concedía con gusto algún que otro autógrafo, Abu Youssef prefería llegar a casa cuanto antes.

—Pero, Abu Youssef —decía la gente—, ¿es que no quieres celebrarlo con nosotros? ¿No quieres bailar y cantar con nosotros toda la noche? ¿No quieres disfrutar de tu buena fortuna?

—Sí que quiero —contestó Abu Youssef—, pero no aquí ni ahora. Si deseáis saber lo que es una celebración de verdad, venid hacia la medianoche a mi calle, bajo mi balcón. Yo os enseñaré lo que es la verdadera fortuna, y lo celebraré y bailaré con vosotros hasta que salga el sol y más aún.

La gente, asombrada, se preguntó entre susurros qué habría querido decir con eso. ¿Acaso pensaba Abu Youssef organizar una fiesta por las calles de la ciudad? En Beirut, como bien sabía todo el mundo, solo contaba con una pequeña vivienda. Todos conocían su balcón, puesto que era el único de la calle, y además, según decían por ahí, bajo la luz adecuada, el balcón adoptaba el brillo del oro puro. Sin embargo, Abu Youssef estaba poco en la ciudad. Prefería disfrutar en las montañas, en su pueblo, adonde invitaba a todos sus amigos.

La noticia, igual que una hoja llevada por el viento, recorrió deprisa las calles de la ciudad.

Los niños se lo contaron a sus padres y los padres se lo transmitieron a sus amigos, de manera que todo Beirut no tardó en hervir de impaciencia.

—Esta noche —exclamaba la gente—, Abu Youssef nos mostrará lo que significa la verdadera fortuna.

Abu Youssef cabalgó hacia las montañas a lomos de Amir. Había tomado una decisión. Al principio creyó que estaría muy nervioso, pero, ahora que sabía qué hacer, de pronto se sentía tranquilo. Al llegar al pueblo, le dio de beber y de comer a Amir, su fiel amigo, antes de entrar en su casa.

No volvió a salir hasta que había oscurecido, y no iba solo. En el cielo, las estrellas relucían por encima del pequeño patio. El pueblito dormía profundamente. Juntos, los dos personajes y el dromedario partieron hacia la ciudad al amparo de la noche. Ya de lejos percibieron el murmullo de la gente que llenaba calles y callejas. Todos habían acudido al centro desde los barrios periféricos para congregarse ante la casa de Abu Youssef. La casa del balcón resplandeciente. Los dos personajes tomaron atajos y caminos secretos para acercarse todo lo posible sin que nadie los descubriera, y Amir tuvo la gran idea de cubrirse las pezuñas con toallas para que sus pasos no los delataran. Con su largo cuello, se asomaba por todas las esquinas y silbaba con disimulo si el camino estaba despejado. Hubo un momento en que la cosa se puso fea, y Abu Youssef y su acompañante se escondieron detrás de la joroba de Amir. Así recorrieron las calles hasta su casa y entraron por la puerta de atrás.

El aire de dentro se notaba cargado, como un gran armario que hacía tiempo que no se ventilaba. Hacía muchísimo que no iban por allí. A través de los postigos cerrados oían a la multitud, que exclamaba el nombre de Abu Youssef; el sonido de sus voces transmitía una gran expectación.

En la calle, todo el mundo miraba cautivado hacia arriba. Faltaba poco para la medianoche. La gente estaba impaciente por ver abrirse el balcón y que Abu Youssef saliera a hablarles.

En el interior de la casa, Abu Youssef hizo una señal y miró a la otra figura como preguntándole algo. Esta asintió. Abu Youssef abrió la puerta despacio, y el murmullo de abajo cesó al instante. Fue como si la ciudad entera guardara silencio. Sin embargo, apenas duró un instante, pues, en cuanto Abu Youssef salió al balcón, de nuevo estallaron gritos de júbilo que llenaron las calles e hicieron temblar los muros de los edificios. Los padres se subían a sus hijos pequeños a los hombros para que pudieran ver mejor, todo el mundo saludaba con la mano y exclamaba el nombre de Abu Youssef, que les correspondía el saludo.

Entonces les hizo una señal. Se quedó quieto con la mano abierta y extendida hacia delante, y el griterío se extinguió como una gota de agua en la arena del desierto.

—Amigos míos —dijo, y paseó la mirada por todos los que se habían reunido allí—, cómo me alegro de que hayáis venido.

La gente levantaba la vista para mirarlo. Nadie se atrevía a decir nada, nadie quería perderse lo que iba a decir Abu Youssef, que siguió hablando despacio y con cautela, como era su costumbre:

—Existen dos sentimientos que pueden relacionarse con la palabra «despedida»: una despedida triste, porque lo que se deja atrás es demasiado valioso e importante para abandonarlo de buen grado; y una despedida alegre, porque aquello que se tiene por delante posee un gran atractivo y no despierta tristeza, sino júbilo. La vida está llena de despedidas, y lo que sentimos en ellas es diferente cada vez. Por eso es una palabra que usamos en plural con mucha más facilidad que el de «nostalgia». No solemos hablar de «nostalgias», en plural. ¿Por qué? Porque solemos sentir nostalgia por nuestro hogar, y hogar solo tenemos uno. ¿Y dónde se encuentra ese hogar? Donde reside el corazón, dicen. Solo se tiene un hogar que añorar porque solo se tiene un corazón, y este decide por ti. —Volvió a mirar a la multitud, que lo escuchaba con atención—. Por lo menos eso creía yo hasta ahora —prosiguió—. Creía que solo se tenía un corazón, y por lo tanto un hogar. Pero no es así.

Abu Youssef apartó los ojos de la gente, se volvió hacia atrás y alargó la mano hacia el interior de la casa. Unos delicados dedos se la asieron desde dentro. Poco después, una grácil figura con velo salió al balcón y un fuerte murmullo recorrió la muchedumbre.

—He vivido numerosas aventuras —dijo Abu Youssef, que seguía aferrando la mano de la otra persona—, y muchos de vosotros habéis especulado sobre la riqueza que debía de haber acumulado junto a toda mi fama y mi reputación. Muchos de vosotros creéis que debería vivir a cuerpo de rey, en un palacio con datileras, criados y una placa dorada con mi nombre en la verja. Pero la verdad es otra: soy pobre de solemnidad, y sin embargo, soy el hombre más rico de la Tierra. Desde aquí arriba os veo bien, y veo a muchos hombres ricos, hombres con más de un corazón.

Tiró de la delicada figura, que permanecía algo por detrás de él, para acercarla más y retirarle el velo. Debajo apareció una mujer tan bella como recién salida de un cuento. Tenía el pelo negro azabache y lo llevaba recogido con un broche dorado, sus ojos eran azules como el Mediterráneo, y su tez, tan blanca y pura como el mármol. Nadie se atrevía a respirar. Parecía que la gente temiera que, al exhalar, la frágil belleza del balcón pudiera desaparecer, pues a nadie le habría sorprendido que de repente echara a volar como un hada.

—Este es mi segundo corazón —anunció Abu Youssef—. Mi mujer. Y si queréis saber lo que es la verdadera fortuna, recordad siempre que tenéis más de un corazón que os puede llevar de regreso al hogar. —Sonrió con delicadeza—. Y yo tengo tres. Tres corazones.

Entonces le abrió la capa a su mujer y dejó ver al niño dormido que esta acunaba en sus brazos.

—¡Mi hijo! —exclamó Abu Youssef.

El cielo se iluminó de súbito. Los fuegos artificiales convirtieron la calle, las casas y la ciudad entera en un espectáculo resplandeciente. Brillantes cohetes atravesaron el aire silbando, no solo en el centro, sino también a lo lejos, en las afueras de la ciudad, como si una corona de luz se alzara sobre Beirut, que de pronto parecía igual de iluminado que en pleno día. Las explosiones de alegría resonaron por todo el cielo, su eco echó a volar desde el asfalto, superó los muros e inundó el aire como si fueran truenos. Los gritos de júbilo tomaron la noche. Se oyeron por doquier, recorrieron jardines y tejados, y no hubo nadie a quien no le llegaran. Miles de lucecillas rojas y amarillas ascendieron centelleando y bailaron al alba, y en medio de ese atronador juego de colores, de pronto el balcón se volvió dorado y destelló como nunca antes. Su fulgor fue tal que muchos de los que estaban cerca se protegieron los ojos con las manos. Iluminó la callejuela y la sumergió en un oro intenso que se veía desde lejos, incluso desde la periferia de la ciudad, y así transmitió su mensaje: «Aquí está Abu Youssef junto a su tesoro, de vuelta en su hogar con sus tres corazones».

11

—¿Yo soy tu corazón? —murmuré en voz baja, casi incapaz de mantener los ojos abiertos.

—La mayor de mis fortunas —susurró mi padre.

Ya estaba medio dormido, arropado por esa agradable oscuridad en la que el mundo no es más que un telón gris. La voz de mi padre y las imágenes que creaba me habían llevado hasta allí. Su historia de reconciliación, con la que me demostraba lo importantes que éramos para él. Su familia. Lo importante que era para él yo, su hijo. Que se alegraba de regresar a casa con nosotros, sus corazones, por muchas aventuras interiores que estuviera viviendo.

Mi padre me dio un beso en la frente. Fue el último beso que tuvo para mí. Me embargó una alegría enorme que se posó sobre mí y me envolvió como un plumón cálido. Después, mi padre me acarició el pelo. Fue la última vez que lo hizo. La última vez que me alisó la manta y apagó la lámpara de mi mesilla.

—Que duermas bien, Samir —susurró. Cuando se levantó, se volvió para mirarme de nuevo —. Te quiero.

Esas fueron sus últimas palabras.

A través del tupido velo de mi mirada adormilada, vi que se detenía en el vano de la puerta. Los párpados me pesaban cada vez más, como si algo tirara de ellos hacia abajo. De haber sabido que serían los últimos segundos que me quedaban con mi padre, me habría esforzado más. Habría intentado mirarlo más rato: las gruesas cejas sobre sus afables ojos castaños en el centro de su cara redonda. Habría intentado grabar su imagen en mi recuerdo. Para que así, en las semanas y los meses que siguieron, cuando despertaba de un sueño en el que aparecía él, no olvidara respirar a causa del pánico que sentía porque no quería que se me volviera a escapar. Para que así, al cabo de unos años, no desesperara convencido de no recordar ya sus facciones. O de que, si lograba recordarlas, estaban borrosas. Para que así, mucho más adelante, no tuviera que maldecirme tantas veces por no recordar ya si los hoyuelos que se le formaban en las comisuras de los labios al sonreír eran muy profundos. Cuántas arrugas le salían en la frente cuando le daba vueltas a algo. Cuánto se le notaba la nuez al echar la cabeza atrás para reírse. Si aquello que tenía en las sienes eran tal vez canas. O una marca de nacimiento en el cuello. Qué patrón dibujaban las líneas de la palma de sus manos cuando las extendía hacia arriba al gesticular. Cuál de ellas utilizaba cuando se pasaba una por la barba. Cómo sonaba exactamente su voz al explicar algo. Habría abierto los ojos de golpe, lo habría mirado y me habría quedado

con todo eso. Pero estaba demasiado cansado. Así que lo último que vi de mi padre fue su silueta en el vano de la puerta, y el cariño con el que —por lo menos eso creo hoy— se volvió para mirarme.

II

Hay una cosa que deberías saber: no eres el único que busca a tu padre.

1

Me despiertan unos golpes en la puerta. Unos golpes suaves, contenidos. Hace un momento aún formaban parte de mi sueño, ahora rozan la superficie de mi consciencia. Me sobresalto. ¿Dónde estoy? Tengo la piel pegajosa a causa del sudor, las sábanas están arrugadas. Sábanas blancas. En la mesilla de noche hay un teléfono junto a una lámpara blanca. ¿Cortinas blancas también? Ondean en la brisa que entra por la ventana abierta. Al otro lado: un escritorio blanco junto a un armario blanco. La habitación está fresca, casi como una sala de conferencias o un laboratorio. Vuelven a llamar. Esta vez más fuerte, y me estremezco. Siento pinchazos en la cabeza, como si la tuviera llena de añicos de cristal, y noto los labios secos y cortados.

—¡Ahora no, por favor! —grito.

No hay respuesta, pero oigo unos pasos que se alejan por el pasillo. Me incorporo y me masajeo las sienes.

Poco a poco recupero la memoria.

El aire tiene un olor al que no estoy acostumbrado. Estar aquí me resulta extraño, y eso me fastidia. Por la ventana entran ruidos y voces que gritan. Incorporado en la cama, intento desentrañar los sonidos del exterior: motores revolucionados, bocinazos, el petardeo de los ciclomotores, los aullidos de una sirena a lo lejos. Voces que se superponen como en un mercado. Luego, el breve crujir y crepitar de un altavoz y, un abrir y cerrar de ojos después, entra flotando en mi habitación un cántico que suena como un lamento dilatado: *Allahu akbar, ašhadu ān lā-ilaha-ill-Allah.*

El muecín llama a la oración. El contenido de esa frase nunca ha significado nada para mí. Sin embargo, siempre me ha encantado su cadencia.

O sea que estoy aquí de verdad. El viento trae hasta mí los cánticos de los minaretes de la mezquita de Mohammad al-Amin y compone una melodía virtuosa mezclándolos con el barullo de la ciudad. Vuelvo a hundirme en la almohada y cierro los ojos.

Ašhadu ānā Muhammadan Rasulu llah.

El recuerdo me pega a las sábanas. Exhalo, siento la piel de gallina. Es como si durante años solo hubiera conocido la reproducción barata de un cuadro valiosísimo y de repente tuviera ante mí el original, mucho más expresivo y hermoso de lo que jamás habría podido imaginar.

Cuando el cántico se va desvaneciendo, aparto la sábana y me siento. Dirijo la mirada a la mochila que hay junto a la cama. Todavía lleva la cinta del aeropuerto en una correa. Voy al

baño. En la repisa del lavabo hay productos de tocador: una lima de uñas, jabón, loción corporal y una toalla de mano doblada. «Best Western Hotel». Mis ojos ligeramente enrojecidos e hinchados en el espejo.

Algo después, en el vestíbulo, busco su cara: los trabajadores del hotel empujan carros de equipaje de aquí para allá, un hombre con un cubo azul limpia los cristales. Hay un cliente leyendo el periódico en un sillón de cuero negro en la zona de la entrada, dos mujeres con pañuelo en la cabeza y las uñas pintadas de rojo teclean en sus smartphones, un niño se ha plantado frente a la expendedora de golosinas, pero es demasiado pequeño para llegar con la moneda a la ranura.

No está aquí, no lo veo por ninguna parte.

«A las ocho, no hay problema», dijo cuando me dejó ayer. Pasan varios minutos de las ocho y media. He bajado muy tarde. Dejo la mochila en el suelo, delante de recepción.

—Quisiera hacer el *checkout*, por favor.

La joven me mira y sonríe con profesionalidad. Me llega el aroma de un perfume que seguramente llevan todas las empleadas de aquí, porque el olor impregna todo el hotel: dulce y lechoso, con una nota áspera. Un olor típico de hotel, de esos en los que reparas un instante y luego vuelves a olvidar, pero, aun así, lo bastante intenso para tapar el tufo a alfombra y detergente.

—¿Ha tenido una estancia agradable, señor…? —mira la pantalla—, ¿señor El-Hourani?

—Sí, muchas gracias.

—Hasta las diez todavía puede desayunar, la sala del desayuno está en la primera planta.

No tengo hambre, los nervios me han cerrado el estómago.

—¿Puedo ayudarlo en algo más?

Detecto un pequeño punto negro en su párpado y supongo que esa mañana se le ha resbalado el lápiz de ojos mientras se estaba preparando para ir a trabajar.

—No, gracias.

Desde el mostrador de recepción contemplo otra parte del vestíbulo: en los sillones de cuero de la entrada hay varios hombres de traje con un portátil delante o un móvil en la oreja. No es ninguno de ellos. Miro de nuevo a la mujer.

—Disculpe, ¿no habrá entrado un hombre preguntando por mí hace un rato?

—¿Un hombre? Yo no he visto a nadie, pero espere un momento. Hamid… —Se vuelve hacia su compañero de trabajo, que está sacando una maleta de la salita—. ¿A ti te ha preguntado alguien por el señor El-Hourani?

Niega con la cabeza.

—Lo siento —dice la mujer—. ¿Tiene quizá un número de teléfono? Si quiere, puedo llamar yo misma por usted.

—Gracias, no será necesario.

Tampoco me dio ninguna tarjeta.

La puerta del vestíbulo de entrada se abre cada poco y, además de clientes, por ella entra también un aire cálido. Fuera brilla el sol. Cuando salgo a la calle, es como si caminara en una toalla caliente y húmeda. Me sorprende tanto que apenas reparo en el «Have a good day», Sir del portero. Faltan pocos minutos para las nueve. Sobre mi cabeza, las letras del hotel brillan en amarillo y azul. Los coches y los ciclomotores pasan a toda velocidad. Al otro lado de la calle veo unos cuadros caros expuestos en un escaparate: ANAAY GALLERY, informa un elegante cartel sobre la puerta. Al lado, un McDonald's. Unos jóvenes con camiseta sin mangas, barba descuidada y gafas de sol deambulan por la acera. Parecen surfistas, *beach boys* californianos. Salvo por los hombres de negocio con sus trajes y sus carteras negras, que no hacen más que intentar parar taxis con la mano, el barrio que se despliega ante mí no solo parece moderno, sino también estar muy de moda. Varias chicas con blusa y minifalda pasan casi flotando junto a mí. Las sigue un hombre con una camiseta blanca y sucia que empuja un carro lleno de naranjas. En su frente brilla el sudor. Veo a las chicas esquivar con ágiles saltos el cubo de agua que otro hombre vacía en la calle. En el aire centelleante del hueco que dejan dos edificios descubro dos de las cuatro torres de la mezquita de Mohammad al-Amin y sus cúpulas azul turquesa. El cartel de la calle me informa de que esto es Béchara El-Khoury. Estar aquí de verdad me parece completamente surrealista. La ciudad huele diferente a como esperaba. Había imaginado encontrarme con los aromas del falafel, el tomillo o el azafrán. Más o menos a lo que olía siempre nuestra calle. Aquí, en cambio, el aire es caliente y pegajoso, huele al humo de los coches y a polvo. También los sonidos son diferentes; no se oyen conversaciones animadas en las cafeterías, música, las cuerdas tañidas de un laúd o un *kanun*, sino que suena a ciudad, a una gran ciudad como cualquier otra.

Indeciso, sigo poniendo un pie delante del otro. Si se ha retrasado, haré mal en salir solo, pero ya pasan de las nueve. Seguro que ha venido y se ha vuelto a ir sin mí. Agarro bien las correas de la mochila y tomo el camino más corto para regresar.

¿Ha sido el hombre al que busco quien ha llamado a mi puerta? Por otro lado, en el pasillo había carros con ropa sucia y una aspiradora, así que el servicio de limpieza estaba trabajando, y además, para enterarse de en qué habitación estoy, habría tenido que preguntar por mí en recepción. Apenas nos conocemos. No, no tengo ningún motivo para esperarlo ni tampoco para buscarlo.

Estoy aquí. En Beirut. Por primera vez en mi vida. Todo me resulta extraño y nuevo, y al mismo tiempo familiar, aunque de una forma insólita. Es como si volviera a encontrarme con alguien querido después de mucho tiempo. «Mi hogar —pienso—. Esto es mi hogar». Aquí están mis raíces. Todavía me resulta ajeno, poco auténtico. Como en una relación a distancia, cuando,

tras el reencuentro, tardas varias horas en volver a acostumbrarte a la otra persona y a su tacto, que en realidad te es tan familiar. «O sea que era así como sonreías…». Solo que esto de aquí no es un reencuentro.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo aquí? —Un coche avanza a mi lado a la misma velocidad que yo. Un Volvo gris cubierto de polvo en esta calle tan elegante y casi atemporal. Los coches de detrás frenan y tocan la bocina. Es el mismo coche que ayer me trajo del aeropuerto, y el mismo hombre—. Sí que es usted, ¿verdad?

Aminoro el paso. El hombre se inclina por encima del asiento del copiloto y me habla por la ventanilla abierta.

—¿No habíamos quedado en el hotel?

Me sorprende que haya aparecido como salido de la nada. Me siento descubierto.

—Habíamos quedado, sí.

—A las ocho, dijimos, ¿no?

—Eso acordamos.

—Verá, yo he venido, como prometí.

—A las ocho —repito.

—¿Y qué hora es ahora?

—Casi las nueve y media.

Se echa a reír.

—¡Bienvenido a Beirut! Suba.

El coche frena con brusquedad y a nuestro alrededor suenan bocinazos: está bloqueando la calle, los demás vehículos tienen que cambiar de carril. Me dejo caer en el asiento del copiloto. Aquí dentro hace todavía más calor que en la acera.

—¿Qué le ha pasado en los ojos? —pregunta.

—El aire acondicionado —explico, y lanzo la mochila al asiento de atrás.

El hombre se encoge de hombros. Por primera vez lo veo a la luz del día. Tiene un buen bigote, y en las mejillas le despuntan cañones de barba de cuatro o cinco días. Calculo que tendrá unos cincuenta años más o menos; se le ven canas en el nacimiento del pelo y tiene los ojos rodeados de pequeñas arrugas. Su rostro amable es el de un padre que el fin de semana lleva a sus hijos al estadio o al cine y les compra algodón de azúcar. Viste unos tejanos gastados y una camisa de cuadros grises y rojos de manga larga con un chaleco por encima. La verdad es que va demasiado abrigado para el calor que hace.

—No recuerdo si ayer me presenté como es debido —dice, y me tiende la mano—. Soy Nabil.

—Samir —digo mientras pone el coche en marcha.

—Bueno, Samir, ¿qué puedo hacer por usted?

Su pregunta me pilla desprevenido. Más que nada porque ni siquiera me la he contestado a mí

mismo aún. Ayer me recogió en el aeropuerto, al otro lado de la parada de taxis oficiales. La noche era anaranjada, polvorienta y cálida, y contrastaba muchísimo con la terminal fresca e iluminada por fluorescentes. Se acercó a mí y se ofreció a llevarme a la ciudad por una pequeña parte del precio. Yo ni siquiera tenía un hotel reservado, así que me recomendó el Best Western y me llevó allí. Poco antes de llegar, le pregunté si querría ir a buscarme por la mañana, puesto que volvería a necesitar un conductor.

Nabil se da cuenta de que no sé qué contestar.

—¿Quiere que le enseñe la ciudad?

Nos incorporamos al denso tráfico. Junto a nosotros se elevan olas gigantescas de cristal y hormigón: bloques de pisos, bancos, hoteles, edificios de oficinas, complejos residenciales con áticos de lujo. Todo de color ocre, moderno, limpio.

—Eso de ahí —Nabil señala al otro lado del parabrisas— es la mezquita de Mohammad al-Amin.

En el avión me estudié la guía de viajes, y ese es el monumento con el número 6 del mapa de la ciudad.

—¿Su primera vez en Beirut? —me preguntó la rubia del asiento junto a la ventanilla que tenía al lado mientras miraba mi guía con curiosidad.

—Sí —contesté, sintiéndome como un maldito turista.

—Yo es la cuarta vez que voy —explicó ella—. La primera fue en los años sesenta, antes de la guerra. Lo han reconstruido todo y está muy bonito, de verdad, es estupendo. Si quiere hacer buenas compras —mientras hablaba, yo veía los destellos del brazalete cobrizo de su muñeca—, vaya a Hamra. Aquello está lleno de tiendas de diseño, boutiques, galerías, joyerías…

—Gracias por el consejo —dije, y enseguida me puse el antifaz para dormir.

La Béchara El-Khoury Road nos lleva directamente a la mezquita. Sus dos cúpulas azules resaltan con una belleza casi obscena entre el ocre uniforme de alrededor. A la luz de la mañana, la mampostería parece de oro.

—Antes he oído al muecín —digo, como si fuera una peculiaridad en una ciudad como Beirut.

Nabil me mira.

—Usted es cristiano, ¿verdad?

No contesto. Hace una eternidad que no entro en una iglesia a rezar. Los cantos litúrgicos en catedrales y monasterios tienen un efecto opresivo en mí. La forma en que resuenan por las naves vacías, entre las intimidantes vidrieras y los suelos de mármol, me comprime el pecho, y ese silencio devoto con que escucha la gente me parece exageradamente respetuoso. El canto del muecín, por el contrario, siempre me ha parecido la llamada del hogar. Todo lo que suena, huele o sabe a árabe tiene ese efecto en mí. Me cautiva.

—Rafik Hariri está enterrado ahí —explica Nabil. Ante nosotros, la mezquita enarbola sus

minaretes hacia el cielo de Beirut.

Me estremezco. El atentado contra Rafik al-Hariri cambió muchísimas cosas en mi vida.

El tráfico se arrastra como un reptil metálico hacia la estatua de los Mártires. Aquí, el concepto de «carril» parece desconocido: siempre hay tantos carriles como vehículos caben uno al lado de otro. Veo semáforos, pero ninguno funciona. Un hombre vestido con harapos aparece con un cubo y un limpiaventanas y, sin que nadie se lo pida, se pone a frotar nuestro parabrisas. Nabil lo ahuyenta.

—Hariri lo reconstruyó todo. Eso de ahí —con la mano traza una línea en el aire— era la Línea Verde durante la guerra civil. Cristianos al este, musulmanes al oeste.

El calor es sofocante, y por la ventanilla abierta no entra nada de aire porque nos movemos demasiado despacio. Me seco el sudor de la frente.

—Puedo acompañarlo todo el día —dice Nabil—. Mis hijos irán a casa de mi hermano después del colegio. Yo me he reservado para usted porque no sabía adónde querría ir.

Ni yo mismo lo sé. Nada de esto está planeado, como tampoco mis últimos veinte años. No sé si estoy preparado para lo que me espera.

—¿Podemos salir de la ciudad? —pregunto enseguida.

Nabil se encoge de hombros.

—El Líbano es un país muy pequeño, amigo, podemos ir adonde guste.

Trago saliva.

—Los cedros —digo—. ¿A qué distancia quedan los cedros?

La ciudad pasa volando como una tormenta de arena. Desde la mezquita hemos ido al sur por la autovía Ahmad Moukthar Bayhoum. Las gigantescas vallas publicitarias de uno y otro lado forman una colorida avenida: Pepsi, Seven-Up, Armani, Chanel, Rolex, Montblanc, Mercedes, Middle East Airlines y carteles descomunales que anuncian películas estadounidenses. Cuanto más nos alejamos del centro, menos ostentosos son los edificios. Ya no queda nada del cálido esplendor ocre del centro; aquí domina el gris triste de la arenisca. Los bloques de pisos se alternan con chabolas, de los balcones cuelgan marañas de cables que parecen nidos de aves, sobre las barandillas de hierro oxidado se ve ropa desgastada tendida junto a bidones de agua y montañas de basura. Las vallas publicitarias no tardan en constituir un absurdo y brillante contraste. En la acera veo a tres mujeres cubiertas de negro de la cabeza a los pies. Por encima de ellas, en la pared de un edificio, una seductora modelo medio desnuda se despereza en un cartel gigantesco con ropa interior semitransparente. «Victoria’s Secret. Bras & Panties 25 % off», leo. Solo cuando hemos avanzado unos metros más y veo también la parte delantera del edificio,

comprendo que es poco más que un esqueleto. Las bombas lo dejaron completamente hueco y vacío, los antiguos apartamentos que contenía son mellas en la dentadura de la fachada en ruinas.

Nabil sigue mi mirada.

—No se ha reconstruido todo —comenta.

Seguimos en dirección sur. El centro se encoge en el espejo retrovisor, donde pronto caben rascacielos enteros. El mar queda a mano derecha, pero solo muy de vez en cuando alcanzo a atisbar su azul plateado por entre los edificios, más y más apretados. Me llama la atención que casi todos los bloques sigan presentando cicatrices, agujeros de metralla de los misiles que desfiguran las fachadas como un feo sarpullido. Inclino el respaldo hacia atrás, cierro los ojos y dejo que el viento me acaricie la cara. Ojalá me quedara dormido.

—¡Serás burro! ¡Hijo de camello!

Me sobresalto.

—¡Así se ventoseen mil pulgas en la barba de tu padre!

Nabil golpea el volante y toca la bocina.

—¿Qué pasa?

—Que ese no ha puesto el intermitente —protesta, y señala un Mercedes plateado y con las lunas tintadas que está adelantando también a los coches que tenemos por delante.

Me lo quedo mirando y él se encoge de hombros.

—Siempre intento ser un buen ejemplo para mis hijos. Les digo: «Si algún día me cogéis el coche sin decírmelo para hacer una escapada, por lo menos respetad las normas de circulación». Está claro que poner el intermitente es una de ellas. Y entonces me miran fijamente y preguntan: «¿Normas de circulación?». ¿Sabe cuántos muertos en accidentes de tráfico tenemos al año aquí? Casi ochocientos. En este país nadie usa el intermitente; la mayoría debe de pensar que esa palanquita es para el asiento de eyección o algo así.

—¿Y maldice también de esa manera delante de sus hijos?

Vuelve a encogerse de hombros, aunque esta vez sonríe. Cuando lo hace, tiene un aire mucho más joven, casi de pilluelo, como un adulto que, asediado por las obligaciones y la rutina, disfruta de esos pequeños momentos en los que puede dejarse llevar.

—Habla usted bastante bien el árabe —me dice, y asiente con reconocimiento.

—Gracias.

—¿Es libanés?

A la izquierda de la autovía ya apenas se ven bloques de pisos. En su lugar hay construcciones modestas junto a montañas de escombros, pequeñas chabolas frente a las que los niños juegan al fútbol entre montones de basura. En las sombras dormitan los perros.

—¿Esto todavía es Beirut? —pregunto.

Nabil asiente.

—Campos de refugiados.

—¿Sirios?

—Palestinos. Son ya la tercera o la cuarta generación. Sirios también hay, pero menos. Allá atrás —señala por su ventanilla hacia los tejados de chapa ondulada que se funden con el horizonte— están Sabra y Chatila.

Sabra y Chatila. El mero sonido de esos nombres me da escalofríos.

Seguimos avanzando en silencio. Yo no sé qué decir, y Nabil parece no estar seguro de si me incomoda con sus preguntas. Ha bajado el parasol y mira hacia delante con obstinación. Cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, vuelve un instante los ojos hacia mí y sonríe. Al verme descubierto, giro la cabeza. En cierto momento empieza a removerse inquieto en su asiento. Creo que el silencio le pone nervioso.

—Bueno, Samir, ¿y qué lo ha traído por aquí? ¿Negocios? —dice al cabo de un rato, esforzándose visiblemente por darle un tono informal a su pregunta.

Era evidente que me lo preguntaría en algún momento.

—No.

—¿Vacaciones?

Me planteo si mentirle.

—No. Estoy buscando algo.

—¿Un narguile bonito?

—A una persona.

Aparta la mirada de la carretera y la fija en mí.

—¿Es detective privado? ¿Como Sherlock Holmes o Philip Marlowe?

—No, no. Nada de eso.

—Me encanta Philip Marlowe. —Costaría no creerlo, porque lo ha dicho como un jovencito que exclama: «¡Me encantan los toboganes acuáticos!». Y luego sigue con una voz tan profunda que me sorprende—: El calor se posaba sobre la ciudad como el queso derretido de una tosta Hawái. —Mientras habla, con el brazo forma un semicírculo, como si estuviera en lo alto de una colina contemplando el valle. Ríe—. Philip Marlowe, ¡qué tipo tan genial!

Lo cierto es que no me apetece hablarle a Nabil de mi búsqueda, y él parece notar mi reparo, pero ahora ya tengo el asunto en la cabeza, como una araña que acecha en su tela, y no soporto más el silencio.

—Quiero casarme —suelto de repente.

—¿Por qué no lo había dicho? ¡Está buscando una mujer! —Nabil da una palmada en el volante y hace sonar la bocina por descuido—. Si quiere, puedo presentarle a mi hermana…

—No, no, gracias… —digo—. Ya tengo a alguien. —Y añado—: Es un poco complicado.

Casi la veo ante mí, con las mejillas teñidas de un rojo arrebatador al oír mi proposición de matrimonio. Nos veo a ambos de pie en la orilla del río, y entonces ella me devuelve el anillo. Pienso en la misión que me ha encomendado. En su condición. «Ambos sabemos que todavía no estás preparado —me dijo—. Antes debes poner en orden tu vida, Samir. No sé lo que encontrarás allí, ni si sabes muy bien lo que estás buscando. Pero, si es lo que necesitas, hazlo». «¿No quieres acompañarme?». «No. —Silencio. Luego añadió—: Allí no se me ha perdido nada ». «Pero no sé cuánto tardaré —fue mi respuesta—. ¿Seguirás aquí cuando vuelva?». «No importa cuándo regreses. La cuestión es más bien quién serás al regresar».

—Siempre es complicado —comenta Nabil, y asiente como si hubiera resuelto una ecuación muy difícil. Así de sencillo: una frase universal apropiada para poner fin a cualquier conversación desagradable.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—¿No quería ver los cedros?

—Sí, me refería a… dónde en concreto.

—A Maasser El-Chouf. —Hace un gesto con la cabeza en dirección a su ventanilla.

Es entonces cuando reparo en que el tráfico ha disminuido. A la derecha tenemos el mar, de un azul resplandeciente, y a la izquierda se alzan unas montañas inmensas. Torcemos por una carretera secundaria, mal asfaltada y llena de unos baches terribles, y poco después estamos subiendo a bandazos por un serpenteante puerto de montaña.

Al principio no me doy cuenta de que la canción no suena solo en mi cabeza. Qué extraño volver a oírla justo ahora. Estoy desconcertado. Me obligo a mantener los ojos abiertos por miedo a las imágenes de una infancia feliz que se me aparecen como un rayo fulminante: nuestros paseos los días de verano, los dos cantando juntos. Nervioso, miro la radio de donde sale la melodía y luego la voz: *Sāalunī šū sāyir bibalad al'īd, mazrū'ata 'āddāyir nār wa bauārid, qiltilum baladnā 'am yiblaq' ĝdadid, lubnān alkarāmi wa alša'ib āl'anīd*.

—Es Fairuz —dice Nabil como si acabara de probar un vino muy exclusivo, y sube el volumen de la radio—. El arpa de Oriente.

—Lo sé —respondo. Ante nosotros, el puerto de montaña traza una curva de visibilidad muy reducida. Un sudor frío brota en mi frente, como todas esas noches en las que despertaba gritando—. Conozco la canción.

2

Esperamos cuarenta y ocho horas antes de llamar a la policía. Por las películas, sabía que se aconsejaba a los familiares esperar por lo menos veinticuatro horas antes de denunciar la desaparición de una persona. Nosotros esperamos el doble. Recuerdo el vacío desolador del piso cuando lo recorrí en pijama a la mañana siguiente. El grifo de la cocina goteaba, en la mesa había un cuenco con copos de avena esperándome, y a su lado un cartón de leche. Delante del cuenco, una nota de mi madre: «Vuelvo enseguida». También recuerdo su cara cuando, poco después, llegó con Alina en brazos, dejó la bolsa de la compra y me preguntó como de pasada dónde estaba mi padre. Me limité a encogerme de hombros y señalar el tablero de las llaves que había junto a la puerta.

—No lo sé, y además se ha dejado las llaves.

Casi me duele un poco recordar que, después de desayunar, volvimos a salir para montar en mi trineo. Esta vez fuimos en coche, como había prometido Hakim. Yasmin y yo nos revolcamos en la nieve riendo mientras él, sentado a cierta distancia, nos observaba pensativo. Y también me duele, al echar la vista atrás, darme cuenta de por qué estaba tan diferente ese día, por qué apenas dijo una palabra, por qué accedió a todo lo que le pedimos. Llevado por mi entusiasmo infantil ante la nieve, ni por un minuto pensé en sus lágrimas de la noche anterior.

Todavía recuerdo que ni siquiera pensé en mi padre; estaba convencido de que regresaría en algún momento de la tarde y, tal vez, incluso me contaría otra historia. Pero cayó la noche, hacía ya rato que debería haberme acostado y mi padre seguía sin volver a casa. Al final me quedé dormido en el sofá, junto a mi madre, y ella me llevó a mi habitación. Fue a la mañana siguiente cuando me di cuenta de que los zapatos de mi padre aún no estaban en el pasillo y su chaqueta faltaba en el perchero.

Salvo por esos dos detalles, nada hacía pensar que no fuese a volver. Yo no acababa de entender que había desaparecido; en realidad, nunca lo entendería del todo. Cuando a mi madre le quité a Alina de los brazos y me paseé por todo el piso acunándola, no sospechaba en absoluto lo que le esperaba a mi hermana, que llegaría a la edad adulta sin haber tenido nunca un padre. Tampoco él vería nunca cómo Alina aprendía a andar, ni la oiría cuando pronunciara su primera palabra. No estaría el día que empezó a ir al colegio, ni aplaudiendo entre el público en su primera obra de teatro escolar. Nunca la vería llevar a su primer novio a casa, ni ir al baile de graduación.

De igual modo, jamás sabría que me corté en la barbilla la primera vez que me afeité. Que la primera chica a la que besé se llamaba Hannah y que fue un beso con sabor a chicle de Coca-Cola, y bastante húmedo. Ni en sueños habría imaginado que maldeciría a mi propio padre por seguir haciéndonos daño a diario años después, a pesar de no estar ya con nosotros. No acababa de entender que nuestra vida, tal como la conocía, había terminado. Ni siquiera el segundo día tuve ninguna duda de que regresaría a casa. La historia que me había contado era una declaración de amor hacia nosotros, una proclama: la familia estaba por encima de todo lo demás.

Los agentes fueron muy amables. Los dos se pusieron delante de mi madre y le preguntaron con delicadeza mientras uno iba tomando notas de sus respuestas. Que si ya había sucedido algo así alguna vez, que si había discutido mi padre con ella o con alguna otra persona. Que si podía estar en casa de algún amigo, que si tal vez había dejado entrever que quisiera marcharse. Y que si podíamos darles una fotografía actual. Mi madre contestó a todas las preguntas con paciencia. Yo estaba sentado en el suelo, en un rincón, mirando a esos hombres que habían ocupado nuestro salón con sus uniformes y sus pesadas botas. Luego bajaron al piso de Hakim, pero no sé qué les contaría él. Media hora después, me asomé por la ventana y los vi subir al coche patrulla y alejarse. Por supuesto, hacía un buen rato que los vecinos habían visto el coche de la policía y sospechaban que algo iba mal.

Brahim, el cuentacuentos, había desaparecido: la noticia se extendió por el barrio como un tsunami. Entonces comprendí lo mucho que lo quería la gente. El panadero me metía en la bolsa un par de panecillos extras y un bastón de caramelo, muchos desconocidos me saludaban por la calle, o me contaban cómo se habían cruzado sus caminos con el de mi padre, y siempre acababan con un: «Espero que vuelva pronto, de verdad», o: «Tu padre era…, quiero decir…, es un tipo genial». Meses después, en casi todas las farolas y los semáforos aún colgaban copias de su fotografía. Así se fundió con la imagen de la ciudad. Era como si no solo nos hubiera abandonado a mi madre, a Alina y a mí, sino a todos y cada uno de los vecinos del barrio.

Un día, un grupo de jóvenes se reunió delante de mi casa. Los reconocí porque entre ellos estaba el de la cicatriz con forma de herradura. Cuando llamaron al timbre, abrí la ventana y miré a la calle.

—Vamos a buscar a tu padre —dijeron—, ¿quieres venir?

Parecían una banda, formando en semicírculo con sus bómbers negras y los brazos cruzados en el pecho mientras asentían con la cabeza para animarme a ir con ellos. Mejor dicho: parecían cachorros convenciéndose de que eran bulldogs solo porque llevaban bómbers.

Cruzamos un trecho de bosque cerrado, cada uno de nosotros con un palo en la mano que usábamos para hurgar en la nieve. Los chicos habían visto en el cine que eso era lo que se hacía

cuando desaparecía alguien. Estuvimos un rato avanzando en silencio a cierta distancia unos de otros, con el aire frío entrándonos por la nariz y sin oír más que el crujir del suelo helado y los golpes de nuestros palos en la nieve, que siempre daban en vacío.

—¿Os acordáis de cuando Brahim organizó el torneo de futbolín? —preguntó uno entonces. Creo que se llamaba Milan y era checo.

—Sí —contestó otro—, incluso consiguió un trofeo con inscripción y todo.

—Lo tengo yo en mi casa —dijo el de la cicatriz—. Os machaqué.

—Porque hacías el molinillo todo el rato, tarado.

—¿Y qué? No estaba prohibido.

Contaron un par de anécdotas más de mi padre. Compartían historias y asentían como viejos amigos recordando tiempos mejores junto a una hoguera.

Yo los escuchaba mientras intentaba contener las lágrimas. No tardé en comprender que nunca habían tenido la esperanza de encontrar a mi padre ahí fuera; solo habían querido hacer algo, contribuir de alguna forma.

La policía regresó varias veces para hacernos preguntas. Incluso peinaron también el bosque, y semanas después, cuando un paseante encontró una chaqueta que se parecía a la de mi padre cerca del lago en el que habíamos botado los barquitos, enviaron a buceadores, pero no encontraron nada. Nadie dio con él. Ni siquiera cuando la nieve se derritió y dejó al descubierto los campos y las primeras campanillas blancas; tampoco en primavera, cuando en esos mismos campos crecieron flores de azafrán, escilas y jacintos, y en algún momento brotaron los lirios de los valles y se marchitaron de nuevo; ni en verano, cuando los campos se llenaron de niños jugando al fútbol, y desde luego tampoco en otoño, cuando las primeras hojas caídas empezaron a cubrir la hierba. Mi padre siguió igual de desaparecido que un barco hundido.

En su lugar llegaron las pesadillas. Noches en que mi madre corría a mi cama porque yo empezaba a gritar y no podía parar hasta que me encendía la luz. Pesadillas en las que veía a mi padre tirado boca abajo en una zanja junto a una carretera poco concurrida, o flotando en el fondo de un mar, con ojos saltones y ataduras de algas en los pies. Esas imágenes se me habían metido en la cabeza porque en el colegio había chicos que, durante las pausas, se dedicaban a especular sobre qué podría haberle pasado, hasta que se fijaban en mí, y entonces se daban codazos en las costillas y miraban el suelo avergonzados. Había días en los que mi madre tenía que ir a buscarme al despacho del director, donde yo mascullaba una disculpa con la mirada perdida, y luego me obligaba a salir al pasillo y darle la mano a uno de los compañeros con los que poco antes me había peleado.

También tuve una fase en la que volví a orinarme en la cama. A eso le siguieron las diferentes etapas en las que pasaron cosas por primera vez sin mi padre: la primera Navidad, el primer fin de año, el primer verano, y en algún momento también mi primer cumpleaños sin él. Empecé a

concebir todas las cosas solo desde el punto de vista de la última vez que las había hecho con él: ir a la piscina, comprar un helado en la tienda donde tenían esos de un azul chillón tan loco que llamábamos «de pitufo», salir a pasear cantando. Fases hubo muchas. Incluso una en la que no me apartaba del lado de mi madre. Lo hacía llevado por el miedo a que también ella pudiera no regresar nunca más cuando cerrara la puerta al salir de casa. A que también ella pudiera desvanecerse como un copo de nieve al sol. Un día que al irse me dijo que volvería a las siete de la tarde, a las siete y diez yo ya me había dejado llevar por el pánico y había llamado por teléfono a todos los números de nuestra agenda para averiguar dónde estaba.

Ni siquiera Yasmin conseguía consolarme. Una vez me dio la mano en la gélida bruma azulada de una primavera tardía, pero yo la aparté y eché a andar solo por la explanada, medio esperando que ella viniera corriendo tras de mí, medio contento de que no lo hiciera. Cuando se asomaba a mi habitación, donde yo a menudo estaba sentado en la cama, absorto, la veía de reojo pero hacía como que no, y buscaba un punto en el suelo para no tener que mirarla. De camino al colegio evitaba ir con ella, como hacíamos antes, pero todo el rato miraba hacia atrás para comprobar que me seguía a una distancia segura.

Yasmin se mantenía cerca, siempre dispuesta a plantarse delante de mí y echarme una mano cuando se metían conmigo. Sin embargo, su cercanía me hacía daño, no la soportaba. Una vez me dijo que hacía mucho que no me reía.

—¡Tú puedes decir eso porque todavía tienes padre! —contesté con un bufido.

Sabía que le hacía daño, pero ella no me lo echó en cara, y con eso solo consiguió que la soportara aún menos por ser mucho más fuerte que yo. Me habría encantado reaccionar de otra forma, pero no era capaz porque temía que, si le contaba la última historia de Abu Youssef, me preguntara cuál era el mayor secreto que compartía con mi padre.

3

La carretera es estrecha y hay muchas rocas por todas partes. Unos niños juegan junto al arcén, y Nabil intenta esquivar todos los baches que puede.

Hace un rato hemos adelantado a una camioneta destartalada que subía a duras penas y con gran estruendo. En la plataforma llevaba una pila de muebles de varios metros de alto y, sentada encima, una niña pequeña con trenzas negras y una cabra que nos han mirado con curiosidad. La ciudad queda ya muy lejos. Por el retrovisor solo veo carreteras que bajan serpenteando y, más allá, el mar. Casas aisladas, de una planta, cuadradas y enlucidas de blanco. En los alrededores, plantaciones de cítricos y terrenos de grava. Cuanto más ascendemos, más se pierden los olores de la ciudad en mi recuerdo. Pinos piñoneros y arbustos de retama salpican las laderas de las montañas y desprenden sus agradables aromas.

De Beirut a Maasser El-Chouf no hay más que sesenta kilómetros, y sin embargo se tardan más de dos horas. Nabil toca la bocina varias veces cuando nos acercamos a una curva sin visibilidad, por si viene alguien en sentido contrario. Aun así, cuanto más arriba estamos, más rato pasamos sin cruzarnos con nadie.

De repente caigo en algo: está despejado y el aire es frío, y comprendo que no voy vestido adecuadamente.

Nabil parece leerme el pensamiento.

—Este es el lugar más apacible del Líbano —dice, y su tono es relajado, como si llevara puesto un albornoz y estuviera descansando en una tumbona—. No hay ruidos, no hay coches. Es muy primitivo. —Deja que el coche aminore la marcha y al final lo aparca al borde de la carretera—. Ya hemos llegado.

Recuerdo que mi padre me contó muchas veces que de joven iba a los cedrales en busca de silencio y paseaba la mirada por los parajes que se extendían por debajo. En efecto, de no ser por el nítido canto de los grillos, daría la impresión de que el silencio es algo palpable.

—En el Líbano quedan muy pocos lugares como este —explica Nabil, y señala un sendero—. ¿Vamos?

Aquí, a casi dos mil metros de altitud, por primera vez puedo abarcar el país entero con la mirada. Por lo menos esa es la sensación que tengo. Una franja alargada de resplandeciente terreno costero que se extiende un poco hacia la derecha y otro poco hacia la izquierda. Más allá: el mar azul cian y la espuma blanca de las olas que van llegando. En la orilla: puertos y ciudades

en miniatura que despiden un brillo plateado, como si fueran perlas. Campos verdes y terrazas de viñedos en las laderas. Y por debajo de mí, Beirut, que sonríe misterioso como una esfinge, bañado por la luz dorada, arrogante y cegadora del sol del mediodía.

Los cedros son realmente sobrecogedores. Nabil deja que yo vaya delante y me sigue al trote, las manos entrelazadas en la espalda como si meditara mientras camina. Durante un rato le da patadas a una piedra. Yo apenas salgo de mi asombro. Cuántas veces no habré imaginado este momento… En incontables ocasiones me he visto recorriendo estos bosques como si me observara a mí mismo desde lo alto de la rama de un cedro. Y ahora que de verdad estoy aquí, en esta tierra suave y de un marrón oscuro, me sorprende lo mucho que se parece a mis sueños. A mi alrededor tengo cedros, algunos de más de cuarenta metros de altura. Sus troncos son tan gruesos que haría falta todo un equipo de fútbol para abrazarlos. Su perfumado aroma me embriaga. Se yerguen como si fueran guardianes de esta tierra, con la sabiduría y la dignidad que les otorgan los siglos que han vivido.

—Estos árboles tienen una media de entre quinientos y seiscientos años —me informa Nabil, que se ha detenido a unos metros de mí y sonríe porque puede enseñarme algo nuevo—. Pero algunos pasan incluso de los mil.

No me da tiempo a evitarlo: veo a mi padre ante mí, apoyado en un tronco, contemplando la ciudad de allá abajo con una brizna de hierba entre los labios.

—Ese tronco principal —continúa Nabil, y señala al cedro que tengo delante— se ha dividido en tres. Lo cual significa que tendrá entre dos y cinco mil años. La edad exacta es muy difícil de determinar.

—¿Cómo sabe tanto de estos árboles?

La sonrisa de Nabil se ensancha, como si se esperara esa pregunta.

—Mi padre fue guarda de los cedros.

Me estremezco.

—¿De los Guardianes de los Cedros? ¿Durante la guerra?

—¡Por el amor de Dios! —exclama—. ¡Por supuesto que no! Somos musulmanes.

Los Guardianes de los Cedros fueron una de las muchas milicias de la guerra civil del Líbano. Cristianos maronitas, un partido nacionalista de extrema derecha. Lo sé porque en los últimos años he pasado más tiempo rodeado de los susurros de las bibliotecas y la oscuridad de los archivos que junto a mi prometida. En 1976, los Guardianes de los Cedros participaron en una masacre en el campo de refugiados palestinos de Tel al-Zaatar. En la actualidad, luchan en la guerra civil siria contra Bashar al-Ásad.

—Mi padre era artesano, pero durante la guerra comerció también con verdura y cigarrillos —explica Nabil—. Así que se ganaba bien la vida. Había muchas cosas que reparar porque siempre se rompía algo, y nadie quería renunciar a la verdura ni a los cigarrillos.

Asiento con la cabeza.

—Guarda de los cedros…

—Sí. —Se detiene y contempla los árboles como si fueran parientes cercanos—. Los cedros están amenazados. Los guardas se encargan de su conservación, reforestan y garantizan su continuidad. Y, como todos los guardas, también tienen que luchar contra los intrusos.

—¿Qué intrusos?

—Los pastores.

—¿Pastores?

—Exacto. Traen a los rebaños a las zonas de reforestación porque cualquier ampliación de los bosques les quita superficie de pastos, y así sus cabras devoran los plantones. —Pasea la mirada por el paisaje—. Mi padre se unió a los guardas de los cedros al terminar la guerra. Estaba muy mayor para grandes reparaciones, y ya era posible encontrar verdura y cigarrillos por todas partes, así que se buscó una nueva ocupación.

Los árboles son inmensos, sublimes. Es inimaginable que puedan llegar a desaparecer.

—Su mayor amenaza es el cambio climático —dice Nabil, leyéndome claramente el pensamiento una vez más—. La altitud ideal para los cedros es de entre mil doscientos y mil ochocientos metros.

—¿A cuánto estamos aquí?

—A unos mil cuatrocientos. Antes era ideal; la nieve llegaba con puntualidad y aguantaba mucho tiempo. El suelo estaba húmedo y frío durante varios meses. Sin frío, las semillas de cedro no pueden brotar, y eso significa… —Me mira como un profesor que espera una respuesta.

—… que su hábitat natural se traslada a zonas cada vez más altas —añado.

—Justo. —Nabil asiente, pensativo—. Pero la cordillera del Líbano no tiene una altitud infinita. Si en verano no llueve y en primavera ni siquiera hay niebla de la que los árboles puedan extraer humedad, en algún momento dejará de haber cedros.

La idea me deja consternado. Mi imagen mental del Líbano va ligada a estos gigantes.

—Son preciosos —digo, más bien para mí—. Parecen como salidos de la bandera.

Nabil vuelve a asentir.

—Por eso hemos convertido su silueta en nuestro estandarte. El agua del suelo solo alimenta al árbol hasta cierta altura. —Su mirada sube por el tronco que tenemos delante—. Puede que hasta ocho o diez metros. Después, la punta muere y el cedro empieza a adoptar su forma característica. —Dibuja con un dedo en el aire las ramas horizontales que se superponen unas a otras.

Recorremos un rato prados y senderos estrechos. Intento imaginar cómo podría ser todo esto algún día: hierba descontrolada y crecida, cedros resecos o inexistentes, levantar la mirada y no encontrar ya cumbres nevadas, sino solo grava y roca desnuda. ¿Qué implicaría eso para esta

tierra cuya identidad, e incluso su sobrenombre —«el país de los cedros»—, se basan en este árbol? Aquí, el cedro está presente en todas partes, en los sellos, en los billetes… El Líbano, ¿una tierra sin nombre?

—No los mire tan impresionado —dice Nabil, y me da una palmada en el hombro—. Cuando desaparezca el último cedro, hará tiempo que nosotros no estaremos aquí. Estos árboles son mucho más resistentes que los humanos. Puede que incluso el mar haya vuelto a conquistar la costa y todo esto sea otra vez como en tiempos remotos. —Ríe con despreocupación.

Por extraño que parezca, la idea de que ningún humano vaya a estar aquí para presenciar la muerte de los cedros tiene algo de tranquilizador.

Algo después estamos sentados en la hierba, mirando al mar apoyados en un gran tronco. Nabil ha sacado unas empanadillas del coche.

—Las ha hecho mi mujer —dice, y me pasa una. Está rellena de espinacas y queso de cabra.

Pienso en mi madre, y en cómo preparaba sus empanadillas mientras yo, nervioso, no hacía más que tirarle del delantal y, cuando no miraba, me metía un poco de queso en la boca y salía corriendo de la cocina, masticando a escondidas, feliz, antes de que se diera cuenta.

—¿Qué más tenemos que hacer hoy? —pregunta Nabil.

Me gusta que lo haya dicho en plural. De nuevo reparo en que no he trazado ningún plan. Solo tengo una idea, y no sé a dónde me llevará.

—Debería ir a Zahlé —digo.

—A Zahlé —repite—. Eso está a unos sesenta kilómetros, pero desde aquí tendremos que ir por los puertos de montaña, así que tardaremos una hora y media. —Mira el reloj. Debe de pasar del mediodía—. Estaré encantado de llevarle —dice—, pero ¿cuánto tiempo querrá pasar allí?

—Eso no lo sé. —Miro al suelo—. Depende de lo que me encuentre.

4

Nunca me esforcé en hacer amigos, y eso acabó por afectarme. Pasaba la mayor parte del tiempo solo con mis elucubraciones, que giraban en círculos interminables alrededor de la ausencia de mi padre. El silencio que había dejado al irse crecía como una mala hierba en mi cabeza.

A mí siempre me había costado encontrar amigos, incluso cuando él todavía estaba con nosotros. Salvo por el camino hasta el colegio, no tenía nada en común con ninguno de mis compañeros de clase. Las pocas ocasiones en que formaba parte de un grupo, solía estar callado, con las manos en los bolsillos y mirando el suelo, presente pero al mismo tiempo lejos de allí, y de vez en cuando asentía como si supiera perfectamente quién había metido el mejor gol de la liga ese fin de semana, o como si también hubiera visto a escondidas la última de Schwarzenegger, y, sí, las explosiones eran una pasada y, claro, en el cine, ¿dónde si no?, porque resultaba que conocía a alguien que conocía a alguien que nos había regalado las entradas. La verdad era muy diferente: yo no jugaba en ningún equipo de fútbol, no aprendía a tocar ningún instrumento y tampoco tenía videojuegos en casa. Yo no podía participar en esas conversaciones, y mientras tuve a mi padre, tampoco sentí nunca ganas de hacerlo. Nunca había tenido ningún motivo para pensar en el mundo que existía fuera de los límites de nuestra calle, donde, a mi entender, contaba con todo lo necesario para ser feliz: calidez, familiaridad y variedad. Tenía a mi padre y a Yasmin, y a veces también a Khalil, el artista del diábolo. Con eso me bastaba.

Sin embargo, de pronto ya no soportaba ver a Yasmin. Era como si nos separaran mundos de distancia. No solo rehuía su presencia porque temía que me preguntara por la historia, sino también porque por primera vez entendía lo que había significado para ella crecer sin madre. En realidad, eso debería habernos unido. Habría podido servirme de ejemplo: Yasmin era una chica alegre, fuerte y feliz, pese a las adversidades que habían sufrido Hakim y ella. Habría podido infundirme valor, la esperanza de que también a mí me iría mejor algún día. Pero nunca lo pensé así. El miedo que me daba tenerla cerca iba acompañado de vergüenza. Me avergonzaba no haberme preocupado nunca por ella tanto como ella lo hacía ahora por mí, y ese sentimiento provocaba que me distanciara más aún. Hasta que un día me di cuenta de que estaba completamente solo.

Desde la desaparición de mi padre, era como si el mundo más allá de nuestra calle hubiera dejado de existir. Mejor dicho: como si ese mundo ya no nos hiciera ningún caso. Al cabo de un tiempo, la gente retomó su vida como si no hubiera pasado nada, y mi mayor miedo fue entonces

que llegara un momento en que nadie lo recordara. Que lo olvidaran como se olvida un día de lluvia de abril. Sentía que era obligación mía llorar su desaparición el mayor tiempo posible, así que soportaba ese duelo como si llevara encima un manto de lágrimas. Me arrastraba por las calles con la cabeza gacha y evitaba mirar a los demás a los ojos. Durante las clases, casi siempre miraba por la ventana. Los profesores me tenían bajo su protección; estaba prohibido meterse conmigo o hablar de padres en mi presencia. Mis notas tampoco habían sido muy buenas antes y temían que pudiera quedarme más atrás aún si no me cuidaban. Yo me esforzaba. Me esforzaba de verdad. Pero siempre que intentaba conectar con alguien, hablar de cosas que creía que les interesaban, sentía esa barrera y recibía respuestas sucintas, como si cualquier palabra estuviera de más, o yo pudiese malinterpretarla y sentirme atacado. Daba igual lo que hiciera, siempre era «el del padre desaparecido».

Cuando estaba solo en un rincón del patio, se me acercaba la señora Lisewski, la profesora de mates, que siempre cantaba con nosotros canciones disparatadas para que recordáramos determinadas series numéricas. Era una mujer alta pero no muy guapa. Tenía los ojos demasiado separados, y corrían rumores de que se había operado para tenerlos así y poder pillar copiando incluso a los alumnos que se sentaban en los extremos del aula. Nadie personificaba su asignatura de una forma tan literal como la señora Lisewski, que siempre iba con la cabeza inclinada igual que si fuera un nueve.

—¿No quieres jugar con los demás niños, Samir? —me preguntaba, aunque a mí me sonaba a: «¡Venga, Samir, ve a jugar con los demás!», y entonces iba y jugaba.

Sin embargo, nunca tenía la sensación de participar de verdad. Me pasaban la pelota más que a muchos otros aunque no se me daba bien, y jamás me pitaban falta ni me entraban con fuerza. Casi era como si llevara una armadura protectora que hacía vacilar a mis compañeros. Jugando al fútbol habrían tenido oportunidades de sobra para meterse conmigo, pero no se atrevían. A veces, en el tumulto de la lucha por el balón, veía entre las piernas de los demás a Yasmin, que me observaba desde un grupo de chicas. Cuando se daba cuenta de que la miraba, me sonreía y saludaba, pero yo siempre hacía como que no la había visto.

El cumpleaños de Laura supuso un antes y un después en ese camino. Si hasta entonces había ansiado dejar de estar tan solo, tras ese día todo cambió. Unas semanas después de las vacaciones de Pascua, de la primera Pascua sin mi padre, yo ya había desarrollado mi propio ritual. Cuando sonaba el timbre al acabar la última clase, recogía mis libros, los lápices y las libretas, los metía en la mochila con una lentitud exagerada y me quedaba sentado hasta que todos los demás habían salido. Siempre era lo mismo: se oía un barullo de sillas arrastradas hacia atrás y el volumen de ruido en el aula subía de golpe. Mochilas que se abrían y libretas que se metían

dentro, cremalleras de chaquetas que se cerraban y conversaciones entusiastas que salían al pasillo, donde iban perdiéndose poco a poco. Por regla general, yo no me levantaba hasta que los profesores me pedían amablemente que saliera porque querían cerrar el aula. Si todavía oía el eco de los pasos de mis compañeros en los pasillos, me arrodillaba a atarme los cordones. Intentaba robarle todo el tiempo posible al reloj antes de salir para volver a casa. Así evitaba exponerme a las miradas de los demás en el patio, y también me ahorraba una visión que temía: la de otros niños pasando a toda prisa junto a mí para correr a los brazos de sus padres. Madres que daban un beso a sus hijos, les cogían la mochila y se iban con ellos al parque. Padres que ofrecían consejos sobre boxeo y luego reían y pasaban un brazo por los hombros de sus hijos para llevárselos a casa, o acompañarlos a clase de música o a fútbol.

Al principio todavía buscaba a mi padre con la mirada; observaba a los adultos que esperaban metidos en sus conversaciones, intentando encontrarlo entre ellos. No me parecía descabellado que lo primero que hiciera tras su vuelta fuese ir a buscarme al colegio para acompañarme a casa. Sin embargo, cuanto más lo buscaba, más doloroso era constatar que empezaba a olvidar su aspecto. Seguía teniendo aquella diapositiva suya en la cajita, aunque en ella salía de joven, y había momentos en los que no podía mirarla sin que se me partiera el corazón. Ni siquiera era capaz de sostener la caja en las manos sin echarme a llorar. Y si, aun así, lo hacía, comprobaba que el olor que desprendía era cada vez más tenue. Se esfumaba igual que la imagen definida de mi padre, que se volvía borrosa como una fotografía movida. Llegó un momento en que ya no era capaz de recordar la forma exacta de su rostro, no era capaz de rememorar el sonido de su risa. Como si mi padre pasara por detrás de un cristal empañado, mientras yo daba golpecitos con un dedo para pedirle que se quedara quieto. Allá adonde fuera, lo veía por todas partes. Si me detenía frente a un escaparate, creía adivinarlo en el reflejo del cristal, caminando por la acera contraria. Si miraba por la ventana durante una clase, a menudo me parecía verlo detrás del gran roble de la valla. Y si un día de lluvia torrencial perdía el autobús y lo seguía con la mirada, lo intuía vuelto hacia mí en la ventanilla trasera, saludándome. Así que en algún momento decidí protegerme, y por eso me quedaba sentado en clase hasta que todos se habían marchado ya.

Un día bajé despacio por la escalera vacía, que devolvía el eco de mis pasos. Había aguardado más rato con la esperanza de acertar el momento exacto para poder cruzar el patio del colegio sin testigos e irme a casa. Sin embargo, al llegar abajo me encontré a una mujer con la piel blanca como la nieve, una media melena rubia perfectamente peinada con secador y los labios tan rojos como un campo de amapolas. Parecía una estrella de cine de los años cincuenta, y su espléndido vestido de color rosa resaltaba contra el triste gris de las paredes del colegio. Esperaba de pie, mirándome con sus felinos ojos verdes. Me detuve al instante. Junto a la mujer estaba Laura, mi compañera de clase, que me miraba con recelo. Me volví hacia atrás, pero allí no había nadie más que yo. Era evidente que las dos me estaban esperando. La mujer puso sus manos de uñas

cuidadas sobre los hombros de Laura y empujó a su hija con delicadeza hacia mí. Laura carraspeó y me tendió un sobre.

—Me gustaría invitarte a mi fiesta de cumpleaños —dijo—. Cumplo nueve y lo celebraremos en mi casa, el sábado.

El gesto fue tan inesperado que por un segundo me quedé inmóvil, mirándola fijamente.

—¿De verdad? —pregunté después.

Laura no dijo nada, se limitaba a ofrecerme el sobre de la invitación. Su madre y ella parecían dos matrioskas puestas una al lado de la otra, la pequeña casi una copia perfecta de la mayor, solo que los labios de Laura no eran tan rojos.

—Ah —dije, y acepté el sobre, que era rosa, igual que su vestido—. Gracias.

En ese instante caí en la cuenta de que Laura nunca había hablado conmigo.

—Empezará a las dos, pero ya lo dice en la tarjeta. Habrá comida y pastel, así que no hace falta que comas nada antes —informó—. También jugaremos a algo todos juntos. Será divertido. —Se volvió hacia su madre como si quisiera asegurarse de haber declamado sin fallos el texto que se había aprendido de memoria.

—¿Y…? —dijo la mujer.

—Y me gustaría mucho que vinieras —añadió Laura.

Tras ella, su madre asintió satisfecha.

Yo, tímido, le di vueltas al sobre en las manos pasando los dedos por los bordes.

—Iré encantado. —Intenté sonreír. Estaba agobiadísimo.

Apenas terminé de hablar, Laura giró sobre sus talones y salió del vestíbulo del colegio, vaporosa como un chal rosado. Su madre me dirigió una breve mirada.

—Pues hasta el sábado, Samir —dijo, y me dejó allí plantado.

—¿Laura Schwartz? —preguntó mi madre cuando le entregué el sobre rosa.

Hasta que llegué a casa no me di cuenta de que estaba muy perfumado. Mi madre no conocía los nombres de mis compañeros de clase. Nunca le hablaba del colegio, y cuando había reunión de padres, hasta entonces había sido mi padre el que solía ir. Leyó la tarjeta y sonrió con timidez, como si estuviera orgullosa de mí, de que hubiera conseguido que me invitaran a un cumpleaños, pero al mismo tiempo se esforzó por no mostrar demasiado ese orgullo para que no pareciera que aquello era algo extraordinario.

Yo también estaba un poco orgulloso, y contento. Que nada menos que Laura me hubiese invitado me parecía una promesa de futuro, una señal de que las cosas mejorarían. De que todo sería más sencillo. De que estaría más acompañado. Yo, Samir, capitán fenicio de un cascarón de nuez, ponía rumbo a nuevas costas. A eso se le sumaba la circunstancia de que Laura siempre me

había gustado en secreto. Tal vez porque era muy diferente a mí. Durante el recreo, a menudo la contemplaba en el patio, donde atraía a niñas y niños por igual, como un sol. Todos querían ser amigos suyos y orbitar en su campo gravitatorio. Laura era una chica a quien le sonreía la vida. Se movía por los pasillos con una ligereza abrumadora, y sus ojos siempre contenían ese tenue destello de seguridad arrogante que los padres transmiten a sus hijos cuando los convencen de que son el astro central del universo. Se rumoreaba que su casa era la más bonita de la ciudad, aunque yo no conocía a nadie que hubiese estado allí. Después de las vacaciones, cuando los profesores querían saber qué habíamos hecho, Laura siempre era la primera en participar y hablar de sus casas de veraneo en Miami, o en Florencia, o de un viaje en velero con sus padres por la Costa Azul. Su padre era un diplomático estadounidense; su madre, una muñeca de porcelana. Se apellidaba Schwartz, e insistía en que lo pronunciáramos a la americana, cosa que a mí me gustaba porque me atraía lo exótico. Creo que, si no iba a una escuela privada, solo era porque sus padres podían estar seguros de que, en la nuestra, su hija nos superaba a todos en cuestiones patrimoniales.

—Lo pasarás muy bien, ya verás. Seguro que son gente muy agradable —dijo mi madre entonces, y dejó el sobre. Me apartó un mechón de pelo de la frente y me devolvió la invitación.

Estaba nervioso. Ningún compañero de clase me había invitado nunca a su cumpleaños. Tampoco yo había pensado en ninguno de ellos para el mío, pues siempre lo había celebrado con la gente de nuestra calle. Eso hacía que la invitación de Laura fuese algo especial.

Pensé largo y tendido qué regalarle. En mi cabeza, Laura era una chica a la que no le faltaba de nada.

—¿Qué te parece algo que hayas hecho tú? —propuso mi madre.

Me gustó la idea. Era imposible que Laura tuviera también todo lo que no podía comprarse, así que le preparé un pastel. Uno personalizado. Mi madre me ayudó, pero en gran parte lo hice yo solo. Puse un taburete en la cocina para subirme encima y llegar bien. Luego fui colocando un montón de frambuesas sobre el bizcocho con mucho cuidado, después añadí nata y, por último, escribí «Happy Birthday, Laura» con virutas de chocolate encima del todo y clavé nueve velas de esas que costaba mucho apagar.

El sábado, mi madre me sacó una camisa y un cinturón, y me peinó bien. Poco después, se metió en el baño y se estuvo allí dentro lo que a mí me pareció una eternidad. Al salir, iba maquillada y se había puesto un vestido bonito, el azul. Volvió a alisárselo mientras se miraba en el espejo. Incluso llevaba perfume. Casi parecía que la invitada al cumpleaños fuese ella, y no yo.

Nos internamos en una parte de la ciudad en la que yo no había estado nunca. A ambos lados de la calle había casas grandes y preciosas. Las fachadas blancas relucían como palacios

encalados. El aire centelleaba frente a las ventanas, las entradas estaban flanqueadas por columnas decorativas y en los balcones de lo alto se veían elegantes mesas con tumbonas. En los jardines delanteros crecían árboles gigantescos, y los incontables arriates de flores relucían como arcoíris. Por la ventanilla abierta del coche entraba el olor a hierba recién cortada. Al pasar, vi incluso a un jardinero con un sombrero de paja redondo, subido a una escalera para enderezar un seto. Esa calle era otro mundo, nada comparable al nuestro: amplio y casi asépticamente limpio. La avenida estaba bordeada de abedules. En las entradas de las casas brillaban los Cadillac, varios tipos de Mercedes, Porsche. Se me abrió la boca de asombro. Mi madre aparcó en una calle secundaria; creo que le dio vergüenza parar justo delante con nuestro viejo Toyota. El resto del camino lo hicimos a pie. Yo llevaba el pastel de Laura en las manos, sudando de preocupación por si se me caía. Quería que me acogieran en esa casa, que volvieran a invitarme alguna vez, así que debía ir con cuidado para no manchar de frambuesas y nata esa calle tan bonita.

Reconocimos la casa por los globos de colores chillones que habían atado a la valla del jardín, que se balanceaban con suavidad en el viento, como si también ellos fueran invitados de la fiesta. La casa estaba pintada de un blanco resplandeciente, era de tres plantas, tenía ventanas abovedadas y, en la segunda planta, una puerta cristalera que daba al balcón. En mitad del amplio camino que llevaba a la puerta de entrada había una fuente y, a ambos lados, réplicas de estatuas griegas, niños con arcos y flechas envueltos en túnicas pétreas, que me miraban frunciendo el ceño con severidad. Sentí sus miradas en la espalda cuando nos acercamos a la casa. Mi madre andaba despacio, mirándolo todo como si estuviera entrando en un planeta extraño. Juntos subimos los escalones de mármol que llevaban a la puerta principal. La señora Schwartz la abrió antes de que llamáramos al timbre. Tras ella se oía un barullo salvaje de niños, como en una feria.

—¡Samir! —exclamó.

—Hola, señora Schwartz —saludé, esforzándome para que su apellido sonara muy americano.

—Qué guapo estás con esa camisa. Para comerte —dijo la mujer, y me acarició el pelo repeinado como si fuera una cobaya. Después miró a mi madre, que estaba en un segundo plano, cohibida—. Señora El-Hourani, me alegro de conocerla. —Dio un paso y salió al exterior.

—Hola —saludó mi madre, y le estrechó la mano—. Gracias por invitar a Samir.

Jamás la olvidaré, de pie en esos escalones de mármol, casi reverente, entre las columnas de una casa que a ella debió de parecerle un palacio. Con su mejor vestido, los ojos algo maquillados y un poco de perfume, tan guapa y arreglada como hacía una eternidad que no la veía.

—Laura quería invitar a Samir sí o sí —afirmó la señora Schwartz—. Nos alegramos de haya venido. ¡Laura, ya está aquí Samir!

Laura llevaba un vestido blanco. La corona de flores que adornaba su melena rubia le confería el aspecto de una joven novia, o de un hada de camino a una fiesta secreta en un bosque de cuento.

—Feliz cumpleaños —dije con timidez.

—También de mi parte —añadió mi madre al saludarla.

La señora Schwartz sonrió un instante. Era una de esas mujeres que sospechan que tras cada seto se esconde un fotógrafo y siempre cuentan con la posibilidad de ver su rostro en la portada de alguna revista al día siguiente. Su sonrisa era la danza perfectamente coreografiada de las comisuras de unos labios que a mí, en realidad, me parecían bastante cansados. Sin prestar más atención a mi madre, me dijo:

—Bueno, Samir, pues adentro.

Así que pasé al vestíbulo de mármol. Al otro lado de los cristales esmerilados de la puerta de entrada, mi madre ya solo se veía como a través de un prisma. Por un instante vi cómo levantaba la mano para despedirse.

En todas las paredes colgaban fotografías de Laura: Laura junto al mar, Laura en la azotea de un rascacielos con una ciudad en miniatura al fondo, Laura en un barco. Las salas por las que me hicieron pasar eran grandes y luminosas, con altos techos de estuco y vitrinas de madera de roble pulida que despedían un brillo noble a la luz del mediodía. En las esquinas del salón había cómodos sillones con tapicería de *chintz*, y también una estantería en la que se alineaban libros gruesos encuadernados en verde. Al otro lado vi un piano de cola Steinway, junto a él un atril y una palmera que llegaba al techo, y me imaginé a Laura sentándose allí a practicar cuando volvía del colegio, con su estricta madre a la espalda. Atravesamos más salas, pasamos junto a jarrones chinos, más estatuas y una *chaise longue* en la que los cojines estaban tan bien colocados que me pregunté si alguien se habría atrevido a sentarse en ella alguna vez. Por encima de la *chaise longue* colgaba un cuadro que representaba una batalla naval: un hombre de pie en la punta de un barco blandía su espada gritando y señalando a otro navío, de cuyas troneras salía un humo denso. Yo seguía a Laura boquiabierto ante ese mundo extraño y suntuoso. Mis pies se hundían en las mullidas alfombras, el aire era limpio y por los ventanales entraba una luz cálida.

Laura avanzaba con ligereza y seguridad. Toda la casa albergaba una colección de artefactos de países lejanos expuestos con mucho gusto en las paredes o dispuestos en vitrinas, y ella me conducía por allí como una guía de museo. De vez en cuando me señalaba algo, un bastón con una vistosa empuñadura de serpiente, por ejemplo, y entonces decía: «Eso lo trajo mi padre de la India», o un tocado repleto de plumas de muchos colores y explicaba: «Eso lo llevan los indígenas del Brasil. ¿A que es una pasada?».

Era una pasada, en efecto, y yo no hacía más que asentir, mudo e impresionado.

—¿Alguna vez has estado en el extranjero? —Se volvió hacia mí y me dirigió una mirada de

curiosidad.

Negué con la cabeza.

—Venga ya. ¿Nunca has estado en el extranjero?

—No.

—Ay, vaya, y ¿cómo es eso? —Se dio aire con un abanico imaginario, como si estuviera a punto de desmayarse.

—No lo sé. —Me habría gustado decirle que vivir en nuestra calle era como estar en el extranjero. Que incluso olía como el extranjero, y que allí la gente hablaba otros idiomas. Era un sitio precioso y misterioso, muy diferente a todo aquello.

—Pues tienes que ponerle remedio en cuanto puedas. —Suspiró—. Yo no soy capaz de imaginar el mundo sin el extranjero.

—Claro, eso haré —me limité a decir, aunque sonó como si se lo estuviera prometiendo—. Gracias por invitarme, Laura.

Me miró un instante como si no me entendiera. Después dio un paso hacia mí. Se acercó tanto que sus labios casi me rozaron la oreja.

—Los demás también están muy contentos de que hayas venido —me susurró.

La tarta de cumpleaños debía de estar riquísima, pero no pude saberlo porque no llegué a probarla. Actué tal como me habían enseñado mis padres y como tantas otras veces había hecho cuando nos invitaban a casa de amigos libaneses: había que rechazar el trozo de tarta tres veces, como hacía todo buen invitado. Así demostraba que era una persona educada, ya que le daba a la señora Schwartz la ocasión de ser una buena anfitriona. Sin embargo, después de rechazar mi trozo por segunda vez, ya no volvió a ofrecérmelo. De modo que me quedé sentado con las manos en el regazo, esperando a que empezara ese juego del que Laura y los demás hablaban con tanta intriga. Nadie quiso probar mi pastel, pero la madre de Laura me aseguró que lo guardarían para desayunar al día siguiente.

—El juego será chulísimo —dijo un chico que se llamaba Nico y que también iba a nuestra clase. Tenía un poco de tarta de chocolate en la comisura de los labios, y parecía una marca de nacimiento. Nico era el payaso de la clase. Nunca hacía los deberes, siempre se los copiaba de algún compañero. En gimnasia, sin embargo, era imbatible, y le encantaba pelearse en el patio durante el recreo. Yo suponía que siempre lo invitaban a todos los cumpleaños—. ¡Déjate sorprender! —dijo, y me guiñó un ojo.

Laura y los demás se rieron por lo bajo.

—¿A qué vamos a jugar?

—A encontrar el cazo —contestó Laura—. ¿Lo conoces?

—Sí, claro.

—Pero jugaremos con regalos especiales —explicó Nico, y todos volvieron a soltar una risita.

Parecían esperarlo con verdadera ilusión.

Al entrar en la habitación donde estaban reunidos, todos me habían saludado con un «¡Samir, por fin!». No daba crédito, pero me sentí a gusto. Ver a mis compañeros de clase fuera del colegio era toda una novedad. Tuve la sensación de ser uno más, aunque no hablaba demasiado, sino que casi todo el rato escuchaba, preparado para dar una respuesta educada si alguien me preguntaba algo.

Cuando llegó el momento, salimos al jardín. Laura se nos adelantó con el cazo, un cucharón y un pañuelo. Uno tras otro, los invitados se vendaban los ojos y buscaban a gatas por la hierba bien cortada mientras los demás gritábamos «frío» o «caliente», y a veces, si se acercaban al cazo enseguida, les tomábamos un poco el pelo. Era emocionante y divertido. Laura escondía algo debajo del cazo para cada invitado. Era su forma de agradecernos que hubiéramos ido. Nico recibió un álbum de fútbol en el que se podían pegar cromos de jugadores, a Sarah le encantó su cuaderno de poesía. A Sascha le tocó una torre Eiffel que era un pequeño puzle 3D, y Sophie encontró una libreta del ratón Diddl, porque le gustaba dibujar. Laura había buscado algo diferente para cada uno, algo que sabía que le haría ilusión al destinatario.

Yo fui el último en jugar. Hasta entonces había esperado junto a los demás, dando pistas y alegrándome cada vez que alguien encontraba su regalo y le daba las gracias a Laura.

—Ahora te toca a ti, Samir —me dijo por fin.

—Sí, Samir, tú todavía no tienes regalo. —Nico me miró ladeando la cabeza.

Asentí con entusiasmo y me froté las manos. Nico se colocó detrás de mí y me ató el pañuelo sobre los ojos. Cuando ya no podía ver nada, de pronto sentí su respiración muy cerca de la oreja.

—No ha sido idea de Laura que vinieras. Fue su madre la que quiso invitarte —susurró.

Y me empujó al suelo antes de que pudiera reaccionar.

Avancé a tientas, ciego y mosqueado. Quería preguntarle a Nico qué había querido decir con eso, pero los demás gritaban: «¡Venga, Samir!», así que me puse a gatear por la hierba sintiendo lo húmedo que estaba el césped. Todos daban palmas y gritaban: «¡Frío!», de modo que di media vuelta y seguí golpeando con el cucharón en la oscuridad. Sus voces me resultaban demasiado fuertes, como chillidos de cuervos. Seguí avanzando a cuatro patas, pero sus indicaciones se contradecían. «No ha sido idea de Laura que vinieras». ¿Qué había querido decir Nico con eso? El sol me ardía en la espalda y empecé a sudar bajo el pañuelo. Las voces se abalanzaban sobre mí y yo no hacía más que golpear en el vacío. Ninguno de los otros había estado tanto rato buscando, y ya iba a darme por vencido cuando de pronto gritaron: «¡Caliente, caliente!». Poco después oí que el cucharón golpeaba algo metálico.

—Caray, se ha hecho eterno —oí decir a Laura mientras me quitaba el pañuelo de los ojos.

Entonces vi el cazo delante y todos formaron un círculo a mi alrededor. Nico separó bien las piernas. Los ojos de Laura me miraron con frialdad. También los demás me observaban nerviosos, impacientes por que levantara el cazo.

Había esperado muchas cosas, pero no aquello. La sensación de verme infinitamente humillado me arrolló como una avalancha. Intenté por todos los medios no llorar, tomé aire para contener las lágrimas, pero de todos modos brotaron, y me vine abajo, impotente, derribado por la vergüenza de haber caído en su horrible truco. ¿Cómo había podido ser tan tonto para creer que me habían invitado porque les caía bien? ¿Cómo había podido ser tan ingenuo para imaginar que allí, tan lejos de mi mundo, encontraría amigos?

Jamás habría creído que mis compañeros se aprovecharían de tenerme por fin así de indefenso ante ellos, mis depredadores, sin la mirada protectora de un profesor. El cumpleaños de Laura fue su venganza por haber emponzoñado el clima de la clase con mi desgracia. Les sirvió para dar salida a toda la guasa acumulada que no les habían permitido expresar. Ahí estaba yo, sentado en el suelo con el pañuelo todavía alrededor de la frente, moqueando por la nariz y sollozando mientras por mis mejillas caían unos lagrimones que mojaban la imagen que sostenía en las manos. Era la fotografía que la policía había usado para buscar a mi padre. Lloré de tal forma que los demás me contemplaron horrorizados y enmudecieron de repente.

Todavía recuerdo que la madre de Laura apareció en algún momento en ese círculo silencioso y se quedó mirándome un segundo sin habla, tapándose la boca con la mano, antes de salir de su estupefacción y sisear con tono cortante:

—¡Todo el mundo adentro!

Luego me puso una mano en el hombro y me aseguró que lo sentía muchísimo. Todavía recuerdo que seguí apretando la fotografía contra mi pecho, y que no podía parar de llorar, que me avergonzaba sobremanera de mis lágrimas, pero continuaba sin poder soltar la fotografía cuando mi madre llegó corriendo y se agachó a mi lado en la hierba, me abrazó y me besó en la mejilla. Todavía recuerdo cómo se me llevó de allí, cruzando ese salón invadido por un silencio atónito, con la cabeza gacha, cómo inclinó la cabeza la señora Schwartz sin decir nada cuando nos abrió la puerta, y que mi madre me hizo subir al asiento trasero del coche, que aguardaba polvoriento y oxidado en la magnífica entrada. Todavía recuerdo que me juré que jamás volvería a intentar hacer amigos, que prefería estar solo para siempre y cuidar del dolor y del recuerdo de mi padre como si fuera un jardín, todo ello mientras seguía apretando su fotografía como si fuera un tesoro reencontrado.

5

Qué extraño saber que nació aquí. Aunque nunca había estado en este sitio, es como si recordara todas las calles, todos los rincones. Como si su espíritu me sonriera desde las ventanas de las casas, misterioso, sabiendo que sigo las pistas que me dejó y que estoy emocionado por ver si seré capaz de interpretarlas correctamente. «Sígueme —parecen exclamar los muros de los edificios—, a ver si me encuentras». El tráfico ruge, los dueños de los restaurantes señalan las cartas de sus locales con una sonrisa. O sea que aquí es donde creció. Aquí vivió, aquí respiró. Al acercarme a él de esta forma es como si sus descripciones cobraran vida. Como si estuviera justo detrás de mí y señalara el río en cuya orilla me encuentro: «Ese es el Berdauni. Al sur discurre algo más tranquilo. De pequeño, venía aquí a bañarme. Allí hay un tramo de unos dos kilómetros de largo donde el agua no es muy profunda, la corriente es suave, perfecta para dejarse llevar sobre un neumático…».

Siento un optimismo febril. Quiero encontrar respuestas. Quiero olvidar todas las noches que pasé en vela porque su rostro me perseguía: mirándome aturdido, empapado y enajenado, la tarde antes de su desaparición. Como un extraño. Quiero que hayan valido la pena esos años en los que me obstiné en creer que mi padre no había muerto. Que no había salido de casa por la mañana para dar un paseo y luego había sufrido un ataque al corazón en un lugar donde nadie había podido ayudarlo. Que no se había podrido, oculto en cualquier rincón de un bosque. Quiero que sea cierta la dolorosa explicación que me daba a mí mismo: que se deshizo de nosotros como de un abrigo viejo.

Hemos entrado en la ciudad por el norte, cruzando unas colinas de un verde indescriptible que se elevan como jorobas de camello en el paisaje rocoso y a cuyos pies se extiende la población. Incluso ahora, en pleno verano, las cimas de las montañas están coronadas de nieve. El Berdauni atraviesa la ciudad serpenteando y la divide en dos. El barrio comercial queda al este; el casco antiguo, algo más elevado, ocupa la orilla occidental. Río abajo se abre el valle de los viñedos, donde se encuentran los famosos restaurantes de Zahlé.

Según mi guía, Zahlé es la tercera ciudad más grande del Líbano, aunque yo ya lo sabía por mi padre. Su población es casi exclusivamente cristiana. No es difícil darse cuenta: por sus calles, las parejas jóvenes pasean dándose la mano; las mujeres llevan falda corta y el primer botón de la blusa abierto, y no evitan que los muchachos, al cruzarse con ellas en las escaleras, las rocen de

pasada. Me resulta emocionante, casi irreal, recorrer las mismas rutas que recorrió él. Ver las casas que vio él, respirar el aire que respiró él.

Unos escolares de uniforme azul bajan de un autobús y desaparecen riendo por una callejuela. Los sigo con la mirada, como en trance. Continúo andando. Lo que más me llama la atención son los viejos. Me pregunto si mi padre, de niño, le haría alguna jugarreta a ese hombre que avanza despacio por la acera contraria, apoyado en su bastón. ¿Se cruzarían alguna vez? ¿Tallaría mi padre su nombre en el tronco de algún árbol a la orilla del río? ¿Qué sentiría al crecer aquí? ¿Saldría a pasear con alguna chica? ¿La llevaría a alguno de los restaurantes que dan al río? ¿Se sentaría en una de esas cafeterías a escribir sus historias? ¿Decidiría allí, junto a ese puesto de frutas, aceptar el trabajo en Beirut a pesar de la guerra?

Cuando mi padre desapareció, el tiempo se detuvo para mí. Su recuerdo fue desdibujándose con los años y se volvió cada vez más borroso, sus contornos se difuminaron. Yo crecía y cambiaba, pero él se mantenía joven. Cuando pensaba en él, siempre lo veía como el hombre que nos abandonó, solo que más desvaído con el paso del tiempo. Ha sido al llegar aquí cuando no he podido evitar preguntarme qué aspecto tendrá en la actualidad. Si es que al final regresó a este lugar. Y si vive aún.

—Zahlé —anunció Nabil en el coche, mientras traqueteábamos por las carreteras de montaña y pasábamos junto a improvisados puestos al borde de la carretera, con sus carteles de Pepsi y sus descoloridas cartas de oferta gastronómica—, la ciudad del vino y la poesía.

Mi padre tampoco se cansaba de repetir eso, y yo nunca le pregunté por esa fama.

—Lo del vino lo entiendo, pero ¿por qué la poesía?

Nabil me miró.

—Cuando hay vino, la poesía no puede andar muy lejos, ¿no cree?

—Pensaba que era usted musulmán.

—Y lo soy.

—¿Y bebe vino?

Se llevó un dedo a los labios, como si hubiera que hablar más bajo.

—Aquí estamos muy arriba, a casi dos mil metros, y eso es bastante cerca de Alá. Prefiero responderle esa pregunta cuando volvamos a bajar a Beirut.

Nabil camina ahora detrás de mí, en un discreto segundo plano. Parece intuir que la ciudad ha despertado algo en mi interior, pero no ha preguntado por ello. A mí, en cambio, me gustaría saber qué ha imaginado sobre mi persona: un alemán que habla árabe con fluidez, que va al Líbano en busca de alguien sobre quien es evidente que no quiere hablar, y que se comporta todo el rato como un turista que solo quiere ver los cedros y se queda embobado ante cualquier vista medio bonita.

Hemos aparcado el coche y hace un buen rato que vamos a pie. De todas formas, no tengo una

dirección a la que dirigirnos, solo sé que debo empezar por aquí. ¿Y después? Ni idea. No dispongo de ningún plan alternativo. En realidad, lo único que tengo es una idea vaga y esta pulsión. La verdad es que hace veinte años que vegeto en el ayer. En el futuro solo he pensado una única vez: cuando le hice la proposición de matrimonio. Aunque, si este viaje no sale bien, no habrá boda.

—Eso es el Souk al-Blatt. —Nabil me devuelve a la realidad.

—¿Eh?

—El zoco, una vieja calle comercial. —Señala una travesía que sale hacia la izquierda desde la calle principal. La luz de la tarde le confiere un resplandor rojizo; a izquierda y derecha se ven balcones herrumbrosos, el revoque de las paredes está todo desconchado—. Antes, y con eso me refiero a hace mucho tiempo, venían aquí comerciantes itinerantes desde Siria, Bagdad o Palestina a comprar y vender sus mercancías. La calle desemboca en uno de los barrios más antiguos de la ciudad.

—¿Y ahora?

—Ahora solo es vieja. —Ríe—. He oído que tienen pensado restaurarla y convertirla en un centro de artesanía tradicional.

—¿Pero?

—Pero esto es el Líbano. Que alguien se haya tomado siquiera la molestia de planear nada ya es un pequeño milagro que debemos celebrar.

Contemplo la calleja. ¿Llegó mi padre a ver ese mercado en pleno apogeo? ¿Con comerciantes bulliciosos, clientes regateando, el olor del jabón y las especias, el tintineo de las monedas sobre mesas de madera?

—Deberíamos comer algo —propone Nabil.

Tiene razón. Salvo por las empanadillas que ha compartido conmigo, hoy todavía no me echado nada al cuerpo.

—¿Conoce algún restaurante?

—No, pero si en Zahlé no encontramos ninguno, merecemos morir de hambre.

Dejo que sea Nabil quien pida. Al abrir la carta y ver los familiares nombres de los platos, me doy cuenta de que nunca he comido nada árabe. En un restaurante, quiero decir. Antes tenía *hummus*, *tabbouleh* y *kibbeh* en la cocina de mi madre. Generosas fuentes de barro que ocupaban toda la mesa, y un plato de humeantes panes planos para acompañar. Me siento como un auténtico turista. Si quiero sacar algo de este lugar, debo concentrarme en lo que tengo. Y eso es un nombre.

Nabil me mira con una mezcla de suspicacia y diversión cuando hundo el pan en el *hummus* y

me lo meto en la boca ensimismado. Seguramente está buenísimo, pero en este momento no soy capaz de disfrutarlo. Para que el silencio no se alargue demasiado, le hago una pregunta:

—¿Y tu familia? —Es algo tan personal que me sale tutearlo—. ¿Cuántos hijos tienes?

—Tres chicos —contesta.

—¿Chicos los tres?

—Sí —sonríe—, tenemos suerte.

—¿De qué edades?

—Quince, trece y siete. Jamel es el mayor, Ilias el mediano, y el pequeño se llama Majid.

—Entonces ¿te llaman Abu Jamel?

Nabil asiente con la cabeza.

—Así me conoce la mayoría. ¿Tú tienes hijos?

—No.

—Si algún día tienes un hijo, no lo llames Jamel.

—¿Por qué no?

—¿Sabes que significa «el Hermoso»?

—Sí.

—El problema es que el mío también lo sabe. —Nabil se echa a reír, arranca un trozo de pan, lo rellena de arroz y lo hunde en el cuenco del *labneh*—. Nunca dejo que el chico entre en el baño antes que yo, porque cuando se mete tarda horas en salir. Se detiene delante de cada maldito espejo para comprobar que no se le haya movido ni un pelo. Y si se encuentra una espinilla, ya no quiere ir a clase. Le da vergüenza. ¿Te lo puedes creer? Me roba la colonia, aunque yo no digo nada, porque huele mejor que el desodorante que se compra él… Esa cosa te destroza la mucosa nasal.

—Bueno, está en la edad.

—Al menos es aplicado. Después de clase ayuda en la tienda de un conocido. Allí vende de todo: agua, verdura, periódicos, comestibles. Masoud dice que Jamel es una bendición para él. Desde que lo tiene en la caja, a la tienda va el triple de chicas que antes. Se ponen a cuchichear detrás de la estantería de las revistas y compran cualquier cosa con tal de acercarse un poco a él. —Nabil vuelve a reír. Noto que está orgulloso y que le gusta hablar de su hijo—. Es como un pequeño milagro —dice mientras alcanza la fuente de las hojas de parra que está delante de mi plato—. No sé, mírame; debe de haber heredado los genes de su madre.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Nimra.

—¿Y qué quiere ser Jamel de mayor?

Nabil levanta las manos en un gesto implorante.

—Espero que modelo no. Ni nada por el estilo. Me gustaría que estudiara algo decente. Que

acabe el instituto y, si puede ser, que vaya a la universidad. —Me mira a los ojos y, mientras habla, golpea la mesa con el dedo índice para recalcar sus palabras—. Sacarse una carrera universitaria es lo más importante en este país. Todos los meses aparto un poco de dinero para él. Mi sueño es que pueda ir a una universidad privada de Beirut.

—¿Por qué no a una pública?

—En el Líbano solo hay una universidad pública. Allí van los que no tienen beca o no pueden permitirse la privada. Pero no puede compararse con las demás. Cuentan que los profesores se saltan las clases sin ninguna excusa, o que dejan los trabajos de fin de carrera sin corregir durante meses, hasta que se dignan a abrirlos. Solo en las privadas hay una buena formación.

—¿Y son muy caras?

—Buf… —Sacude la mano como si se hubiera quemado—. Un curso en una universidad media cuesta unos diez mil dólares estadounidenses. Y hay padres que incluso suplican para que acepten a sus hijos. ¿Te lo puedes creer?

—¿Suplican?

—Algunos intentan negociar con las universidades como si estuvieran en el zoco. Muchas de las privadas ofrecen descuentos según los resultados académicos: el que saca buenas notas estudia por menos dinero. Pero, aun así, cuestan una fortuna. ¿Sabes lo que hacen los padres? Se van a los estados del golfo, a Dubái, Abu Dabi o Catar, porque allí ganan mucho más. Con ese dinero pagan los estudios de sus hijos en el Líbano, y cuando estos se han sacado el título, también ellos se marchan a trabajar al golfo Pérsico, o a Europa. Por lo menos si son listos. —La voz de Nabil ha cambiado. Su charla intrascendente ha adoptado un tono que transpira gravedad.

Noto lo mucho que le preocupa el tema. Ha apartado el plato y no hace más que mirarse las manos, angustiado.

—No sé si podré enviarlos a los tres a una universidad privada. No es nada fácil. Muchas familias tienen un poco de tierra que pueden vender en caso de necesidad. Nosotros, por desgracia, no.

—¿Y trabajas solamente como conductor?

Sonríe nervioso. Es evidente que el tema le incomoda.

—Tengo varios clientes fijos, hombres de negocios a los que llevo con asiduidad. Mi coche no es el más bonito del mundo, pero tengo buena fama, soy de fiar, conozco muchos atajos y todos saben que, si los lleva Nabil, llegan puntuales a sus citas. Esas cosas se comentan.

No puedo evitar recordar que hoy ha llegado una hora y media tarde al hotel, pero me muerdo la lengua.

—Saldrá bien —dice, y señala con el índice hacia arriba—. *Insha'Allah*. —«Dios lo quiera»—. La formación es el mejor camino hacia el futuro. Ya sabes que los libaneses no le tenemos mucho cariño al pasado. El futuro es lo único que importa.

Es por la tarde y las calles se han llenado más. Los habitantes de Zahlé salen en masa del trabajo, la gente va a pasear por la orilla del río, las terrazas de los restaurantes tienen casi todas las mesas ocupadas, dos jóvenes han atado una cuerda floja entre dos árboles y hacen equilibrios sobre ella. Zahlé no tiene una belleza sublime. Le falta la arrogancia reluciente que irradia Beirut, el resplandor de las construcciones de cristal, la magia del mar. Pero sí es una ciudad con cierto encanto. Apenas hay edificios de más de tres o cuatro plantas. Junto a las aceras no solo se ven coches, sino también algún que otro burro cargado con alforjas. Los limpiabotas sonríen con simpatía, algunas mujeres montan puestos ambulantes en los que cuelgan vestidos de lentejuelas de color rojo, rosa, azul y turquesa, y donde también venden jarrones de barro pintado, expuestos junto a tamboriles y manteles de colores. A su lado, postales de monumentos que no se encuentran aquí: el puerto de Biblos, el casco antiguo de Trípoli, los cedrales. Ahora sí huele casi como en nuestra calle en aquella época: el aroma de la *shisha* llega a mi nariz a cada rato, y también de pescado a la parrilla, salsa de menta y pan recién hecho. Nabil mira la hora de pasada, con un gesto rápido de la muñeca. Seguramente no quiere que piense que tiene prisa, pero yo tampoco puedo seguir perdiendo el tiempo, así que me vuelvo hacia él y anuncio:

—Tengo que encontrar a una mujer.

Enarca las cejas.

—Pero ¿no tenías ya una?

—No para casarme, Nabil. La persona a quien busco aquí es una mujer.

—Ah, y ¿por qué no me lo has dicho nada más llegar?

—Te lo digo ahora.

—Vale. ¿Tienes su número de la Seguridad Social, por ejemplo?

—¿Su qué?

—Es una broma. Aquí nadie tiene de eso. —Ríe—. ¿Una dirección?

—No.

—No pasa nada. ¿Sabes al menos cómo se llama?

—El-Hourani.

—El-Hourani… —murmura—. Ese nombre es más frecuente en el sur, en Tiro, en Nabatea, por allí. Aquí arriba no habrá tantos.

—Eso, por desgracia, no lo sé.

—¿Y el nombre de pila?

—Elmira.

—Elmira El-Hourani. Créeme, Samir, no hay que ser Philip Marlowe para localizar a alguien en el Líbano. Este país es pequeñísimo. Aquí todo el mundo se conoce. Espera…

Se levanta y va hacia un camarero que aguarda frente a una carta en formato cartel. Habla con él y el camarero le contesta. Primero se encoge de hombros, pero luego parece reflexionar y, tras pensarlo un poco, señala calle arriba.

Nabil regresa casi danzando y con una gran sonrisa. Cuando ya está cerca de nuestra mesa, aminora el paso, entorna los ojos hasta convertirlos en dos ranuras y declama con voz impostada:

—Soy un lobo solitario, soltero, llegando a la mediana edad y sin mucho dinero. He estado más de una vez en la cárcel y no me dedico a casos de divorcio.

—¿Qué?

—*El largo adiós*.

—¿Philip Marlowe?

—Exacto.

—¿Qué te ha dicho ese hombre?

—Que solo hay una familia El-Hourani en Zahlé. Si la mujer se llama Elmira, no lo sabe. Venga, me ha indicado por dónde se va.

He sacado la fotografía hace un rato, cuando Nabil ha ido al baño. No es que me hiciera falta volver a ver su rostro —he estudiado la imagen tantas veces que la veo hasta con los ojos cerrados—, pero contemplarla aquí, en esta ciudad, es diferente.

Ahora soy yo quien va detrás de Nabil, pegado a él, que parece muy seguro y camina con paso decidido. La calle se vuelve más serpenteante y empinada. Cada vez encontramos menos restaurantes. Aquí hay más bien quioscos, pequeñas tiendas de electrodomésticos, negocios de corte y confección, talleres de coches. Cuántas veces no habré imaginado este momento… Y sin embargo, no tengo la menor idea de cómo reaccionar cuando por fin me encuentre ante Elmira El-Hourani. ¿Se alegrará de verme por primera vez en su vida? ¿Tendré que explicarle qué he venido a hacer aquí? Todavía sigo preso de esa sensación, esa mezcla malsana de miedo y esperanza. Miedo a encontrarlo tal vez a él también. Porque viva con ella o porque casualmente haya ido a visitarla.

De pronto, Nabil se detiene.

—Es aquí —anuncia—. Esta tiene que ser la casa.

Estamos frente a una fachada que se desmorona. Llamar «casa» a esta construcción es mucho decir. Es poco más que una pared vieja, gris, fundida con los muros de izquierda y derecha, que a su vez componen sus propias fachadas, en muchísimo mejor estado. La madera de los postigos de las ventanas está podrida. Un par de escalones suben a una puerta que en su día debió de ser verde. Hay un timbre, pero ningún cartelito con un nombre. Al ir a llamar, veo que la puerta está entreabierta. Miro a Nabil lleno de dudas.

—¿Qué ocurre?

Señalo la puerta abierta.

Él me mira sin entenderme.

—Aquí todo el mundo se conoce, ya te lo he dicho. La mayoría de la gente no tiene motivos para cerrar con llave.

Recuerdo que también nuestra puerta solía estar abierta casi siempre. Eran sobre todo Hakim y Yasmin quienes entraban y salían cuando les apetecía, pero también otros vecinos asomaban la cabeza a menudo por nuestro piso y exclamaban un interrogante «¿Hola?», tras lo cual mi madre o mi padre los invitaban a pasar y les ofrecían un café, por supuesto.

Llamo a la puerta, que con mis golpes se abre un poco más.

—¿Hola?

Oigo una radio, pero no me responde nadie. En lugar de eso, se acercan unos pasos raudos. Estoy tan hipnotizado mirando el resquicio de la puerta que al principio no veo a la niña que me mira guiñando los ojos, porque le saco un metro de altura. Un instante después, la puerta se abre algo más y en el vano aparece una mujer. Una mujer joven, de veintitantos años, con la melena negra recogida en una trenza y unos ojos que me miran con escepticismo.

—¿Sí?

—Ah, hola —digo—. ¿El-Hourani? ¿Se llama usted así?

—Sí.

La niña lleva una sudadera blanca con un Mickey Mouse estampado y pantalones de pijama, y me mira con los ojos muy abiertos. La mujer le tira del cuello para hacerla entrar en la casa y se coloca delante de ella. Mira a Nabil, que está detrás, y luego otra vez a mí.

—¿Qué quieren?

—¿Está Elmira en casa? ¿Elmira El-Hourani?

—¿Puedo preguntar quién es usted?

—Samir. Me llamo Samir El-Hourani. Elmira es mi abuela. —Siento la mirada de sorpresa de Nabil a mi espalda.

—Ah —dice la mujer, pero no da muestras de querer abrir más la puerta.

—¿Está en casa?

—¿Quién?

—Elmira.

—No.

—¿Y cuándo volverá?

—No creo que pueda ayudarlo. —La niña se asoma desde detrás de las piernas de su madre.

—¿Es usted…? —No sé cómo preguntarlo. Las ideas se agolpan en mi cabeza, se atascan. La mujer es un poco más joven que yo—. ¿Es usted familia mía?

Parece sorprendida.

—No creo. ¿Samir? No conozco a nadie que se llame así.

—¿Cuándo estará Elmira en casa?

—Me parece que no me ha entendido —dice—, aquí no vive ninguna Elmira. No conozco a ninguna Elmira El-Hourani.

Tardo un momento en asimilar sus palabras.

—Pero… yo… —¿Cómo que ninguna Elmira?—. ¡No puede ser! —exclamo, y casi me sobresalto al oír el volumen de mi voz—. ¡Tiene que vivir aquí!

La mujer retrocede. Noto la mano de Nabil en mi hombro y le oigo preguntar:

—¿Hay alguna otra familia en Zahlé que se apellide El-Hourani?

—No —responde la joven. Su voz vuelve a sonar calmada, como si le resultara más fácil hablar con él que conmigo. Aun así, no me quita el ojo de encima—. Creo que lo sabría. Es un apellido más común en el sur. Si aquí hubiera otros El-Hourani, seguro que los conoceríamos.

—¿Y tampoco tienen a ninguna Elmira en la familia? —insiste Nabil. Su tono es tranquilo y habla mucho más bajo que yo.

—No, seguro que no.

—Gracias —dice Nabil. De nuevo su mano sobre mi hombro.

La mujer asiente con vacilación y da un paso atrás.

—Gracias —mascullo yo también.

La niña se despide con timidez justo antes de que la puerta se cierre.

No sé por qué me he quedado tan parado. De hecho, esto es muy típico de mí. Presentarme aquí sin ningún dato buscando a una anciana que debe de estar muy enferma. Podría haber muerto hace años. Una vez más, me he dado de bruces contra una pared. He perdido de vista la realidad porque me resultaba desagradable imaginar una verdad potencialmente dolorosa: que nunca hubo el menor indicio de que fuera a conseguir algo. Aunque encontrara a mi abuela, no sería garantía de que pudiera conducirme hasta mi padre. Tampoco tengo ninguna pista que indique que sigue vivo, ni que volvió a poner un pie en esta ciudad o en este país. La vieja puerta verde acaba de cerrarse y jamás entraré en esta casa. Mi viaje ha terminado antes de empezar de verdad.

El cielo se ha teñido de un increíble dorado rojizo. Unas diminutas nubes de color gris que parecen dibujadas a carboncillo le dan un toque como de cuadro kitsch. La temperatura ha bajado bastante. Nabil camina tranquilo a mi lado mientras nos alejamos de la casa. Yo casi arrastro los pies. Me siento agotado.

—¿Por qué no me habías dicho que buscas a tu abuela?

—¿Cómo iba a decírtelo? —Carraspeo—. Nunca se me ha dado bien hablar de mi familia. —Río con amargura. «No te pongas a llorar ahora», pienso.

—¿Y no puede ser que se haya ido a vivir a otro sitio?

—Claro que sí. Aunque también podría estar muerta. No lo sé.

Nabil asiente sin decir nada.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué hacemos? Ni idea —contesto—. A lo mejor me vuelvo a Alemania y ya está.

Esa frase suena inconcebible. No puedo regresar a casa. Si ahora me subo a un avión, no encontraré ningún hogar al llegar. Si la llamo por teléfono y le confieso que nada de lo que había imaginado ha sucedido, se habrá terminado. Abriré la puerta de un apartamento vacío y frío y encontraré una nota en la mesa de la cocina: «Lo siento, Samir, sé que lo has intentado. Significa mucho para mí». Pero nada más indicará su presencia allí; sus cosas habrán desaparecido, la cama y el baño ya no olerán a ella, la palabra «futuro» me sonreirá con burla desde el armario medio vacío del dormitorio. Y aunque algún día fuera capaz de superarlo, mi inmenso miedo nace del convencimiento de que no tardaría mucho en volver a esparcir ante mí las pequeñas piezas del puzle para intentar encontrar otro punto de partida. Justamente eso es lo que temo: las noches en que una presión insoportable en el pecho me arrancará de mi sueño, la horrible sensación de haber estado aquí y haber pasado por alto algo que habría podido llevarme hasta él. Igual que todos estos años. Hasta el día en que volviera a verme aquí para empezar de nuevo.

—Estamos jodidos, Nabil —digo—. Yo estoy jodido. Como no me encuentres a un Philip Marlowe, mañana volveré a subirme a un avión.

—¿Cómo es que no tienes relación con tu abuela? —Agita las manos cuando apenas ha acabado de plantear la pregunta—. No, no, olvídalo, por favor. Perdona, no es asunto mío.

—Da igual. Es que nunca la conocí.

—No conozco a ningún Philip Marlowe —dice, y me doy cuenta de que le da mucha pena. Es como si lo que más hubiera deseado en toda su vida fuese conocer a un gran detective—. Ni a ningún Sherlock Holmes, Mike Hammer o Poirot. A ninguna señorita Marple y tampoco a ningún Colombo.

—¿Te suena Colombo?

—Claro. —Nabil sonríe de oreja a oreja—. ¡De la tele por cable!

—Entonces, tenemos muy malas cartas, ¿verdad?

—¿Sabes lo que creo? Que si tienes que encontrar a tu abuela, la encontrarás.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. —Vuelve a señalar con el índice hacia el cielo—. *Insha'Allah*.

Sonrío. Me resulta más sencillo de lo que creía. Nunca he podido tomarme en serio esa confianza absoluta e incondicional que tantas personas encuentran en la fe. En mi entorno, la religión nunca tuvo especial importancia. Creo que mi madre no empezó a rezar de verdad hasta que mi padre desapareció. Mis experiencias con la Iglesia se limitaban a ir a ver representaciones

navideñas en vacaciones, cuando era muy pequeño. Después de que mi padre nos abandonara, ya no quise ir más, y mi madre tampoco me obligó.

No reparo en los pasos apresurados que nos siguen hasta que están muy cerca. Tampoco Nabil parece haberlos oído, porque no se vuelve.

—¡Disculpen! —exclama un hombre—. ¡Esperen! —Está sin aliento—. ¿Acaban de pasar por nuestra casa? —Apoya las manos en los muslos y se inclina hacia delante para recuperar la respiración—. ¿El-Hourani?

—Sí —digo.

El hombre vuelve a enderezarse. Mediana edad, mandíbula fuerte, pelo que empieza a ralear.

—Soy Aabid. ¿Mi mujer dice que buscan a una tal Elmira?

—Elmira El-Hourani, sí.

Hace un gesto negativo con la mano, todavía le cuesta respirar.

—Nosotros no tenemos a ninguna Elmira El-Hourani.

—Eso acaba de decirnos su mujer.

—Sí. —Con un dedo nos indica que necesita un momento para recobrarse. Después inspira hondo—. Pero sí que hay una Elmira. ¿Cuántos años tiene su abuela?

—No lo sé. Es muy mayor, si es que vive todavía, y tal vez esté muy delicada.

El hombre niega con la cabeza.

—No parece la Elmira que yo digo. Esa Elmira es mayor, sí, pero tan robusta que podría llevarles la compra a mujeres más jóvenes. No la conozco personalmente. No se deja ver mucho por la ciudad, tiene criadas que le hacen los recados, pero es la única Elmira de la que tengo noticia.

Nabil y yo nos miramos.

—¿Y cómo se apellida?

—Se apellida Bourguiba. Elmira Bourguiba.

—¿Bourguiba?

El hombre se encoge de hombros y asiente.

—¿Y dónde vive? —pregunta Nabil.

Aabid señala con la mano más allá de nosotros, hacia el final de la calle.

—¿Allí? —digo incrédulo, mirando la enorme casa señorial que descuella por detrás de un muro de adobe.

6

Nunca hablábamos de mi abuela. Mi madre no comentaba nada, y yo procuraba no sacar el tema. Me preocupaba que, si lo hacía, pudiese irme de la lengua. Le había prometido a mi padre que nunca hablaría de aquellas llamadas ni con mi madre ni con nadie más. Así que mi abuela se convirtió en un tabú que intentábamos evitar a toda costa.

Las semanas posteriores a la desaparición de mi padre, mi madre estaba con los nervios a flor de piel. Un día se arrodilló ante mí, me agarró de los hombros y me miró con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Samir, si hay alguna cosa que pueda ayudar a la policía, debes decírmelo, ¿lo entiendes? ¡Tienes que decírmelo ya!

Pero yo callé mientras sus dedos se hundían en mis hombros, y recordé que también mi padre se había arrodillado ante mí de esa forma para arrancarme la promesa.

—Vosotros dos pasabais muchísimo tiempo juntos. ¿Nunca te dijo nada? ¿De verdad que nada te llamó la atención?

Negué con la cabeza. No podía traicionarlo, era nuestro secreto. Al final, mi madre me soltó y dio media vuelta. Yo fui a por la cajita de madera de cedro y salí a enterrarla sin decírselo a nadie entre las raíces del cerezo que había delante de nuestra casa, para que la diapositiva estuviera a buen recaudo. Para que nunca acabara en manos de mi madre. Para poder mantener mi promesa.

Durante mucho tiempo me pregunté por qué no descolgaba ella misma el teléfono y llamaba a su suegra. Pero nunca lo hizo. Era como si para mi madre no existiera esa mujer, a quien yo solo conocía por una fotografía.

Llegó un día en que aprendí a sufrir a escondidas. La experiencia de la fiesta de cumpleaños de Laura me había causado un daño tan profundo que juré no volver a mostrarme vulnerable ante nadie, jamás.

Mi padre me había dejado un vacío que no solo era palpable, sino que además se hizo visible. Sobre todo en mi madre. Las numerosas heridas que le había causado su desaparición se manifestaron en pequeños gestos. Cuando pasó la conmoción inicial, durante mucho tiempo se negó a aceptar que pudiera estar muerto. En eso nos parecíamos. Aprendí mucho de ella. Aprendí a cultivar la idea de que él ya no estaba con nosotros, cierto, pero que de todos modos nos seguía

queriendo. Y de que en algún momento regresaría, como si apareciera después de un paseo muy muy largo. Aprendí de ella porque mi madre vivía su dolor con una entrega absoluta. Seguía cocinando para cuatro y ponía la mesa también para él. Como si en cualquier momento pudiera entrar por la puerta, colgar la chaqueta en el perchero y quitarse los zapatos para sentarse con nosotros, su familia. Siempre preparaba el *kibbeh* con piñones tostados, como le gustaba a él, aunque a Alina y a mí nos daba igual, y yo sabía que ella lo prefería sin piñones. En su dormitorio, siempre hacía la cama con dos edredones y dos almohadas, y por la mañana alisaba ambos lados. Por las tardes, cuando se sentaba delante del televisor, doblaba las piernas en el asiento y se echaba una manta por encima cuidando de dejar libre el extremo derecho del sofá, como si mi padre solo se hubiera levantado un momento para ir a buscar una cerveza a la cocina. Dejaba sitio en la nevera para su botella, y su cepillo de dientes azul seguía en el estante del baño meses después de su desaparición. Por las noches, incluso colocaba una bolsa de agua caliente en el lado de la cama de él. Creo que lo hacía para que el colchón siguiera tibio por la mañana, como si mi padre acabara de levantarse y estuviera esperándola en la cocina, sentado con el periódico y una taza de café en la mano. Una vez, mientras mi madre limpiaba el zapatero del pasillo, me fijé en que colocaba sus propios zapatos de tal manera que todavía dejaran un sitio a su lado para los de él. Y un día que entré en el cobertizo para sacar la bicicleta, encontré a mi madre de pie junto a una vieja vitrina, guardando el llavero de él en un cajón.

—Para que no tenga que llamar a la puerta cuando vuelva —dijo con la mirada gacha, avergonzada, como si la hubiera pillado haciendo algo malo.

También dejó su ropa en el armario; mi padre no se había llevado ni una prenda. Daba la sensación de que nos hubiera abandonado completamente desnudo, dispuesto a nacer a una nueva vida, sin lastres del pasado, sin nada que le recordara a nosotros.

El aspecto de mi madre también cambió. Cuando mi padre desapareció, tenía treinta y tres años y la piel radiante, los ojos vivos y con un brillo intenso. Sus marcados rasgos femeninos conferían una nota de orgullo a su expresión, un toque distante y elevado. Sobre todo cuando estaba sentada ante su máquina de coser, absorta. Pero al cabo de poco reparé en que sus pómulos sobresalían con más dureza, su piel estaba menos tersa, y el lozano rubor que irradiaba su rostro se convirtió en una palidez mate. El brillo desapareció de sus ojos, que de pronto me miraban con extrañeza e inseguridad cuando la sacaba de su ensimismamiento. Pero lo que más me sorprendió fue otra cosa: apenas unos meses después de la desaparición de mi padre, empezaron a salirle canas.

Es interesante que todas esas circunstancias tuvieran un efecto tan diferente en mi hermana y en mí. Estoy convencido de que ese fue el motivo de nuestra difícil relación. Desde luego, también ayudó que, a partir de su noveno año de vida, ella creciera en una familia de acogida en la que encontró una nueva figura paterna. En 1992, cuando nuestro padre nos abandonó, Alina

todavía era un bebé que ni siquiera había cumplido un año. Cuanto mayor se hacía, menos comprendía por qué estaba yo obsesionado hasta la médula con ese hombre que nos había destrozado la vida y del que ella no conservaba ni un solo recuerdo.

De modo que puede decirse que mi madre contribuyó en buena parte a que me convirtiera en la persona que soy hoy. Y no es ningún reproche. ¿Cómo voy a reprocharle nada? Yo mismo soy culpable de muchas otras cosas.

7

—Esperen un momento, por favor.

La mujer de piel negra como la noche y ojos despiertos que nos ha abierto la puerta de este vestíbulo con suelos de mármol nos indica que esperemos fuera con un gesto de la mano. Después desaparece en la casa. Estamos en un magnífico jardín delantero, bajo pinos piñoneros e higueras. La hierba huele a recién regada, y el aroma que flota en el aire hace que el calor resulte aún más sofocante. A estas alturas, el sol ya casi se ha puesto y el crepúsculo envuelve la casa en un ambiente extraño. Cuando la verja del muro de adobe se ha abierto con un chirrido, me ha asaltado la sensación de conocer este lugar. Es como si hubiera visto todo esto antes, solo que no con esta luz. Elmira Bourguiba. No tengo ni idea de lo que me espera aquí. ¿Cómo va a ser esta la dirección correcta? Una casa señorial de arenisca, con ventanas abovedadas protegidas por la celosía de las *mashrabiyas*. Junto a los decorativos enrejados de madera, un arco ornamental de medio punto constituye la puerta de entrada. Aspersores de riego, arriates cuidados…, nada de todo esto se corresponde con lo que había esperado. Hay otra cosa que me inquieta: es como si la ciudad tuviera prohibida la entrada aquí. Ni siquiera llega el ruido del tráfico. Es la soledad hecha arquitectura.

La mujer que nos ha abierto se ha presentado como May. Le he dicho que el motivo de nuestra visita era «familiar» y he recibido una mirada escéptica por respuesta. Todavía no ha vuelto a aparecer. Interrogo a Nabil con la mirada.

—Una esrilanquesa —dice—. Muy normal entre la clase alta del Líbano.

—Pues más bien parece africana —comento.

Nabil hace un gesto de indiferencia.

—La costumbre empezó en los años cincuenta y sesenta, cuando el país aún prosperaba, sobre todo económicamente, y todavía se conserva hoy en día: todo el que se cree algo, tiene servicio. La mayoría de las criadas de aquel entonces vinieron de Sri Lanka, y los ricos recalcitrantes hicieron de ello algo habitual. Una vez llevé a un hombre de negocios, y ¿sabes lo que decía?: «Ahora tenemos a una esrilanquesa de Angola». ¿Te lo puedes creer?

Se oyen pasos en el interior de la casa; la criada regresa y nos observa con atención.

—Solo usted —dice señalándome a mí. Da un paso a un lado y me indica con el brazo que entre—. Tenga cuidado, por favor. El suelo aún está húmedo.

Las losas de mármol relucen. Conozco la costumbre; me la explicó mi padre. Cuando fuera la

temperatura es alta, se echa agua sobre los suelos de piedra de la casa para que el enfriamiento producido por la evaporación evite que por la noche desprendan demasiado calor.

May me hace cruzar el vestíbulo y me lleva a una sala grande, pero me indica que espere y vuelve a desaparecer. A través de las *mashrabiyas* de las ventanas veo el jardín, y a Nabil sentado en la hierba, apoyado en la gran higuera. Contemplo la sala. No hay plantas que la decoren. Ni una foto en la pared. Las superficies de piedra desnuda resultan frías. Elmira Bourguiba. Sea quien sea esta mujer, no parece estar muy interesada en preservar el pasado. Es más, el esplendoroso exterior de la casa apenas se refleja en el interior. Hay un viejo diván que parece perdido en la estancia. No muy lejos de él, solo dos sillas acompañan a una mesa pensada por lo menos para seis. En la vitrina veo tres platos y tres vasos, nada más. Aquí no suelen recibir visitas. La sala entera exuda un vacío repulsivo.

Siempre he imaginado el momento en que conocería a mi abuela así: entro en una salita donde hay velas encendidas, sus llamas titilan en la corriente de aire que se cuela por la ventana abierta. Huele a ungüentos y a hierbas. En la cama hay una mujer tumbada, está conectada a tubos y a máquinas que pitan. Su pecho asciende y desciende despacio. Tiene la piel arrugada y repleta de manchas de la edad, y sus ojos reflejan la soledad de cien años. Me acerco, ella vuelve la mirada hacia un lado y me observa adormilada. Su pelo blanco y fino está alborotado. Cuando le digo quién soy y le doy la mano, ella me sonríe con cansancio pero visiblemente contenta de conocerme al fin.

Durante años he imaginado ese momento así, haciendo envejecer a la mujer de la fotografía. Por eso no estoy preparado para lo que ocurre a continuación.

—¿Qué quieres?

Doy media vuelta y la veo recta como una vela, con un vaso en la mano. Tiene unos ojos fríos y extraños. Como ranuras, y de un verde cristalino. Su rostro recuerda a un ave, con unas facciones muy marcadas que terminan en una barbilla puntiaguda. Labios delgados, pintados con un pincel fino. Una mirada penetrante que se clava en mí. Toda su pose la hace inaccesible. Tiene el pelo negro, rizado y corto; no blanco, como yo había esperado. El silencio que sigue a su frase resulta ensordecedor. No consigo calcularle la edad. La madre de mi padre debería de rondar los ochenta. Si de verdad esta mujer es tan mayor, en los últimos cuarenta años no ha hecho más que cuidar de su aspecto.

Me he quedado sin habla precisamente porque la reconozco. Está igual que en la fotografía de la boda de mis padres. Su autoridad, que ya intuí cuando el Leitz-Prado la proyectó sobre la pared de nuestro salón, se palpa ahora con más claridad aún. Parece rodeada por un campo de fuerza que me hace sentir pequeño e inseguro.

Despacio, casi regia, se acerca a mí.

—Sé quién eres.

—Soy Samir.

Me mira con desprecio. Sus delicados dedos se estremecen alrededor del vaso que sujeta en la mano. «No me hagas perder el tiempo», parecen decir sus ojos.

—Yo… ¿Cómo estás?

—¿Has venido desde tan lejos para preguntarme cómo estoy? —Suelta un bufido por la nariz —. ¿Después de treinta años?

—¿Cómo sabes quién soy?

—No me hagas reír. Tienes sus mismos ojos.

Sé que es cierto. Son lo único de mi aspecto que aún recuerda a mi padre.

—¿Te envía él?

—¿Si me envía él?

—Aquí, a verme. ¿Ha venido contigo?

—¿Qué?

—¿Necesitáis dinero?

—¿Dinero? No… Solo… —Tardo un segundo en comprender que no se refiere a Nabil, que espera fuera. Habla de mi padre. El contraste entre la mujer que tengo delante y la mujer que había imaginado es escalofriante. Poco a poco les voy encontrando sentido a sus palabras, que me marean—. No… ¿Tú tampoco sabes dónde está?

Por primera vez detecto una reacción en su cara. Le tiemblan los párpados, como si, durante una fracción de segundo, hubiera perdido el control. Después, su expresión se serena y su voz sigue siendo firme:

—La última vez que vi a tu padre, tu madre y él estaban escondidos en el maletero de un coche que debía llevarlos a Damasco. Les deseé mucha suerte y cerré la puerta. Desde allí iban a tomar un avión al Berlín occidental. Eso fue en noviembre de 1982.

La miro fijamente.

Ella me devuelve una mirada férrea. Sin embargo, a medida que habla, su voz se vuelve menos severa e intransigente. De repente sonríe con placer. Como si hubiera imaginado este momento con todo detalle.

—Así que también os ha abandonado a vosotros.

Siento un cansancio infinito.

—¡May! —exclama mi abuela sin apartar los ojos de mí. Unos segundos después, la criada entra en la sala—. Tráenos algo de beber. Un Ksara —dice, y sigue mirándome solo a mí—. ¿No quieres sentarte? —Es una orden. Señala una de las dos sillas que hay junto a esa mesa de dimensiones desproporcionadas.

—Sí —contesto con una voz que suena delicada y frágil—. Tengo miles de preguntas.

El vino se me ha subido a la cabeza. Todo me da vueltas. Mi abuela está sentada frente a mí, y me cuesta mirarla a los ojos durante más de un par de segundos. Parece que no parpadee nunca.

—Siempre decía que estabas enferma y que tenía que enviarte dinero para comprar medicamentos —explico.

—¿Te parezco enferma?

Niego con la cabeza.

—Como ya he dicho, no he tenido noticias de tu padre desde que salió del país con tu madre. Y nunca he recibido de él ni un solo céntimo, jamás. A tu padre —de nuevo esa mirada amenazadora, el tono severo y castigador de su voz— se le daba muy bien aceptar lo que le dieran, pero nunca devolvía nada.

—¿Qué quieres decir?

—En este país, con dinero se puede conseguir más que con cualquier arma. Con dinero y con contactos. Yo tenía suficiente de ambas cosas, y recurrí a ellas para salvarle la vida a tu padre.

Recuerdo lo que escribió en su diario, que ahora conservo yo.

—Lo sé —digo.

—Pero ¿crees que se mostró agradecido, aunque fuera por un segundo?

Todavía estoy pensando en lo que acaba de decir. Si ella nunca recibió nada, ¿adónde iba todo ese dinero? ¿Lo ahorraría él para su viaje? Eso significaría que había planificado su desaparición desde hacía tiempo. La idea me resulta insoportable, pero hay algo que me asusta en especial: a alguien que ha ahorrado tanto dinero durante tantos años le será fácil hacerse invisible y esfumarse para siempre. Un pasaporte nuevo, un aspecto nuevo, quizá. A duras penas me atrevo a hacer la siguiente pregunta, pero no me queda más remedio. Debo asegurarme.

—¿Alguna vez nos llamaste por teléfono a casa?

Me mira. Con paciencia y tranquilidad. Como una profesora de repaso que espera a que su alumno llegue por sí mismo a la solución.

—Quizá lo habría hecho si hubiera tenido el número. —Sonríe, aunque no estoy seguro de si con indulgencia o con burla—. Quizá habría descolgado el teléfono si hubiera sabido que los dos habían llegado a Berlín, y de allí adonde sea que fueran. Como he dicho: lo último que vi de ellos fueron sus rostros asustados en el maletero. Tampoco recibí ninguna carta de ninguno de los dos… Ni de ti.

—Ahora estoy aquí.

—Ya lo veo. ¿Te ha costado encontrarme?

—Un poco —digo con cansancio—. He tenido suerte. ¿Por qué te has cambiado el apellido? ¿Es el de soltera?

La impresión de que sus facciones se han suavizado se esfuma al instante. Su rostro se vuelve pétreo.

—¿Que yo me he cambiado el apellido?

—Bourguiba. ¿Por qué ya no te llamas El-Hourani? Elmira El-Hourani.

Un segundo antes estaba a punto de beber de su copa, pero ahora la deja sobre la mesa. Tiene los dedos huesudos y viejos; es lo único de ella que parece viejo de verdad.

—El-Hourani… —Lo dice como si quisiera escupirlo—. Mi apellido es Bourguiba. El apellido de tu padre es Bourguiba. —Me mira triunfal—. ¡Y también el tuyo lo es!

—Pero yo me llamo Samir El-Hourani —digo, y me espanta oír lo llorosa que suena mi voz.

—Sí, porque tu padre era un inútil desagradecido. Adoptó ese maldito apellido —espeta, y alcanza la copa, que esta vez sí se lleva a los labios con brusquedad—. ¿Es que no te han explicado tus padres cómo se casaron?

—He visto las fotos.

—Las fotos… —Ríe con desdén.

Me llevo una mano al bolsillo de los pantalones y saco la fotografía. La dejo en la mesa, delante de ella. Mi abuela la gira y la contempla un rato: ella misma, con una sonrisa de labios finos, cogida del brazo de mi padre, que se esfuerza por sonreír allí plantado con su traje bueno.

—Eso fue aquí —dice, y da unos golpecitos en la foto con el dedo—. Aquí, en esta casa. La celebración tuvo lugar en el jardín.

Fuera ya ha oscurecido. Apenas consigo ver el jardín: de la gran higuera solo se adivinan los contornos, una silueta negra. Por supuesto. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Pienso en las imágenes que mis padres nos enseñaron en aquel entonces. Recuerdo el rumor del proyector cuando en la pared de nuestro salón apareció la diapositiva en la que salían ellos dos en su baile nupcial. ¡Fue en este jardín! Recuerdo la higuera y a los invitados que reían a su alrededor, y me invade una sensación desagradable al pensar en los hombres que había ante el muro de adobe. Los hombres con el cedro dentro de un círculo rojo en las camisas de color caqui. Recuerdo el fusil apoyado en el mismo lugar del tronco donde Nabil está sentado ahora.

Tomo un buen trago de vino. La idea de que mis padres caminaran por este suelo, de que mi madre se vistiera y se maquillara aquí antes de salir al soleado jardín, de que mi padre bailara aquí con ella y la besara… La brutalidad de comprender que se casaron en este lugar vuelve a abrir heridas que aún no se habían cerrado.

—Fue una boda bonita —comenta mi abuela con el mismo tono que si hablara de un jarrón de flores—. Muchos invitados, y música.

—El músico —digo—. Mis padres y él huyeron juntos.

—¿Es una pregunta?

—No. Sé que se marcharon juntos. Lo que quiero decir es: ¿iban también él y su hija en el maletero?

—No. Tus padres querían encontrarse con él en Damasco, creo. ¿Cómo se llamaba?

—Hakim.

—Hakim. Lo recuerdo. Tu padre insistió en que tocara en la boda. Era bueno, tocaba el laúd, me parece, aunque los había mejores. Musulmán, ¿verdad?

—Sí.

Arruga la nariz.

—Terrible, lo que le pasó a su mujer. Pero él no fue el único. Pensé que el dinero le iría bien, por eso no me opuse cuando tu padre dijo que lo quería para la boda.

Noto que se me eriza el vello de los brazos. Sé lo que le ocurrió a la madre de Yasmin. Está en el diario.

Mi abuela me devuelve la fotografía.

—Esa solo fue la boda religiosa. Lo sabes, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—En el Líbano no existen los matrimonios civiles. Una boda no es válida si no se celebra en una iglesia, una mezquita o una sinagoga. El Estado reconoce los matrimonios inscritos en registros civiles extranjeros, pero en el Líbano no es posible casarse por lo civil.

—¿Y eso qué tiene que ver con mis padres?

—Antoine-Pierre Koreiche, de Ain Ebel, fue quien casó a tus padres. Nada menos que el patriarca de los maronitas, gracias a mis contactos —dice sin contestar a mi pregunta—. ¿Sabes qué clase de matrimonio es ese? Tu padre debería haberse mostrado más agradecido. Y sobre todo tu madre debería haberse mostrado más agradecida. Cuando se corrió la voz de que los dos se habían casado también por lo civil, para mí fue una vergüenza. ¡Mancillaron la bendición de un patriarca, como si no valiera nada! —Los ojos de mi abuela no se mueven. Las facciones de su rostro están rígidas. Acentúa cada palabra, su voz es cortante—. Volaron a Chipre en secreto. No sé de dónde sacarían el dinero, puede que tu madre lo tuviera ahorrado. Allí se casaron en el ayuntamiento de Lárnaca. Tu padre tomó el apellido de ella, y luego siguieron camino a Nicosia, legalizaron el matrimonio en el Ministerio de Exteriores chipriota y también en la embajada libanesa. Todo en cinco o seis horas, y por la noche volvían a estar sentados a esta mesa y no dijeron ni una palabra al respecto. —Se esfuerza por hablar con aplomo, aunque no puede ocultar su amargura.

—Pero ¿por qué? No sé, ¿qué ventaja esperaban sacar de ello?

Mi abuela hace un gesto despreciativo con la mano, como si yo fuera un niño tonto al que hay que explicárselo todo.

—Estoy segura de que la idea fue de tu madre. Ya entonces debía de saber que convencería a tu padre para huir. Sabía lo blando y manipulable que era. —Me mira—. Lo planeó todo muy bien. Si quieres huir a otro país y quedarte allí, ayuda mucho poder demostrar que estás casado. Con un documento oficial, ¿entiendes? A un matrimonio le resulta más fácil conseguir asilo.

Es extraño escuchar esta historia. Hasta ahora, mi abuela no ha mencionado ni una sola vez a mi padre ni a mi madre por sus nombres. Como si no los recordara.

—Lo supe a través de contactos. Él no quería que me enterase. Tu padre sabía lo que me hacía al renunciar a nuestro apellido. Era mi único hijo.

«Era». Como si estuviera muerto.

—Sabía que, cuando yo muriera, no habría más Bourguiba. Fue su forma de vengarse.

—¿Vengarse? ¿Por qué? —Intuyo la respuesta. En el diario se puede leer entre líneas.

Su mirada me atraviesa como un rayo. «¿De verdad se puede ser tan tonto?», parece decir. Pero nada de eso se refleja en su voz; es una maestra del autocontrol.

—Por lo de tu madre, naturalmente —responde—. Yo tuve la culpa de que se casara con ella.

El agua del grifo salpica mi camisa y el espejo. Sostengo ambas manos ahuecadas hasta que he acumulado la suficiente para hundir la cara dentro. Los azulejos del baño están decorados con arabescos, espirales que giran sobre sí mismas. He tenido que salir un momento de la sala. Necesitaba alejarme de esa mujer, de su muralla de frialdad y amargura. Habla de mi padre, su hijo, como si fuera un traidor a la patria. Y de mi madre como de una arpía que lo sedujo. Por el diario sé que mi abuela concertó el matrimonio. Cuando leí las líneas por primera vez, me asusté. Aun así, siempre que pensaba en mis padres, en cómo se relacionaban —con respeto, ocupándose el uno del otro, de igual a igual, y a veces incluso con cariño—, me decía que en algún momento habían aprendido a quererse. Que el destino los había unido: su huida de aquel polvorín a Alemania; antes de eso, la boda, que salvó a mi padre de las milicias y tal vez incluso de la muerte; mi nacimiento. Pero ¿mi madre tramando una fuga? ¿Mi padre albergando un odio tan grande como para querer vengarse de su propia madre? O, peor aún, ¿vengarse también de su mujer, y de mí, por haberse visto atado a nosotros?

—O sea, que a vosotros también os abandonó.

Cuando entro en la sala, la actitud de mi abuela es exactamente la misma que antes. Asiento con la cabeza y vuelvo a ocupar mi sitio.

—¿Cuándo?

—En 1992.

—¿Y crees que está aquí, en el Líbano?

—No lo sé.

—Pero has pensado que yo podría ayudarte.

—Sí. —Me siento como si me hubiera pillado robando—. ¿De verdad no sabes dónde está?

—Puedes creerme con total tranquilidad: no tengo la menor idea. En aquel entonces le di veinte dólares de más al conductor del coche en el que huyeron para que cogiera todos los baches que pudiera. Me abandonó. Te abandonó a ti. Abandonó a tu madre. Es como su propio padre: un cobarde. Tarde o temprano abandona a todo el mundo.

«A todo el mundo». No «a la gente que lo quiere».

—¿Qué pasó con su padre? —Nunca había oído a mis padres hablar de mi abuelo.

Hace un gesto con la mano, como si quisiera espantar una mosca.

—Se largó. Se largó cuando yo estaba embarazada de tu padre. Los dos estaban hechos de la misma pasta: ilusos, inútiles. Solo me querían por mi dinero.

Calla un momento y bebe otro trago de vino.

—Tu madre puede estar contenta de que la dejara. Nunca la soporté, me parecía demasiado terca, pero espero que haya encontrado a otro en todo este tiempo.

Bajo la cabeza y tomo aire. Veo las delicadas vetas de la madera de la mesa. «En todo este tiempo». Como si hubiera un «todo este tiempo».

—¿Podemos hablar del hotel?

Parece molestarla un poco que no quiera seguir hablando de su dinero.

—¿El hotel?

—¿Mi padre no trabajó en un hotel?

Tuerce el gesto solo un instante, pero es como si se le hubiera caído una máscara. Suelta un suspiro tan artificial que imagino que lo ha estado ensayando.

—En eso se ve lo inútil que era. Una formación en hostelería. En el Beirut de 1980. ¡En plena guerra civil! Los que entraban en los hoteles no eran turistas, sino francotiradores, y esos cogían directamente el ascensor para subir a la planta más alta. ¡Menuda decisión, santo cielo! Fue su manera de alejarse de mí lo más que pudo y ya está. Tendría que haber estudiado, y en el extranjero, no en Beirut, por supuesto, pero se negó en redondo. No hacía más que salir con sus lápices y sus libretas a escribir poemas sobre los árboles y la hierba, sobre lo mucho que amaba esta tierra. Un chico de diecinueve años. A su edad, otros querían demostrar lo mucho que amaban esta tierra y se unían a los falangistas, a la milicia Kataeb de Bashir Gemayel, que tenía oficinas por todas partes, frente a las que se formaban colas de cientos de metros. ¿Y qué hacía tu padre? Irse a ver cedros y a soñar. Los sueños nunca han transformado un país.

—Creía que no querías que se alistara en las milicias —señalo.

—Eso no es cierto. —Habla con dureza—. Me habría gustado verlo luchar. ¿O habríamos tenido que cederles el país a los drusos? ¿A los suníes? ¿A los sirios? ¿A los palestinos? En Kataeb lo querían, lo intentaron casi todo. Pero imagínate a tu padre allí; no habría sobrevivido ni un solo día. Habría atacado a los drusos, a los de Amal, a la OLP, a todo el Movimiento Nacional del Líbano solo con versos. Le salvé la vida.

Su fachada, el revoque de aplomo con el que se protegía, ha aguantado hasta hace un instante. Pero ahora se desmorona: la burla, la mofa, el desprecio. Las comisuras de sus labios se tuercen en una mueca. Parece que se hubiera roto la presa de un valle en el que no crecen más que zarzas venenosas. La repugnancia con la que pronuncia los nombres de los demás bandos de la guerra civil me asusta. Como si el muro que rodea su mansión fuese demasiado alto. Como si la noticia de que la guerra terminó hace más de veinte años no hubiera conseguido entrar en su jardín. Como si ante su verja todavía hubiera tiroteos, como si todavía quedaran barricadas donde los milicianos montan guardia y hacen bajar a la gente de los coches porque en su documentación aparece la religión equivocada. Como si en las calles todavía hubiese cadáveres con la garganta rajada y el rostro destrozado a balazos.

Ahora que entorna mucho los ojos y se le descolocan las facciones, por fin veo lo maquillada que va. El colorete de las mejillas solo intensifica su palidez, como si hiciera una eternidad que no ha visto el sol. Da la sensación de que mi abuela dejó de participar en la vida hace muchos años. De que está atrapada en una historia que se ha ido contando una y otra vez en la soledad de sus paredes, mientras la ira brotaba en su interior. Parece que en estos treinta años lo haya intentado todo por mantenerse joven: el lápiz de labios, el pelo teñido, la gruesa capa de maquillaje de su mejillas. Es como si se hubiera aferrado con todas sus fuerzas a la idea de que el tiempo no pasaría tan deprisa si ella conservaba el mismo aspecto de siempre. Para no llegar a vieja un día y darse cuenta de lo sola que estaba en realidad. Para que su hijo, en caso de que regresara a casa, encontrara a la misma madre de antaño. Porque así les sería más fácil empezar de nuevo.

Esta mujer y yo nos parecemos más de lo que me gustaría: a ambos nos ha abandonado el mismo hombre. Y a ambos el tiempo nos ha jugado una mala pasada.

Le tiembla la mano cuando levanta la copa. Le cuesta acercársela a los labios. La otra la tiene en la mesa, apretada en un puño del que sobresalen los nudillos blancos. Voy a ponerle mi mano encima, pero ella la aparta casi con terquedad. Tiene los ojos vidriosos, su mirada me atraviesa. Para mi abuela, ya casi no estoy aquí. Ella misma parece haber retrocedido a una época en la que los signos le eran más favorables. Acabo de perderla.

Nada ha sucedido tal como había imaginado. Incluso mi apellido está en tela de juicio. Me remuevo en la silla, intranquilo. ¿Debería levantarme y marcharme? No puedo. Todavía tengo dos preguntas más.

—*Teta?* —digo con vacilación, y de nuevo busco su mano. Esta vez me deja asirla—. Has dicho que amaba el Líbano.

Tarda siglos en reaccionar. Parpadea con tristeza y asiente. Ahora la veo infinitamente agotada, rota y muy vieja.

—¿Tú crees que en aquel entonces, cuando nos abandonó, fue para regresar aquí? Por favor,

tengo que saberlo.

Mi abuela solloza en voz baja. Se permite una única lágrima.

—No sabría decir a qué otro lugar habría querido ir —contesta.

Y en ese mismo instante parece comprenderlo: es probable que su hijo lleve veinte años aquí, en este país diminuto, sin ponerse en contacto con ella. Creo que eso le parte el corazón.

Le aprieto la mano y ella se estremece. Sus dedos son blandos, casi moldeables.

—Una última pregunta —digo—. ¿Hay alguien que pueda saber dónde se encuentra? ¿Otros parientes? ¿Algún viejo amigo?

No responde, se limita a mirar al frente.

Yo estoy sentado sin saber qué hacer. Si no recibo respuesta a esta pregunta, se habrá acabado del todo.

—*Teta?*

No me mira. Empujo la silla hacia atrás y siento que pierdo el equilibrio. Después busco en el bolsillo del pantalón, saco la foto que le he enseñado antes, la dejo en la mesa y salgo de la estancia. Ya no la necesito.

En el pasillo, May espera con la cabeza gacha. Vamos hacia la puerta sin decir nada. El agua del mármol se ha evaporado hace rato. El aire de fuera es frío y me sorprende ver el cielo estrellado: demasiado claro para la incertidumbre que siento. Encuentro a Nabil dormido debajo de la higuera. May se despide de mí con un gesto de la cabeza, y justo cuando va a cerrar la puerta, oigo la voz de mi abuela desde el interior de la casa. De nuevo severa y chillona, como si la fragilidad de hace unos instantes no hubiese sido más que un espejismo fugaz.

—May —llama—. ¿Te acuerdas de ese hombre que estuvo aquí hace un par de años? ¿El gordo de la narizota?

May me mira.

—Sí —contesta alzando la voz, aunque sin apartar los ojos de mí.

—Ve a por la tarjeta que nos dejó y dásela al joven. Está en mi escritorio.

8

En los años noventa, el clima político y el mundo de mi entorno se transformaron de una forma radical. Sin embargo, yo no me di demasiada cuenta. Me encontraba atrapado en esa década loca y colorida en la que todo era aún analógico. Abducido por una generación que se negaba terminantemente a que le quitaran la diversión, a pesar de que había suficientes dedos señalando y advirtiendo del futuro que venía. No teníamos batallas que luchar. La guerra fría había terminado, el Muro había caído, las torres gemelas todavía no. Los únicos límites que conocíamos eran los que nos imponíamos nosotros mismos.

Fuera de mi casa, el mundo sabía a chicles Center-Shock, chupachups, bocadillos de nubes con chocolate y gominolas varias. Todo se compraba en el quiosco de la estación y se pagaba con monedas de cincuenta peniques que le dábamos a un hombre muy gordo que olía a grasa de freidora y a kétchup y al que llamábamos Jabba the Hutt. Crecí delante del televisor, con *Los osos Gummi*, *El pato Darkwing*, *Chip y Chop*, más tarde la MTV, *Beverly Hills 90210*, *Los vigilantes de la playa* y en algún momento también *Expediente X* y *Pulp Fiction*. Para entonces ya había empezado a afeitarme. También mi aspecto había cambiado. De niño me parecía bastante a mi padre, con la cara más bien redonda y el pelo rizado. Sin embargo, cuantos más años cumplía, más tiraba hacia mi madre. Los huesos de la cara se me acentuaron, el pelo se me alisó un poco y cambió de color, de negro intenso a castaño oscuro. De mi padre solo conservaba los ojos. Yo sentía esa transformación como una conspiración del tiempo en mi contra, que no solo me había quitado a mi padre, sino que también pretendía arrebatarme cualquier cosa que recordara que era su hijo.

Los años pasaron a toda velocidad. En el patio del colegio empezaron a formarse pandillas: los indis, los skaters, los tecnos, los raperos. Yo estaba un poco con todos y, sin embargo, con nadie me sentía en mi sitio. A los catorce empecé a ponerme en secreto la cazadora de cuero de mi padre, que me quedaba grande, y a peinarme el pelo con gomina. Así conseguía sentirme como un gamberro con granos junto a un loro a todo volumen; fumaba cigarrillos sin parar de toser y bebía refrescos demasiado dulces pero mezclados con cerveza. Ya no intercambiábamos cromos de futbolistas; nos pasábamos pelis porno. Ni idea de dónde sacaba Sascha los CD. «Secreto profesional», decía siempre. Sascha tenía el mote de «Rey del Porno» y casi siempre rondaba por los pasillos del colegio con sus pantalones de chándal, lanzando nerviosas miradas de reojo igual que un camello para asegurarse de que nadie miraba cuando sacaba sus copias de la mochila. Yo

no podía verlas en casa, pero sí había conseguido disfrutarlas en los sótanos de otros chicos cuando quedábamos para fumar y jugar a Monkey Island 2 o a Duke Nukem entre migas de patatas fritas y el olor al aceite de la caldera. Allí, los noventa sonaban a videojuegos de disparos, a los tonos desquiciantes de los módems de 36k y a la sintonía del interfaz de usuario de Windows 95 al arrancar. Fuera de esos sótanos, los noventa también sonaban a *The Next Episode*, de Dr. Dre y Snoop Dog; *Give It Away*, de los Red Hot Chili Peppers, o *Insomnia*, de Faithless, según en qué fiesta acabaras.

Con catorce años besé a Hannah en una fiesta de la espuma que se celebraba en la pista de hielo de nuestra ciudad. La conocía del colegio. Le había prestado mis guantes, de la boca nos salían nubecillas de vaho. El DJ había atenuado los focos, la iluminación había adoptado tonos rojizos. Llevábamos la ropa empapada de espuma de jabón, y en la pista, cuando el DJ anunció «unas cuantas baladas románticas», todo el mundo se buscó una pareja a quien rodear las caderas con los brazos. Hannah apareció de pronto entre la espuma, como salida de la nada. *I feel so unsure as I take your hand and lead you to the dance floor as the music dies*, entonaba George Michael, una canción que ya entonces me parecía increíblemente kitsch. Estuvimos un rato dando vueltas con torpeza y sonriendo con timidez cada vez que sin querer nos mirábamos a los ojos, aunque enseguida volvíamos a mirar abajo, a los patines, para no perder el equilibrio. Yo la sostenía de la cintura con las manos sudadas y cuidaba mucho de que no se me resbalaran hacia su trasero, o de no acercarme demasiado a ella, o a sus pechos. Fue Hannah la que se apretó contra mí en cierto momento. Nuestro beso fue largo y húmedo. Yo no tenía ni idea de qué se proponía hacer con la lengua, pero sabía a chicle y me pareció agradable.

Yasmin también estaba en la fiesta. Bailaba con un chico mayor; le había echado los brazos alrededor del cuello y no dejaba de mirarlo a los ojos. *I should have known better than to cheat a friend and waste a chance that I've been given,* seguía la canción mientras yo me centraba en Hannah, que era suave y dulce. Después paseamos un poco por el aparcamiento cogidos de la mano —el valor que me costó atreverme a hacerlo…—, pero nos soltamos enseguida, porque su madre ya la estaba esperando en su coche.

Por supuesto, no había logrado cumplir el firme propósito que me había hecho a los ocho años, después de la fiesta de cumpleaños de Laura. Aunque tampoco es que pueda afirmarlo con demasiada rotundidad: nunca hice amigos de verdad. Me adaptaba y encontraba la forma de encajar en diferentes pandillas, pero no había nadie con quien tuviera largas conversaciones telefónicas por la noche, nadie a quien pudiera confiarme. A Hannah la besé exactamente dos veces más. También besé a otras chicas. Los noventa consistieron un poco en eso: en besuquearse en sofás cochambrosos como si no hubiera un mañana, con luz tenue y música de bajo a todo meter. No sé qué veían las chicas en mí. Que no acababan de calarme del todo, quizá. Era muy diferente a los demás chicos, que perdían la cabeza y se volvían locos en cuanto ellas

aparecían en su campo de visión con esas camisetas estrechas y anudadas por delante, enseñando todo el vientre. Tal vez vieran en mí a un tipo raro e interesante que casi siempre estaba observando en un rincón, que llevaba una cazadora de cuero demasiado grande y hablaba poco.

A los dieciséis me acosté con una chica por primera vez. Fue en una de esas fiestas. Se llamaba Mathilda, era un año mayor que yo y llevaba una camiseta fosforito y unas Buffalo rojas. Los dos íbamos igual de borrachos. Bailamos, hasta que de pronto desapareció entre los demás cuerpos sudorosos. Poco después volvió a aparecer, fue directa hacia mí y, sin mediar palabra, me arrastró a la habitación del tipo que había organizado la fiesta. Cerró la puerta con pestillo, me besó como una salvaje, se quitó la ropa, luego me la quitó a mí, y en el instante mismo en que por fin comprendí por qué le daban tanto bombo a ese asunto, ya había terminado todo.

Aquello fue un par de días después de mi cumpleaños. El 22 de noviembre del año 2000. No recuerdo la fecha con tanta exactitud porque aquella noche me acostara con una chica por primera vez, sino porque fue el día en que murió mi madre.

En el último par de años, mi madre había ido cambiando cada vez más. Podría decirse que según crecía Alina. Al contrario que yo, llegó un momento en que comprendió que la vida seguía también sin un padre.

Un día, mientras estaba ocupado escondiendo la hierba que le compraba a un tipo llamado Gregor, mi madre se plantó de pronto delante de mí con un cesto de la ropa en el que reconocí prendas de mi padre. Lo dejó en el suelo, casi como si no fuera con ella.

—La mayoría está demasiado bien para tirarla —dijo—. Escoge lo que quieras conservar, lo demás lo llevaré al gimnasio.

El único motivo por el que no protesté fue porque sabía que mis padres también habían estado en aquel gimnasio. Después de ellos habían seguido llegando refugiados a la ciudad, por supuesto. Los periódicos no hablaban de otra cosa. Por aquel entonces eran sobre todo de Kósovo. Y como estaba seguro de que a mi padre le habría parecido bien, no dije nada. Me limité a escoger tres camisas que sabía que le habían gustado mucho.

Mi madre se compró una cama nueva, y Hakim convirtió la vieja en leña. A partir de entonces, mi madre durmió con un solo edredón. Se compró vestidos nuevos, o se los cosió ella misma, y ocupó todo el espacio del armario ordenando las prendas por colores. De vez en cuando, incluso la veía completamente estirada en el sofá del salón, leyendo. Abría las ventanas más a menudo, puso cortinas nuevas y hasta mandó quitar por fin el papel pintado de las habitaciones y cambiar la alfombra. Se compró un tinte para el pelo de un tono que recordaba al suyo natural de antes, de ese tiempo anterior a la aparición de sus numerosas canas.

Mi madre nos mantenía con su costura. Visitaba mercados de artesanía para vender sus vestidos o buscar inspiración, y le iba tan bien que incluso organizaba cursos de corte y confección en el centro para familias, que siempre se llenaban de madres parlanchinas. Empezó a quedar con gente. Al principio eran clientas para las que cosía y a las que de vez en cuando veía también por amistad. Estas le presentaron a más personas y la metieron en un club de lectura itinerante que se reunía el tercer jueves de cada mes en lugares diferentes y en el que se recomendaban libros unas a otras. Así empezó a leer literatura alemana. El *Diario de Ana Frank* o *La metamorfosis* de Kafka. Se sentaba en el sofá y, mientras leía con la manta sobre las piernas, mascullaba, arrugaba la frente o se quedaba ensimismada. Incluso tuvo la valentía de atreverse con *La montaña mágica*, aunque prefería los cuentos de los hermanos Grimm. Recuperó la alegría. Lo que fuese que encontrara en esos cuentos parecía contagiarse en ella, y pronto empezó a irradiar algo mágico, una madurez serena, tal como me vi obligado a reconocer con envidia. A veces soltaba risitas alegres y juveniles cuando hablaba por teléfono. También se hacía pequeños regalos: una cadenita que le había llamado la atención, o una sesión de spa en el centro. Cuando yo llegaba del colegio, me explicaba que por la mañana había estado en una cafetería y con quién se había visto allí, o que había salido a pasear y se había cruzado con un anciano que había creído que era su hija. No tardó en estar llena de energía; recorría el piso bailando como años atrás, cogiendo a Alina de las manos como antes había hecho conmigo. Un rubor delicado reapareció en sus mejillas. Iba a las representaciones escolares de mi hermana y a las reuniones de padres. Incluso le compró un violín infantil y pagó a una estudiante para que le diera clases, cosa que entusiasmó a Hakim. A mí me preguntó qué me gustaba hacer, si no quería apuntarme a algo, tal vez a algún deporte de combate en el club. Pero le dije que no.

Mi madre había decidido empezar una nueva vida con cuarenta y un años, y no pensaba dejar que su hijo, ese hijo que la observaba con tanto escepticismo, le hiciera cambiar de opinión. Puede que me diera envidia ver que era capaz de hacerlo, pero sobre todo me preguntaba si de verdad tenía derecho a volver a ser tan feliz sin su marido.

La mayor transformación tuvo lugar a principios de 1999, cuando se apuntó a un curso de integración, necesario para que le concedieran la ciudadanía alemana. Todos los demás requisitos los cumplía de sobra: hacía dieciséis años que residía en el país, sus dos hijos habían nacido en Alemania, los dos estaban escolarizados. A mi hermana, nacida en 1992, se le aplicaba una regulación legal transitoria gracias a la cual mi madre había podido tramitarle la ciudadanía solo dos años después. También Hakim la había conseguido para Yasmin y para sí mismo hacía mucho tiempo. De manera que, si mi madre se apuntó a ese curso, fue solo por mí.

Pero yo no quería ser alemán bajo ningún concepto. Lo cual era ridículo, porque había nacido

en Alemania y nunca había salido del país. Hacía muchos años que escuchaba música árabe. Honraba una cultura que apenas conocía, en realidad. Me sentía libanés. ¿Qué habría dicho mi padre de que mi madre quisiera convertirme en alemán? ¿Lo habría impedido? Yo quería tener la misma nacionalidad que él. Me daba igual que solo se tratara de un formalismo, de un pequeño cambio en la documentación que más adelante me comportaría muchas ventajas, según aseguraba mi madre. Sentía que mi deber era rebelarme en contra porque era lo que habría hecho mi padre, estaba convencido. Sin embargo, mi madre no me dejó elección. Empecé a odiarla, no solo porque me estuviera obligando, sino también porque una decisión de esas características me parecía alta traición: ella era muy consciente de que así se distanciaba de su marido todo lo posible. Haciéndose alemana, renegando de su identidad nacional. Porque era algo que él jamás habría hecho.

Aprobó el examen, por supuesto, y cuando llegó a casa sonriente y feliz, enarbolando ese certificado cuyo efecto liberador sobre ella yo apenas podía adivinar, salí de casa hecho una furia.

Aquel 22 de noviembre tuvimos una discusión. Y resulta más terrible aún porque fue por una tontería. Ojalá me hubiera mostrado más razonable. ¿Qué habría pasado entonces? No era más que una fiesta, ¡y en miércoles! Solo dos días antes del fin de semana, cuando habría podido ir a todas las fiestas que quisiera. Siempre había alguien que organizaba algo en algún sitio, y las juergas de entresemana, de todos modos, no eran tan legendarias como las de los viernes. Pero después de todo lo que me había hecho tragar mi madre con su decisión unilateral sobre mi ciudadanía, me parecía que no tenía derecho a prohibirme nada.

—No vas a ir a esa fiesta —me dijo.

—Claro que sí. Pienso ir.

—Samir. —Su mirada era impaciente, pero todavía tranquila—. Sabes que no puedo aplazar la clase de costura, y tampoco puedo llevarme a Alina allí.

—¿Por qué no?

—Porque se hará tarde y mañana tiene que ir al colegio. Igual que tú, por cierto.

—¿Y qué?

—Samir, es tu hermana. ¿Tan grave es que te quedes aquí a cuidar de ella por un día?

Miré a Alina, que estaba tumbada boca abajo en el suelo hojeando un libro.

—¿Por qué no se lo pides a Nicole?

—Ya la he llamado y no puede.

—Pues pregúntale a Hakim.

Tomó aire. Me habría encantado que explotara, pero habló en voz muy baja.

—Sabes que tiene que trabajar.

Sí que lo sabía. El taller donde estaba Hakim había ido creciendo con los años, y por entonces recibían encargos grandes. Por eso, desde hacía unas semanas tenía turno de noche con un tal Hassan, al que estaba enseñando el oficio porque era nuevo. Y esa noche le tocaba trabajar.

—Samir. —Intentó sonreír. No quería demostrarme lo mucho que estaba poniendo a prueba su paciencia porque sabía que eso habría sido una pequeña victoria para mí. Era uno de nuestros jueguecitos habituales—. Alina se alegraría muchísimo si pasaras la tarde con ella. Eres su hermano mayor.

—No puedo —insistí—. Van todos a la fiesta.

Lo principal era fastidiar a mi madre, pero también había otra cosa: no soportaba estar con Alina. Tal vez fuera por la diferencia de edad, o por el hecho de que tenía la sensación de no compartir nada con ella. Alina era una niña encantadora, obediente, ayudaba en casa, le encantaba ir al colegio, siempre traía a amigos al piso y, desde que mi madre le había regalado el violín, practicaba con entusiasmo. En realidad, no había ningún motivo para no adorar a mi hermana, pero aun así la detestaba. A veces, mientras dibujaba con sus lápices de colores en la libreta de los deberes, la observaba e intentaba encontrar en su rostro algo que me recordara a nuestro padre. Así me di cuenta de que se parecía a él más que yo. Tenía su mismo pelo negro y una cara redonda y simpática. Era una niña guapa, sobre todo cuando sonreía. Por eso se me hacía más extraño aún no encontrar en su conducta ningún indicio de que lo echara de menos. Sencillamente, no recordaba que había habido un tiempo en que él la acunaba en brazos y le cantaba canciones al oído hasta que se quedaba dormida. No parecía saber siquiera que él había existido. Algunos días me cogía de la mano, tiraba de mí y me explicaba con emoción todo lo que había aprendido en clase, que habían ido a recoger castañas para practicar sumas y restas, por ejemplo. Yo nunca podía escucharla mucho rato. Cada poco me sorprendía intentando ver el mundo a través de sus ojos y descubrir si no había en ellos, tal vez, un poco de dolor o de decepción. Pero nunca encontraba nada. Alina crecía despreocupada y feliz, protegida por nuestra nueva madre y por Hakim, que la veneraba y le auguraba un gran futuro como violinista.

El plan de mi madre era el siguiente: a las siete tenía una cita médica para una resonancia magnética porque hacía unas semanas había sufrido una pequeña parálisis facial. Durante un par de horas estuvo sintiendo el lado izquierdo del rostro como si lo tuviera dormido. El médico la había tranquilizado diciéndole que no debía preocuparse, que sin duda sería algo psicosomático o relacionado con el estrés, que le había pinzado un nervio, aunque ella aseguraba que no se encontraba tan bien desde hacía años. En realidad, los síntomas desaparecieron esa misma noche y no habían vuelto a presentarse, pero mi madre notaba el cuello rígido y últimamente también sufría dolores de cabeza. «Mejor asegurarse», decidió el médico de familia, y le expidió un volante. Ese día tenía que hacerse la prueba, y después quería ir directa al curso de costura en el

centro para familias. Como no volvería a casa hasta tarde, necesitaba que alguien estuviera al cuidado de Alina y la mandara a la cama a su hora.

Mi madre se frotó la nuca y empezó de nuevo. Yo notaba el esfuerzo que hacía por seguir hablando con serenidad.

—¿No puedes hacerlo por mí?

—¿Por ti?

—¿Tanto te cuesta?

—Bueno, no es el más convincente de tus argumentos.

Ella mantenía la calma.

—Samir, ya sé que en estos momentos no te caigo muy bien, pero reconoce que últimamente te he dejado mucha libertad. Sacas unas notas malísimas, no haces más que salir, fumas porros…

—Yo no fu…

—Por favor. —Extendió las manos con las palmas hacia mí—. No te creas que soy tonta. Puedes hacer lo que quieras, es tu vida, pero estaría bien que, para variar, me ayudaras en algo cuando te lo pido.

—¿Te parece bien que fume porros?

—Me parece bien que pongas a prueba tus límites.

—¿Qué límites?

—Los que existen siempre que se convive con alguien bajo un mismo techo, Samir.

—Me voy a la fiesta.

—Pues yo me alegraría mucho si te quedaras con Alina.

—Me voy a la fiesta.

—Alina también se alegraría.

—Me voy a la fiesta.

—Si a mí no me tomas en serio, por lo menos pregúntate de vez en cuando qué diría tu padre de esto.

Ese era mi punto débil. Mi madre lo sabía y metió el dedo en la llaga para hurgar en la herida. Por desgracia, yo no tenía tanto autocontrol como ella.

—¿Mi padre? ¿Acaso pensaste tú en él cuando lo traicionaste y nos convertiste en alemanes? ¿Y si vuelve algún día?

—¿Si vuelve algún día? —También ella levantó entonces la voz. Vi que le temblaban las manos—. Samir, Brahim desapareció hace ocho años.

—¿Y qué?

—Que no volveremos a verlo. ¿Cuándo empezarás a darte cuenta?

—¿Como has hecho tú? —la increpé—. ¿Quieres que yo también me tiña el pelo y lea libros de mierda con gente de mierda en ese colegio de mierda?

Abrió mucho los ojos.

—A tu habitación —ordenó tajante.

Entonces sí que quise verla estallar a toda costa, quise hacerle mucho daño. Me repateaba verla reír y bailar alegre por ahí desde hacía tiempo mientras yo intentaba preservar el recuerdo de mi padre con todas mis fuerzas. Si no, ¿qué otra cosa nos recordaba ya que éramos libaneses?

—¿Crees que puedes colgar un par de cortinas nuevas, pintar todas las paredes de la casa y así librarte de él?

—No hagas esto. —Se frotó la nuca y torció el gesto con dolor.

—¡Me importa una mierda lo que hagas tú! ¡Te aseguro que yo no lo olvidaré solo porque tú quieras! —Escupí una saliva venenosa al hablar.

—Muy bien, Samir —dijo cerrando los ojos, como si mis palabras le produjeran dolor de cabeza, y con la voz cargada de decepción—. Ya encontraré a alguien que cuide de Alina.

No quería que se rindiera tan pronto. Quería discutir con ella, recriminarle cosas terribles, hacerla sufrir.

—¡No me extraña que te abandonara! —grité—. ¡No me extraña que no soportara quedarse más tiempo aquí contigo! —Hablaba con rabia, sabía que me estaba pasando de la raya, pero no era capaz de controlarme. Mis palabras se clavaron como flechas en el cuerpo de mi madre. La vi retorcerse—. Ojalá me hubiese llevado con él. Me importa una mierda dónde esté ahora, pero ojalá estuviera allí con él, y no aquí. Ojalá te hubieras ido tú en vez de él.

—No pasa nada —contestó—. No pasa nada si piensas eso.

Pero veía que no era cierto. Si mis frases hubieran sido flechas auténticas, mi madre se habría desangrado. No soportaba mi mirada y bajó la vista al suelo, consternada, seguramente con la esperanza de que yo dejara de gritarle, pero solo paré un instante para que la siguiente frase cayera con más contundencia aún.

—¡Al contrario que yo, tú nunca lo quisiste!

El bofetón fue tremendo y me dio en toda la cara. Sentí un dolor deslumbrante, intensificado por la conmoción y la sorpresa.

—Es mi vida. —Le temblaban los labios y tenía lágrimas en los ojos, pero no las derramó—. Tengo derecho a vivirla —susurró.

La dejé plantada y corrí a mi habitación, agarré la mochila, pasé a toda velocidad junto a Alina, que me miró con unos ojos como platos, y di un portazo al salir de casa.

En la fiesta me acosté con Mathilda. Después seguí emborrachándome sin medida, y cuando sentí que ya no podía más, continué bebiendo. Bailé bajo la luz estroboscópica, tambaleándome junto a otros cuerpos en movimiento y agitando los brazos sin control. Olía el sudor de los

demás, el alcohol de su aliento. Bailé hasta caer rendido y quedar tumbado no sé dónde. En algún momento desperté, busqué a tientas la cazadora y salí de aquel piso dando tumbos a la noche de noviembre, que me dedicó un inesperado y gélido recibimiento. El conductor del autobús me miró cuando le mostré la tarjeta mensual intentando mantener el equilibrio.

—Más te vale no vomitar en el vehículo —dijo.

Me agarré bien antes de dejarme caer en el asiento.

La ciudad pasaba por la ventanilla como a cámara rápida: un ser dormido sin apenas ninguna luz, una negrura intensa, de vez en cuando una ventana iluminada y los conos blancos de los faros que venían en sentido contrario. Me quedaba dormido y me sobresaltaba cada vez que la cabeza me caía dolorosamente hacia delante. Vomité en un matorral que había enfrente de nuestra casa. Después vi luz en la ventana de nuestro salón y maldije.

Mi idea había sido entrar en casa sin hacer ruido para evitar encontrarme con mi madre, pero tropecé con el paragüero de detrás de la puerta y arranqué la chaqueta de Alina del perchero, así que monté un buen escándalo. Pasaban de las cuatro de la madrugada. Yo solo quería meterme en mi cama, así que eché a andar por el pasillo, pero entonces vi a Hakim en el sofá. Junto a él había un hombre a quien no conocía.

Algo después, tumbado en la cama mirando el techo, por el que de vez en cuando se deslizaban las luces de los coches que pasaban, intenté asimilar el vacío que se abría en mi interior. Pensé en Alina, que dormía al lado, y en que no podría decírselo hasta al cabo de unas horas. Solo podía mirar el techo con los brazos cruzados bajo la cabeza, preguntándome qué pasaría, qué haría Protección de Menores con nosotros. También pensé en Mathilda, en cómo había tomado mis manos y las había guiado sobre su cuerpo, en cómo se había mordido el labio todo el rato. Pensé en su melena, que había caído en mi cara cuando se inclinaba para besarme.

Mi madre no había encontrado a nadie que cuidara de Alina. Había llamado a casi todos sus conocidos, había preguntado a amigas e incluso a clientas, y al final también a Hakim. Él se puso en contacto con su jefe, encontró quien lo sustituyera en el turno de noche y se quedó con mi hermana mientras mi madre salía hacia su clase de costura. La búsqueda de una niñera le había llevado tanto tiempo que había tenido que cancelar la cita de la resonancia magnética. Si me hubiera quedado en casa, no habría pasado nada. Las imágenes habrían mostrado la arteria deteriorada que tenía en la cabeza, la habrían operado de urgencia y la habrían salvado. Pero yo me había marchado y había maldecido el mundo compadeciéndome de mí mismo mientras mi madre se subía al coche. «Aneurisma cerebral», determinó el médico unos días después. No me lo dijo a mí, sino a Hakim, pero yo lo oí.

Habíamos tenido un frío húmedo todo el mes de noviembre. Había llovido, granizado, nevado. El único día que salió el sol fue el que enterramos a mi madre. Como si el mundo quisiera burlarse de mí. Yo llevaba un traje de Hakim que me iba demasiado grande. Alina lloraba junto a una mujer de Protección de Menores. Algunas personas me estrecharon la mano, personas que apreciaban a mi madre. El hombre que la noche de su muerte estaba esperando con Hakim en el salón también estaba allí. Era un tipo de una altura casi imponente, tenía el pelo gris y alguna que otra arruga, pero en general su rostro resultaba agradable. Se notaba que se sentía torpe en su tristeza. Casi no se atrevía a acercarse a nosotros, cambiaba el peso de una pierna a la otra mientras el cura hablaba, y al terminar me hizo saber que podía ir a verlo siempre que necesitara cualquier cosa.

—¿Es usted de la policía? —le había preguntado aquella noche, después de que Hakim me lo explicara todo.

—Yo… Humm… No… —Se miraba las manos como si llevara allí escrita la respuesta—. Tu madre y yo… nos… nos conocíamos.

Los médicos lo habían llamado a él porque su número era el único que mi madre tenía grabado en el móvil. Yo ni siquiera sabía que tuviera un móvil. Y sentí vergüenza. Todos los momentos alegres de los últimos meses, el rubor de sus mejillas, los bailes, las risitas juveniles por teléfono… Había estado tan empeñado en mirarme el ombligo que ni siquiera me había dado cuenta: mi madre estaba enamorada.

Hakim parecía un anciano. Se había puesto gafas de sol. A mi lado estaba Yasmin, que tenía casi diecinueve años. Llevaba pantis negros, un vestido negro y una americana, y estuvo casi todo el rato agarrándome la mano con fuerza sin que yo me resistiera.

A veces echaba en falta la magia de nuestra niñez. Las aventuras secretas, vagabundear juntos, hablar en susurros. Pero esa época terminó en cuanto empecé a llorar la desaparición de mi padre. Nos convertimos en dos vecinos que se llevaban bien, iban al mismo colegio y hablaban de cualquier cosa menos de temas personales. Si Yasmin se había tomado a mal que yo la rechazara cuando ella solo pretendía echarme una mano, jamás me lo hizo saber. Siguió siendo la chica despierta y simpática a quien tanto había querido de pequeño. Salvo por esa barrera tácita que se interponía cuando se trataba de hablar de nosotros. De ella y de mí, y de lo que sentíamos juntos. Nos movíamos en círculos de amistades diferentes, sobre todo cuando ella empezó a ir al instituto. Yo acabé bajo la influencia de Sascha, el Rey del Porno; Yasmin, en cambio, descubrió un mundo en el que podía irse de vacaciones con gente de su edad a recorrer la costa de Amalfi en furgoneta. Incluso me envió una postal.

Salía en serio con un chico al que yo había visto alguna vez en la escalera, cuando entraban o

salían del piso de Hakim. Cuando Yasmin cumplió los diecinueve, ya llevaban casi dos años juntos. Se llamaba Alex, era alemán y no tenía nada que ver con el Islam. Lo menciono porque en nuestra calle había algunas chicas musulmanas de la edad de Yasmin, y yo sabía que sus padres jamás les habrían permitido salir con no musulmanes. Pero Hakim era el padre más tolerante del mundo. Apoyaba a su hija en todo lo que podía y no le reprochaba nada. Años más tarde, cuando leí el diario de mi padre y me enteré de cómo había muerto la madre de Yasmin, entendí el porqué: Hakim había roto con la fe. No quería volver a saber nada de la religión, y por eso había dejado en manos de su hija toda la responsabilidad sobre su vida. Yasmin nunca se aprovechaba de esa libertad. Iba a fiestas y tenía muchas amigas alemanas, pero también era buena estudiante, estaba a punto de sacarse el bachillerato, se esforzaba y quería empezar en la universidad cuanto antes. Se vestía y se maquillaba como otras chicas de su edad, disfrutaba de los días de buen tiempo en la piscina descubierta o junto a una hoguera al aire libre, se iba de acampada con sus amigos o de vacaciones con Alex. A mí me maravillaba ver a la joven en que se había convertido. Sin embargo, a veces me pasaba lo mismo con ella que con Alina: me asombraba la facilidad que tenía para adaptarse, para integrarse. Cuando le preguntaban de dónde era, siempre decía: «Soy alemana, aunque mi padre es del Líbano».

Los años noventa en Alemania siempre me resultaron extrañamente apolíticos. Y eso que ocurrieron muchísimas cosas. Me asusté bastante cuando incendiaron aquel albergue de refugiados en Rostock-Lichtenhagen, desde luego. En nuestra calle, todo el mundo quedó destrozado por el suceso. Durante un tiempo, también los demás habitantes de la ciudad parecieron más sensibilizados ante la situación de los refugiados. Cuando pasaba por delante del gimnasio, veía montañas de bolsas con ropa y a muchos voluntarios que acudían a colaborar *in situ*. En el fondo, sin embargo, apenas seguía la actualidad alemana. Me daba igual que de pronto se pudieran clonar ovejas, o que tuviéramos un nuevo canciller, Gerhard Schröder, que a mí siempre me parecía un poco borracho. Tampoco acababa de entender que se armara tanto escándalo por una princesa inglesa muerta, o porque a Bill Clinton le hubieran hecho una felación en el despacho oval. Mi mirada siempre estaba vuelta hacia el este. Sí que me enteré de que Israel y la OLP firmaron los Acuerdos de Oslo. También de que Bashar al-Ásad sucedió a su padre Hafiz como presidente de Siria. De que los sirios continuaban en el Líbano y que la política libanesa seguía dictándose fundamentalmente desde Damasco. Y de que, en Beirut, las grúas se cernían por encima de los rascacielos y transformaban el rostro de la ciudad a una velocidad de vértigo. Todo eso me interesaba mucho.

Rafik Hariri, el primer ministro libanés que había invertido gran parte de su fortuna personal en levantar el país de los escombros amontonados tras quince años de guerra civil, era un icono

para mí. Lo consideraba un hombre luchador, un orador carismático que estaba haciendo resurgir la tierra de mis antepasados. Con sus espesas cejas negras, el mostacho gris y ese pelo plateado, con tupé incluido, que siempre llevaba peinado hacia atrás —a lo que había que sumarle una cara redondeada y sin aristas que recordaba a un simpático dogo de Burdeos—, parecía un abuelo que encandilaba a sus nietos con las historias más fabulosas del mundo. Él solo constituía un movimiento nacional, porque había sabido entender el alma de una nación entera. En nuestra calle, todo el mundo adoraba a Hariri, e incluso Hakim acabó por olvidar las reservas que tenía en su contra. Hariri abrió el Líbano, impulsó la reconstrucción y minimizó el control del Estado sobre los empresarios. Un impuesto único del diez por ciento sobre cualquier ingreso se encargaba de que el país de los cedros multiplicara su riqueza. A nadie le costaba perdonarle que también la deuda pública ascendiera de manera estratosférica, porque los resultados de sus políticas se veían por todas partes: escuelas nuevas, calles nuevas y casas nuevas, una recogida de basuras puntual y más y más cosas.

El 22 de noviembre de 1998, justo dos años antes de que muriera mi madre, Émile Lahoud sustituyó al hasta entonces presidente del Líbano, Elias Hraoui, y se convirtió en el superior del primer ministro Hariri.

—Esos malditos sirios —oí decir entonces a Hakim—. Han colocado a ese perro como brazo de Al-Ásad en el Líbano. ¡Un militar! ¿Se puede tener menos tacto?

Yo había seguido las noticias. Siria había conseguido una modificación de la constitución libanesa para allanarle a Lahoud el camino hacia la presidencia. En realidad, su candidatura no debería haber sido posible: como antiguo comandante en jefe del ejército, tendría que haber esperado un plazo de tres años antes de presentarse a unas elecciones. Hacía tiempo que Hakim echaba pestes de los sirios y del poder que ejercían sobre el Líbano. Mientras veíamos los comicios por televisión, intentó explicarme cuál era exactamente el problema.

—El servicio secreto sirio lo controla todo. Los sirios se encargan de que el gabinete tome las decisiones adecuadas. Los ministros prosirios reciben propuestas para el orden del día: en una columna salen todos y cada uno de los puntos, y en la otra lo que deben votar al respecto. Es un disparate. ¡Y muy frustrante!

Esa circunstancia no lo frustraba solo a él. También a Rafik Hariri. El 2 de diciembre de 1998, diez días después de la toma de posesión de Lahoud, Hariri dimitió en protesta por la influencia siria en el Líbano.

Tras la muerte de mi madre, también mi postura ante mi padre cambió. Creo que sucedió de una forma inconsciente, porque de otro modo no habría sido capaz de superar jamás la pérdida de ambos. Tuve que decidirme y lo culpé a él. De todo lo ocurrido. Era más sencillo que culparme a

mí mismo. Antes no había conseguido librarme de la obsesión por venerarlo, por mantener limpia su reputación y glorificar su recuerdo hasta que regresara. Había creído incondicionalmente en su amor por nosotros. De pronto, no obstante, empecé a hacerle reproches. Sí, aunque también yo cargara con parte de la responsabilidad por la muerte de mi madre, si él no hubiera desaparecido, no habría ocurrido nada más. Y ese reproche no tardó en convertirse en ira. Ya no quería ser su abanderado, guardarle el sitio y esperar su regreso. En lugar de eso, decidí… No, me juré que seguiría hasta la más mínima pista para dar con él.

9

Miro la pared con rabia. Paso revista al día en un desfile de imágenes turbulentas. La ciudad bulliciosa por la mañana, los cedrales, la cara descompuesta de mi abuela, cuya voz resuena en mi interior como si saliera de unos altavoces metálicos. La habitación del hotel está a oscuras, he cerrado la ventana, he expulsado la ciudad. A través de la delgada pared oigo el televisor de la habitación contigua. Un moderador parece discutir con sus invitados, las conversaciones son interrumpidas cada dos por tres por aplausos. Todavía tengo el pelo húmedo, el chorro del aire acondicionado cae frío. Me he dado una ducha larga para eliminar los restos del día. Ahora estoy sentado en un colchón blando, con los pies estirados hacia delante. Intento encontrar patrones en la pared. Animales y formas. Pero no lo consigo. Es una habitación diferente a la de ayer, aunque en el mismo hotel. En la tercera planta, esta vez: la 302. Otra recepcionista, el mismo perfume. En el ordenador ha visto que por la mañana había dejado el hotel y me ha preguntado si había habido algún problema con la reserva, si desde el principio había tenido la intención de quedarme más días. Le he dicho que no. ¿Cómo iba a saber lo que me esperaba en Zahlé y adónde iría desde allí? No creía que el rastro de mi padre fuese a traerme de vuelta aquí tan pronto. Me ha llamado «señor El-Hourani» y me ha ofrecido su sonrisa de recepcionista. Yo se la he correspondido, contento de que una extraña me llamara así. No Bourguiba, sino El-Hourani. Ese soy yo.

Hemos llegado a Beirut de noche. Las torres de oficinas que apuntan al cielo todavía tenían alguna que otra ventana iluminada. Las farolas teñían las aceras de naranja bajo las palmeras. Un estrechón de manos con Nabil como despedida, una sonrisa de agradecimiento al darle el pago que habíamos acordado para el día, un breve gesto de cabeza en dirección al portero, y luego he desaparecido en el fresco vestíbulo del hotel. Mis pensamientos revolotean de forma errática, como mariposas nocturnas. Miro la mochila contra la pared. Dentro está el diario. Debo sopesar las consecuencias con tranquilidad y considerar la posibilidad de que no me sea tan útil como esperaba. Mi padre adoptó el apellido de mi madre y en el diario no hay ni una palabra sobre eso. Lo cual quiere decir algo: que es posible que oculte más cosas. Y también algo más: que miente.

En la mesilla de noche hay tapones para los oídos. La dirección del hotel parece saber que se oye todo. Me los coloco y pronuncio ese nombre en voz tan alta que resuena en mi cabeza: Samir Bourguiba. Varias veces. Pero sigue sonándome mal, extraño.

Saco la tarjeta que May me ha entregado antes de cerrar la puerta de la casa.

Sinan Aziz
Rhino Night Club
Al Sekkeh Street, Mar Mikhael Beirut
+961 1 701 463

—No lo conozco —ha dicho Nabil cuando se la he enseñado en el coche—. Pero eso no quiere decir nada. Mar Mikhael es el barrio de marcha de Beirut Este. Muchos bares, muchos clubes nocturnos, todo bastante caro. Ya lo encontraremos.

¿Qué esperaba cuando mi abuela ha mandado a May a por la tarjeta? Un club nocturno seguro que no.

—¿Sabes quién es el tal Aziz? —me ha preguntado Nabil.

Las luces de Zahlé apenas se veían ya, eran puntos que se desvanecían como estrellas fugaces en el retrovisor. Eso ha sido poco antes de incorporarnos a una autovía cuyos carteles informaban: BEIRUT 53 KM.

—No, no lo conozco.

Nabil se ha interesado por cómo había ido el encuentro, y yo se lo he contado todo. Hacía un rato que avanzábamos traqueteando por el deteriorado asfalto de la autovía.

—Nabil, estoy buscando a mi padre.

—¿A tu padre? ¿Por eso estás aquí?

—Sí. Desapareció de repente, hace más de veinte años. Mi abuela… Esperaba que ella supiera dónde encontrarlo.

—Pero no ha podido ayudarte.

—No. Por desgracia. Tenía la esperanza de encontrar respuestas aquí, pero, en lugar de eso, ahora solo tengo más preguntas.

—Humm… —murmuraba Nabil de vez en cuando mientras yo le narraba la conversación con mi abuela. No ha parecido sorprenderle que mis padres se casaran en Chipre—. Bueno, en aquella época no era tan habitual, claro —ha comentado—, pero hoy es todo un negocio.

—¿Un negocio?

—Hay muchas agencias de viajes especializadas en matrimonios civiles en Chipre. Sales por la mañana, te casas en el registro civil, lo legalizas en la embajada, pasas la tarde en una habitación de hotel y por la noche te vuelves.

—Pero ¿por qué?

—Porque es un nicho de mercado. Aquí no puedes casarte por lo civil, y los matrimonios religiosos solo son posibles entre contrayentes de la misma confesión.

—Pero ¿cuántas parejas quieren contraer matrimonio siendo de diferentes confesiones?

—Cada vez más. Es un tema candente, sobre todo entre los jóvenes.

—¿Y los líderes religiosos lo perciben como una amenaza?

—Ese es justamente el quid: para ellos es un asunto arriesgado. Si las Iglesias dejan de decidir en cuestiones matrimoniales, verán socavada su autoridad. ¿En un país como el nuestro? ¡Olvídate!

—¿Y por qué no se pueden permitir ambas cosas? ¿Por la Iglesia y por lo civil?

—Porque sería una concesión, y a esa gente no le gusta hacer concesiones. Tuvimos un caso muy sonado en los medios. Existe una ley de 1936, una reliquia de la época del mandato francés, de antes de la independencia, que permite los matrimonios civiles en el Líbano si ninguno de los dos cónyuges pertenece a ninguna confesión. Así que una pareja hizo tachar la filiación religiosa de sus libros de familia para casarse por lo civil. Él era suní; ella, chií. Se armó un revuelo inmenso y el ministro del Interior tuvo que decidir si el matrimonio era válido.

Cuando mi abuela volcó en mí su ira y su decepción por el matrimonio civil de mis padres, yo di por hecho que había sido un pequeño escándalo. En la época de la guerra civil, la religión debía de tener especial relevancia, sobre todo para una mujer como ella, a quien le pesaba mucho que su reputación pudiera verse perjudicada. Sin embargo, lo que Nabil contaba me sorprendía mucho.

—¿Es que no se ha aprendido nada de la guerra civil? ¿Que la superación de las barreras religiosas es lo único que puede unir al Líbano?

—Samir —ha dicho él, mirándome con una sonrisa—, eres un soñador.

—¿Por qué?

—Te diré por qué. Nada ha cambiado tanto, y eso se ve en que incluso el gran muftí del país, el jeque Mohammad Rashid Qabbani, se pronunció respecto al caso. Decretó una *fatwa*. No te la sé reproducir literalmente, pero decía más o menos esto: que todos los musulmanes con poder legislativo o ejecutivo en el Líbano que defendieran «la plaga del matrimonio civil» serían declarados apóstatas.

—¿Declaró apóstatas a los políticos?

—Por ejemplo al primer ministro, sí. Verás, el presidente debe ser maronita; el primer ministro, suní, y el presidente del Parlamento, chií. De manera que, cuando Qabbani dice algo así, se está refiriendo, entre otros, a estos dos últimos. Está diciendo que con ello traspasan los límites del Islam, y que, por eso, tras su muerte no los lavarán, no los amortajarán en tela de hilo ni los enterrarán en un cementerio musulmán.

—¿Un clérigo amenazando a políticos?

—Digamos que les aconseja.

—¿Y qué opinan del tema otros cargos públicos, o los partidos?

—Nadie quiere posicionarse con claridad. Todos marean la perdiz, como de costumbre.

Hezbolá está claramente en contra del matrimonio civil. Nasrallah, su líder, legitima toda su autoridad en la religión, así que Hezbolá jamás accedería a un cambio en las leyes.

—¿Y los demás partidos?

—Es poco probable.

—Pero… A ver, ¿cuántos grupos religiosos hay aquí? ¿Diecisiete?

—Dieciocho.

—Dieciocho. Entonces ¿por qué no lo toman como una oportunidad para permitir los matrimonios religiosos interconfesionales? Sería un paso importantísimo. Imagínate un Líbano en el que los niños tuvieran una abuela suní y otra maronita, un abuelo chií y otro druso.

—Ya sé adónde quieres llegar…

—¿Cómo podría un niño así volver a sentir nunca odio por miembros de otras confesiones? ¿No tendría esa ley el poder de unir por fin a las diferentes minorías? ¿De convertirlas en una nación? ¿No sería revolucionario?

—Sí —ha contestado Nabil—. Revolucionario. —Su forma de pronunciar esa palabra ha sonado un poco nostálgica—. Pero precisamente eso es lo que temen los políticos. Por eso quieren impedirlo a toda costa. Aquí, política y religión son una misma cosa. Esa paz con la que sueñas es justo lo que temen todos los líderes religiosos: solo en un país dividido se les sigue haciendo caso.

El resto del trayecto hemos estado en silencio. Cuando las luces de Beirut han empezado a asomar en el horizonte, Nabil ha llamado a su hermano para decirle que dentro de poco pasaría por su casa a recoger a sus hijos. Se les oía alborotar al fondo.

—Bueno, Samir, ¿a qué hotel quieres que te lleve? ¿Al Best Western otra vez?

—¿Hay algún hotel Carlton en Raouché? ¿Junto a las Rocas de las Palomas?

—¿Un Carlton? Humm… Creo que una vez lo hubo. Pero ya no existe, que yo sepa.

—¿Estás seguro?

—No. Bueno, casi. Tendría que ser un poco antiguo, ¿no?

—Sí, tendrían que haberlo construido en los años sesenta, puede que incluso antes.

—Entonces estoy seguro de que ya no existe.

—¿Por qué?

—Los hoteles de la Corniche y del puerto deportivo son rascacielos modernos. Palacios de cristal. Mañana te los enseño. Desde que acabó la guerra, Beirut se ha convertido en un paraíso para constructores e inversores. Vienen sobre todo de los estados del golfo: saudíes, cataríes y demás. Para esa gente, Beirut es un proyecto. El mayor proyecto de rehabilitación urbana del mundo. Han comprado muchísimo terreno en la ciudad. Lo que no quedó destruido, lo han derruido de todas formas porque estaba viejo. ¿Por qué preguntas por ese hotel?

Allí trabajaba mi padre. Lo sé por su diario.

—Por preguntar —he contestado—. Me habría gustado ver las Rocas de las Palomas.

Apago el aire acondicionado y dejo la tarjeta de visita. «Sinan Aziz. Rhino Night Club». El reloj marca las doce y media. Reprimo el impulso de vestirme, pedir un taxi y acercarme allí. Presentarme sin avisar y preguntar por él. Luego pienso si no debería llamar por teléfono. Es un club nocturno: las probabilidades de encontrar a alguien allí serán mayores ahora que mañana a lo largo del día. Por otro lado, si mi padre no quiere que lo localicen, no es muy inteligente por mi parte anunciar mi presencia. Sinan Aziz podría advertirle de que estoy en la ciudad.

Me deslizo bajo las sábanas. En algún momento volveré a tener calor, pero hasta entonces dejo el aire acondicionado apagado y la ventana cerrada. El televisor de al lado se ha callado y en su lugar oigo un grifo que murmura a través de las paredes. Pongo la tarjeta de visita sobre la otra almohada. Mientras me duermo pienso en mi abuela y en el dolor del instante en que ha comprendido que su hijo no volverá a aparecer por allí. No voluntariamente.

Esta vez he puesto el despertador. A las nueve. Levantarse. Ducharse. Salón del desayuno, primera planta. Vestíbulo de entrada, periódicos arrugados apilados en una mesa. Sonrisas de empleados de hotel. El desayuno es europeo: tostadas, panecillos integrales, mermelada, platos con quesos y embutidos, tomate, pepino, huevos cocidos, huevos fritos, huevos revueltos, leche, zumo de naranja, aunque no recién exprimido. Los clientes, gente de traje. Portátiles abiertos y tabletas encendidas, sorbos de café apresurados, tintineo de cubiertos sobre los platos. No lo esperaba, pero he dormido de un tirón.

Cuando salgo del hotel son las diez y apenas puedo creer lo que veo. Nabil me espera apoyado en su coche. El vehículo brilla bajo el sol de la mañana; acaba de lavarlo. Él sonríe de oreja a oreja y extiende las manos abiertas.

—A las diez, como quedamos.

Me entran ganas de darle unas palmaditas en la cabeza.

—Estoy impresionado.

—Ya te lo dije, conozco muchos atajos. Nabil siempre es puntual.

—Y has lavado el coche.

—Sí. He pensado que, ahora que oficialmente somos socios, será mejor que nuestro vehículo dé el pego.

—¿Socios?

—Como Watson y Holmes.

—¿Philip Marlowe no tenía ningún socio?

—No. Él es un lobo solitario, aunque tiene más mujeres que Holmes.

—Eso me tranquiliza —digo, y bajando la voz añado—: No podemos permitirnos ninguna distracción, amigo.

Es divertido bromear con él, su buen humor resulta contagioso. Me abre la puerta del copiloto y, mientras rodea el coche, anuncia:

—A las Rocas de las Palomas. Dijiste que querías verlas.

—Es verdad.

—Pues vayamos para allá. Te las enseñaré. La dirección de esa tarjeta de visita esta al norte de aquí y las Rocas de las Palomas quedan al oeste, pero no hay que desviarse mucho. Además, solo son las diez. Dejemos que esa gente se despierte primero.

—De acuerdo.

—Por cierto —se pone las gafas de sol y enciende el motor—, he averiguado un par de cosas más sobre el Carlton.

La costa cae en picado hasta el mar. Es sobrecogedor. El agua reluce de un azul celeste, unas olas pequeñas y coronadas de espuma blanca golpean contra la escarpada pared. Muchos metros por debajo de mí, las motos acuáticas rugen mientras las barquitas se acercan a las dos Rocas de las Palomas, que sobresalen del agua a unos cincuenta metros de tierra firme, colosales, grises y cubiertas de líquenes. Estoy apoyado en una barandilla y cierro los ojos. Un viento agradable me acaricia la cara. El ruido del tráfico parece haberse perdido a lo lejos. No puedo evitar recordar aquel día de hace una eternidad: mi padre y yo junto al lago. Nuestros barquitos de cáscara de nuez. Su voz: «¡Navegarán mil años!». Sé exactamente lo que diría ahora mismo: «Solo tienes que imaginártelo: aquí, los fenicios cargaban sus barcos con madera de cedro antes de zarpar hacia Egipto. La civilización más avanzada del mundo». Estos últimos años he intentado reprimir los recuerdos felices. En lugar de eso, quería estar enfadado con él, pero ahora no lo consigo. Veo en el mar una flota entera de barcos de madera con velas rojas y recuerdo una entrada de su diario:

> En realidad no debería estar aquí. Tengo la llave porque me la ha dado Fariz, que hoy tiene turno de limpieza aquí arriba. La azotea es tabú para nosotros. Demasiado peligrosa a causa de los francotiradores. He preguntado a varias personas y todas estaban seguras de que hoy todavía no habría milicias. Me encanta la vista desde aquí arriba. Si miras al este, hacia la ciudad, tienes que forzar los ojos por entre las nubes de humo que se elevan desde las calles. Pero si miras al oeste, solo está el mar. Allí, hasta puedes olvidarte de las explosiones, y solo con mirar un poco a la derecha te encuentras con las Rocas de las Palomas, tan imperturbables que desearía formar parte de ellas.

Paseo la mirada por los hoteles y los complejos de lujo del otro lado de la calle. Sus fachadas de cristal reflejan el mar y la costa. Levanto los ojos y me imagino a mi padre en la azotea del Carlton, mirando hacia el oeste. Tras él, una ciudad en llamas; por delante, nada más que el mar y la inmensidad.

—¿Qué has averiguado sobre el Carlton? —le pregunto a Nabil, que está a mi lado, apoyado también en la barandilla.

Se ha puesto las gafas de sol sobre la cabeza y descansa la barbilla en las palmas de las manos, relajado.

—Caminemos un poco —dice.

La Corniche está llena de gente. Padres que empujan carritos, novios que se contorsionan para sacarse una selfi con el mar de fondo, vendedores ambulantes que despliegan su mercancía: falsificaciones de bolsos de Louis Vuitton, CD con copias de películas de Hollywood actuales, relojes Rolex, cámaras desechables. El paseo está bordeado de palmeras, en los bancos hay ancianos que leen el periódico o pelan pistachos. Un niño pequeño sostiene un ramo de rosas en la mano. Corre descalzo sobre el asfalto caliente, lleva unos pantalones de deporte cortos y descoloridos y una camiseta de Messi.

—Sirio —comenta Nabil—. Un niño refugiado.

—¿Cómo lo sabes?

—La Corniche está llena. Sobre todo en la zona de bares y restaurantes. —Nabil señala a un vendedor que intenta endosarle unas gafas de sol a una pareja. El hombre se las prueba acercándoselas a la nariz, su novia niega escéptica con la cabeza—. Todos son refugiados. Ese niño, o va solo o está aquí con su madre. La mayoría de los refugiados sirios son mujeres con hijos. Sus maridos luchan contra Al-Ásad, o están muertos, o han huido a otro país donde es más fácil encontrar trabajo para poder enviar dinero a sus mujeres. Los niños también tienen que contribuir, si quieren ganarse la vida aquí.

Lo he oído en las noticias. El Líbano ha recibido más de un millón de refugiados. Con una población total de apenas cuatro millones.

—Se instalan en los viejos campos de refugiados de las afueras, donde también hay palestinos, ya lo sabes, o bien encuentran alojamientos miserables en algún lugar de la ciudad, sin agua corriente ni electricidad.

—¿Y qué piensan los libaneses de eso?

—«Los libaneses» ya no existen. ¿Les parece mal a los alemanes que haya refugiados en su país?

—A algunos sí.

Nabil me mira.

—¿Cuántos habitantes tiene Alemania?

—Unos ochenta millones.

Entorna los ojos, en su frente se forman arrugas.

—Pues tendríais que acoger a diecinueve millones de refugiados para igualar nuestra proporción.

Asiento con la cabeza.

—Que haya suerte —dice, y sonríe—. Pero volviendo a tu pregunta: por supuesto que hay libaneses a quienes no les gustan los refugiados. La presencia de sirios en el Líbano sigue siendo un tema sensible. No hace ni diez años que el ejército salió del país, y ahora nos llega la población civil. El ejército sirio no se hizo querer precisamente. Gran parte de los libaneses relaciona a los sirios con años de represión y torturas. Tampoco olvides una cosa: hay indicios de que fueron ellos quienes asesinaron a Hariri, y eso sigue sin esclarecerse hasta la fecha. Hariri era muy querido por todos. El Gobierno libanés está dividido en dos bandos: la facción suní y cristiana por un lado y los chiíes de Hezbolá por otro. Los suníes proporcionan armamento y munición a la oposición siria, y Hezbolá lucha del lado de Al-Ásad contra esa oposición. ¿Lo entiendes? En el fondo, es como si la guerra civil del Líbano se hubiese trasladado a Siria. Todas esas personas que has visto en las noticias, las que duermen sobre mantas en los campos y demás, esos son una parte. Pero también hay un montón de sirios ricos que, tras llegar aquí huyendo, han alquilado hoteles enteros y esos apartamentos de lujo de ahí delante. —Señala en dirección a los edificios de enfrente—. Y son unos cuantos, aunque no aparecen en las estadísticas oficiales de refugiados. Esos sirios son diferentes. Para ellos es fácil, es como regresar a casa.

—¿A casa?

—Muchos consideraban el Líbano como parte de una Gran Siria. Para ellos, nunca hemos sido independientes. Si les preguntas, te dicen: «Solo nos hemos trasladado un poco más cerca del mar».

Mientras Nabil habla, observo su rostro. Su discurso es cada vez más rápido, sus manos van por libre, gesticula mucho y tiene un brillo exaltado en la mirada. Me recuerda un poco a Hakim: en el fondo es un hombre tranquilo y sereno, pero en cuanto habla de política se transforma en un orador apasionado. En ese sentido, Nabil es como la mayoría de los libaneses. Por muchos miles de kilómetros que los separen de su patria, no pueden evitar tener una opinión de lo que sucede en ella. Cada vez que Nabil habla de esta forma, me siento como un jovenzuelo que ha estudiado mucho para un examen y de pronto constata que las preguntas van de algo completamente distinto. También yo he intentado mantenerme al corriente todos estos años. He leído y visto muchísimo material sobre la guerra civil y lo ocurrido tras el final del conflicto. Aquí, sin embargo, me doy cuenta de que nunca he conseguido ver la imagen general ni relacionar las diferentes informaciones. Solo he estado memorizando datos, pero nunca los he cuestionado,

nunca he desentrañado su significado. Conozco números, fechas, hechos. Toda mi pasión coleccionista por el Líbano ha girado en torno al país donde estaban mis raíces. En torno a mi padre. Jamás he relacionado todo ese saber con la actualidad. Solo pensaba: «¿Cómo vivió él ese bombardeo?», o: «Cuando en el Líbano pasó esto o aquello, ¿cómo reaccionó él, exiliado en Alemania?».

Recuerdo una escena que tuvo lugar en nuestra ciudad. Yo estaba con más personas delante del gimnasio. Casi todos los de nuestra calle estaban allí, pero también había muchos alemanes y kosovares. Bloqueábamos las puertas para que la policía no pudiera entrar en el pabellón. Acudíamos en cuanto nos enterábamos de que pretendían expulsar a alguien, a veces incluso a familias enteras. A menudo los devolvían a Hungría, porque allí era desde donde la mayoría de los refugiados habían entrado en Alemania. Nos cogíamos de los brazos y formábamos una cadena. Habría sido fácil separarnos, pero creo que muchos agentes estaban impresionados. Unas veces teníamos éxito, otras no. Sin embargo, siempre nos quedaba la sensación de haberlo intentado al menos.

Me pregunto cómo puede soportar semejante embate esta pequeña nación. Y me avergüenza ostentar la ciudadanía de un país en el que muchas personas temen a los solicitantes de asilo como si fueran el demonio. La ciudadanía de un país en el que algunos vuelven a incendiar residencias de refugiados.

—Créeme cuando te digo una cosa —añade Nabil después de una pausa para tomar aire—: esta crisis es única. Hasta ahora nos las hemos apañado más o menos. ¿Por qué? Porque hacemos lo que los libaneses mejor sabemos hacer: negar la realidad y mostrarnos solícitos. Sin embargo, un día todo esto volará por los aires. No digo «colapsar», ni «venirse abajo». No me refiero a eso. Me refiero a que todo este maldito polvorín explotará.

—¿Por qué?

—Por un lado, a causa del conflicto político. Pero también porque llegará un momento en que, entre la población libanesa, las personas que no quieren seguir teniendo a los sirios en el país superarán en número a quienes los toleran. ¿Por qué? A los sirios no les dan permisos de trabajo, así que muchos cobran en negro y ofrecen unas tarifas muy bajas. Eso significa que los patrones prefieren dar trabajo a un sirio, y que el libanés pierde su puesto. ¿Te acuerdas de lo que te decía ayer sobre la formación universitaria? Casi ningún hijo de refugiados llega a escolarizarse. Nunca entran en contacto con los niños libaneses, así que los dos bandos tampoco aprenden a superar prejuicios.

La sombría visión de Nabil parece fuera de lugar en este día tan soleado, en este alegre paseo marítimo.

—Igual que entonces, cuando los palestinos se hicieron demasiado fuertes en el Líbano —digo.

Eso es el pasado. Eso vuelvo a dominarlo. La presencia de palestinos desde finales de los años cuarenta fue uno de los motivos por los que estalló la guerra civil en 1975. Sus campos de refugiados eran un estado dentro del estado. La OLP utilizaba esos campos como bases desde las que lanzar sus atentados contra Israel, y así convirtió todo el país en una diana.

—Sí —dice Nabil, que asiente con gravedad—. Los campos de palestinos son casi tan antiguos como el Líbano actual. Sus habitantes viven su propia vida, están extraordinariamente bien conectados entre sí. Pero los refugiados sirios de ahora… Eso es otra historia.

Seguimos caminando a lo largo del paseo. Todas las construcciones modernas del otro lado de la calle están orientadas al mar. Torres con forma de espiral, fachadas relucientes, porteros de uniforme que descargan pesadas maletas de lujosas limusinas y las dejan en portaequipajes dorados. En nuestro lado no hay más que rostros relajados, vendedores de recuerdos y de frutas. El Beirut de los turistas. Hace un día estupendo. No se ve ni una nube, ni siquiera mar adentro. A estas alturas ya me he acostumbrado a que Nabil no se vea solo como mi socio detectivesco, sino también como mi guía turístico. Para él soy una novedad bienvenida, algo que no es llevar a un banquero pegado al teléfono móvil de una cita a otra. Está disfrutando. A mí me cuesta aceptarlo: soy un turista en la tierra de mis padres.

—Antes, todo esto de aquí estaba lleno de barracas de madera —explica—. Miniquioscos, si quieres. Sobre todo en los setenta. Justo aquí, por donde estamos pasando. A los turistas les encantaban, porque solo tenían que salir del hotel y cruzar la calle, y aquí encontraban de todo por solo una pequeña parte del precio que les pedían en los hoteles.

—He leído sobre ello. ¿Qué fue de las barracas?

—No sé si las prohibieron por presiones de los hoteleros o si los vendedores se marcharon voluntariamente porque al final se quedaron sin turistas. Eso de ahí, en cualquier caso —informa Nabil, que se detiene y señala un edificio de la acera contraria—, era el Carlton.

La construcción tiene una docena de plantas y se alza como un cajón rectangular. Parece bastante nueva, pero carece de la osadía arquitectónica de muchos otros edificios del paseo. Es un simple bloque; hormigón gris, balcones uniformes.

—Ahora es un edificio de viviendas. Aunque no lo parezca, los pisos tienen unos precios prohibitivos. Por la ubicación.

—¿Qué fue del hotel? —pregunto.

—Lo demolieron. Una lástima. No era ninguna joya arquitectónica, pero sí una dirección reputada, un hotel de renombre. Ahí —señala con la mano una extensión indefinida justo delante del edificio— estaba la piscina. La construyeron algo elevada, sobre una terraza, para que pudieras tumbarte tranquilamente junto al agua y contemplar el mar. También la alquilaban para fiestas privadas. Para bodas, por ejemplo. He encontrado algunos datos, ¿te interesan?

—Claro.

—Ciento cuarenta habitaciones, todas orientadas al mar, diez plantas, cinco estrellas. El restaurante tenía vistas panorámicas, e incluso había un bar americano, con sofás Chesterfield y whisky de importación. En 2002 dejó de utilizarse como hotel. Se debatió si renovarlo, pero Jamil Ibrahim, un famoso estudio de arquitectura, compró el terreno y tiró abajo el edificio en 2008. Primero planearon levantar un hotel nuevo. Puro lujo, grifería de oro. Ya sabes, como en Dubái.

—¿Pero?

—Pero a alguien debió de parecerle una idea descabellada y en lugar de eso construyeron esto.

No me cuesta imaginarlo. El hotel con el cartel luminoso de «Carlton» en el tejado. La luz dorada de las lámparas de la recepción, una araña de cristal de varios niveles en el vestíbulo, ante la amplia escalinata con alfombra; empleados que saludaban con deferencia; despertar por las mañanas en una habitación con vistas al mar; un pianista en el restaurante; el sonido de los chapoteos de la piscina; las conversaciones de las damas de alta sociedad bajo las sombrillas, con sus gafas de sol y sus cócteles. Mi padre lo describe con detalle en su diario. Casi me siento como si yo mismo hubiese pisado ese hotel. Cuántas cosas pasaron en él… Ahí se conocieron mi padre y Hakim. En una boda bulliciosa. La fotografía en la que se ve a mi padre de uniforme al lado de otro hombre también se tomó ahí. Y muchas cosas más…

Dos hombres entraron y se pusieron a disparar por todas partes. Junis, el joven de recepción, ha muerto. Solo hacía un par de semanas que trabajaba aquí.

—Parece que hayas visto un fantasma —dice Nabil, y me da una palmada en el hombro.

Un fantasma. No va tan desencaminado como cree.

—No sé tú… —vuelve a ponerse bien las gafas de sol. Parece un gesto algo ensayado—, pero yo ahora tengo curiosidad por saber quién nos espera en ese club nocturno.

10

La muerte de mi madre fue demasiado fuerte para asimilarla. Algo tan abstracto como una fórmula extraña que no entendía y que tampoco lograría descifrar jamás. Después de su entierro empecé a añorarla con una intensidad cegadora. Cada uno de sus gestos, de sus palabras, de sus actos me parecía más radiante cuantas más horas habían pasado desde su muerte. Y más insoportable se me hacía, por tanto, la opresión que sentía. Era una angustia torturadora, una oscuridad que me envolvía por completo.

Los vecinos venían a vernos. Entraban en nuestra casa con respeto, como si fuera un museo o una tumba, y cuando se daban cuenta de que yo los miraba fijamente, apartaban los ojos, consternados, o me ponían una mano en el hombro. Un día llegaron unos hombres que, calzados con botas y equipados con cintas métricas y destornilladores eléctricos, estuvieron entrando y saliendo para llevarse armarios, vitrinas y muebles. Las habitaciones se llenaron de polvo y del ruido de las herramientas, hasta que el piso quedó vacío. Vi las marcas del mobiliario en la alfombra y sus contornos polvorientos en el parquet. Las paredes exhibían una desagradable frialdad; se habían llevado hasta las cortinas. La habitación de mi madre: vacía. El salón: vacío. La cocina: toda desmontada. Solo en mi cuarto quedaban aún un par de cajas de cartón.

Los días que siguieron al funeral los pasé como en trance. Incapaz de tomar decisiones, desorientado y temeroso. El futuro, más que nunca, me parecía un monstruo que me enseñaba los dientes. No tenía ni idea de lo que ocurriría a partir de entonces. Lo único seguro era que Alina y yo no podíamos quedarnos allí.

Si a mí la muerte de mi madre me dejó grandes secuelas, el efecto que tuvo en mi hermana fue devastador. Al principio le sobrevenían fuertes ataques de llanto que la dejaban vencida. Se negaba a dormir en su habitación y, en lugar de eso, se tumbaba en la cama de nuestra madre, que todavía desprendía su doloroso y dulce aroma. Después empezó a chuparse otra vez el pulgar y a buscar mi compañía. No se apartaba nunca de mí, se aferraba a mi pierna o a mi mano, e incluso quería que la llevara en brazos. Cuando lo hacía, se me agarraba al cuello con los brazos y apretaba la cara contra mi hombro. Cinco días después del entierro, Alina salió de su habitación en pijama y se puso a llamar a mi madre. Asomaba la cabeza en todas las habitaciones, buscándola, miraba alrededor y volvía a llamarla como si acabara de despertarse y le hubiera extrañado no encontrarla tumbada a su lado. Fue desgarrador y terrorífico. La cogí en brazos sin decir nada y la estreché con fuerza; no sabía qué decirle, pero sentía que las cosas se

movían en una dirección que podía hacernos perder el control. Justo dos semanas después —Yasmin había empezado a dormir con nosotros—, Alina notó unas molestias en la barriga que se hicieron tan fuertes que tuvimos que llamar a una ambulancia porque se retorcía de dolor.

Poco después vinieron los de Protección de Menores. Entre ellos había una psicóloga infantil que nos explicó lo que era el trauma de la pérdida. Estaba sentada en el pequeño salón de Hakim, con él y conmigo delante. Tenía el pelo suave y plateado, sus ojos eran verdes y de mirada clara, y su voz tranquila pero muy segura.

—Ahora es fundamental que Alina esté bien cuidada —dijo, y nos miró como para cerciorarse de que la seguíamos—. Los niños que pierden a sus padres pueden perder también la capacidad de sentir apego. Podríamos decir que la naturaleza nos ha equipado así. Es una forma de protección: el sistema del apego se apaga para impedir una sobrerreacción. Alina no ha llegado a ese punto todavía, pero muestra todos los síntomas clásicos de un trauma por pérdida. Preocuparse en exceso, volverse muy dependiente, buscar al progenitor fallecido. Hay niños que también desarrollan tendencias suicidas.

Hakim y yo nos miramos. Las palabras de la mujer pendían sobre nosotros como una bola de demolición.

—Es fundamental que demos los pasos siguientes con calma. —La mujer miró a los dos jóvenes funcionarios, que asintieron. Seguramente dar esos siguientes pasos era cosa suya, pero dejaron que continuara ella para no abrumarnos—. Sé lo dura que ha sido para ustedes esta pérdida, y que resulta difícil mirar hacia delante, pero, aun así, debo preguntarles si ya han pensado en cómo van a organizarse.

Yo me había quedado encallado en las palabras «trauma por pérdida», preguntándome si también yo lo habría sufrido a los ocho años, la misma edad que tenía ahora Alina, cuando perdí a mi padre. ¿Y si la muerte de nuestra madre me hacía perder del todo la chaveta? ¿Estaba a punto de convertirme en un psicópata reconocido por el Estado?

Hakim carraspeó. Se lo veía afectado, pero, cuando habló, su voz sonó tan firme y decidida que me estremecí.

—La señora El-Hourani ya lo había previsto —dijo—. Tal vez sepan que el señor El-Hourani no está aquí y no puede cumplir con sus obligaciones paternales. Por eso, hace un par de años, la señora El-Hourani dispuso en su testamento que, en caso de que ella falleciera antes de tiempo, yo me hiciera cargo de la tutela.

La mujer lo miró con sorpresa y luego se volvió hacia mí. Me esforcé por sostenerle la mirada. Hakim me había hablado del testamento el día después del entierro. Yo solo pude asentir sin decir nada, aliviado al ver que no tendría que preocuparme por eso. Volver a oír sus palabras allí, en su piso, en un lugar tan familiar, me supuso un golpe doloroso. Hizo que comprendiera de nuevo lo distanciadísimos que habíamos estado mi madre y yo. Ella había logrado superar por fin

el duelo, mirar hacia el futuro y sopesar algo tan terrible como su propia muerte y sus consecuencias, mientras que yo seguía dejándome arrastrar por el torbellino del pasado.

—¿Puedo ver ese testamento? —preguntó uno de los funcionarios que estaban detrás de la psicóloga, y que hasta entonces no habían dicho nada—. No ahora mismo, claro, pero entenderá que debamos comprobarlo.

—Por supuesto —repuso Hakim.

La psicóloga me miró.

—Samir —dijo con calma—, en principio, el tribunal está sujeto al testamento de tu madre. Tú tienes dieciséis años. Eso significa que, ante la ley, tienes capacidad de obrar. Puedes oponerte a esa custodia, si quieres.

Negué con la cabeza. No se me habría ocurrido hacer eso ni en sueños. Vivir con Hakim me parecía un consuelo; era el único lugar imaginable.

—Yo creo que es una buena solución —comentó la mujer—. ¿Cuándo terminas el colegio?

—El año que viene.

—¿El bachillerato?

—Sí.

—Eso está muy bien. —Sonrió para animarme—. Lo que pasa es esto —añadió con una voz que contenía ya el tono amargo de las malas noticias—: como ya he explicado, el tribunal familiar está sujeto en principio al testamento de la señora El-Hourani… siempre que redunde en beneficio de los menores. —Hizo una pausa para que asimiláramos sus palabras—. En el caso de Samir, sí que veo ese beneficio —prosiguió entonces—. El tiempo que queda por cubrir es relativamente corto. Cuando acabe el colegio, seguro que empezará alguna formación, ganará su propio dinero, querrá independizarse.

Me parecía inconcebible que esa mujer estuviera haciendo planes para mí cuando yo ni siquiera me veía capaz de pensar en el día siguiente.

—Pero con Alina la cosa es diferente. Necesitará supervisión psicológica. Tendré que realizar un dictamen para el tribunal. Es fundamental que los dos entiendan lo siguiente. —De nuevo hizo una pausa. En el «fundamental» se había golpeado el muslo con el canto de la mano para recalcar la palabra—. Nosotros —se volvió hacia los funcionarios de Protección de Menores y luego nos miró otra vez— opinamos que aquí no se da el entorno estable que necesita Alina.

Al oír eso, Hakim se deslizó hacia delante y quiso intervenir, pero la mujer le indicó que la dejara terminar con un gesto rápido de la mano.

—Los parientes directos y los amigos de la familia suelen estar también muy afectados. La muerte de un ser querido es un suceso que marca mucho y hace que esas personas no estén preparadas para asumir sus nuevos deberes.

Hakim me miró con impotencia y me puso una mano en la pierna.

—Pero el testamento dice que yo debo asumir la tutela de los dos —insistió.

—Lo sé. —La psicóloga permanecía calmada. Me pregunté cuántas veces habría tenido ya una conversación como esa. Un salón, rostros tristes, una experiencia horrible—. Pero la decisión debe tomarse pensando en el beneficio del menor. Para Alina, ahora lo fundamental es encontrar un entorno estable en el que pueda crecer. Un entorno bien equipado para darle una estructura a su día a día. No se trata solo de que reciba asistencia psicológica, sino también de que crezca en unas circunstancias ordenadas.

—¿Circunstancias ordenadas? —preguntó Hakim. Su voz era firme, pero vi que le temblaba el pie bajo la mesa—. He criado a una hija yo solo —dijo—. Esta primavera se graduará y el curso que viene quiere ir a la universidad. Puedo hacerlo. Conozco a Alina desde que nació… Soy como un padre para ella.

—Nosotros opinamos que aquí no se da el entorno estable que necesita la niña —intervino la funcionaria de Menores. Hasta ese momento no había abierto la boca, y deseé que hubiera seguido callada. Tenía una voz formal, burocrática, sin rastro de compasión.

—¿Y en qué tipo de entorno están pensando? —quiso saber Hakim.

—Una familia de acogida —informó la funcionaria, pero bien podría haber dicho «rollitos de col», porque sonó como si le hubieran preguntado qué había comido.

—¿Una familia de acogida?

A Hakim cada vez le temblaba más el pie. ¿Cómo era capaz de seguir hablando con tanta calma?

—Opinamos que es lo mejor para la niña —dijo la psicóloga, y luego recalcó—: Yo opino que es lo más sensato.

Habría podido hacerles miles de preguntas, pero las voces de los presentes me sonaban ya a kilómetros de distancia, como si estuvieran en otro tiempo y otro espacio. Una familia de acogida. Una casa nueva. Un padre nuevo, una madre nueva. Tal vez también hermanos nuevos. Aunque entendía perfectamente lo que decían esas personas, me parecía atroz. Querían trasplantar a Alina a otra vida. Pensé en su carita delicada, con las facciones de nuestro padre y su pelo largo y liso. Iba a perderla. Igual que ambos habíamos perdido a nuestros padres. Iba a perderla sin haber llegado a conocerla de verdad. Todos esos momentos en los que había querido pasar más rato conmigo: «¿Me llevas al parque, Samir? ¿Te quedas a mi fiesta de cumpleaños? ¿Me cuentas una historia?». Nunca fui el hijo que habría necesitado nuestra madre, pero tampoco el hermano que habría querido Alina. De pronto las perdía a ambas, las dos se habían vuelto inalcanzables. De la familia que se había mudado a ese piso ocho años atrás no quedaría más que un recuerdo sombrío.

Nunca olvidaré el momento en que se la llevaron. Iba en el asiento de atrás, mirándose los dedos, hundida. Un pequeño bulto de melena negra. Deseé que golpeara con las manos en la ventanilla, que gritara, que se resistiera y llorara. Pero se quedó allí sentada, indiferente. Me miraba sin verme, y ni siquiera se despidió con la mano cuando Hakim, Yasmin y yo seguimos el coche con la mirada hasta que desapareció de nuestra calle.

Antes habíamos ido a comer todos juntos. Tras muchas llamadas telefónicas interminables, al final había llegado el momento en que iban a llevarse a Alina.

—¿Por qué tan lejos? —había preguntado yo al enterarme de dónde vivía la familia de acogida.

—Porque, en un entorno del todo nuevo, a tu hermana le resultará más fácil recuperarse y ser feliz —fue la justificación.

Sus nuevos padres nos invitaron a un restaurante. Él era pastor de la iglesia de una minúscula comunidad remota del norte, «a solo sesenta kilómetros del mar». Ella daba clases de dibujo, «pero solo a media jornada». Ambos se esforzaron mucho por disimular su incomodidad. Nos hablaron de su gran casa, que creían que a Alina le encantaría, y de su jardín, en el que hasta tenían una colmena. En realidad no estaban nada mal, incluso me parecieron bastante simpáticos. A pesar de ello, no conseguí tragar ni un bocado, y reparé en que a Hakim y a Yasmin les ocurría lo mismo. Removíamos la ensalada con el tenedor, apáticos.

—Tenemos un hijo en común —explicaron—, un chico que se llama Marcel y tiene ocho años, igual que Alina. Y también una hija que hemos adoptado. Se llama Sulola y es de Nigeria.

Yo seguía sin hacerme a la idea de que fueran a llevarse a mi hermana y a criarla ellos, hasta que vi a Alina marcharse en su coche.

Al principio fue como si me hubieran arrancado un trozo de carne de mi propio cuerpo. La echaba de menos con todo mi ser. Su risa despreocupada; su cautivadora capacidad de sumergirse en un libro; su forma de escribir con la mano izquierda, torciéndola de manera que no emborronara a su paso lo que había escrito; los movimientos circulares con que se lavaba los dientes, como sacados de un manual, y las carcajadas que se le escapaban a veces cuando la pasta de dientes hacía tanta espuma que parecía que tuviese la rabia. Cómo cantaba y bailaba. Había muchísimas cosas que querría haberle dicho. Muchísimas cosas que de pronto quedarían sin decir.

Al cabo de medio año le escribí la primera de mis contadas cartas. Yasmin a veces hablaba con ella por teléfono, y también Hakim. Yo no me veía capaz. Así que le escribí unas líneas explicándole que pronto acabaría el colegio, pero sobre todo preguntándole por ella. Cómo se encontraba, si le gustaba su nuevo colegio y qué le parecía el mar.

Alina llegó a contestarme, pero nunca supe cómo le iba. Su escritura infantil solo describía lo que veía:

> La casa es bonita, los profes son simpáticos. Hasta tenemos un perro. Se llama Moses. Es muy bueno, pero no le dejan dormir dentro de casa. Tiene una caseta en el jardín. He visto el mar, pero no he podido bañarme porque el agua está muy fría. Mi profesora de violín se llama Viola. Tiene unos dedos muy largos. Si practico mucho, a lo mejor pronto podré tocar en un concierto. Si vienes a verme, tocaré para ti.

Hakim me instaló en su habitación y él se fue a dormir al sofá. Temporalmente. Yasmin se iría de casa ese verano para empezar en la universidad, y estaba claro que entonces yo me quedaría con su cuarto, si es que no me marchaba también.

Volver a estar tan cerca de Yasmin fue bonito y a la vez extraño. Extraño sobre todo porque Alex nunca se apartaba de su lado. Su novio era simpático conmigo, pero, aun así, siempre me daba la sensación de que no me quitaba el ojo de encima. De que nuestra historia compartida despertaba en él cierta suspicacia. Si alguna vez yo estaba a solas con Yasmin en una habitación y entonces él entraba, lo primero que hacía era rodearle la cintura con el brazo o darle una palmada en el trasero como de pasada. Y cuando la llamaba, nunca lo hacía solo por su nombre, siempre era algo como: «Cari, ¿vienes un momento?». Pasábamos muchas tardes juntos en casa de Hakim delante del televisor; patatas fritas, sangría de tetrabrik y películas del videoclub. Mientras estábamos todos allí, Yasmin y Alex tenían el detalle de no acurrucarse, besuquearse o estar tocándose todo el rato. Pero después, cuando yo ya estaba en la cama mirando fijamente la pared y aturdido por mi penetrante soledad, oía sus susurros en la habitación de al lado, sus jadeos amortiguados y, después, sus pasos intentando no hacer ruido camino del baño.

De niño, Yasmin jamás me había hecho sentir que era dos años mayor que yo. Recorrer con ella los pasillos oscuros, trepar a los árboles, saltar en los charcos o pasar juntos las tardes lluviosas de primavera…, todo eso conformaba un gran cuadro borroso en mi memoria. Los dos conchabados, confabulados, unidos e inseparables.

Pero en aquel momento, ocho años después, era difícil no notar la diferencia de edad. Yo había empezado mi cautiverio como rehén de la pubertad, que me decoraba la frente con llamativos granos y se encargaba de que me salieran gallos al hablar. Ella se había convertido en una jovencita. Todo en Yasmin era femenino: su olor, sus andares, su forma de hablar y de vestir. Me encantaba estar cerca de ella, aunque en su presencia me sentía demasiado joven, demasiado pequeño, demasiado inexperto.

Mientras yo estudiaba a medio gas para preparar los exámenes —nada me resultaba más indiferente que el colegio, o mis compañeros de clase y sus conversaciones irrelevantes—, Yasmin pasaba las tardes en la biblioteca o con su grupo de estudio para preparar a conciencia el

acceso a la universidad. Aunque hizo algún intento por llevarme con ella, porque yo podía estudiar en cualquier sitio, siempre me negué a acompañarla; no quería pasarme todo el rato mirando cómo se apartaba un mechón de pelo de la cara, igual que cuando éramos pequeños. Me costaba creer la magia que el tiempo había obrado en ella. Si me fijaba bien, todavía encontraba en sus ojos aquel brillo salvaje y aventurero que me recordaba la desenvoltura con que había encabezado nuestras expediciones entre la maleza y la broza. En esa época, sin embargo, lo que más caracterizaba la expresión de sus ojos era un gran interés; siempre parecía atenta y curiosa, cautivada de verdad. Con Yasmin podía hablar de las cosas más banales, pero su forma de escucharme, de asentir, de preguntarme, hacía que siempre me sintiera interesante, y me recordaba aquellas tardes esplendorosas en los peldaños de la escalera, cuando yo le contaba las historias de mi padre y sus pupilas reflejaban los mundos que mi narración inspiraba en su cabeza. A veces, nuestra relación se parecía un poco más a la de antes, como si aquella intimidad hubiese resistido al paso del tiempo, y solo teníamos que mirarnos para saber qué pensaba el otro, o empezábamos una frase a la vez y con las mismas palabras.

Nunca fui con ella a la biblioteca, pero sí a buscarla. Después de clase me iba a estudiar al comedor universitario, aunque en realidad me pasaba la mitad del tiempo mirando el reloj que había encima de las máquinas de bebidas, hasta que por fin se hacía la hora. Entonces me acercaba a la biblioteca, un imponente edificio de piedra con columnas ornamentales. En la entrada, dos estatuas de unos hombres con barba se contemplaban mutuamente: Platón y Sócrates. Yo esperaba en la escalera, bajo su mirada, hasta que Yasmin salía con una bolsa de plástico transparente llena de libros y apuntes, y me regalaba su sonrisa desbordante.

Un día decidimos pasear por la ciudad. El aire era tibio y húmedo en las calles, mojadas aún por la lluvia de mayo. Los transeúntes que ocupaban las aceras habían cerrado los paraguas pero avanzaban recelosos, como si esperasen otro chaparrón. Quedaban muy pocos días para los exámenes. Caminábamos uno al lado del otro sin decir nada y sin seguir un rumbo fijo. También eso era algo que me pasaba con Yasmin y con nadie más: el silencio nunca resultaba incómodo junto a ella.

—¿Crees que lo llevas bien preparado? —me preguntó entonces. La humedad del ambiente hacía que se le rizara un poco la melena.

—Bah… —contesté encogiéndome de hombros—. Ya me las apañaré. ¿Y tú?

—Lo mismo —dijo sonriendo—. Aprobarás, no me preocupa en absoluto.

Tampoco a mí me preocupaba. En el fondo, la nota me daba absolutamente igual.

—¿Estás impaciente por lo que vendrá después? —pregunté sin pensarlo mucho—. Me refiero a la universidad.

—Sí —confesó Yasmin con una sonrisa—. ¿Tú crees que Psicología me pega?

Me sorprendió que me hiciera esa pregunta. Solía ser tan resuelta y decidida que no necesitaba

ningún refuerzo exterior.

—Por supuesto —aseguré, y lo decía en serio. Me la podía imaginar perfectamente: se le daba muy bien escuchar, toda ella despertaba confianza.

—Psicoterapia, mejor dicho. O sea, primero cinco años de carrera y luego una formación adicional. Entre tres y cinco años más.

—Eso es muchísimo tiempo —dije. Cinco años ya me parecían una eternidad; de ocho a diez era algo inimaginable—. ¿Y dónde? ¿En la uni de aquí?

—No lo sé. —Su tono se había vuelto más serio, impregnado de una gravedad melancólica nada típica de ella—. No es tan fácil conseguir plaza. La solicitaré en todas partes y luego ya veré qué dice la dirección central de asignaciones.

Asentí despacio.

—Seguro que te aceptan.

—Ya veremos.

Yasmin iba mirando al suelo mientras andábamos. Daba la sensación de estar afligida, y su estado de ánimo se reflejaba en el cielo: las oscuras nubes grises se fundían unas con otras y con el horizonte mismo. En ese momento pensé que, si Yasmin se ponía a llorar, empezaría a llover.

—Me apetece empezar algo nuevo. Conocer a personas nuevas, las fiestas de estudiantes y todo eso. Simplemente por ver otra cosa.

—¿Pero?

—Pero la idea de marcharme de aquí me resulta difícil. Nunca he estado en ningún otro sitio.

Difícil. La idea de que Yasmin se marchara no era difícil. Era insoportable. No sabía cómo habría aguantado esos últimos meses de no haberla tenido a ella, y la perspectiva de un futuro en el que no estuviera cerca me encogía el estómago.

—Tómatelo como una aventura —dije, y sonreí con la esperanza de que no se me viera demasiado atormentado—. Mientras tanto, yo cuidaré de Hakim.

No dijo nada, solo buscó mi mano y la apretó. Pero luego no la soltó, sino que entrelazó sus dedos con los míos y seguimos paseando juntos. Fue un gesto inocente. La cercanía entre dos amigos que se reencontraban tras una larga separación, reunidos de nuevo por un destino furioso, y que de pronto comprendían que las cosas no serían siempre así. A pesar de todo, se me aceleró el corazón y un cálido escalofrío me subió por la espalda. Esperé no haberme puesto colorado.

Seguimos caminando. De nuevo en silencio. Nuestros hombros se tocaban; estábamos unidos tanto por las manos como por la convicción de que debíamos disfrutar de un momento que no se repetiría hasta quién sabe cuándo. Habíamos dejado atrás la zona peatonal, recorríamos calles residenciales, pasábamos por delante de casas unifamiliares con pequeños jardines y flores cargadas de lluvia. Andábamos sin más, sin un destino concreto.

—¿Y con Alex qué? —pregunté en cierto momento, y le apreté más la mano porque me dio

miedo que reparara en la intimidad del gesto y le pusiera fin al pensar en su novio.

Pero Yasmin no la apartó.

—Alex irá a la universidad en la que me acepten a mí. Quiere estudiar deporte, y de eso hay en casi todas partes —explicó. Luego añadió—: Algo es algo.

—Qué bien —comenté—. Así no estarás sola.

Pero no me parecía nada bien. Me parecía mal, me parecía injusto y pérfido, y me asusté al ver lo mucho que me dolía esa idea: se irían a vivir juntos, compartirían una vida. Él estaría a su lado siempre que ella necesitara a alguien con quien hablar. Alex, no yo.

—Sí. Será más fácil si no tengo que, además, mantener una relación a distancia. Imagínate: llamarnos todas las noches por teléfono, pasar los viernes por la tarde en la carretera, el periodo de adaptación del viernes por la noche, el sábado pensando ya en el domingo, y vuelta a la carretera otra vez. No estoy hecha para eso.

—Entonces ¿ojos que no ven, corazón que no siente?

—Tampoco es eso. Pero mantener viva una relación tan seria con alguien cuando no lo ves se me hace muy difícil. El caso es que vendrá conmigo.

Parecía aliviada. Agaché la cabeza. Si de verdad estaba decidida a marcharse, lo que acababa de decir también valía para nosotros dos.

—¿Y tú? —me preguntó.

—Todavía no lo sé. No lo he pensado. Ya encontraré algo.

—De eso estoy segura.

Volvió a apretarme la mano.

A esas alturas, las casas unifamiliares se habían convertido en edificios de pisos. De algún modo habíamos llegado a la periferia. Explanadas tristes, torres eléctricas, contenedores de reciclaje de cristal. Ya estaba preguntándome cuánto tardaríamos en volver a casa cuando Yasmin se detuvo de repente y, cuando la miré, vi que sonreía de oreja a oreja. Ante nosotros se levantaban unos bloques de pisos grises como el cielo, gigantes de hormigón. Un viejo muro, húmedo y cubierto de musgo, impedía ver el patio interior.

Estaba igual que antes. Solo que con más grafitis y pintadas. Más añicos de cristal en la cuneta, más hiedra y telarañas en la verja de la entrada. Una ruina anclada en el suelo y retirada del servicio hacía una eternidad, unos Campos Elíseos encantados, nuestra Atlántida particular.

Yasmin me soltó la mano y me miró. Le había cambiado la mirada, como si alguien hubiese retirado un telón gris de sus ojos para revelar un escenario teatral completamente iluminado. No tuvo que decir nada; intuí lo que estaba pensando. Nos acercamos a la verja oxidada, que se dejó abrir con un chirrido, y de pronto estábamos en el patio del complejo. El mismo columpio de antes, solo que con la pintura desconchada. Las cadenas oxidadas parecían a punto de romperse en cualquier momento. Los mismos chavales de entonces, fumando en un grupito. Con lo

grandes que me habían parecido siempre los reyes de nuestro complejo… Esta vez, sin embargo, solo vi a unos niños unidos por el aburrimiento, los últimos guardianes de un templo monumental desaparecido y olvidado por el mundo. Nos sentíamos como fantasmas, viajeros invisibles que habían atravesado una cegadora corriente temporal hacia el pasado.

—Ven —susurró Yasmin.

Se le habían sonrojado las mejillas por la emoción. Subió los escalones y avanzó con cautela, como si cada paso que daba pudiera despertarnos de un bonito sueño. Qué sensación tan potente y abrumadora la de ver el paso de los años de primera mano… Recorrimos a hurtadillas los pasillos de bombillas rotas, pasamos los dedos por las paredes y escuchamos los ruidos del otro lado de las puertas: sonidos de televisores, conversaciones a media voz en idiomas exóticos, ritmos crepusculares de músicas extrañas. Igual que antes. Al principio no me di cuenta de que Yasmin ya no estaba a mi lado, pero entonces me volví buscándola y tuve que forzar un poco los ojos para encontrarla arrodillada y con la nariz metida en el resquicio de una puerta. Me hizo una señal con el índice y dio unos golpecitos en el suelo con la palma de la mano, a su lado. Así que la imité, puse la nariz ante la puerta e inhalé el aroma extraño.

—Africanos —susurró.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿A qué huele?

Volví a inspirar. Yasmin siempre había sido mucho mejor que yo en ese juego.

—¿A cebolla? —contesté también en un susurro.

—Exacto. Y a chile. Una pizca de cardamomo. Un pelín de pimienta, creo que negra. También maíz dulce, si no me equivoco. Puede que unos cuantos cacahuetes, y seguro que un puñado de hojas de baobab, mandioca y semillas de fenogreco molidas.

La miré fijamente.

Ella me sostuvo la mirada con una expresión de gravedad que, sin embargo, no le duró mucho. Enseguida estalló en carcajadas y tuvo que taparse la boca con la mano para no hacer ruido. Me eché a reír con ella. Qué escena más absurda: dos niños demasiado mayores arrodillados en un pasillo sucio ante la puerta de unos desconocidos, olisqueando el resquicio. Igual que entonces. Yasmin me miró exultante con sus ojos luminosos, limpios y despreocupados. Aquel era nuestro lugar. En ese momento daba igual que se fuera a vivir a otra ciudad: volvíamos a estar tan unidos que no había distancia capaz de separarnos. La miré, exultante yo también. Podía oler su piel, el perfume de su crema, una delicada combinación de miel y almizcle. Nuestras mejillas casi se rozaban. Entonces oímos pasos dentro del piso y nos levantamos de un salto. Yasmin tiró de mí riendo y llegamos a tiempo de doblar la esquina justo cuando abrieron la puerta.

Palpitaciones, falta de aliento, piel de gallina. Apoyamos la espalda contra la pared, hombro con hombro, y nos echamos a reír juntos. Después repetimos el juego. Volvimos a arrodillarnos,

a olisquear y a adivinar. Nos levantamos y avanzamos. En algún momento llegamos al número 37. Un felpudo húmedo en el suelo, un pomo sin brillo en la puerta, un cartel sin nombre en el timbre. Nos miramos. Si le pasaba igual que a mí, en esos momentos estaba viendo miles de imágenes: mi madre peinándola; nuestras miradas conspiradoras por encima de la mesa del comedor; tardes de lectura en voz alta con mi padre, acurrucados en el sofá del diminuto salón. Mis dedos acariciaron la vieja madera del marco como si tuvieran vida propia. Como si pudieran tocar esos momentos. Escenas de un mundo que todavía no era lo bastante grande para perderse en él. Yasmin puso su mano sobre la mía, la asió con fuerza y me dio un beso rápido y breve en los labios. Fue más largo que un parpadeo, pero demasiado corto para sumergirme en él, para notar el calor de su boca.

Llegamos tarde a casa. Regresamos paseando bajo un cielo todavía iluminado. Nos sentamos con Hakim, pero no hablamos mucho. Él nos miraba con curiosidad, aunque tuvo la delicadeza de no indagar sobre el motivo de nuestro silencio. Más tarde se pasó Alex, que me ofreció una mano para que se la chocara. Yasmin le rodeó el cuello con los brazos y se besaron. Ni sé qué película vimos. Estuvimos sentados en el sofá, ella en el medio, con la cabeza apoyada en el hombro de él y una mano en su regazo. Alex la acariciaba distraído con los dedos. Di un trago a la lata de cerveza. No conseguía concentrarme en la película, porque tenía un pie debajo de la mesita de café y Yasmin lo tocaba con su dedo meñique.

Los dos superamos los exámenes. Yasmin con una media de sobresaliente y yo con un aprobado pelado. No es que no me alegrase. Más bien me sorprendía, porque, si pensaba en el examen, recordaba los números y las palabras de la hoja convirtiéndose en formas borrosas. Más que contestar con certeza, había acertado de casualidad. Aquello fue en julio de 2001. El colegio se había acabado. Le envié una carta a Alina y metí también una foto en la que salía sonriendo con mi diploma. Me contestó un par de semanas después.

Hola, Samir:

Te queda muy bien el traje. Marcel también se pone traje los domingos, cuando vamos a la iglesia. Me gusta ir allí porque todos cantan. Le he hecho un dibujo a Moses y se lo he colgado en su caseta. Dentro de casa tenemos muchos colgados por todas partes, pero a él no le dejan entrar. Todos me tratan muy bien. También en el colegio. Me gusta ir a clase y me alegro de no tener que acabar ya, como tú. En agosto nos iremos de vacaciones en avión. Estoy muy emocionada porque nunca he montado en avión. Adonde vamos también hay mar, pero el agua está más caliente y a lo mejor por fin puedo bañarme. Te envío también una foto mía. La niña que sale a mi lado se llama Louisa, vamos a la misma clase. A lo mejor algún día vienes a verme y te la presento.

Alina llevaba un vestido que no reconocí. Se había recogido la melena en dos largas trenzas, y la sonrisa infantil que dirigía a cámara casi hizo que se me saltaran las lágrimas. Tal vez habría llorado si Hakim no hubiese llamado a la puerta justo en ese momento. Llevaba en las manos dos bolsas de deporte llenas hasta arriba, se había puesto la cazadora y la llave del coche colgaba entre sus dedos.

—¿Nos vamos?

Volví a guardar la foto y la carta en el sobre, asentí y al salir le cogí mi bolsa. Yasmin y Alex ya estaban en el coche.

Lo cronometré con exactitud: cinco horas, trece minutos y veinticuatro segundos fue lo que tardamos en llegar al aparcamiento de la residencia de la universidad de Yasmin. Estaba a medio país de distancia. Por el camino: áreas de descanso apestosas, el olor de la gasolina en las estaciones de servicio, paisajes cambiantes. Menos montañas, más bosques. Recordé el momento en que, cuando Yasmin abrió la carta y la leyó, puso los ojos como platos y se abrazó a mi cuello dando gritos de alegría, para después salir corriendo de su cuarto y contárselo a Hakim.

Cargamos con el equipaje de ambos por un estrecho camino hasta el piso que compartirían. Era una residencia autoadministrada: dos habitaciones amuebladas, cocina común y dos aseos por unidad de vivienda; lavadora y secadora en el sótano, y aparcamiento de bicicletas. Yasmin y Alex nos precedían cogidos de la mano, mirándose emocionados y acaramelados. Delante de algunas puertas había ropa colgada en tendederos improvisados y muchos estudiantes habían sacado mantas para tumbarse en el césped a leer o fumar. El apartamento era pequeño, impersonal y no muy limpio, pero no era difícil imaginar que Yasmin lo equiparía y lo decoraría en un periquete para sentirse más a gusto en él.

A la hora de despedirnos, Hakim abrazó a Alex y le deseó buena suerte. A Yasmin la estrechó con fuerza mientras Alex y yo nos quedábamos allí plantados y medio muertos de vergüenza, porque parecía que no iba a soltarla nunca. Cuando me despedí de ella, sentí un nudo en la garganta. Torcí la boca en una sonrisa y la abracé. No mucho, solo un breve abrazo de amigos. Había imaginado ese momento muchas veces. En el fondo, desde el día en que Yasmin recibió su carta de aceptación y yo sentí una angustia agridulce, la dicotomía entre mi alegría por ella y la sensación de que el suelo se abría bajo mis pies. Incluso me había preparado un pequeño discurso en el que le agradecía todo lo que había hecho por mí durante los últimos meses y le prometía escribirle y también ir a verla. Sin embargo, de repente, en ese aparcamiento, con Alex y Hakim allí delante, me dio demasiada vergüenza.

—Te deseo lo mejor —dije nada más—. ¡Cuídate mucho!

Ella asintió; le brillaban los ojos. Era un día cálido y bochornoso de finales de verano, el final de otro agosto y el principio de algo completamente nuevo, sin una sola nube y demasiado luminoso para aquella escena.

—Tú también.

Cuando Hakim y yo salimos del aparcamiento con el coche, los dos se despidieron de nosotros con la mano. Yo levanté la mía un instante y luego miré al frente, a la calzada, donde el aire caliente vibraba. No sentí tristeza ni esperanza. Solo vacío. De haber sabido que tardaría años en volver a verla, tal vez me habría girado.

11

La luz cae en cegadoras diagonales que entran a través de las lamas de la persiana. Ilumina mesas altas y una barra. En sus estrechas bandas bailan motas de polvo. En las paredes, oscurecidas por sombras que se me antojan animales, cuelgan carteles de fiestas pasadas y futuras. Huele a sudor, a alcohol y a humo. El suelo está pegajoso, por todas partes hay colillas y vasos de plástico. Una bola de discoteca plateada gira monótonamente por encima de nosotros.

—Hace cuatro horas que hemos cerrado —informa el hombre. Lleva una camiseta negra y estrecha, hace dos como yo y es todo músculo. Ojos castaño oscuro, labios gruesos y una calva redondeada que termina en un cuello de toro—. Nadie suele ver el club así.

Un par de minutos antes todavía estábamos fuera. Pese a que ya habían barrido las aceras, aún se notaba que Mar Mikhael es el barrio de marcha: clubes y bares a ambos lados de la calle, fachadas pintadas de colores, grafitis, guirnaldas formando profundos arcos inversos. Aquí todo el mundo parece ser artista, creador callejero, músico, bailarín o tragafuegos. Los clubes llevan nombres ingleses o franceses: Studio 43, Behind the Green Door, Floyd the Dog, Electro Mechanique, L'humeur du chef. El Rhino Night Club no ha sido fácil de encontrar. Desde fuera parece más bien un centro juvenil pasado de moda, cubierto de hiedra, con la pintura desconchada y un cartel de trazo sencillo sobre la puerta.

He tenido que llamar tres veces antes de que apareciera ese hombre. Nos ha dicho que no con la mano y se ha señalado el reloj de pulsera: «Está cerrado».

Cuando ya se daba la vuelta, he tocado el timbre otra vez.

La puerta de cristal se ha abierto. Unos bíceps amenazantes, una voz molesta:

—¿Qué quieres?

—Busco a Sinan Aziz.

—¿Y quién eres?

—Samir El-Hourani. Este es mi amigo Nabil.

—No abrimos hasta la noche.

—Pero es que tengo que hablar con él urgentemente.

—Y yo tengo que dormir urgentemente. Vuelve por la noche.

—¿Es usted Sinan Aziz?

—No.

—¿Él está?

—No recibe visitas. Y menos aún a estas horas.

—¿Podría informarle de que he venido? Tal vez quiera hacer una excepción.

Cejas levantadas, una mirada escéptica.

—¿Y por qué iba a querer?

—Tengo esta tarjeta.

Unas carcajadas que resuenan como un trueno.

—¿Es un chiste?

—¿Por qué?

—Es la tarjeta de visita del club. Está por todas partes.

—Pero a mí me la han dado en Zahlé.

—Es muy posible.

—Me la ha dado mi abuela. Sinan Aziz le dejó esta tarjeta en persona.

Breve pausa.

—¿Qué tengo que decirle?

—Dígale que el hijo de Brahim Bourguiba quiere verlo.

El club es más grande de lo que parece por fuera. No es demasiado ancho, pero se alarga mucho hacia la parte de atrás, como un vagón de metro. El hombre nos hace cruzar la pista junto a un pequeño escenario. En el suelo hay cables y un variado equipo técnico.

—Los viernes tenemos música en directo —explica.

Torcemos por un pasillo estrecho y pasamos por delante de los servicios. En la puerta del de hombres dice «Rhinos»; en la otra, «Rhinas». Al final del pasillo hay una escalera en cuyo extremo superior se ve otra puerta.

—Ahí arriba —dice el hombre—. Es su despacho.

Entramos en una sala oscura. Las cortinas están corridas, una pequeña lámpara sumerge el escritorio en un resplandor de tonos sepia. Mis ojos tardan un momento en acostumbrarse a la falta de luz. En la penumbra que ofrece la lámpara, tras el escritorio, hay una figura sentada, enorme y sombría. La oigo respirar.

—¿Sinan Aziz? —pregunto.

—Adelante —responde la figura. Tiene una voz amenazadora, como salida de un abismo, increíblemente profunda y resonante.

Mientras me acerco al escritorio, se levanta de la silla despacio. No le veo la cara. Su respiración se convierte en un resuello cuando el coloso rodea la mesa. Debe de medir por lo menos dos metros. Sus pasos son torpes y pesados. Parece abarcar todo el espacio.

Cuando su rostro sale de la oscuridad, lo primero que veo son sus ojos. Los ha entornado tanto

que se han convertido en dos estrechas grietas que me miran con curiosidad. Tiene unas mejillas que son como bollos, sus finos labios esbozan una sonrisa insidiosa, igual que un tahúr con una mano ante la que su adversario solo puede perder. Me saca tanto de altura que tengo que levantar la cabeza para mirarlo. Parece un animal que a primera vista resulta lento, pero que es muy capaz de tensar los músculos de repente para echar abajo las paredes.

Vuelvo a oír la voz de mi abuela: «El gordo de la narizota».

Sinan Aziz no llamaría tanto la atención sin su nariz. Es altísimo y voluminoso, sí, pero su rostro alargado y echado hacia delante no tendría nada de extraordinario de no ser por esa nariz. Los orificios son como ollares, inmensos. Sobresale con una extraña forma puntiaguda, como un colmillo o un cuerno. Ahora que lo veo claramente ante mí, me invade una sospecha descabellada.

—Me llamo Samir —digo.

Me tiende su zarpa.

—Sinan Aziz.

Nos medimos con la mirada unos instantes. Después me suelta la mano y señala las dos sillas que hay delante del escritorio.

—Siéntate.

—¿Espero fuera? —me pregunta Nabil.

—No —digo, y volviéndome hacia Aziz añado—: Es un amigo.

El gigante se encoge de hombros y regresa resollando a su lado del escritorio. Le explico brevemente por qué he venido. Que busco a mi padre y que las indicaciones de mi abuela me han llevado hasta su club. Él escucha en silencio, la piel le brilla en la penumbra.

—Y ahora estás aquí porque crees que yo puedo ayudarte. —Con una sonrisa irónica, Aziz descubre una hilera de dientes torcidos—. Vamos a ver.

—¿De qué conocía a mi padre? Si es que lo conocía.

Aziz asiente con pesadez, como si fuera una obviedad, algo que no hace falta ni preguntar siquiera. Tanto su forma de hablar como su conducta me transmiten la misma sensación que tuve ayer en el jardín de mi abuela. Un vago *déjà-vu*. Es la primera vez que me encuentro frente a este hombre, pero tengo la impresión de conocerlo.

—Tu padre y yo fuimos compañeros de trabajo.

—¿En un club nocturno?

Aziz suelta una risa atronadora. Su barriga se menea como si fuera de gelatina.

—Este garito solo existe desde hace ocho años. Antes yo no había tenido nada que ver con clubes nocturnos. Fuimos compañeros en el hotel. Tu padre y yo trabajamos juntos en el Carlton.

—¿El Carlton de la Corniche?

—Solo había un Carlton en el Líbano.

—¿Y fueron compañeros allí?

—Eso acabo de decir.

La descabellada sospecha de antes se transforma cada vez más en certeza. Lo miro sin salir de mi asombro.

Aziz abre una cajita metálica, saca un puro, arranca un extremo y lo enciende.

—Él y yo… No teníamos mucho que ver el uno con el otro. A Brahim siempre lo enviaban donde había clientes: el restaurante, la piscina, las bodas… Siempre en primera línea.

Frunce los labios y expulsa el humo formando pequeños círculos.

—¿Y a usted?

Resopla.

—A mí no. Yo casi siempre ayudaba en la cocina o limpiaba habitaciones cuando los clientes no estaban. Tampoco por entonces me contaba entre los más guapos precisamente, y nuestro director era… digamos que especial.

—¿En qué sentido?

Aziz hace un gesto negativo con la mano.

—Ha pasado una eternidad. Hacía mucho que no recordaba nada de aquello.

—Me gustaría oírlo. Si no le importa.

Me mira con escepticismo y entorna los ojos más aún.

—Se apellidaba Abdallah y, para ser director de hotel, era bastante atípico.

—¿Por qué?

—¿Alguna vez te ha saludado en persona el director de algún hotel?

Niego con la cabeza.

—En muchos establecimientos es habitual. El director recibe una llamada desde recepción diciéndole que han llegado clientes nuevos, tras lo cual sale al vestíbulo, les da la bienvenida con un apretón de manos y les desea una feliz estancia. La mayoría son tipos taimados, capaces de mostrar sonrisas tan deslumbrantes que podrían competir con el sol, habladores, elegantes, unos auténticos aduladores.

—¿Y Abdallah?

—Abdallah era diferente. Tenía la mitad izquierda de la cara quemada, desde el cuello hacia arriba. No sé dónde se lo hizo, puede que se encontrara junto a una granada en el momento menos oportuno. Por entonces sucedía a menudo. El caso es que rara vez salía de su madriguera y, cuando lo hacía, solo era para amenazarnos. Siempre nos decía que éramos demasiado lentos, demasiado sucios, demasiado gordos, que no nos esforzábamos lo suficiente. Incluso nos recortaba el sueldo arbitrariamente, cuando le venía en gana. Después decía que los clientes se habían quejado de la comida, o de la limpieza de la habitación, aunque no fuese cierto. «No valéis más que la mugre que limpiáis» era una de sus frases preferidas. Nos consideraba

esclavos. Tu padre —Aziz clava la mirada en mis ojos— era el único que se libraba de todo eso. Cuando llegaban clientes nuevos, era él quien salía a recibirlos con un apretón de manos. «Nuestro director, el señor Abdallah, les pide disculpas. Le habría gustado recibirles en persona, pero justo ahora está en una reunión importante. Si hay algo que necesiten, no duden en pedírmelo a mí». Tu padre era un tipo apuesto, caía bien a la gente. Como te decía, no teníamos mucho que ver el uno con el otro. Turnos diferentes en el trabajo, intereses diferentes. Pero Brahim era de esos a quienes las cosas les salen bien. Para él, todo era un juego. Nadie conseguía más propinas. Era encantador, tenía don de gentes y sabía lo que querían los clientes antes de que a ellos mismos se les ocurriera. Cuando tenían la copa vacía y volvían la cabeza en busca de un camarero, Brahim ya estaba a su espalda con el vino adecuado. Sabía perfectamente cómo ganárselos. Tu padre tenía una habilidad extraordinaria para los negocios.

—¿Mi padre? —Jamás lo había visto como un hombre de negocios. Las únicas ocasiones en que mostraba algo parecido a la habilidad para negociar era en el mercado, o cuando íbamos a hacer la compra e intentaba que le rebajaran los precios.

—Tu padre y tú… no llegasteis a conoceros muy bien, ¿verdad?

—No sé si alguien llegó a conocerlo de verdad.

—Los clientes del Carlton eran ricachones —explica Aziz—. La mayoría de los estados del golfo, tipos para los que el dinero no tenía importancia. Pero, a esas personas, su riqueza también les aburría hasta decir basta, y eso era lo que aprovechaba Brahim.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Haciéndoles sentir parte de una aventura. Protagonistas de una historia increíble, seres afortunados, escogidos por el destino. Cuando alguno se quedaba solo en el vestíbulo, aunque fuera por un segundo, Brahim enseguida se le acercaba con disimulo y le preguntaba si podía ayudarlo en algo, si necesitaba cualquier cosa y todo eso. «Tiene usted aspecto de que le guste el whisky», decía. A lo que el tipo casi siempre contestaba: «Joven, son las once de la mañana, ¿acaso le parezco un maldito alcohólico?», e intentaba deshacerse de él. Pero Brahim insistía: «No digo que tenga que tomarse uno ahora». Y entonces se acercaba más aún, como si quisiera susurrarle algo al oído. —Aziz inclina su mole hacia delante y me acerca su rostro—. «Me refiero a en general. Tiene usted cara de ser capaz de apreciar un buen whisky. Los precios de aquí, en el hotel, están muy inflados, y eso lo sabemos los dos. Los habituales Copper Fox, Baker’s o Blanton’s no son malos whiskies, pero tampoco exclusivos. Sé que a usted el dinero le importa poco, pero seamos francos: tampoco le gusta que le tomen el pelo, ¿o sí? ¿A un caballero como usted?». Para entonces, el interlocutor ya era todo oídos. Brahim, de alguna forma, sabía cómo conectar con ellos. «Pero yo puedo conseguirle el mejor whisky de la ciudad. Le garantizo que nunca ha bebido nada igual. Una rareza, algo verdaderamente impagable. Le conseguiré una botella entera por quinientos dólares». La mayoría de ellos seguían mirándolo

con escepticismo, temían que quisiera timarlos. ¿Y qué hacía tu padre entonces? Disipaba sus dudas con una historia. Una historia tan delirante que solo podía creerse en una ciudad tan disparatada como el Beirut de aquella época: «En la parte este hay un antiguo sótano», decía, y su voz adoptaba un extraordinario tono de misterio. «Se abre bajo la muralla fenicia, y una discreta verja protege su entrada. Apenas se aprecia si uno no conoce su existencia. Al otro lado de esa verja se extiende un largo pasadizo, un laberinto de antiguas vías de huida que no aparecen en ningún mapa ni en ningún plano de la ciudad. Es un laberinto olvidado. Nadie sabe muy bien dónde terminan esos pasadizos, de tantos que son. El que no conoce el camino no tiene posibilidad alguna ahí abajo: jamás vuelve a salir. ¿Alguna vez ha oído hablar de la familia Oxford?». Evidentemente, el cliente negaba con la cabeza, y entonces Brahim proseguía: «Los Oxford vinieron a Beirut a finales de los años treinta. Antes de la independencia. El abuelo era un renombrado arqueólogo estadounidense que había desenterrado huesos de dinosaurios en Argentina y gracias a eso se había hecho rico y famoso. Vino a Beirut a explorar los yacimientos fenicios. Durante una de sus expediciones por el laberinto subterráneo, encontró una especie de bóveda al final de un pasadizo, una gran sala llena de viejos toneles. Debían de ser varios cientos. Sus investigaciones revelaron que no habían sido los fenicios quienes los almacenaron ahí abajo, porque ellos vivieron hace más de mil años. No, no. Descubrió, porque existe un método especial para determinarlo, que esas barricas estaban ahí desde hacía unos cien años, y eso solo podía llevar a una conclusión: que las habían ocultado allí los otomanos cuando ocuparon Beirut. Ya sabrá que el Líbano estuvo bajo soberanía otomana hasta 1860. Y cuando el viejo señor Oxford comprobó lo que contenían las barricas, le costó creer lo que veía». En ese momento, Brahim hacía una pausa, se acercaba más al cliente en cuestión y susurraba: «Whisky. De más de cien años».

Sinan Aziz estalla en carcajadas. Su barriga choca contra la mesa, que se bambolea alarmantemente.

—¿Te lo puedes creer? —pregunta mientras su risa no deja de crecer, y golpea la mesa con la palma de la mano—. ¡Whisky otomano! Cualquiera que tuviera dos dedos de frente se habría llevado a tu padre de las orejas hasta el despacho del señor Abdallah, pero esos tipos estaban tan aburridos, y al mismo tiempo tan fascinados ante la idea de encontrar algo tan exclusivo y especial, que se tragaban toda esa bazofia.

No me extraña que esos hombres lo creyeran. Sé lo bien que se le daba a mi padre contar historias. Habría sido capaz de convencer a casi cualquiera de que se tirara desde una décima planta si ese fuera el único desenlace posible de su historia.

—¿Y qué pasaba entonces?

—Entonces llegaba el momento en que Brahim necesitaba un cómplice. Le decía al tipo que alguien tenía que cubrirlo mientras cruzaba Beirut Oeste para encontrarse con el intermediario

que le pasaba el whisky. Así que le ponía unos prismáticos y una radio en las manos, y le pedía que le avisara si veía alguna barricada en las calles o a algún francotirador en los tejados. «Pero ¿cómo?», preguntaba el tipo. «¿Cómo voy a avisarle?». Brahim lo enviaba entonces a la azotea conmigo o con algún otro compañero, y allí lo poníamos a mirar al este, hacia la ciudad. Por supuesto, solo podíamos hacerlo cuando estábamos seguros de que en nuestra azotea tampoco había ningún francotirador. ¿Y qué hacía tu padre? Salía por la puerta principal, cruzaba a la Corniche, donde por entonces se alineaban las pequeñas barracas de madera, y compraba un whisky de tres dólares. Imagínate a esos tipos con sus nobles túnicas blancas, pensando que formaban parte de una conspiración secreta, agazapados allí arriba con una radio mientras sus mujeres se ponían finas en la piscina. «Todo tranquilo, no veo ninguna barricada», informaban a Brahim. Y él contestaba: «Muy bien, permanezca vigilante, pronto llegaré a la Línea Verde», cuando en realidad estaba justo delante del hotel, disfrutando incluso de un helado.

—¿Y nadie se dio cuenta de nada?

Aziz niega con la cabeza mostrando admiración.

—El whisky era malísimo. Brahim llenaba con él unas viejas botellas marrones, sin etiqueta ni nada. No sé si los clientes llegaban a beberse nunca su whisky otomano, porque quizá les parecía demasiado valioso. Y si lo hacían, debían de pensar que lo que hacía tan único aquel brebaje era esa especial nota otomana.

Sonrío sin querer. Si alguna vez me hubieran preguntado cuál era el don de mi padre, sin duda habría contestado que el de contar historias. Es bonito, aunque me duela, saber que fue un arte en el que siempre destacó.

—Solo con que uno de ellos nos hubiera descubierto, nos habrían echado a la calle a todos —asegura Aziz—. Abdallah nos habría matado. Nos habría puesto contra la pared y nos habría pegado un tiro. Pero nadie se enteró de nada. Además, Brahim nunca se iba a comprar el whisky enseguida. Siempre esperaba dos o tres días, según lo que durase la reserva del cliente en el hotel. A ellos les contaba que tardaba tanto porque sus intermediarios no podían bajar así como así a los pasadizos secretos, sino que debían esperar hasta que todo estuviera despejado. Esa espera hacía que los ricachones sintieran aún con más intensidad que habían dado con algo extraordinario y exclusivo.

—¿Y qué hacía con el dinero?

Aziz vuelve a sonreír y le veo un diente de oro.

—Lo repartía con nosotros a partes iguales. No sé si lo hacía por interés: Brahim era el único que se llevaba bien con Abdallah, y a los demás eso siempre nos hacía desconfiar un poco. Nunca sabíamos qué podíamos contarle a tu padre y qué no. La desconfianza, de todos modos, es algo que suelo relacionar con la guerra civil. Ya conoces a los libaneses. Somos abiertos y cariñosos con todo el mundo. Durante la guerra, en cambio, no era así. Nunca sabías a quién

explicarle algo, todos íbamos con mucho cuidado. La religión no tenía demasiada importancia en el hotel. Entre los compañeros, quiero decir. Era la coartada de las milicias para masacrarse. Entre la población, en cambio, entre los civiles, seguía habiendo cristianos, musulmanes y drusos que se llevaban muy bien. Aun así, siempre tenías la sensación de que la cosa podía estallar en cualquier momento. Una palabra fuera de lugar, un pequeño accidente de tráfico, una pelea, y de pronto dejabas de ser el vecino y te convertías en el musulmán, el cristiano, el druso, y te señalaban con el dedo. Brahim, sin embargo, no hacía ninguna diferencia. Nos invitaba a todos, era generoso. Creo que le encantaba la fiesta.

Oír eso también me consuela: el hombre al que yo recuerdo no era diferente. Mi padre no fingía ni cambiaba de chaqueta.

—Todavía me acuerdo muy bien de una noche —dice Aziz, y se rasca la nuca mientras mira más allá de mí, como si en un punto de la pared se hubiera abierto un agujero por el que pudiera regresar a esa noche en particular—. La recuerdo tan bien porque solo acompañé a tu padre dos veces. Nuestros turnos no solían coincidir, la mayor parte de sus andanzas las conozco porque me las contaron. Pero aquella noche fuimos a una discoteca. Brahim pagó todas las copas y los demás nos reímos del saudí al que acabábamos de sacarle quinientos dólares con el timo del whisky. También habíamos ido al teatro. No solo todo Beirut hablaba sobre la obra que habíamos visto, el Líbano entero estaba entusiasmado con ella. Después se hizo famosa en toda Arabia, y aquí estuvo en cartel durante varios años. Una función al mediodía y otra por la noche, y siempre se agotaban las entradas. La hacían desde 1980 en el Cinéma Jeanne d'Arc. En realidad era un cine de Beirut Oeste, en Hamra, pero también montaban funciones teatrales. Normalmente era imposible conseguir entradas, había que esperar entre seis y ocho meses, pero nosotros queríamos verla ya.

—¿Qué tenía para ser tan especial?

—Era una obra de Ziad Rahbani, una celebridad por entonces. El hijo de Fairuz, la cantante. Seguro que conoces a Fairuz. Aunque la obra no era famosa solo por eso. Rahbani era un artista polifacético: autor, pianista, columnista… Ese hombre sabía hacer de todo, y con *Film Ameriki Tawil* se superó a sí mismo.

Veo de reojo que Nabil asiente pensativo. Me vuelvo hacia él.

—¿También fuiste a verla?

—Uy, sí —dice—. Todo el mundo vio *Film Ameriki Tawil*. El que no la había visto no podía hablar, y como todos hablaban de ella, había que verla.

Aziz señala con el índice a Nabil, pero me mira a mí. «¿No te lo decía?», parece transmitir ese gesto.

—¿Y por qué hablaban todos de ella?

—La obra transcurría en un manicomio —explica Aziz—. Se inspiraba un poco en *Alguien*

voló sobre el nido del cuco. Puede decirse que era una metáfora de la guerra civil, con neuróticos y paranoicos religiosos por todas partes. Una comedia genial que se reía de todo y de todos. Nos puso la absurdidad de la guerra ante los ojos. Imagínate: la gente corría por un Beirut en el que algunas casas ardían y en algunas calles había tiroteos, mientras que en otras partes parecía que no pasaba nada. Aunque era arriesgado salir al exterior, nadie dejaba que se lo prohibieran, y todos acudían en masa al Cinéma Jeanne d'Arc para ver una obra que trataba de la misma guerra civil que acaban de atravesar.

—Lo más extraordinario eran los personajes —añade Nabil—. Eran como nosotros. Hay uno que se llama Hani, y todo el rato tiene miedo de que lo paren las milicias. Así que se va a la estación y le enseña a todo el mundo su documentación, y no se marcha hasta que le dan permiso. Otro… ¿Cómo se llamaba?

—¿Abed? —sugiere Aziz.

—¡Eso, Abed! Abed es escritor y quiere escribir un libro sobre la guerra civil para contar en él toda la verdad sobre el conflicto y la conspiración libanesa, pero todavía no ha encontrado la verdad y no puede empezar.

—La obra estaba llena de personajes como esos, que todos conocíamos de una forma o de otra. —Aziz sonríe—. Otro les tiene pavor a los musulmanes y se niega a hablar con ningún desconocido si antes no declara su religión. A la gente le encantaba. Y, como te decía, era imposible conseguir entradas, pero Brahim lo logró. Fuimos cuatro: él, otros dos compañeros y yo. Con nuestros mejores trajes. Nos partimos de risa. ¡Fue la mejor noche que recuerdo! Al salir estábamos bastante animados, así que primero fuimos a una discoteca y luego cogimos un taxi para regresar al hotel. No parábamos de hablar de la obra, pero Brahim… No sé… Estaba raro, callado y pensativo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Yo traté de incluirlo en la conversación, así que le pregunté: «Brahim, ¿qué es lo que más te ha gustado?», y él me miró y dijo: «El principio». «¿El principio?», le pregunté. «¿Te refieres al primer diálogo?», y contestó: «No, me refiero al principio. Cuando sale el orador». Lo miré fijamente y pregunté: «¿Y por qué te ha parecido esa la mejor escena?», a lo que me respondió: «La obra está llena de verdad, pero el principio es lo más auténtico». A veces hablaba con enigmas. No sé, por algún motivo ese principio le había dado que pensar.

—¿Y qué pasaba al principio?

—No mucho —dice Nabil—. La obra empieza con ruido de explosiones y luego suena nuestro himno. Un orador sale al escenario y declama: «Corre el año 1980 o 1979. Pero también podría ser 1978». Nada más. Tampoco era necesario, todo el mundo entendía enseguida lo que significaba: que la guerra se estanca. Esa escena se interpretó como la predicción de Rahbani de que el conflicto duraría como mínimo diez años más. Cosa que acabó cumpliéndose.

—A todos nos impactó, claro —dice Aziz—. Pero a Brahim al que más, por lo que fuera. Se pasó el resto de la noche callado, sentado en un rincón y perdiendo a las cartas.

Me estremezco.

—¿Jugó a las cartas?

—Sí. Fuimos a mi habitación a echar una partida. Era una partida que jugábamos con regularidad, pero tu padre solo estuvo esa vez. Que perdiera tampoco era nada extraño; yo era prácticamente imbatible. —Aziz vuelve a sonreír—. Este club —añade— es mi trabajo desde hace ocho años. Un trabajo de verdad. Antes era jugador profesional, me pasaba cinco días a la semana en el casino. Hace ocho años, gané una fortuna en un solo día. A la mañana siguiente lo supe: se había terminado. En el fondo, no tengo por qué volver a trabajar nunca más, pero estar ocioso no va conmigo. Así que abrí el club y desde entonces… —hace un gesto con los brazos que abarca toda la sala— aquí estoy.

Mis ojos se topan con una serie de fotografías que hay en la pared, detrás de la cabeza de Aziz. En una se lo ve con dos rubias despampanantes del brazo, delante de la barra. Dice algo más, pero ya no lo escucho. En la tenue luz del despacho, poco a poco, empiezo a comprender lo que está pasando aquí.

«Rhino Night Club».

«Era una partida que jugábamos con regularidad… Yo era prácticamente imbatible».

Lo miro mientras él sigue contando cosas. Siento un latido en las sienes. La voz de Aziz llega desde muy lejos, casi no la oigo. Me siento ingrávido, la revelación ha sido tan impactante que me devuelve de golpe a la infancia. Un sinfín de imágenes estallan a la vez: mi padre en el borde de la cama, sus ojos brillantes, esa agradable voz con la que me cuenta historias.

—¡Usted es el rinoceronte! —exclamo.

Aziz se queda de piedra.

—¿Cómo dices?

—Lo conozco. Usted es el rinoceronte que es imbatible jugando a las cartas.

Arruga la frente y mira a Nabil como para asegurarse de que no me falta un tornillo.

—Mi padre me habló de usted —sigo—. Bueno, no exactamente de usted, pero sí de un rinoceronte que jugaba a cartas y no perdía nunca.

La mirada de Aziz, todavía extrañada y sorprendida, se suaviza.

—Rinoceronte… —dice—. Hacía siglos que nadie me llamaba así. —Se inclina sobre la mesa y su voluminoso cuerpo proyecta una sombra—. Lo cierto es que empezó en el Carlton, pero les dije a los chicos que me molestaba ese apodo, así que lo cambiaron por Rhino. Eso me pareció mejor, sonaba más americano. Y me quedé con el nombre, hasta hoy.

Ahora mismo es como si los personajes de las historias de mi padre estuvieran cobrando vida. Como si hubieran salido de mi imaginación y se hubiesen materializado en el mundo real, donde

llevan una vida propia. El efecto resulta más poderoso y fascinante aún porque mi padre no dedicó ni una sola palabra de su diario a Sinan Aziz ni al rinoceronte. Hasta este momento, yo daba por sentado que todas esas historias las había creado para mí. Que el rinoceronte y el dromedario que salvó Abu Youssef eran personajes completamente inventados. La idea de que sean personas reales a las que puedo buscar me provoca pequeños calambres en el estómago. Siempre he sabido que mi padre usaba la realidad para inspirarse. Ya lo había hecho en el gimnasio, cuando les contaba historias a los niños. Pero estar aquí sentado frente a Sinan Aziz y saber que es el rinoceronte, un personaje de una de sus últimas historias, me provoca una sensación tan abrumadora que casi convierte a este hombre en una figura irreal y le confiere un aura de leyenda.

—¿Dices que te habló de mí?

—No exactamente —explico—. No sabía que fuera usted un compañero de trabajo. Lo utilizó de inspiración para un personaje de sus historias.

Aziz me mira como si no supiese si esa información debe alegrarlo o desconcertarlo.

Yo ya tengo la siguiente pregunta en la punta de la lengua. La sensación de estar pisándole los talones a mi padre es avasalladora.

—Sinan —digo—, ¿por qué fue a ver a mi abuela hace unos años? Le dejó su tarjeta. ¿Por qué?

El coloso se reclina en su silla y su rostro vuelve a desaparecer en la penumbra.

—Me extrañaba que no fuera esa tu primera pregunta —empieza—. ¿Qué quieres que te diga? Esperaba encontrar a Brahim.

Me levanto con brusquedad.

—¿Por qué?

—Tranquilo. Ya te he dicho que apenas conocía a tu padre, y es cierto. No he vuelto a verlo desde 1982; se esfumó. Pero eso no era extraño, la situación que teníamos en el hotel favorecía ese ir y venir de gente.

—Y, tras casi treinta años, ¿de pronto decidió que estaría bien reencontrarse con él?

Su voz no se altera.

—Te equivocas. Brahim me da absolutamente igual. Nunca lo conocí de verdad, y eso es algo que no tengo necesidad de cambiar. —Me clava la mirada unos segundos, como si se planteara si pronunciar o no la siguiente frase—: Hay una cosa que deberías saber: no eres el único que busca a tu padre.

—¿Y eso qué significa?

—Brahim y yo —prosigue sin apartar los ojos de mí— teníamos un amigo en común.

—¿Un amigo en común? ¿Quién?

Aziz asiente.

—Eso no puedo decírtelo. Vive apartado de todo. Tampoco a él había vuelto a verlo hasta ese día de hace unos años. Se había marchado del hotel un poco antes que tu padre, pero de pronto se presentó aquí y me preguntó si sabía dónde estaba Brahim. Yo no tenía ni idea, pero no me fue difícil dar con su madre. Así que me acerqué hasta allí y le pedí que me llamara si su hijo se pasaba a verla.

—Ese amigo… ¿qué quiere de mi padre?

Aziz guarda silencio. Me mira y, con un gesto de la cabeza, me indica que vuelva a sentarme. Obedezco, y él expulsa el aire despacio. Las narinas le tiemblan como mariposas.

—Quiere perdonarlo —responde entonces.

Nabil me mira. El rumbo que está tomando la conversación parece empezar a incomodarlo. Se ha pasado todo el rato con las manos entrelazadas y veo que las tiene sudadas.

Me esfuerzo para que mi voz suene firme.

—¿Y qué quiere perdonarle?

—Eso solo puede decírtelo él —contesta Aziz, y cruza las manos ante su barriga—. Si es que quiere. Algunas historias es mejor no contarlas una segunda vez.

Cuando salimos del club, la luz del día es tan deslumbrante que tengo que cerrar los ojos y no veo más que círculos de color naranja durante un buen rato. La ciudad ha despertado. Los ciclomotores petardean de nuevo por el asfalto. Las cafeterías ya han sacado sillas y mesas a la acera, y casi todas están ocupadas; las camareras hacen equilibrios con bandejas cargadas de tes y zumos de frutas. Vemos a jóvenes paseando. No muy lejos, un mimo se ha subido a un cubo y aguanta inmóvil bajo el sol de la mañana. Delante, en el suelo, ha colocado el sombrero.

La puerta del club acaba de cerrarse, pero la reunión con Aziz ya me parece un sueño.

Llamará a ese hombre y, si está dispuesto a verse conmigo, me lo hará saber, ha dicho Aziz antes de sostenernos la puerta e invitarnos a salir de su despacho. Lo ha prometido.

Regresamos al coche, que habíamos aparcado junto a la acera.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Nabil—. ¿Estás bien?

—Sí —contesto—. ¿Conoces esa sensación de no saber si estás despierto o dormido?

—Claro.

—Pues así me siento.

—Si estuvieras dormido, querría decir que también sueñas conmigo —dice Nabil, y se ríe—. Eso me honra.

En el coche, saco el diario de la mochila. Me ha venido a la cabeza un fragmento que casi había olvidado. Paso las páginas deprisa hasta encontrar la entrada en cuestión:

Beirut, 4 de septiembre de 1980
20.30 h

Hoy me han ascendido. No es un ascenso de verdad, pero ahora tengo otro cometido importante. Abdallah me ha llamado a su despacho. Pensaba que sería por la boda de mañana. Para saber si ya había contratado al músico, si estaba todo en orden con la disposición de los comensales, si abajo lo teníamos todo bajo control. Sé lo importantes que son las bodas. Para la reputación del hotel y, desde luego, porque suponen mucho dinero.

—Cierra la puerta —me ha dicho al entrar.

El señor Abdallah siempre tiene las cortinas corridas. En lugar de luz natural, en su escritorio siempre hay una lamparita encendida. ¿Será por lo de la quemadura en la piel?

—¿Quería hablar conmigo?

—Así es. He oído que haces bien tu trabajo. Eres de fiar, a los clientes les gustas.

—Me esfuerzo.

—No seas tan modesto. Tengo una tarea para ti. Ya sabes lo ocupado que estoy. —Ha señalado una pila de sobres que había en la mesa—. Si cada media hora tuviera que levantarme y bajar corriendo para recibir a los clientes, no conseguiría hacer ni la mitad.

—Por supuesto —he dicho yo.

—Por eso me gustaría que a partir de ahora te encargaras tú de eso.

—Desde luego, si es lo que desea.

—Yo no deseo nada. Te estoy diciendo que a partir de ahora es tu deber. ¿Alguna objeción?

—No, señor Abdallah.

—Bueno. ¡Pues vete ya!

Con esa luz, sus ojos parecían casi blancos. Me ha mirado con impaciencia.

—Gracias, señor Abdallah —he dicho.

Cuando he llegado a la puerta, ha vuelto a llamarme por mi nombre.

—¡Brahim!

Me he dado la vuelta. Una extraña sonrisa ha aflorado en sus labios. Desde la puerta le veía la mitad izquierda del rostro iluminada por la lamparita. Con esa luz, la piel quemada tenía un resplandor verdoso, brillaba como una coraza de escamas.

—Brahim —ha repetido—, ya hace más de seis meses que trabajas con nosotros. A partir de hoy te llamaré por tu nombre de pila. No lo hago con todo el mundo.

Sé que no lo hace con todo el mundo. A veces, cuando les pega la bronca a mis compañeros, los compara con animales.

—Quiero que también tú te dirijas a mí por mi nombre de pila —ha dicho, y sus ojos han centelleado.

Hay algo inquietante en él, algo amenazador, como de reptil. Me estremezco y asiento con la cabeza.

—Bien —ha añadido por fin, y su sonrisa se ha convertido en una mueca cínica—. A partir de hoy, llámame Ishaq.

12

—Lo he encontrado en la «jota» —dijo Chris, mirándome con reproche mientras agitaba un libro delante de mi cara. Las gafas negras de pasta se le habían resbalado hasta la punta de la nariz y parecía un Harry Potter bobo—. Esa señora de ahí atrás ha estado persiguiéndome por los pasillos hasta que se lo he localizado.

Miré hacia allí. En el mostrador de préstamos había una señora mayor con el pelo gris y un sombrero negro y redondo. Llevaba una americana oscura, un paraguas negro en la mano y guantes blancos. Su dedo índice golpeaba impaciente en el mostrador.

—¿Es Mary Poppins? —susurré.

—Puede ser. Solo que unos cuarenta años más vieja. Habías guardado el libro en el sitio equivocado. Tendría que estar en la S. ¿Ves? «Suelo» empieza por «ese».

Bajé la mirada hacia el ejemplar, desde cuya cubierta me sonreía una mujer de mediana edad: *Suelo pélvico fuerte, sexualidad plena*.

Chris se encogió de hombros.

—Dice que es para su sobrina.

—Lo siento —me disculpé—. Debía de tener la cabeza en otra parte.

—No pasa nada, pero hay que fijarse más. Si guardas los libros donde no toca —señaló con el pulgar por encima del hombro hacia los interminables pasillos formados por estanterías—, no volveremos a encontrarlos en la vida. Pillar este ha sido pura casualidad.

—Gracias —dije, porque sabía que, al fin y al cabo, era lo que quería oír. Y luego, aunque me costara, añadí—: Eres un crac.

Chris tenía casi cuarenta años, aunque aparentaba dieciocho. Su voz era demasiado aguda y caminaba siempre un poco inclinado hacia delante, lo cual yo atribuía a que se pasaba las veinticuatro horas del día encorvado encima de algún libro. Si seguía subiéndose las gafas por la nariz cada diez segundos, estaba convencido de que acabaría padeciendo artrosis en el dedo índice. Chris era mi jefe. La clase de jefe con el que uno se pregunta qué indignidades debía de haber cometido para que alguien se apiadara de él y lo colocara en ese puesto, porque carecía absolutamente de autoridad. No solo se distinguía por dejar que las señoras mayores lo persiguieran por los pasillos, sino también porque todo el mundo lo llamaba por su nombre de pila. Llevarme bien con Chris era importante para mí. No quería despertar sus sospechas, porque,

si descubría lo que guardaba abajo, en el archivo, o lo que grababa en secreto en el ordenador de su despacho, estaría acabado.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —me preguntó como de pasada después de entregarle el libro del suelo pélvico a la señora.

—Creo que Aurea espera que salga con ella a cenar.

Arrugó las cejas un momento, como preguntándose qué día era.

—Ah —dijo entonces—. ¿Y qué vas a regalarle? ¿Flores?

No le había comprado nada. En realidad, no tenía pensado hacerle ningún regalo.

—Flores, sí.

—Muy bien… De la vieja escuela, estoy orgulloso de ti. —Chris rio. Su forma de decirlo resultó involuntariamente cómica, como si fuera un impetuoso rompecorazones con innumerables conquistas en su haber, que aconsejaba a su nieto sobre cómo seducir a una damisela.

La idea de pasar la velada con Aurea me provocaba dolor de cabeza. No entraba para nada dentro de mis planes, que giraban más bien en torno a aquello de lo que tenía que ocuparme en el archivo. Cuando Aurea me preguntó qué íbamos a hacer por San Valentín, al principio me sobresalté, pero luego respondí: «Lo que tú quieras».

—¿Cuántos años tienes, Samir? —preguntó Chris. Estábamos apilando los libros retornados en un carrito.

—Veinte.

—Veinte. A esa edad todavía se celebra San Valentín por todo lo alto —rememoró, y me dio un codazo de camaradería en el costado—. Puedes salir algo antes si quieres. Estas últimas semanas has hecho muchas horas extras.

—Bueno, no hace falta. No hemos quedado hasta la noche.

—Samir, necesitas tiempo para ponerte guapo. Y luego ve a buscarla y sácala por ahí, como tiene que ser.

—Gracias, pero de todas formas me dará tiempo.

Me miró por encima de la montura de las gafas.

—¿Y si te lo ordeno?

Qué absurdo era oírle decir eso. Chris Poliak habría podido ordenarle algo a un niño de dos años y este le habría enseñado el dedo corazón.

—Primero voy a guardar estos libros —dije para cambiar de tema—. Quién sabe, a lo mejor hasta acabo pronto.

—Vale. —Chris se subió las gafas con el dedo—. Pero fíjate bien y colócalos en su sitio.

Por las altas ventanas de la biblioteca entraba una luz abundante que iluminaba las largas estanterías de madera. El carrito rodaba sobre el suelo de mármol y a mi alrededor se percibían

esos susurros amortiguados que tanto me gustaban. Pero más aún que esos susurros me gustaba el olor que desprendían los libros. Tenía algo maravilloso, algo que me ofrecía consuelo. La promesa de incontables historias que dormitaban entre las tapas de las encuadernaciones, esperando a ser leídas. Como una feromona, una sustancia secreta que servía para emparejar a cada lector con el libro adecuado. Cuanto más antiguos eran los libros, más intenso era su aroma. Siempre que podía, me daba una vuelta por la sección de las obras del siglo XIX —gruesos volúmenes encuadernados en piel y con las páginas amarillentas— y, llevado por mi romanticismo, no me dejaba desanimar ante la idea de que ese olor no era más que una señal de vejez y decadencia. La dirección de la biblioteca había sabido ver el signo de los tiempos y había empezado a digitalizar los libros antiguos para conservarlos, así que, desde hacía varias semanas, teníamos a decenas de estudiantes en prácticas recorriendo la sala principal cargados con pilas de libros, para desaparecer después por una puerta en la que ponía: SOLO PERSONAL. Tras ella había una escalera que bajaba al archivo, que era casi el doble de grande que el piso superior, la zona accesible a los usuarios, y allí escaneaban cada una de esas páginas.

A mí, toda esa operación no me venía nada bien. Las fotocopiadoras y los escáneres funcionaban sin parar, en los pasillos siempre me cruzaba con algún jovencito de cara pálida, aparecía alguien detrás de alguna esquina, o habían llamado al técnico porque una de las fotocopiadoras se había atascado. Si el que estaba en la máquina era yo, enseguida se formaba una cola detrás de mí. Todo ese desfile de gente me repateaba. Cuantas más personas pulularan por allí abajo, mayor era el peligro de que me descubrieran. Y lo del archivo solo era una parte; si se enteraban de lo que tenía arriba, en el ordenador, me pondrían de patitas en la calle de inmediato.

De nuevo recordé el momento en que entré en la biblioteca por primera vez: cómo me detuve en el gigantesco vestíbulo, entre esas columnas de piedra que sostenían la entreplanta, y contemplé maravillado las abarrotadas estanterías. Aquel ambiente de silencio respetuoso me atrajo de una forma mágica y solo pude dejarme arrastrar por él.

En realidad, había entrado en la biblioteca por un único motivo: echaba de menos a Yasmin, y visitar sus lugares preferidos me ofrecía consuelo. Me había acostumbrado a desayunar una vez a la semana en la cafetería donde a menudo la había visto tomar algo. Aunque no me gustaba mucho nadar, iba a la piscina cubierta porque sabía que ella disfrutaba haciéndolo. Intentaba ver esos lugares con sus ojos, comprender qué había sentido al oír el estrépito de la máquina de café o inhalar el aire cargado de cloro de la piscina. Y cuando iba al cine, elegía las películas que creía que ella vería. Con la biblioteca era algo similar. Quería conocer mejor ese lugar en el que ella había pasado tanto tiempo durante nuestros últimos días juntos. Quería sentarme donde ella se había sentado, leer lo que ella había leído. Seguía su rastro como un olor que se desvanecía poco a poco, con la esperanza de no perderlo del todo.

Nos escribíamos cartas, de vez en cuando hablábamos por teléfono. Al principio más, después cada vez menos. Nuestras conversaciones giraban en torno a sus estudios, a las personas que había conocido o al crédito estudiantil que le habían concedido. Durante todo el primer semestre no regresó a casa ni una sola vez. Alex estaba con ella, y la novedad del mundo universitario la acaparaba por completo. En las vacaciones de mitad de curso se fue de viaje, y tampoco volvió en todo el segundo semestre. Hakim iba a verla de vez en cuando, pero yo nunca lo acompañaba. No habría soportado verla solo unas horas y pasarme todo el rato pensando que pronto estaría echándola de menos otra vez. En su segundo año de carrera se fue a Estados Unidos. Un semestre en el extranjero, en la San Diego State University. Me envió una fotografía en la que se la veía de espaldas ante una bahía pintoresca, contemplando el Pacífico. La foto era bonita, pero a mí me interesaba mucho más quién la había acompañado y le había hecho esa foto, porque Alex, que yo supiera, se había quedado en Alemania. Yo en esos momentos me encontraba en el ecuador de mi formación. Estudiaba para «especialista en servicios y medios de información», aunque esa denominación oficial me parecía bastante estúpida; «bibliotecario» me gustaba mucho más. Los tres años de estudios se dividían en una parte práctica y otra teórica. La primera la realicé en la biblioteca; la segunda, en la escuela de formación profesional. Por entonces ya llevaba seis meses trabajando con contrato fijo.

Desde el primer momento que me vi entre las columnas del vestíbulo, sentí que aquel lugar estaba hecho para mí, que era uno de los pocos sitios donde podría sentirme a gusto. La biblioteca era perfecta en muchos sentidos: era un lugar de historias que reunía la inagotable fantasía de los grandes narradores de este mundo. Estar cerca de esos libros significaba estar cerca de mi padre. Sabía que a él le habría gustado. Y que también Yasmin se hubiera encontrado tan bien allí me lo ponía más fácil todavía.

Sin embargo, lo que resultó decisivo en última instancia fue otra cosa: me acerqué a las interminables hileras de libros fascinado, casi con reverencia, y pasé por delante de novelas, biografías y diccionarios hasta llegar a la literatura especializada. Intimidado por la ingente cantidad de libros, intenté saltármelos todos hasta que —como si me hubiese guiado el destino mismo— me detuve delante de una estantería catalogada como «Oriente Próximo». Perplejo, deslicé un dedo por los lomos siguiendo las palabras de los títulos:

El antiguo Líbano

Beirut: entre la Cruz y el Corán

Siria y Líbano

Una guerra nada santa. Zonas conflictivas de Oriente Próximo

Por qué sucedió: la receta de una guerra civil

La abundancia de libros sobre el Líbano y su historia me dejó aturdido. Hasta ese momento había creído que nadie más que los vecinos de nuestra calle se interesaba de verdad por el país.

¡Qué equivocado estaba! ¡Y menuda suerte había tenido! Allí, en la biblioteca, no solo me sentiría más cerca de las personas que tanto significaban para mí, sino que también era un lugar donde por fin podría satisfacer mi insaciable sed de conocimiento. No tenía alternativa: debía solicitar un trabajo.

El motivo por el que temía esa noche con Aurea era el mismo por el que siempre me daba miedo quedar con ella en cualquier sitio que no fuera su piso: quería evitar a toda costa que me preguntara si algún día podíamos ir también al mío. Aurea me gustaba. Me gustaba mucho. Sus padres eran portugueses, pero ella había nacido en Alemania, como yo. Tenía veintitrés años, unos ojos oscuros y alegres, y se ganaba la vida como profesora de baile de día, mientras se sacaba el bachillerato en la escuela nocturna. Nos acostábamos desde hacía unos seis meses, lo cual sin duda era tiempo suficiente para considerar que lo que teníamos era una «relación». Seis meses, eso era un récord para mí. A lo largo de los años me había acostado con varias chicas, una vez incluso con dos en paralelo, sin que una supiera de la existencia de la otra, pero nunca había tenido una relación de verdad. En cuanto me daba cuenta de que ellas iban más en serio que yo, o si tenía la sensación de que podían cortar conmigo, prefería desaparecer del mapa. Aún hoy, la idea de que me abandonen me empuja a hacer cosas por las que me detesto.

Ninguna de esas mujeres había entrado nunca en mi piso. Ni siquiera Hakim había puesto un pie en él después de que me mudara. Empecé mis estudios a finales de 2001, pocos meses después de que Yasmin se marchara a la universidad, y el verano siguiente me fui de casa de Hakim. Ya estábamos a 14 de febrero de 2005 y yo llevaba tres años evitando todo tipo de visitas con excusas diversas. Porque había algo que sabía muy bien: que cualquier persona sensata se espantaría al ver mi piso.

—¡Samir!

Chris me hacía gestos con la mano desde el final del pasillo. Dejé el último libro en la estantería y me acerqué a él. Por su sonrisa burlona, supe que no me esperaba nada bueno.

—Tienes visita —dijo, y me dio unas palmadas en el hombro—. Creo que será mejor que lo dejes por hoy.

—Pero es que no puedo —protesté—. Todavía tengo trabajo.

—Ya, ya… —Chris volvió a darme unas palmaditas a la vez que me empujaba hacia delante —. Mañana será otro día.

Frente al mostrador de préstamos estaba Aurea. Llevaba un chal, el frío del exterior le había humedecido los ojos y tenía las mejillas encendidas. Sonrió nada más verme.

—Se me ha ocurrido pasar a buscarte.

—Qué detalle —mentí, y le di un besito rápido—. Menuda sorpresa.

—¿Te apetece dar un paseo antes de cenar? Hace bastante frío, pero la tarde está despejadísima.

—No sé si puedo salir todavía.

No me había dado cuenta de que Chris estaba a solo unos metros, fingiendo que hojeaba una revista. En ese momento se volvió hacia nosotros.

—Pues claro que puedes, Samir. Disfrutad del resto del día, tortolitos. —Se subió las gafas y se volvió hacia Aurea—: Ha sido una idea preciosa lo de venir a buscarlo. El aire fresco es lo mejor para los jóvenes.

Me habría gustado estrangularlo.

Aurea sonrió más todavía. No debía de estar muy segura de si había hecho bien, y recibir la bendición oficial de mi jefe pareció aliviarla.

—Pues venga —dijo satisfecha.

Puse una sonrisa forzada, mientras empezaba a sudar por todos los poros.

—Vale. Voy en un momento a por la chaqueta. —Tenía que bajar urgentemente al archivo.

—Tu chaqueta está aquí, Samir —dijo Chris con toda su buena intención, y la sostuvo en alto para que solo tuviera que meter los brazos en las mangas.

«Maldito idiota», pensé, y me esforcé por contener el pánico que me invadía.

—¿Por qué no te adelantas? —le propuse a Aurea—. Creo que me he dejado el móvil abajo. Voy un momento a buscarlo y salgo enseguida.

Una excusa lamentable. Sin embargo, en ese mismo instante me di cuenta de que no tenía el móvil en el bolsillo de la chaqueta. ¿Dónde lo había dejado? Empecé a darle vueltas a la cabeza. ¿Y si no tenía más oportunidades de bajar al archivo?

—¿Vas a hacerme llamar al de seguridad para que te eche de aquí? —comentó Chris, y soltó una carcajada antes de mirar a Aurea para ver si le había gustado el chiste.

Pero ella solo me miraba a mí con cierto recelo.

En ese momento, mi teléfono empezó a sonar inconfundiblemente. Varios usuarios miraron indignados al cartel de prohibido de la pared, en el que se veía un móvil tachado. Me puse a palparme los bolsillos del pantalón. Estaban vacíos. Metí las manos en los de la chaqueta. Ahí tampoco estaba. Varias cabezas se volvieron hacia nosotros.

Chris levantó las manos hacia ellos en un gesto apaciguador mientras, sin palabras, tan solo moviendo los labios, me preguntaba: «¿Es tu móvil?».

Di la vuelta al mostrador de préstamos. Mi teléfono estaba en el carrito donde acababa de apilar libros.

—¡Qué cosas! —exclamé con cierto histerismo—. ¡Está aquí, y no en el archivo!

Aurea contemplaba la escena con curiosidad. Cogí el teléfono y dejó de sonar al instante. Comprobé la pantalla.

—¿Quién era? —me preguntó.

—Hakim —dije—. Qué raro, parece que lleva todo el día intentando hablar conmigo.

—Bueno, venga, marchaos ya —insistió Chris.

Aurea me dio la mano y me arrastró hacia la salida mientras yo, distraído, guardaba el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

El aire frío del exterior me despertó de golpe. Ya era por la tarde, poco antes del anochecer. La gente recorría la ciudad muy abrigada —rostros congelados, agazapados bajo capuchas y gorros —, persiguiendo las nubecillas de su propio aliento.

Aurea me agarró del brazo y se acurrucó a mi lado mientras bajábamos la escalera del edificio de la biblioteca.

—Qué maravilla, ¿verdad? —comentó.

—Sí, has tenido una idea fantástica.

Sentía un latido en las sienes. Intenté convencerme de que Chris ya no bajaría al archivo ese día. ¿Para qué? No solía bajar por allí. Lo que también me tenía pensativo era que Hakim hubiese intentado llamarme tantas veces.

—Aguántame esto, por favor —dije, y le pasé mis guantes.

Llamé a Hakim, pero no contestó.

—A lo mejor también tenía planes para hoy y solo quería informarte, por si pensabas pasarte por allí…

—Es poco probable —repuse.

Bajamos los escalones y cruzamos la explanada. Cuanto más nos alejábamos de la biblioteca, más indispuesto me sentía. Buscaba una excusa para regresar, pero seguro que Chris me habría interceptado y habría vuelto a echarme de allí.

—¿… a cenar? —oí que acababa de preguntar Aurea.

—¿Hmmm?

—Que dónde quieres ir a cenar.

—Ah, pues… No lo sé, propón tú.

—¿Te apetece algo en concreto?

—La verdad es que no.

Empezaba a sentirme muy intranquilo. Tantos interrogantes… Detestaba no tener las cosas controladas, que la situación se me fuera de las manos.

—¿Qué te parecería cenar por aquí cerca y luego ir a tu casa? —preguntó Aurea con timidez.

De hecho, mi piso era más céntrico que el suyo. Mejor dicho: el piso de Aurea estaba tan en la periferia que habría sido completamente absurdo insistir en pasar la noche allí.

Yo no tenía la cabeza para inventar excusas. Me había metido en un buen lío, y además ocurría algo con Hakim.

—Sí, ¿por qué no? Suena bien.

—¡Genial! La verdad es que me he traído el pijama —confesó entonces, y añadió—: Aunque a lo mejor no lo necesito. —Rio con picardía y se puso de puntillas para besarme.

Tenía los labios fríos, pero su beso fue cálido y afectuoso.

—Escucha —dije—, estoy preocupado por Hakim. ¿Te importa si me paso un momento a verlo?

Aurea pareció molesta.

—Bueno. Vale. En realidad no importa dar más vuelta, sino darla juntos, ¿verdad?

Yo no quería que me acompañara. Que Hakim llamara ya era bastante extraordinario, pero que lo hubiera intentado cinco veces seguidas era algo que no ocurría nunca. Tenía que haber pasado algo.

—¡Creo que ya sé por qué ha llamado! —exclamé de pronto, casi eufórico porque se me había ocurrido una idea—. Soy un imbécil y ayer me dejé tu regalo en su casa. ¡Seguro que quería avisarme!

—¿Mi regalo?

—¡Sí, por San Valentín! ¿Pensabas que no te había comprado nada?

Se detuvo. No había contado con que esa frase fuese a emocionarla tanto, pero lo cierto es que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Por qué lloras?

Se enjugó las lágrimas avergonzada.

—Bueno, no sé… Esto nuestro… No sabía cuánto significaba para ti. Nunca hemos hablado de si nosotros…

—¿De si somos novios?

Asintió.

—¡Pues claro que sí! —solté contra mi voluntad. Ya que estaba, pensé que de perdidos al río —. Por eso quiero que esta noche sea maravillosa…

—Yo también —dijo Aurea con un suspiro, y me abrazó.

—¡Pero no sin tu regalo! Escucha: voy corriendo a casa de Hakim a buscarlo. Por favor, para mí es importante dártelo hoy. Y, mientras tanto, tú puedes escoger un restaurante que te guste. Después te llamo y me dices dónde estás, nos lo pasamos bien y luego…

Ay, madre mía, pero ¿qué estaba haciendo?

—Vale. —Sonrió.

Le di un besito rápido en los labios antes de tener que decir nada más, tomé su cabeza entre mis manos y le sequé las lágrimas con los pulgares.

—Veinte minutos —prometí al soltarla—. Dentro de veinte minutos vuelvo a estar contigo.

—Hasta luego, contestó despidiéndose con la mano.

Me sentí fatal al verla tan emocionada.

Cuando llegué a nuestra antigua calle, estaba bañado en sudor. Ya pensaría más tarde cómo salir del embrollo en el que me había metido con Aurea. Primero tenía que ver a Hakim y, si resultaba que todo iba bien, tal vez incluso tendría tiempo de dar un pequeño rodeo y pasar por la biblioteca.

Crucé la puerta corriendo y entré precipitadamente en la escalera. Como siempre, el piso de Hakim no estaba cerrado con llave.

El televisor estaba encendido.

—¿Hakim?

No hubo respuesta, así que entré como siempre y en el pasillo giré a la derecha, hacia el salón.

—¿Hakim?

Estaba sentado delante del televisor, sin decir palabra. Tenía el rostro impasible, los ojos inexpresivos y la mirada fija.

—Hakim, ¿qué pasa?

Oí sirenas, me fijé en la pantalla del televisor y me sobresalté. Mi mano sacó el móvil del bolsillo como si obrara por cuenta propia. Llamé a Aurea. No podía apartar la mirada de la tele.

—Estoy en Lemar —me dijo riendo, nada más descolgar. De fondo se oían el murmullo de la gente y el tintineo de los cubiertos—. Comida afgana. ¿Te parece bien?

—No puedo ir.

—¡Samir! ¿Qué significa eso?

—Que no puedo ir a cenar contigo —contesté con una voz plana.

—Pero… ¿Qué…? ¿Por qué no?

—Tengo que dejarte.

—¿Samir? Dime…

Y colgué. En ese momento me daba lo mismo cómo reaccionara Aurea ante mi plantón. Me daba absolutamente igual que descubrieran mis actividades en el archivo. Me quedé allí de pie, mirando las imágenes que parpadeaban en la pantalla. El cámara no dejaba de moverse para intentar captar lo sucedido: cristales hechos añicos, edificios con las paredes ennegrecidas de hollín, fuego y humo, heridos por todas partes, vendajes de emergencia, sucios y empapados de sangre. La explosión había abierto un cráter profundo en la calle y de allí salía un humo denso, los equipos de salvamento intentaban acercarse a las llamas por entre los esqueletos de los vehículos abrasados, había personas perplejas que gritaban y se llevaban las manos a la cabeza.

—Eso es Beirut —dije, y solté el móvil.

Hakim seguía sin reaccionar.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, pero ya intuía la respuesta.
Contestó sin mirarme.
—Hariri. Lo han asesinado.

13

Cuelgo. Ahora que la tensión remite, me siento increíblemente cansado. Todavía no me he afeitado desde que estoy aquí, tengo las mejillas rasposas, y el pelo se me ha pegado a la cabeza empapado de sudor. Las dos últimas noches no he dormido. Tampoco he salido del hotel. Ni siquiera he bajado a desayunar. En lugar de eso, hay platos apilados en el escritorio. Me conozco hasta el último centímetro de la habitación. He esperado su llamada con una impaciencia febril. Una única vez me atreví a llamar por teléfono, de noche, porque me parecía que el peligro de ocupar la línea era menor entonces. Ella contestó bastante sobresaltada, pero le hablé de la prometedora pista que estaba siguiendo. Le dije que era bueno para mí. Bueno para ambos.

Y ahora, hace unos minutos, me ha llamado él.

—¿Diga?

—¿Samir?

—Sí.

—Sinan Aziz.

—Ha tardado una eternidad.

—No puedo hacer milagros. Nuestro amigo no es fácil de localizar. Si supieras cómo vive, me darías unas palmaditas en el hombro por haberlo encontrado tan deprisa.

—¿Quiere verme?

—No sé si quiere, pero está dispuesto a hacerlo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Dónde?

—Vive en Brih. Un pequeño pueblo de las montañas de Chouf.

—¿Cómo se llama?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque no sé si él quiere.

—¿Y cómo voy a encontrarlo, entonces?

—Créeme, cuando llegues a Brih, ya lo habrás encontrado.

—¿Cuál es su dirección?

—No lo sé.

—¿Me hace esto adrede?

—No, tengo mejores cosas que hacer que ponértelo difícil. En Brih las calles no tienen nombre.

—Entonces ¿tengo que llamar a la puerta de todas las casas y decir: «Hola, busco a un hombre, pero no sé ni cómo se llama ni qué pinta tiene»?

—A lo mejor basta con que llames a la primera puerta que encuentres y digas que buscas a un hombre que es cristiano.

—Cristiano.

—Tú confía en mí: cuando llegues allí, lo encontrarás.

14

Sentimos la explosión hasta en nuestra calle. La onda expansiva hizo temblar nuestras casas. Incluso aquí, a miles de kilómetros de distancia, supimos al instante que ese cráter de bomba en pleno Beirut sería algo más que un agujero en el asfalto. Era un abismo que se abría, unas fauces de las que salían llamas y humo negro mientras, a su alrededor, el mundo contemplaba presa del pánico, temeroso de que el cráter se agrietara y, primero Beirut y luego todo Oriente Próximo, se derrumbaran.

Nuestra calle se llenó de gente. Nadie aguantaba dentro de casa. Todos sentían la necesidad de hablar con alguien, no querían estar solos en un momento así. Una niebla fría difuminaba la luz de las farolas y le confería a la escena un ambiente de cortejo fúnebre espectral. Yo estaba con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, rodeado de personas paralizadas que se comunicaban con una mezcla de dolor, espanto e indignación. Alguien había dejado un retrato enmarcado de Hariri apoyado en un árbol, así que encendimos velas y las pusimos delante. Algunos no hacían más que repetir lo mucho que lo habían amado. Otros siempre habían sabido que moriría así; había alzado demasiado la voz para quejarse de Siria, y Bashar al-Ásad no toleraba enemigos. Había incluso quienes, en voz baja y con mirada sombría, profetizaban ya lo que efectivamente sucedería durante las semanas siguientes.

La primera vez que oí el concepto «Revolución de los Cedros» fue en un programa informativo. Mostraban imágenes de los miles de personas que se habían reunido en la plaza de los Mártires, en Beirut, agitando pañuelos rojos y blancos y levantando en alto retratos de Hariri. Se hablaba de más de cincuenta mil personas. Coreaban *Horriyeh*, *Siyadeh*, *Istiqlal*: «libertad, soberanía, independencia»; y también *Haqiqa*, *Horriyeh*, *Wahdeh wataniyeh*: «verdad, libertad, unidad nacional». La manifestación la componían la oposición antisiria y sus seguidores, así como partidarios del movimiento pro-Hariri, que enarbolaban cintas azules. Ya en los años noventa se habían producido manifestaciones antisirias, pero fueron reprimidas con violencia. En esta ocasión, sin embargo, había allí cristianos, sunitas y drusos protestando hombro con hombro, y nadie les impedía el paso. Todos compartían un mismo objetivo: la retirada completa del ejército sirio y la dimisión del Gobierno prosirio de Omar Karami, que había sido nombrado primer ministro como sucesor de Hariri. Al dolor por el asesinato de Hariri se le sumó un ambiente de renovación que invadió el país entero. Un tibio hálito de primavera que anunciaba grandes cambios. Una tenue promesa de futuro, susurros de democracia y paz, la disolución de

un Estado ficticio, el final de la posguerra; sí, la rescisión de un pacto con el diablo. No había pruebas sólidas de que los sirios estuvieran tras el atentado. Aun así, la presión internacional fue enorme, y el clamor por su retirada del Líbano, imperioso. Y ¿qué hicieron los manifestantes para defenderse contra ese prepotente país que llevaba años decidiendo su destino? Derrocar a su propio Gobierno, el que servía a ese país. Después de que Hariri dimitiera en 1998, en el año 2000 había regresado al cargo de primer ministro. El presidente Émile Lahoud, colocado por los sirios, hizo todo lo posible por apartarlo políticamente, y Hariri volvió a dar un paso atrás en 2004, cuando lo sustituyó el prosirio Omar Karami. Ahora, sin embargo, la muerte violenta de Hariri no amenazaba solo a Lahoud en persona, sino sobre todo también a su protector: el ejército sirio.

La profunda división que partía al Líbano en dos se evidenció ante el mundo entero durante las turbulentas semanas que siguieron al atentado. El deseo de una transformación fundamental era gigantesco, pero pocos días después de que la Revolución de los Cedros se pusiera en marcha y el clamor por la retirada inmediata de los sirios fuera cada vez mayor, cientos de miles de personas salieron a las calles para manifestarse por su permanencia. Durante años, los chiíes del Líbano habían pertenecido a la capa social, económica y política más baja. A pesar de ser el mayor grupo religioso, habían llevado una existencia marginal en los suburbios del sur de Beirut y en el sur del país, y para ellos el problema no era Siria, sino Israel. Pero desde que existía Hezbolá, la milicia de la guerra civil que se reconvirtió en partido tras el final del conflicto, su poder había crecido. Para los chiíes, que la población protestara contra el Gobierno libanés y su potencia protectora, Siria, representaba una provocación. La retirada siria de la zona abría una posibilidad hasta entonces inexistente, una que ponía en peligro esa mayor influencia chií: el desarme de Hezbolá, la única milicia de la guerra civil que seguía negándose a entregar su arsenal.

En el año 2000, Hezbolá expulsó a Israel del sur del Líbano, lo que fue celebrado en todas partes como una liberación. Muchos parecían haber olvidado ya que el propio Hezbolá había sido responsable en primera instancia de que los israelíes volvieran a ocupar el sur del Líbano en 1996, porque la milicia había atacado con misiles el norte de Israel. El papel de Hezbolá en la liberación del sur del Líbano fue ampliamente reconocido, incluso por parte de la mayoría de los partidos cristianos y las antiguas milicias de la guerra civil. Sin embargo, la ingente cantidad de hasta ochocientos mil manifestantes, chiíes prosirios en su mayoría, que habían acudido al llamamiento de Hassan Nasrallah, jefe de Hezbolá, transmitía a los restantes grupos confesionales la desagradable sensación de encontrarse ante un poder amenazador e instrumentalizado que, además, y al contrario que ellos, seguía teniendo armas.

La Revolución de los Cedros acabó siendo un éxito. El 26 de abril de 2005, unos dos meses después del atentado contra Hariri, las últimas tropas sirias abandonaron el país. Los

manifestantes antisirios se hicieron aclamar como héroes de la democracia. No obstante, para entonces habían explotado más bombas. El curso de los enfrentamientos estuvo acompañado de atentados, la mayoría dirigidos contra partidarios de la oposición antisiria. De ellos se responsabilizó a grupos terroristas prosirios que intentaban impedir su retirada del país. El 2 de junio, un coche bomba mató a Samir Kassir, un afamado periodista, muy conocido por sus opiniones antisirias. El Líbano no solo se estremecía, temblaba. Y pese a las reiteradas afirmaciones del presionado Gobierno, de pronto el peligro de que estallara otra guerra civil se hizo tan real como no había vuelto a serlo desde el final del conflicto.

Yo seguía las noticias fascinado, cautivado, y no dejaba de pensar en mi padre. Me preguntaba cómo habría reaccionado él de haber estado allí, con nosotros, delante del televisor. También me preguntaba qué estaría haciendo si de verdad se encontraba en el Líbano. Era imposible no pensar en él, porque, cuando el Gobierno por fin dimitió, se convocaron las elecciones parlamentarias más importantes desde las de 1992: las primeras de las que yo guardaba memoria y que trajeron consigo las extrañas semanas tras las cuales mi padre desapareció.

Vivir con Hakim no había conseguido consolarme de las pérdidas que había sufrido. Mi madre, Alina y Yasmin; las añoraba muchísimo a las tres. Pero Hakim también las echaba de menos, de manera que teníamos algo en común que nos unía íntimamente. Pasábamos muchas noches juntos en su salón, jugando a las damas en un tablero de madera decorado, o fumando en narguile. Su aroma nos recordaba los felices días en los que habíamos sido seis.

Hakim había nacido en 1943, o sea que tenía quince años más que mi padre. Para mí siempre había sido viejo, porque su forma de moverse me recordaba a un abuelo chiflado. Su lento arrastrar de pies, con las manos entrelazadas en la espalda, le confería el aspecto de un gran pensador a quien en cualquier momento podía ocurrírsele una fórmula revolucionaria. Tenía la piel llena de arrugas, como si los acontecimientos de una vida turbulenta hubiesen marcado su rostro, igual que un preso traza líneas en la pared de una celda. Hakim nunca hablaba en voz muy alta, su tono se caracterizaba por una afabilidad inquebrantable. Incluso cuando maldecía o hablaba de política, resultaba impulsivo pero al mismo tiempo nunca imprudente. Pese a su aspecto hasta cierto punto frágil, durante los años posteriores a la desaparición de mi padre fue un pilar para nosotros, y eso nunca lo olvidé. Apoyó sobre todo a mi madre: con los trámites, con la compra, cuidando de Alina. Siempre fue nuestra ancla en las embravecidas olas de aquellos años. Nunca intentó reemplazar a mi padre. Sin duda sabía que eso era imposible. Hakim no nos contaba historias ni nos llevaba a la cama; eso se lo dejaba a mi madre. Simplemente estaba allí. Desprendía calma y seguridad, y una vez que se estropeó la parabólica del tejado, compró una nueva y le pidió a Khalil que la orientara a veintiséis grados este.

En cuanto a mí: al principio siempre sentía ese miedo. El miedo a mirarlo a los ojos. A preguntarle si sabía más que nosotros sobre la desaparición de mi padre. El miedo a que respondiera que no sabía nada. Y el miedo a que pudiera confesar que lo sabía todo, pero se negara a darme cualquier información. Nunca me atrevía a preguntarle nada. Lo acechaba y lo observaba en silencio, y a veces escuchaba a escondidas cuando hablaba con mi madre. Pero no desvelaba nada nuevo. Tardé mucho en dejar que volviera a acercarse a mí. Aun así, nunca recuperamos nuestra antigua cercanía. La escena de despedida que había presenciado en secreto desde la escalera quedó enterrada en mi memoria, y pronto empecé a no estar seguro de si la había soñado o no.

Después de trasladarme a su piso, tardamos un tiempo en acostumbrarnos el uno al otro. Y cuando Yasmin se marchó, nos dejó un gran silencio que de pronto tuvimos que llenar. Nunca fuimos como padre e hijo, pero yo estaba convencido de que Hakim era el único que comprendía la dimensión de mi dolor y conocía la mejor forma de lidiar conmigo. Pese a ser mi tutor oficial, nunca me obligó a nada. Cuando me levantaba por las mañanas, me encontraba la mesa puesta; Hakim se había ido a trabajar al taller hacía rato. Y por las tardes, cuando llegaba, se quitaba esa camisa que olía a madera y serraduras, me explicaba qué tal le había ido el día y preguntaba por el mío con discreción.

«Así asá», solía ser mi escueta respuesta, cosa que parecía bastarle. Nunca quiso saber dónde me pasaba el día entero, y yo nunca le conté que me dedicaba a seguir el rastro de su hija. Tal vez lo intuyera. No me presionó para que buscara un puesto en prácticas, tampoco me dio ningún sermón sobre lo importante que era todo eso para mi futuro. Quizá fuera un tanto permisivo conmigo, pero le agradecía que me aceptara tal como era.

Cuando le hablé de mis planes de estudiar para bibliotecario, me abrazó con alegría y dijo que hacía lo correcto. Hakim estaba contento de tenerme por allí. Estaba contento de que el piso no se quedara vacío. Desde que llegó huyendo a Alemania con Yasmin y mis padres, siempre había estado cerca de nosotros. Había vivido mi nacimiento y el de Alina; era parte de la familia. Echaba mucho de menos a su hija. Aunque no la mencionaba a menudo, a veces me lo encontraba delante de la estantería del salón, contemplando sus fotos enmarcadas como si fueran valiosos retratos. También añoraba a mi madre y a Alina; sin ellas, el edificio se había vuelto muy silencioso, porque casi nunca se oía crujir la escalera, y también faltaban sus risas despreocupadas, que a menudo llegaban antes de que ellas aparecieran por la esquina. Por eso se esforzaba todavía más conmigo; yo era el único que le quedaba.

—No tienes por qué marcharte —dijo con tristeza cuando, algo después de empezar los estudios, le hablé de mi plan—. Aquí hay sitio suficiente para los dos, y nos llevamos muy bien.

En el fondo tenía razón, pero yo sentía que había empezado una nueva etapa de mi vida y me parecía apropiado emprender esa aventura por mi propio pie.

Un día, poco antes de que me instalara en el pequeño piso que encontramos para mí, salí del edificio y vi a Hakim de pie en la pequeña franja de hierba, delante del cerezo, acariciando la madera con dedos preocupados.

—Cancro —indicó al reparar en mi presencia, y torció el gesto—. Ven a ver esto.

Señaló la corteza, que había adquirido un color marrón oscuro con algunos puntos de un naranja intenso. La madera estaba seca y agrietada, y aquí y allá sobresalían protuberancias ulcerosas.

—¿Cancro? ¿Como un cáncer? —pregunté.

Había pasado por delante un sinfín de veces y, aun así, no me había fijado en esos cambios. No pude evitar recordar el día que mi padre, con unos huesos de cereza en la mano, me había explicado cómo orbitaba el satélite. Y a Alina, que nos miraba sentada en la hierba.

—No es exactamente un cáncer —explicó Hakim—. Las células no se reproducen de forma incontrolada. Es más bien un hongo que infecta la madera.

—¿Y cómo se contagia?

—A través de las pequeñas heridas en la corteza que provoca la escarcha. Me temo que habrá que talarlo. Este año aún llegaría a florecer, pero puede que a las cerezas les salga podredumbre parda.

Me afligió la idea de que ese árbol pudiera morir. Por un lado, era lógico y hasta cierto punto congruente, reflexioné con amargura, pues, por lo visto, todo lo que tenía que ver con ese edificio estaba destinado a sucumbir. Por otro, ese árbol no solo tenía mis recuerdos colgados de sus ramas como frutas descoloridas, también la cajita de madera de cedro con la diapositiva estaba enterrada entre sus raíces. Siempre había creído que ese escondite sería un lugar seguro.

Así que la desenterré antes de que lo talaran. La había envuelto en papel de periódico, pero la humedad lo había traspasado y había teñido la madera de cedro. Tampoco olía ya como antes. Su aroma acre se había desvanecido; la tierra lo había absorbido, la lluvia lo había lavado.

Interpreté el final del cerezo como una señal: la diapositiva era una parte de mí y debía permanecer a mi lado. Y como estaba íntimamente unida a los acontecimientos del pasado, me pareció que había llegado el momento de preguntarle a Hakim qué había querido de él mi padre la noche de su desaparición.

No pareció sorprenderle. Estábamos sentados uno frente al otro en el salón. En el pasillo había cajas de cartón llenas, porque esa tarde me daban la llave de mi primer piso. Nos habíamos servido un té, el vapor caliente salía de las tazas y Hakim me miró con serenidad.

—Entonces ¿nos viste?

—Sí. Lo seguí. Te acuerdas de cómo llegó a casa esa tarde, ¿verdad? Mojado e inquieto. Nos asustó muchísimo. Yo estaba preocupado, quería cuidar de él.

Hakim siempre llevaba gafas en casa. El vapor caliente del té le empañó los cristales cuando se acercó la taza a la boca.

—Fue a buscar algo al sótano. Subió con eso a tu casa y luego salió con las manos vacías. ¿Qué te dio?

Hakim me miró pensativo. Se levantó sin decir nada y fue a su dormitorio. Poco después regresó con un álbum de fotos y lo dejó en la mesa ante mí.

—Esto.

El álbum contenía muchas fotografías que yo ya conocía. Imágenes de la boda de mis padres, fotos que mi padre nos había enseñado aquella tarde. Pero también tenía otras que no había visto nunca: fotografías de Hakim tocando, con la cabeza inclinada y pose soñadora, mientras sus dedos tañían las cuerdas del laúd; Yasmin de pequeña en el Líbano, jugando con la arena en un parque.

Aquella noche quedaba muy lejos. Solo había visto vagamente un objeto rectangular envuelto en una tela. Era posible que fuera del tamaño de ese álbum. Aun así, algo me extrañó.

—Si también tenía este álbum —dije—, ¿por qué nos enseñó las fotos en forma de diapositivas?

Hakim sonrió mientras me veía pasar una página tras otra, contemplando las imágenes pegadas en ellas.

—También yo le dije que no hacía falta. «Enseñémosles a los niños el álbum», le propuse. Pero él insistió en organizar un espectáculo para vosotros. Ya sabes cómo le gustaba una buena representación. ¡Brahim quería montar el Leitz-Prado en vuestra mesa de comedor!

—Pero ¿por qué te dio el álbum?

—Ni idea —reconoció Hakim, y suspiró—. Sabes que tu padre era como un hermano para mí. Éramos amigos. Estas fotografías son recuerdos de nuestra amistad. Son las únicas imágenes en las que se me ve tocando, y a él le encantaba mi música. Si llegamos a conocernos, fue porque yo era músico por entonces. Creo que por eso me dio el álbum. —En ese momento parecía triste, desamparado, no me miraba a los ojos—. Sí, tu padre fue a verme esa noche. Yasmin ya dormía. Le pregunté qué pasaba. También yo me había asustado al verlo aparecer de aquel modo en vuestro piso. Yasmin y yo nos preocupamos. Pero no me dio ninguna explicación. Lo único que dijo fue: «Tengo que irme, Hakim». No me dijo que fuera para siempre; pensé que sería solo cosa de unas semanas. Todo el tiempo di por hecho que reaparecería en el momento menos pensado. No sé en qué jaleos andaba metido.

—¿Y no le preguntaste adónde tenía que irse?

—Claro que sí. —Volvió a suspirar. El recuerdo parecía dolerle—. Pero no podía decírmelo. Yo estaba sentado justo ahí, donde estás tú, y él caminaba de aquí para allá sin dejar de repetir: «No tengo más remedio, ¿lo entiendes?». No paraba de decirlo, como si no tuviera que convencerme a mí, sino sobre todo a sí mismo. Le insistí en que me contara en qué lío se había metido. Quería ayudarlo, pero él hizo un gesto negativo con la mano. No conseguí que me confesara nada de nada, tienes que creerme. Me pilló totalmente desprevenido. Cuando a la mañana siguiente ya no estaba, ni yo mismo podía creerlo. Éramos amigos, Samir, yo lo quería.

De pronto me dio la impresión de que Hakim llevaba años temiendo ese momento.

—Cuando salió de tu piso, oí que te pedía que le prometieras algo. —Intenté mirarlo a los ojos, recordando que los había visto llorando a los dos—. ¿Qué promesa era esa?

El viejo bajó la cabeza.

—Me pidió que cuidara de vosotros. —Tomó aliento. Una respiración profunda y pesarosa—. Dijo que durante su ausencia, sería responsabilidad mía que estuvierais bien y no os pasara nada malo. —Hakim parecía atormentado, inseguro—. Si piensas en todo lo que ha ocurrido desde entonces, no se me ha dado demasiado bien, ¿no?

El día después del atentado contra Rafik Hariri, me levanté muy temprano y fui a la biblioteca. Tenía que asegurarme de que nadie llegara antes que yo. Era 15 de febrero de 2005, tres años después de esa conversación. Había pasado la noche en casa de Hakim; no quería regresar a la soledad de mi piso. En esos momentos, nuestra vieja calle me parecía el único lugar seguro. Un muro protector hecho de hermandad. Por primera vez en la vida pude entender por qué la gente, después de una catástrofe, se reunía en iglesias o plazas públicas para encender velas, dejar flores y recordar a los muertos en silencio. La congregación de dolientes de nuestra calle acabó por disolverse y cada cual regresó a su casa. En la oscuridad de la noche se veían los parpadeos de las pantallas de televisión. La imagen de Hariri se quedó junto al árbol, cubierta de escarcha. Hakim se durmió delante del televisor y yo lo tapé con una manta. Su pecho se hinchaba y deshinchaba con regularidad, los pies le sobresalían por el borde del sofá, tenía la cabeza apoyada en un cojín. No solo parecía cansado, sino completamente exhausto. Me quedé allí sentado, mirando la interminable secuencia de imágenes de Beirut. Vi el humo, las llamas, los añicos de cristal, los rostros preocupados de los comentaristas. No oía lo que decían. Había quitado el sonido del televisor, igual que el de mi teléfono, porque Aurea no dejaba de llamar.

Mis pasos resonaban de una forma poco habitual en las paredes de la biblioteca. Nunca era el primero en llegar. En ocasiones Chris llevaba la misma ropa que el día anterior, por lo que estaba convencido de que pasaba la noche allí de vez en cuando, pero tampoco él estaba. Bajé al archivo y comprobé con alivio que todo seguía tal como yo lo había dejado: páginas de

periódicos repartidas por el suelo, artículos viejísimos con el papel amarilleado. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado? Me dispuse a limpiar mi rastro, doblé los periódicos y volví a colocarlos en sus estanterías.

Durante toda la mañana no ocurrió nada. Chris tenía una reunión fuera del edificio y no llegó a la biblioteca hasta pasado el mediodía. Como siempre, los usuarios de esas horas eran sobre todo jubilados que se sentaban encorvados con sus gafas de lectura sobre los periódicos del día. El asesinato de Hariri copaba todos los titulares, el profundo cráter de bomba en mitad de Beirut estaba por todas partes. Sobre las once llegó una clase de alumnos apáticos para hacer una visita guiada. Los paseé por el edificio, les expliqué cómo consultar el catálogo con la ayuda de los PC para usuarios y sacar libros en préstamo, lo que eran la disponibilidad y el préstamo interbibliotecario, y que incluso teníamos una colección de DVD. Eso fue lo que les pareció más emocionante. Chris llegó a la una. Los cristales de sus gafas estaban perlados de lluvia, llevaba la chaqueta y el pelo empapados.

—Me he dejado el paraguas —comentó con un gesto de impotencia.

—¿Qué tal la reunión? —pregunté como si tal cosa.

—Bien. Ya está decidido que seremos uno de los emplazamientos de lectura en la Larga Noche de la Literatura de mayo. Lo que no se sabe aún es quién vendrá a leer aquí. ¿Qué tal tu cita de anoche?

—Bien —mentí.

Me miró un instante y luego asintió.

—Eso de Hariri… Mal asunto. Lo he oído en las noticias. Seguramente te habrá afectado mucho.

—Sí. A quién no.

—No seguía muy de cerca su figura —dijo Chris—, pero me caía simpático. Hizo mucho por el país, ¿verdad?

—Sí. Fue muy importante después de la guerra.

—Esperemos que no ocurra nada peor aún. Por allí abajo siempre hay líos. —Se quitó la chaqueta mojada y la colgó en la silla—. Antes, en la radio han dicho que a lo mejor han sido los sirios. ¿Tú qué piensas?

—Es muy posible —opiné.

—Aún me acuerdo de los años ochenta, cuando tenía más o menos tu edad. La guerra civil del Líbano. Cuando asesinaron a Bashir Gemayel. Creo que tuvo una repercusión similar, y también entonces dijeron enseguida que habían sido los sirios.

Asentí.

—La historia se repite —solté con torpeza.

No quería hablar con Chris del Líbano. Ni del asesinato de Hariri, ni del atentado contra

Gemayel, del que tanto había leído. Mejor dicho: sobre todo no quería hablar del atentado contra Gemayel. No solo recordaba demasiado bien el momento en que, poco después de empezar mi formación, hojeé uno de los libros sobre la guerra civil y se abrió por esa página, sino que también supuso la mayor conmoción de mi vida. No había palabras para describir la confusión que sentí, la piel de gallina, el desconcierto. Me quedé mirando la fotografía que acompañaba a aquel artículo sin poder creerlo. En ella salía el entonces presidente del Líbano, el hombre que fuera jefe de la Falange y fundador de las Fuerzas Libanesas: un joven apuesto, con una abundante mata de pelo negro, ojos oscuros y una sonrisa agradable, que saludaba a una muchedumbre. Bashir Gemayel. El mismo hombre vestido de uniforme que estaba junto a mi padre en la diapositiva.

Por la tarde regresé a casa paseando bajo unas nubes pesadas. La ciudad había quedado atrapada bajo el gris impenetrable de febrero. La mayoría de los postigos estaban cerrados, salía humo de las chimeneas, en la acera se habían formado pequeños charcos. Las únicas notas de color eran los paraguas abiertos de la gente que corría bajo las cortinas de lluvia para llegar a su casa.

Pese a ese ambiente agobiante de las calles y a los terribles acontecimientos de la tarde anterior, me sentía tranquilo y sorprendentemente optimista. En la biblioteca nadie parecía sospechar de nada. Tranquilidad y optimismo. Por última vez en muchísimo tiempo. Pero eso no lo sabía aún. Tal vez habría caminado más despacio todavía a pesar de que la lluvia goteaba desde los toldos verde musgo de las fruterías; quizá habría inspirado el aire recién renovado y habría disfrutado un poco más de que todo hubiera salido bien. Sin embargo, no sospechaba que el atentado contra Hariri desencadenaría una serie de acontecimientos que tendrían también graves consecuencias en mi situación personal.

Una de esas consecuencias fue que Aurea rompió conmigo: al llegar a casa, la encontré sentada en los escalones de mi portal, hecha un ovillo.

—No me has llamado —dijo sollozando. Su melena eran mechones empapados, las manos le temblaban, pero no me atreví a abrazarla—. ¿No piensas explicarme al menos qué ha pasado?

La lluvia repiqueteaba en los escalones y el descansillo.

—No —dije—. No puedo.

Me daba cuenta de que se debatía consigo misma. Y me dolía. Me habría gustado hacer algo más por ella. Por nosotros. Habría podido ir a buscarme a la biblioteca. Que estuviera allí significaba que me estaba poniendo a prueba: si por fin la dejaba entrar en mi piso, querría decir que aún sentía algo por ella. Pero no fui capaz. Y menos aún después de encontrármela sentada en la puerta, calada hasta los huesos. Tenía que terminar ya, allí mismo; no me dejaba elección.

—No puedes. —Fue más la repetición mecánica de mi respuesta que una pregunta—. Me

prometes no sé qué regalo y luego me dejas plantada en un restaurante. El día de San Valentín. ¿Y no crees que deberías darme una explicación?

—No puedo —insistí.

—Y supongo que tampoco vas a invitarme a pasar, ¿verdad?

—No.

—Tienes otra novia —afirmó—. ¿Vives aquí con ella? —Señaló la puerta del edificio, a su espalda. Junto a los timbres había ocho nombres—. ¿Por eso nunca has querido que viniéramos a tu casa?

Me quedé callado. Era mejor que pensara eso. Eso me convertiría en un cabrón tan asqueroso que quizá así le resultaría más sencillo superar lo nuestro. Lo cierto es que me habría gustado decirle que entrara, pero no podía ser.

Al ver que no contestaba, Aurea negó con la cabeza sin poder creerlo.

—¿Cuántos años tienes, Samir? ¿Dieciséis? ¡Madura de una vez!

—Lo siento mucho —dije.

—¡Pues yo no!

Una última mirada de decepción antes de pasar junto a mí. Luego metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, levantó los hombros y se alejó apretando el paso bajo la lluvia.

Esa fue la primera consecuencia del asesinato de Hariri en mi vida. La segunda tuvo un alcance aún mayor y fue más destructiva, con un giro casi novelesco. Porque en el momento en que, completamente empapado, abrí la puerta del edificio y subí la escalera hacia mi piso, a Chris, que aún estaba en la biblioteca, se le ocurrió hacer algo que me explicó más adelante, cuando me llamó a su despacho: con su manía de querer saberlo siempre todo, bajó al archivo y, en una estantería llena de polvo, al fondo del todo, buscó un viejo periódico con fecha de 15 de septiembre de 1982. Quería ver cómo habían dado en aquel entonces la noticia del asesinato de Bashir Gemayel, y si había algún paralelismo con el atentado contra Hariri. Encontró el periódico, pero en su interior no estaba lo que buscaba. Y así fue como acabó por descubrirme.

15

El motor del Volvo lucha contra la pendiente. Las escarpadas laderas están llenas de rocas desmenuzadas, la carretera serpentea subiendo en cerradas curvas. La región de Chouf despliega un paisaje paradójico: una rocosa sobriedad, interrumpida por praderas de un verde intenso donde las cabras pastan por entre granados agazapados. Casi todo el tiempo pasamos junto a enebros y pinos piñoneros. Desde las laderas nos llega el canto de los grillos.

No hago más que recapitular lo que he descubierto hasta ahora: el tratante de animales Ishaq Caralagarto, poseedor de numerosos animales con talentos extraordinarios, era en realidad Ishaq Abdallah, el director del hotel Carlton. El único punto débil que mi padre le había dado al personaje de sus historias era el miedo al fuego, y no era de extrañar, ya que Abdallah tenía la mitad de la cara convertida en una cicatriz escamosa. Al rinoceronte imbatible jugando a las cartas lo he conocido en persona: Sinan Aziz. Desde que hemos salido de Beirut, no hago más que removerme inquieto en el asiento del copiloto. Si mi sospecha se confirma, ya sé cómo se llama el hombre a quien estamos buscando.

—Aquí arriba la gente es muy pobre —dice Nabil. El coche se ahoga en la subida, así que pone una marcha más corta; el motor ruge y la grava cruje bajo los neumáticos—. Hay muchísimas aldeas pequeñas. En invierno, los habitantes no pueden permitirse ni gasóleo ni gasolina para la calefacción, así que cortan leña ilegalmente.

Señala algún que otro tocón de árbol que se ve junto a la carretera. Acabamos de adelantar a un hombre que sube la pendiente en una bicicleta desvencijada, sudando bajo el sol abrasador. Lleva una túnica gris y un sombrero blanco cónico con la punta truncada.

—Chouf es un bastión druso —comenta Nabil—. Desde hace muchos siglos. Su zona de influencia se extiende hasta la frontera con Siria.

No sé mucho de los drusos, solo un par de datos que he aprendido por ahí. Una religión fascinante, según creo.

—¿Cuántos drusos hay en estas montañas?

—Unos doscientos mil. También los hay en Beirut, por supuesto, y en otras ciudades, pero la mayoría están repartidos por los pueblos de Chouf.

En una de mis fuentes he leído que los drusos libaneses tienen derecho a la autogestión. Incluso una legislación propia. Le pregunto a Nabil si es cierto.

Asiente.

—Siguen estando supeditados a la ley del Líbano, desde luego, pero para asuntos internos tienen su propia jurisdicción. Ellos se consideran árabes, pero no musulmanes.

He leído que descienden de los fatimíes, una rama de los musulmanes chiíes que vivía en Egipto en el siglo XI, pero sus enseñanzas incluyen también elementos de la filosofía griega, el hinduismo y el cristianismo. Creen, por ejemplo, en la resurrección, y que, cuando un druso pierde la vida de forma violenta, puede incluso recordar a los padres que tuvo en su vida anterior.

—¿Les cedieron la región? ¿Cómo es que la mayoría ha acabado viviendo aquí?

—En parte sí. Antes, aquí arriba también había muchos cristianos. —Nabil hace una pausa muy elocuente—. Pero hoy ya no.

Pienso en las palabras de Sinan Aziz: «A lo mejor basta con que digas que buscas a un hombre que es cristiano».

—Ese es un capítulo oscuro. —Nabil se pasa una mano por la barba mientras con la otra gira el volante para tomar una curva cerrada. Solo haría falta alargar el brazo por la ventanilla para arrancar una rama de enebro—. El Gobierno realiza grandes esfuerzos para traer de nuevo a los cristianos aquí arriba, a Chouf.

—¿Por qué?

—Para que los desplazados vuelvan a casa —explica.

Las cabras que pastan junto a la carretera nos miran rumiando aburridas cuando pasamos de largo. A la derecha, el terreno cae en picado. Colinas y paredes montañosas surgen aquí y allá. Lejos, muy lejos, abajo del todo, Beirut destella como un collar de perlas, y más allá, el mar.

—Se trata de un programa de repoblación decretado por el Estado. Una especie de reparación, si quieres. —Nabil me mira—. En Brih, por ejemplo, las familias cristianas solían vivir codo con codo con los drusos. En casi todos los pueblos de las montañas sucedía lo mismo, pero, durante la guerra civil, cerca de un cuarto de millón de cristianos huyeron de la región…

De nuevo el tema de la guerra. Es omnipresente. Sus repercusiones han tejido telarañas que llegan hasta el presente. No siempre se ven a primera vista; están ocultas por las grúas, las hormigoneras y el ruido de las obras que sugieren un renacer. El renacer a una nueva época.

—Drusos y cristianos. La cosa empezó ya a mediados del siglo XIX —explica Nabil—. Por entonces hubo una terrible matanza de cristianos en Damasco, y luego una matanza cristiana de drusos en el Líbano. Ninguno de los bandos le regaló nada al otro. Y en la guerra civil, cristianos y drusos lucharon por el control de la región de Chouf. También en Brih hubo una matanza. Fue en 1977. Varios hombres armados con fusiles automáticos asesinaron a los cristianos que salían de la iglesia. Cada vez más familias huyeron de Chouf, la mayoría a Beirut.

—¿Y el programa de repoblación pretende ahora que los cristianos regresen?

—Exacto. Brih es uno de los últimos lugares en los que todavía tiene que llevarse a cabo esa

«reparación». —Nabil dibuja unas comillas en el aire con los dedos—. Hasta ahora, casi nadie ha vuelto aquí. En parte porque la mayoría de las familias ya ha rehecho su vida en otro sitio.

—¿Y los cristianos qué opinan? ¿Quieren volver?

—Están divididos. Tienes que entenderlo: Chouf también era su hogar. Los más viejos seguro que recuerdan todavía una infancia feliz, celebraciones familiares en la terraza junto a las casas de sus vecinos drusos, a quienes invitaban a comer. Y viceversa. ¿Quién no querría regresar a su hogar?

—¿Pero?

—Pero existe una ley que exime a los desplazados de pagar un alquiler en sus casas actuales. Eso cambiaría para quienes aceptaran ser reubicados y no tuvieran la suerte de que sus viejas casas siguieran en pie.

Ante nosotros hay una cabra plantada en mitad de la carretera. Nabil la esquiva. Ella ni siquiera nos mira cuando la rodeamos y recorremos varios metros medio pisando la hierba.

—El caso es que se trata de un tema complicado. En Brih van a construir una iglesia para facilitarles la vuelta. Aunque quizá una escuela tendría más sentido. Ya hemos llegado.

Nabil toma la última curva y ante nosotros aparece el pueblo, cobijado por el estrecho valle. A su alrededor se elevan laderas repletas de terrazas de viñas. El azul del cielo, el verde oscuro de las pendientes y la cal blanca de las casas que se reparten por la pequeña extensión sumergen el entorno en un increíble juego de colores.

Se me acelera el pulso cuando, tras dejar el coche, llegamos a las primeras casas. La grava cruje bajo nuestros pies. Apenas vemos a nadie. Una anciana con un delantal de flores tiende la colada en una cuerda. Dos perros holgazanean tumbados al sol mientras las moscas zumban a su alrededor. Un niño que no lleva puesto más que el pañal está sentado a su lado, en el suelo, y bebe de una botella de agua que es casi igual de grande que él. La mitad acaba derramada sobre su barriga. Cuando pasamos por delante, ríe y nos saluda con la mano. Nosotros le devolvemos el saludo. Desde la entrada, el pueblo parecía un lugar idílico y virgen. Más de cerca, sin embargo, se ven muchas casas sin acabar. Terrazas destartaladas y maltratadas por el tiempo. Muros sin encalar, polvo arrastrado por el viento. La pintura azul y amarilla se desconcha de las paredes. Brih es un pueblo fantasma, un Beirut en miniatura que se ha quedado dormido. Empezado pero inconcluso, con plantas de vieja mampostería a medio terminar.

—¿Son de la compañía telefónica? —La mujer que está tendiendo la ropa nos mira.

—¿Cómo dice?

—Que si son de la compañía telefónica.

—No.

—Ah. Ya me extrañaba a mí.

Miro a Nabil, que se encoge de hombros.

—Hace dos semanas que tendrían que haber venido —explica la mujer. Saca una blusa blanca del cesto y la cuelga sin volver a mirarnos—. «Tres meses», dijeron. «Dentro de tres meses tendrán líneas nuevas». Eso dijeron. Y todavía no ha pasado nada.

—Por desgracia, no sabemos nada de eso. Lo siento.

—Tranquilo —dice la mujer, que sigue ocupándose de su colada—. De todas formas, no tenemos teléfono. Aunque estaría bien que alguna vez nos dijeran la verdad, y no como siempre, que te prometen y anuncian cualquier cosa, y luego nunca pasa nada. Ah, hola. —Levanta la vista y mira más allá de nuestras cabezas.

—Hola —contesta una voz masculina antes de que tengamos tiempo de volvernos.

—No son de la compañía telefónica —informa la mujer al hombre que tenemos detrás—. Ya se lo he preguntado.

Camina mirando al suelo, así que al principio no distingo bien su rostro. Solo le veo la cabeza, cubierta de un pelo fino y gris. Tiene la espalda muy encorvada y una gran joroba que le abulta la camisa. Entonces levanta la cabeza y me mira.

—No pasa nada —dice—. Tú debes de ser Samir.

No estoy sorprendido; estoy cautivado. Una tormenta de imágenes arrecia a mi alrededor. El suave remolino de mi infancia se convierte en un tornado. Me veo a mí mismo en la sombra del cerezo, tomando a Yasmin de la mano y llevándola a los escalones de nuestro portal. Los dos, con seis y ocho años, los subimos corriendo y riendo. «¿Lista?», le pregunto, y Yasmin asiente emocionada y se acomoda en el primer tramo de escaleras mientras yo me quedo en el rellano, como el actor de una obra de teatro. Yasmin es mi público, sus ojos son miles de focos. Recuerdo perfectamente esa sensación: un miedo escénico que me petrifica, una alegría febril, una historia muy esperada. «Hoy quiero presentarte a alguien», anuncio con una gran sonrisa. «Es un amigo. Se llama Amir y vivirá numerosas aventuras junto a Abu Youssef». Estoy a sus pies, y con la voz de mi padre le hablo sobre el dromedario Amir, el fiel amigo de Abu Youssef. Veo la alegría de Yasmin, disfruto de su aplauso. La tormenta de imágenes pasa de largo. Igual que cuando el telón de un cine corre hacia un lado, Brih aparece en primer plano cual escenario real.

—Amir —susurro. No es mi intención hablar tan bajo, pero me he quedado sin voz.

Sonríe. Una sonrisa bondadosa, reservada para ese momento especial.

Me encantaría dar un paso hacia él. Tocarle la cabeza, la piel arrugada de su rostro, palpar la joroba que lo encorva tanto. Querría comprobar que es de verdad, pero soy incapaz de moverme, estoy petrificado.

Él me sostiene la mirada y mantiene la sonrisa hasta que consigo reaccionar.

—Ven —dice—. Debes de tener miles de preguntas.

Su casa es una de las pocas del pueblo que no parece un solar en construcción. Al menos por fuera se ve terminada y habitada. La fachada es de un amarillo intenso y cálido, las losas de la terraza brillan bajo el sol, en el alféizar hay varias macetas con hierbas aromáticas, albahaca y menta. Nos sentamos fuera. Una lagartija se esconde bajo una piedra, una ráfaga de viento recorre el terreno y nos trae el aroma de la lavanda. En la mesa, ante mí, tengo un vaso de limonada con una rodaja de limón y cubitos de hielo. Veo a Nabil desaparecer detrás de un muro, unos metros más allá. Se ha ido a dar una vuelta por el pueblo.

Amir está sentado frente a mí. Su pose es la de un anciano. Al servir el refresco le temblaba el brazo y los párpados se le estremecían con nerviosismo. Por eso me sorprende el sosiego de su voz. Si solo lo oyera hablar, pensaría que tiene treinta y tantos años. Una voz firme y agradable. Me cuesta mirarlo sin pensar en el divertido dromedario. Sigo teniendo la sensación de haber entrado por un armario o un túnel misterioso a un universo paralelo en el que los personajes predilectos de mi infancia se han convertido en personas de verdad. Si esto es un sueño, no sé si quiero despertar algún día.

—Nabil me ha hablado del proyecto de repoblación —le comento—. ¿Cuándo regresaste? —No me ha ofrecido que lo tutee, pero soy incapaz de hablarle de usted. Para mí es como un viejo amigo a quien no veía desde hacía muchos años.

—Nunca me fui del todo —responde sonriendo—. Salvo por la breve época que pasé en el hotel, que fueron dieciséis meses. Chouf es mi hogar. En marzo de 1981 me fui a trabajar al Carlton, y regresé en septiembre del 82.

—¿Estuviste aquí arriba durante la guerra?

—Sí. Con mi familia. Llegó un momento en que fuimos los últimos cristianos de Brih. Hoy ya solo quedo yo.

—¿Dónde está tu familia?

—Ya no vive nadie. No tenía hermanos, éramos tres: mis padres y yo. Cuando me marché a Beirut, ellos se vinieron conmigo. Solos aquí arriba no se sentían seguros. Lo cual es paradójico, porque tampoco lo tuvieron fácil siendo cristianos en el Beirut Oeste. Pero la ciudad es más grande que un pueblo, más anónima. Teníamos un piso en la parte oeste, y a mí me daban una habitación en el hotel, así que el sueldo que ganaba se lo entregaba a mis padres para pagar el alquiler. Cuando dejé el hotel, nos faltó el dinero y regresamos aquí. Por entonces ya quedaban muchos menos cristianos.

—O sea, ¿que desde 1982 has vivido aquí?

—Sí. En todo este tiempo solo he salido de Brih una vez.

—Cuando estuviste en Beirut para preguntar a Sinan Aziz por mi padre.

—Exacto.

—¿Por qué dejaste de trabajar en el Carlton, si eso significaba tener que regresar?

—No fue por una cuestión económica —contesta—. Fue otra cosa.

Me observa con su mirada cálida, aunque parece costarle mantener la cabeza erguida. Creo que reconoce en mí al joven Brahim, o eso intuyo en sus ojos.

—Aziz me dijo que querías perdonarle algo a mi padre. Que por eso querías dar con él. ¿Qué ocurrió entre vosotros? —pregunto.

Amir alcanza su vaso y da un trago.

—Igual que tú, hace un par de años oí hablar del proyecto de repoblación que querían poner en marcha. Por entonces vinieron ministros y funcionarios del Gobierno a explicárnoslo. Dijeron que regresarían más de tres mil cristianos en un periodo de entre dos y tres años. Que ya iba siendo hora de que los drusos y los cristianos de aquí arriba se reconciliaran. Ese fue el momento en que pensé en Brahim. La idea de una reconciliación tardía me gustó. Todas las casas que ahora se están rehabilitando o se construyen desde cero pertenecieron una vez a cristianos. Quieren erigir una iglesia, poner líneas telefónicas nuevas, modernizar el hospital y mucho más. Brih debe volver a ser como antes. Sé que eso será difícil. Sé que, en última instancia, no es más que un proyecto con el que los políticos quieren ganar prestigio, porque para la población afectada todo esto conlleva una retahíla de problemas. Aun así, la idea de que la gente vuelva me gusta. Brih es su hogar. Tal vez encuentre entre ellos a amigos del pasado, con quienes crecí y fui al colegio. Nunca es demasiado tarde para perdonarse.

—Pero ¿qué te hizo exactamente mi padre? —vuelvo a preguntar.

—Eso no es importante, Samir —me asegura con voz suave—. No encontré a Brahim. Ni siquiera su madre sabe dónde está. Cuando le pedí a Sinan que fuera a verla, hace unos años, la mujer daba por hecho que vivía en Alemania. Pero que tú estés aquí me cuenta una historia diferente. Lo que ocurrió entre nosotros fue una nube negra. Ahora ya ha pasado.

—Yo creo que está aquí —digo.

Amir asiente despacio.

—Yo también lo creo.

—¿Por qué?

—Porque soy incapaz de imaginar que pueda haber aguantado tanto tiempo sin el Líbano. Amaba hasta la última piedra y el último árbol de este país. —La voz de Amir es delicada, casi nostálgica. Como si recordara momentos pasados con mi padre.

—¿Erais amigos?

—No sé si fui un amigo para él —contesta—, pero nos caíamos muy bien. Solíamos subir a ver los cedros en nuestro día libre. A Brahim le encantaban. Incluso llegó a enseñarme sus poemas. No entiendo mucho de eso, pero creo que eran buenos.

El tema me inquieta demasiado, así que lo intento una vez más.

—Si en más de treinta años no has podido olvidar lo que fuera que te hizo, debió de ser algo

grave.

Amir me contempla en silencio.

—Entiendo bien tu deseo —afirma—, pero no te lo diré, Samir. Tu padre era un buen hombre; no ensuciaré el recuerdo que conservas de él solo por un error. Mejor dime: ¿cuánto hace que no lo ves?

—Desde 1992.

—¿Naciste en Alemania?

Asiento con la cabeza.

—En 1984.

—¿Cuándo se marcharon tus padres de aquí?

—Huyeron a finales de 1982.

—¿Y es la primera vez que vienes?

—Sí.

—¿Te gusta esto?

—No lo sé. Es muy diferente a lo que imaginé durante mi infancia.

Amir ríe, y al hacerlo se lleva una mano a las costillas, como si le dolieran. Pero la risa parece sincera.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —pregunto.

—¿A Brahim? A mediados de septiembre de 1982. Todavía estaba en el hotel cuando yo me fui. Iba a casarse poco después.

—¿Te enseñó por entonces alguna de sus historias? ¿Las historias que escribía?

Amir reflexiona.

—Solo recuerdo poemas, pero no me extrañaría que también hubiera escrito historias. Brahim tenía talento para el relato. Era capaz de venderles a los turistas un whisky de tres dólares por quinientos.

No puedo evitar sonreír.

—Aziz me lo ha contado.

—¿Por qué lo preguntas?

Amir parece despierto y atento, sus ojos desprenden una gran simpatía y una profunda serenidad.

—Porque te conozco —digo en voz baja. El recuerdo es tan vívido que me da miedo que me traicione la voz—. Te conozco desde hace mucho mucho tiempo. Me contó historias sobre ti.

Amir parpadea.

—¿Te contó historias?

—Sobre ti y sobre Sinan Aziz. Erais personajes de sus historias.

—¿De verdad? —Ahora le brillan los ojos. La sorpresa parece auténtica, su rostro de anciano

adopta una expresión de entusiasmo juvenil—. Jamás lo habría imaginado —dice perplejo. Se pasa una mano por la cabeza y se rasca la frente—. Me refiero a que creía que me habría olvidado.

Niego con la cabeza.

—Te aseguro que no.

—¿Y qué clase de personaje era? —Amir parece no salir aún de su asombro.

Ahora que lo tengo sentado delante, con la joroba asomando detrás de su cabeza como una montaña detrás de un árbol, me parece cruel que mi padre lo comparara con un dromedario. Aun así, tiene derecho a saberlo.

—Eras el dromedario Amir. El mejor amigo y ayudante de Abu Youssef, el protagonista de sus historias.

Temía que se sintiera decepcionado, dolido y hasta puede que indignado. Sin embargo, apenas he terminado la frase, sus facciones se iluminan de nuevo.

Amir golpea la mesa con la palma de la mano abierta y se echa a reír.

—¡Fantástico! —exclama—. ¡Maravilloso! ¿Eran historias de las de irse a la cama?

—Sí —respondo.

—Espléndido. ¿Y las puso por escrito? ¿Todavía las conservas?

—No, solo me las contaba.

Me siento aliviado al ver que se alegra tanto.

—Es realmente magnífico. ¿Y bien? ¿Soy como me habías imaginado?

—No sabía que fuerais personas de verdad —confieso. Me siento como un niño pequeño al que de pronto sus muñecos le hablan desde la estantería—. Pensaba que solo existíais en esas historias.

—Pues ya ves, aquí estoy —dice, y se ríe—. Y esas aventuras… ¿Qué clase de aventuras eran?

—Muy variadas. Pero Abu Youssef y tú erais famosos en todo el país. Reyes, jeques, princesas, el pueblo llano, todos os aclamaban y querían vuestros autógrafos.

Sonríe de oreja a oreja.

—Me gusta mucho. Gracias por contármelo —dice encantado—. Es sorprendente lo mucho que se olvida con el tiempo, pero las historias que nos contaron de niños las recordamos toda la vida, ¿a que sí?

—Sí, es verdad. Son algo muy especial.

Bebo un poco de limonada antes de que los cubitos se deshagan del todo. No veo a Nabil por ninguna parte, debe de estar echándose otra siesta debajo de algún árbol.

—Amir. Hay una cosa que debo preguntarte.

—Pues pregunta. —Su voz suena alegre, parece que sigue contento.

No estoy seguro de cómo plantearlo. Es una cuestión que me ha tenido despierto desde el encuentro en el Rhino Night Club. Una sensación tan poderosa que desde entonces no he podido deshacerme de ella.

—Sinan Aziz era un rinoceronte imbatible jugando a las cartas —empiezo a decir—. Tú eras un dromedario, el fiel ayudante del protagonista. También Ishaq aparecía en alguna historia. Era un esclavista capaz de convertirse en lagarto.

De repente, toda alegría desaparece del rostro de Amir.

—Ishaq… —susurra.

—Sí.

—¿Dices que era un esclavista?

—Exacto.

—¿Y podía convertirse en lagarto?

—Sí, con la luna llena.

—Muy acertado —opina Amir bajando la mirada.

—Eso mismo ha dicho Aziz. ¿Dejaste el Carlton por culpa de Ishaq?

—También, sí. —Amir asiente turbado—. Pero eso forma parte del pasado. No hablemos más de ello.

—Lo que quiero decir es lo siguiente: Ishaq aparecía en una historia… —Hablo despacio, para asegurarme de que me sigue—. Sinan Aziz aparecía en otra historia. Tú estabas en muchísimas… —Guardo silencio un momento—. Amir. —Lo miro a los ojos, quiero que esté atento a mis palabras—. Todos esos personajes sois personas que existen de verdad.

—Sí —parece inseguro—, lo sé.

—Entonces —digo, y respiro hondo—, ¿quién es Abu Youssef?

El canto de los grillos suena más fuerte. Si no hablas y te concentras en él, es ubicuo; un concierto estrambótico que baja resonando desde las laderas. Los perros que antes dormían en una terraza avanzan ahora cansados por la calle; un hombre sale de la casa de enfrente, mira hacia el sol y me dedica un gesto con la cabeza antes de echar a andar hacia la entrada del pueblo. Poco después, Amir llega con otra jarra de limonada fría. He ido un momento al baño y he vuelto a sentarme a esperarlo. El interior de la casa me ha sorprendido. No tiene muebles, todas las habitaciones están vacías, solo en una hay un colchón. No he visto ningún televisor, ningún teléfono, ningún ordenador. Las palabras de Sinan Aziz vuelven a mí: «Si supieras cómo vive, me darías unas palmaditas en el hombro por haberlo encontrado tan deprisa».

Duele saber que Amir está tan solo aquí arriba. No parece triste por ello, pero este aislamiento no acaba de encajar con el alegre dromedario que adoraba las muchedumbres, disfrutaba

concediendo autógrafos y se dejaba vitorear. Es como si la realidad lo hubiera abandonado, como si ya no se contaran historias sobre él.

—Lo he estado pensando —dice ahora, mientras deja la jarra de limonada—. Había un Youssef en el hotel. No lo conocía demasiado, pero tal vez fuera amigo de Brahim y lo incluyera también en sus historias, como a todos los demás. Es una posibilidad, aunque nunca los vi juntos, y ese Youssef estuvo muy poco tiempo allí. Por eso, es posible que haya una segunda explicación…

—¿Cuál?

—Youssef es un nombre muy habitual. Muchos libaneses se llamaban así por entonces, e incluso hoy en día sigue siendo un nombre muy apreciado. Si quisieras contar una historia sobre Francia y que tu protagonista reflejara al pueblo francés, al francés típico, lo llamarías François. François y Youssef son el hombre de a pie. Personajes simbólicos. Es muy posible que Brahim escogiera a propósito ese nombre para su héroe. Un libanés clásico, ¿entiendes? El arquetipo del libanés, si quieres: hospitalario, amante de las buenas fiestas, un aventurero que sigue la tradición de sus antepasados fenicios. Y, claro, seguro que también había mucho de él mismo en ese personaje.

Amir me sonríe. Su segunda explicación resulta muy plausible. Sé lo mucho que amaba el Líbano mi padre. Crear un protagonista tan simbólico para sus historias, uno al que solo por su nombre se le reconociera ya como libanés, sería muy propio de él.

—Creo que es lo que haría un soñador como él —añade Amir, como si me leyera el pensamiento.

—Yo también.

Asiente, satisfecho.

—No todas las preguntas ocultan un complicado enigma, ¿tengo razón?

—Seguro que sí —digo, y levanto el vaso.

Amir brinda conmigo.

—¿Puedes contarme algo más de él?

—Claro que sí. —Mientras habla, se masajea la nuca con la mano—. Cuando llegué al hotel en marzo de 1981, Brahim y Sinan Aziz ya estaban allí. Con Sinan trabajé a menudo. No sé qué te habrá contado de Ishaq, pero Sinan no era precisamente un fideo por aquel entonces, y yo ya tenía esta joroba. El caso es que para Ishaq era muy importante que los clientes nos vieran lo menos posible. Aun así, éramos buenos empleados, muy trabajadores, y el hotel tampoco recibía tantas solicitudes de empleo, así que no era tan fácil sustituirnos. Para las tareas más inferiores sí le parecíamos lo bastante buenos, pero nuestro aspecto no estaba a la altura de la categoría del hotel. No olvidemos que se trataba del Carlton, un establecimiento muy conocido en Beirut. Ishaq nos trataba con bastante brutalidad, nos tenía todo el día haciendo los trabajos más

penosos. Una vez me gritó: «Puedes estar contento de que la maldita guerra haya llegado a la ciudad. Antes teníamos los circos a la vuelta de la esquina, y seguro que se habrían frotado las manos por contratar a un camello parlante como tú». Después de eso, tu padre me estuvo animando. «Un camello tiene dos jorobas», me dijo. «Tú solo tienes una. Así que, en todo caso, serías un dromedario parlante». Lo soltó de una forma que me hizo reír. Nunca me trató de forma diferente por mi aspecto físico, y nos sentíamos algo más unidos porque los dos éramos cristianos.

—¿La religión era un problema entre los empleados?

—No, pero teníamos miedo de que pudiera llegar a serlo. Que hubiera guerra en Beirut no implicaba que constantemente cayeran bombas por todas partes, ni que todos tuviéramos que bajar corriendo al sótano cuando sonaban las sirenas. A menudo, los disturbios se limitaban a calles concretas, así que a veces ni te enterabas de lo que estaba pasando. También había semanas en las que no se disparaba ni un solo tiro. Pero entonces, de repente, volvían las explosiones. La cosa iba de controlar barrios enteros. No solo se trataba de cristianos contra musulmanes contra drusos; todos luchaban contra quien fuera si con ello esperaban sacar alguna ventaja. Para nosotros era más bien una guerra del miedo. A menudo oíamos hablar de las barricadas, y de que las milicias retenían a personas al azar y las secuestraban o las mataban de un tiro y luego las lanzaban al mar. Nuestro mayor miedo era que pudieran secuestrar o matar a algún familiar de los empleados del hotel. Por ejemplo, que unos milicianos cristianos mataran a la prima de un compañero musulmán. Entonces todo podría haber estallado. Ya no habríamos sido solo «compañeros», sino «compañeros cristianos». La religión habría cobrado importancia de repente, por mucho que en la relación cotidiana entre nosotros no tuviera relevancia alguna. Brahim enseguida entendió que todo lo que ocurriera fuera también debía quedarse fuera, así que nos trataba a todos como a iguales, aunque él tuviera un puesto especial. Gracias a los timos que les hacía a los turistas ricos, siempre manejaba dinero, y lo compartía con nosotros. A veces, cuando Ishaq nos retenía parte del sueldo, él nos daba una cantidad incluso mayor. Como solía estar donde se conseguían más propinas, siempre tenía para repartir. Todos lo apreciaban mucho, de verdad. En 1981, cuando yo entré en el hotel, él ya era una pequeña celebridad. Representaba a la dirección y recibía a los clientes con un apretón de manos. También era el contacto para los novios que querían celebrar su boda en el Carlton. Concertaba con ellos todos los detalles: cuántos invitados asistirían, qué comida se serviría y con qué vino, qué altavoces se instalarían, cómo serían los pequeños fuegos artificiales junto a la piscina. En realidad, era insustituible.

—Dices que los compañeros también lo apreciaban. ¿Porque repartía el dinero entre todos?

Amir niega rotundamente con la cabeza.

—No, no. Era por su actitud, esa rara despreocupación que tenía. En el Beirut de aquella época

no era normal, se consideraba algo especial. Que compartiera el dinero con nosotros también influía, claro, pero no era lo primordial.

—¿Qué lo era, pues?

—En algún momento se corrió la voz de que la madre de Brahim era muy rica. En realidad, tu padre no tenía necesidad de trabajar en el Carlton. Habría podido marcharse del Líbano para estudiar donde quisiera. Sin embargo, allí estaba, con nosotros en el hotel, y no se creía mejor que nadie. Ninguno de nosotros habría dejado escapar esa oportunidad; una formación en el extranjero habría sido como un regalo. Él, en cambio, no lo veía así. Quizá fuera irresponsable por su parte, pero esa rebeldía era lo que admirábamos en él.

«Rebeldía». Esa es la palabra clave que me faltaba. Vuelvo a pensar en la diapositiva, saco la copia del bolsillo de la mochila y se la dejo a Amir encima de la mesa.

—¿Puedes decirme algo de esta fotografía?

Él se acerca la imagen arrastrándola con los dedos. La contempla un rato en silencio y luego pregunta en voz baja:

—¿De dónde la has sacado?

—Es de una vieja diapositiva —explico—. La tengo desde hace mucho tiempo. Hace unos años fui a que me hicieran una copia en papel. Creo que está relacionada con su desaparición.

—¿De verdad? —Amir frunce el ceño.

—Sí. Creo que no debería haberla visto nunca. Nos la enseñó por descuido, y esa noche mis padres discutieron por eso. Mi madre le recriminó que había roto una promesa. Por lo visto, pensaba que mi padre había destruido la diapositiva hacía años, y se puso hecha una fiera al comprobar que aún la tenía. Yo la guardé a buen recaudo y la he conservado todos estos años.

Levanto la mirada para ver si Amir reacciona de alguna manera. Sin embargo, sigue mirándome con curiosidad, como si esperara la resolución de la historia.

—Durante esa discusión, mi padre dijo: «Esa foto significa algo para mí». Creo que verla despertó algo en su interior, y unas semanas después se marchó.

Amir desliza sus dedos huesudos por la mesa y los posa sobre mi mano. Tiene la piel cálida y me agarra con tanta fuerza que lo miro sorprendido.

—Lo siento mucho, Samir —dice—. Siento de verdad que tuvierais que pasar por eso.

Intento sonreír con gratitud, pero no sé si lo consigo.

—¿Sabes algo sobre esa imagen?

La mano de Amir se separa lentamente de la mía. Toma la copia con ambas manos y vuelve a contemplarla un buen rato.

—Solo conocía esta foto desde otra perspectiva —dice, y arruga la frente—. Así, es la primera vez que la veo. ¿Ves a ese fotógrafo de la izquierda, en el borde? Conozco la foto que hizo él.

—¿Existe otra fotografía? —pregunto nervioso.

—¿Sabes quién es el hombre que está al lado de tu padre? —pregunta Amir.

—Bashir Gemayel.

Asiente con la cabeza.

—Brahim estaba bastante orgulloso de esa foto. De la original, quiero decir. Incluso la tenía colgada en su habitación, encima de la cama.

—¿Sabes cuándo se la hicieron?

Amir arruga la frente de nuevo.

—Debió de ser en abril o mayo de 1982. —Mira la imagen como si en ella pudiera encontrar la fecha exacta—. Pero ¿sabes por qué no me cuadra tu suposición?

—¿Qué suposición?

—Que la visión de esta fotografía pudiera despertar en él algo tan poderoso como para decidir abandonaros.

—¿Por qué no te cuadra?

—No digo que no sea posible, pero a mí me extrañaría.

—¿Por qué?

Señala la imagen.

—¿Nunca te has preguntado por qué en tu foto aparecen tantas personas observando en segundo plano?

Lo cierto es que sí me había hecho esa pregunta, pero en algún momento la respondí diciéndome que Bashir era una celebridad.

—¡Toda la escena es un montaje!

Abro más los ojos.

—¿Un montaje? ¿En qué sentido?

—Como decía, fue en abril o mayo de 1982. Creo que un miércoles. En el fondo, una mañana muy normal en el hotel, con muchos clientes en la piscina y algunos compañeros en la entrada trasera, esperando a los repartidores que traían alimentos frescos, jabón y todo eso. Igual que todos los lunes, los miércoles y los viernes. Mis compañeros los ayudaban a descargar. A mí me habían puesto en la lavandería, así que solo puedo contarte lo que me explicaron.

—Por favor —pido—, tal vez me ayude a descubrir algo más.

—Esa mañana, Brahim recibió una llamada de recepción informando de que había llegado un cliente especial, así que bajó para darle la bienvenida en nombre del director, como hacía siempre. Sin embargo, cuando llegó al vestíbulo se quedó boquiabierto al ver allí nada menos que a Bashir Gemayel en persona. No olvides que estábamos en Beirut Oeste, y que Bashir era el fundador y cabecilla de las Fuerzas Libanesas cristianas, de manera que, para las milicias que controlaban la zona, era un enemigo. Tal vez no fuera tan extraño que aquella mañana se presentara en el Carlton, sobre todo porque iba bien protegido, pero sí era poco habitual. Tu

padre saludó a Bashir y este miró alrededor. «¿Es usted el director?», preguntó. A lo que Brahim repuso que el señor Abdallah se disculpaba, pero que se encontraba en una reunión. «Lo haremos aquí», parece que le dijo Bashir a su gente. «Dadle un uniforme a este joven», y señaló a Brahim. Uno de sus colaboradores le entregó a tu padre la ropa de las Fuerzas Libanesas, esa que lleva un cedro dentro de un círculo rojo en el pecho, y tu padre se la puso. Incluso le colocaron una pistola en el cinto. Después los situaron a ambos debajo de la araña de cristal que había ante la escalinata del vestíbulo y un fotógrafo les sacó fotografías. Al terminar, Bashir solo le pidió a tu padre que devolviera la pistola; el uniforme podía quedárselo. Toda la escena duró unos quince minutos. Después, la delegación volvió a salir del hotel y se alejó de allí.

—Pero eso no tiene ningún sentido —opino.

—Sí que lo tiene. —Amir sonríe con sabiduría—. Nosotros también nos extrañamos, pero tres días después alguien trajo al hotel la revista de las Fuerzas Libanesas y la abrió en una mesa delante de todos. La fotografía aparecía en la tercera página. Debajo, decía: «Nuestro cabecilla Bashir Gemayel saluda personalmente al combatiente número veinticinco mil de las Fuerzas Libanesas». Luego ponían un nombre inventado, que se suponía que era el de tu padre. ¿Lo entiendes? Era una fotografía propagandística. No lo sé, pero tal vez aquel día pasaron por casualidad por delante del hotel y de pronto se les ocurrió la idea. El caso es que el vestíbulo era suntuoso y ofrecía una buena escenografía. Brahim estuvo en el lugar adecuado en el momento oportuno, nada más, y así surgió esa foto. Esta otra —Amir señala la copia que tiene delante— debió de sacarla alguno de los compañeros que estaban en el vestíbulo en ese momento. Allí había un montón de personas, como ves.

La explicación de Amir parece plausible. Aun así, tengo la sensación de que al puzle de esta historia le falta una pieza. La reacción de mi padre al ver la imagen fue de lo más insólita. Me cuesta imaginar que una anécdota tan banal provocara todo eso en él.

—No me extraña que tu madre le rogara que se deshiciera de la diapositiva —prosigue Amir —. Tu padre lleva el uniforme de las Fuerzas Libanesas y está junto a Bashir Gemayel. E incluso tiene una pistola en el cinto. Si a tus padres los hubieran parado en un control de milicias musulmanas y Brahim hubiera llevado esa foto encima, sin duda los habrían detenido, o matado. —Amir ve que tengo dudas—. Treinta años —dice—. El tiempo hace que nos lo preguntemos todo. Vemos enigmas incluso allí donde la respuesta es evidente. No queremos aceptar que la solución suele ser mucho más sencilla. Desearíamos que fuera complicada. Nos gustaría tener que superar la mayor cantidad de obstáculos posible para llegar a ella. ¿Y sabes por qué? Porque superar todos esos obstáculos nos da tiempo. Tiempo y excusas para seguir ocupándonos de esas preguntas, aunque en realidad hace mucho que hemos comprendido que ahí no se esconde nada más. Lo más endemoniado de todo es que, cuantas más vueltas le damos, más incongruencias vemos y más preguntas se nos ocurren. Y al final de nuestra vida comprobamos que solo hemos

encontrado enigmas nuevos, pero ninguna otra respuesta. Solo aquella, la más simple, la que al principio nos pareció demasiado sencilla.

—Tal vez sea así —reconozco.

—No lo dudes —insiste Amir, y me devuelve la fotografía sonriendo.

—¿Mi padre admiraba a Bashir? Lo pregunto porque quisiera saber por qué, para él, la fotografía era tan importante como dices. Debía de tener algún motivo para conservarla en secreto.

—No creo que lo admirara —contesta Amir—. Pero sí sé que una vez comentó algo extraño al respecto cuando se lo pregunté. «Lo que tiene de especial esta fotografía es lo que la rodea», me dijo.

—¿Y qué podría significar eso?

—Todo. —Amir ríe—. Aunque también nada. Brahim era un poeta, y los poetas tienen el talento de expresar las cosas más simples de la forma más complicada.

—¿Podría haberse referido a todo lo que representaba Bashir? ¿Una nueva esperanza?

Amir llena las mejillas de aire y luego lo expulsa con brusquedad.

—Ahí hay que ir con cuidado —opina, y ladea la cabeza. En esa pose, la comparación con un dromedario resulta acertadísima—. Bashir Gemayel fue un rayo de esperanza para casi todos los cristianos. E incluso entre los musulmanes había quien habría podido vivir con él como presidente. Pero muchos también lo odiaban. No hay que olvidar de dónde había salido ese hombre: era el hijo del fundador del partido Kataeb, del cual se escindió la milicia falangista. Eran cristianos derechistas radicales, o por lo menos muy conservadores. Bashir fundó entonces las Fuerzas Libanesas, una milicia pensada para reunir bajo un mismo techo a la Falange de su padre, la milicia Ahrar, los Guardianes de los Cedros y un par de grupos más. Ese hombre no tenía escrúpulos; para conseguir unificar a todas esas organizaciones, mandó asesinar a miembros prominentes de los demás partidos y milicias, entre ellos a Tony Frangieh, el hijo del antiguo presidente Suleiman Frangieh. Las Fuerzas Libanesas no se convirtieron en un partido político hasta después de la guerra civil, y Bashir fue uno de los principales responsables de tanto derramamiento de sangre, por lo menos hasta 1982.

—Conozco la historia —digo.

Estoy familiarizado con todos esos hechos gracias a mis propias investigaciones. La Revolución de los Cedros, veintitrés años después, acabó sirviéndose también de las Fuerzas Libanesas, abiertamente contrarias a Siria. Hasta entonces, su influencia se había visto contrarrestada con fuerza por los partidos prosirios. He leído mucho acerca de Bashir Gemayel. Sobre todo cuando descubrí que era el hombre de la fotografía. Muchos libaneses albergaban la esperanza de que sería capaz de liberar el Líbano de toda influencia extranjera, y del ejército sirio en especial. En sus discursos, Gemayel evocaba un Estado en el que cristianos y musulmanes

vivían en paz. Su lenguaje era sencillo, pero hablaba con pasión, era carismático y claro en sus declaraciones. Los que querían impedir que llegara a la presidencia veían como un peligro su cercanía a los combatientes cristianos, de cuyas filas procedía. También le recriminaban que vendiera el país a Israel. Decían que había rogado a Ariel Sharon que ocupara el Líbano para expulsar de una vez por todas de Beirut a la OLP, que seguía atacando a Israel desde el sur del país y abusaba de los campos de refugiados palestinos al usarlos como centrales de mando. El 6 de junio de 1982, los israelíes entraron en el sur del Líbano y acabaron sitiando Beirut Oeste para expulsar definitivamente a la OLP. El 20 de agosto, también llegaron a Beirut tropas multinacionales compuestas por paracaidistas franceses y soldados italianos, ingleses y estadounidenses para supervisar la retirada de la OLP, negociada entre todos los bandos. Los días posteriores, más de diez mil combatientes palestinos abandonaron los campos de refugiados del sur de la ciudad y del Líbano, entre ellos su líder, Yasir Arafat. Las tropas multinacionales se quedaron, no obstante, para supervisar también la controvertida elección de Bashir Gemayel como presidente libanés, que tuvo lugar el 23 de agosto.

—¿Recuerdas el atentado contra Bashir? —pregunto.

Amir asiente despacio.

—Desde luego. Era algo anunciado. Justo después de su elección, las calles de Beirut Este se llenaron de celebraciones, la gente tocaba las bocinas de los coches y disparaba al aire. En Beirut Oeste, en cambio, incendiaron los pisos de varios diputados musulmanes que habían votado a Bashir. Por mucho que a Israel y a los estadounidenses les gustara pensarlo, estaba claro que no todos apoyaban su elección. A casi nadie le sorprendió de verdad lo que ocurrió el 14 de septiembre de 1982. Habría sido el presidente más joven de la historia del país, pero ni siquiera había jurado aún su cargo. Brahim y yo teníamos turno ese día. Yo estaba en la cocina, tu padre trabajaba en la piscina. Bashir iba de camino al cuartel general de la Falange, en Ashrafieh, un barrio de Beirut Este. Era martes y, como todos los martes, había una reunión de la cúpula dirigente a las cuatro de la tarde en el cuartel general. Su gente le suplicó que cancelara la reunión. Estaban preocupados por su seguridad, porque todo el mundo podía suponer que se encontraría allí. Pero Bashir insistió. Como presidente electo, tenía que dejar su cargo de líder de la Falange, y nada en el mundo habría logrado persuadirlo para que no se despidiera en persona de los hombres de las Fuerzas Libanesas, a quienes debía su ascenso político. A las cuatro en punto empezó a dar su discurso en el cuartel general. Diez minutos después oímos una explosión tan potente que tanto los vasos de la piscina como los de la cocina temblaron. Dicen que incluso la araña del vestíbulo se balanceó. Poco después, todos estábamos en la calle. Una densa nube de humo se elevaba hacia el cielo por encima de Ashrafieh. La ciudad se llenó del sonido de las sirenas de las ambulancias que aceleraban en dirección a esa nube. No pasó ni un cuarto de hora antes de que el rumor del atentado contra Bashir se extendiera por toda la ciudad. Primero

dijeron que había sobrevivido. Algunos creían haber oído que se lo habían llevado al hospital porque tenía una herida en la pierna izquierda. Otros afirmaban que había salido completamente ileso de los escombros. Sin embargo, nadie acababa de creérselo. Habían hecho explotar cincuenta kilos de dinamita en la vivienda de encima del cuartel general. Contaban que el edificio entero se elevó de repente antes de desmoronarse por completo. Era difícil imaginar que alguien hubiera salido con vida. Las campanas de las iglesias de Beirut Este llegaron a sonar para celebrar que Bashir estaba sano y salvo, y la cadena The Voice of Lebanon informó de la resurrección del país. Pero la confusión era enorme. Nadie sabía dónde estaba Bashir. Nadie daba con él. Unas horas después, la radio ya no emitía, solo se oían interferencias. Regresamos al trabajo, pero siempre había alguien que conocía a alguien en algún sitio y podía mantenernos al corriente. A la mañana siguiente, temprano, el primer ministro Wazzan anunció que Bashir había muerto. Habían logrado llevarlo al hospital, pero tenía la cara destrozada y nadie pudo identificarlo. Lo hicieron después, gracias a su alianza. Beirut siempre ha sido un hervidero de rumores. No puedes imaginarte la que se montó ese día. No se podía pasar por delante de ningún quiosco, de ningún supermercado, de ningún transeúnte sin oír siempre los mismos retazos de conversación: quiénes habían sido los autores, a quiénes podía interesarles la muerte de Bashir… La gente especulaba como loca, y la respuesta siempre era la misma: a muchos. Entre los cristianos, muchos no habían olvidado las sangrientas luchas de poder durante la etapa de la creación de las Fuerzas Libanesas. Eso por no hablar de las milicias musulmanas. Bashir había presionado tanto para imponer su solución a la cuestión palestina, que consistía en la expulsión completa de la OLP y de los refugiados del Líbano, que se había ganado incontables enemigos en ese sector. Tampoco los sirios querían oír hablar de él. Dos días después detuvieron a Habib Tanious Shartouni, y confesó. Declaró que había conseguido la bomba y el detonador a distancia a través de un hombre llamado Nabil al-Alam. Era el hombre perfecto para el atentado, ya que la vivienda que había encima del cuartel general de la Falange pertenecía a sus abuelos. Por eso había podido entrar y salir del edificio, fuertemente vigilado, sin levantar sospechas. Al-Alam tenía muy buenos contactos con el servicio secreto sirio y se refugió en el país vecino justo después del atentado. Shartouni, pese a haber confesado, nunca fue acusado. Ni siquiera más adelante, cuando el hermano de Bashir, Amin, fue elegido presidente. Creo que no quiso poner en peligro el estatus de mártir de Bashir.

—¿Cómo se tomó mi padre la noticia?

—Brahim se quedó conmocionado, por supuesto. A todos nos afectó mucho. Las tropas multinacionales se habían retirado tras la elección de Bashir, así que Beirut se había convertido en un vacío de seguridad, estaba fuera de control y abandonado a su suerte. Tu padre no hacía más que caminar inquieto de un lado a otro. Lo así del brazo y le dije: «Brahim, todo irá bien», pero él replicó: «Sabes que no es verdad. Querrán vengarlo. Pasará algo terrible».

—Y tenía razón —señalo.

Amir asiente. Los ojos le brillan como si los acontecimientos pasados proyectaran una película en su cabeza.

—Sabra y Chatila —susurra—. También los israelíes sabían que pasaría algo y decidieron seguir avanzando hacia Beirut. Oficialmente, para proteger a los musulmanes de la venganza de la Falange.

—¿Oficialmente?

Amir se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Lo que está claro, sin embargo, es que los israelíes no estaban contentos con el asesinato de Bashir. En la cuestión palestina habían perseguido los mismos objetivos que este: ambos querían a los palestinos fuera del Líbano y lo más lejos posible de la frontera israelí. La OLP, de hecho, había salido de Beirut a finales de agosto con gran pompa, pero los israelíes afirmaban que en los campos seguía habiendo terroristas. De modo que avanzaron y cercaron los campos de refugiados palestinos. Lo que ocurrió después es bien sabido.

El 16 de septiembre de 1982, soldados israelíes dejaron que combatientes de la Falange atacaran Sabra y Chatila sin impedimento alguno. Asesinaron a mujeres, niños y ancianos, acabaron con todo el que se cruzó en su camino. Dos días duró su delirio homicida en los campos.

—¿Puedes contarme algo más sobre mi padre? ¿Cómo se comportó entre los meses de mayo y septiembre?

—Estaba preocupado por tu madre, claro —comenta Amir—. 1982 fue un mal año para Beirut, peor aún que los anteriores. La boda de tus padres estaba planeada para principios de octubre. No en Beirut, sino en Zahlé. Pero a esas alturas Beirut se había convertido en un infierno, y tu madre también vivía allí, al fin y al cabo.

—¿La conociste?

Amir sonríe. Casi parece cohibido.

—Nunca la vi en persona, pero a veces tenía la sensación de conocerla bien.

—¿Cómo es eso?

—Brahim iba a verla. Ya antes de la boda. El matrimonio lo había concertado tu abuela, cierto, pero tu madre debió de gustarle mucho. Iba a menudo a visitarla. Casi siempre por la noche, después de trabajar. Y por la mañana, antes de empezar su turno, volvía a estar en el hotel.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo acompañé varias veces —explica Amir.

—¿Lo acompañaste?

—Sí, a casa de ella. Yo también iba a menudo a esa zona de noche porque mis padres vivían

allí, y era más seguro cruzar Beirut Oeste siendo dos.

—¿Y luego cada cual regresaba solo al hotel?

—Exacto. —Amir asiente—. Se notaba que Brahim estaba perdidamente enamorado. Puede que no escogiera él mismo a tu madre, pero no podía ocultar su felicidad. Era bonito verlo así. Casi flotaba al caminar. Cantaba, le brillaban los ojos.

Imaginarlo resulta doloroso y bonito a la vez. Le añade una pieza tranquilizadora al puzle que conforma la vida de mis padres. Beirut temblaba, rugía, ardía, pero nada impedía que mi padre visitara a mi madre en secreto. Ante mi abuela, sin embargo, se quejaba de la boda concertada. ¿Como coartada? Tal vez criticar todas las decisiones de su madre formara parte de su rebeldía; no podía permitirle ese triunfo.

—¿Y de verdad no llegaste a conocer a mi madre?

—No. —Amir niega con la cabeza—. Pero Brahim decía que era preciosa.

—Sí, lo era.

—Un par de veces lo acompañé hasta delante de la casa, y tu padre, que estaba como una cabra, trepó por el canalón hasta su balcón. Ella le abrió la puerta y él se coló en su cuarto. Romántico hasta decir basta. —Amir ríe, pensativo—. Era bonito verlo así, cuando sabía que pasaría la noche con ella. Silbaba, y una vez incluso se puso a bailar con la aspiradora. Qué pasión… Se lo merecía.

Intento imaginar a Amir de joven. Seguro que tenía cara de simpático, de eso no hay duda.

—Fue un milagro que nunca lo descubrieran —asegura—. Brahim no solo trepaba por el canalón, también lo usaba para bajar. Solo una vez tuvo que cambiar de ruta, y ese día se cayó y se rompió el pie. No me preguntes cómo consiguió llegar él solo hasta el hotel al alba. Se pasó todo el día trabajando con el pie roto, hasta que alguien lo encontró al final de una escalera. Les explicó a todos que se había caído por la escalera; solo yo conocía la verdad. La fractura no se soldó bien, y desde entonces siempre cojeaba un poco.

De modo que esa era la verdadera historia de su cojera. Qué consuelo saber que la conservará toda la vida. No importa dónde se encuentre, cada paso le recordará siempre las noches que compartió con mi madre.

—¿Por qué no fuiste a su boda? —pregunto.

—De eso es mejor no hablar —contesta Amir con amabilidad—. Se casaron la primera semana de octubre. En Zahlé, en la casa de tu abuela. Yo me había marchado del Carlton un par de semanas antes. Dejémoslo ahí.

Al contrario que al principio de nuestra conversación, ahora no estoy tan seguro de querer saber qué los distanció. Todo lo que he aprendido aquí de mi padre hace que lo vea bajo una luz más benévola, mejor. Lo imagino trepando por un canalón al amparo de la oscuridad y estirando el brazo para alcanzar la barandilla del balcón. Imagino a mi madre esperándolo en su cuarto. Él

se acerca con elegancia y entonces le hace una señal con el pulgar a Amir, que está abajo, y desaparece al tiempo que su amigo vuelve a fundirse con las sombras. Veo Beirut a oscuras ante mí. Amir y mi padre recorriendo furtivamente las calles, dos aliados que no deben ser descubiertos. Veo a mi padre acariciando la cara de mi madre, y besándola. Hablando de la boda, decidiendo su futuro, imaginando tener hijos algún día. Aferrados el uno al otro mientras la ciudad tiembla y se tambalea. Y luego lo veo ante mí, bajando del balcón al alba, antes de que alguien los sorprenda.

De repente siento que el objetivo de mi viaje no es ni mucho menos encontrar a mi padre. Debo averiguar más sobre él, llenar lagunas, liberarlo del calabozo de mi pensamiento. Y pese a comprender que tal vez nunca dé con él, me invade una sensación cálida y auténtica que no experimentaba desde hacía mucho. Debe de ser felicidad; una ligereza abrumadora que aleja todo pesar. Amir ha cerrado el círculo por mí. Aquí, las historias de mi infancia han cobrado vida, y Amir me ha conducido hasta el lugar en el que se desarrollaba la última de sus aventuras. La última historia de mi padre era la nuestra.

Siento su mano sobre la mía y nuestras miradas se encuentran. «Fuiste mi más amado compañero, mi mejor amigo», pienso. Nos separaron cuando no era más que un niño, pero el tiempo ha vuelto a reunirnos.

Amir tiene razón. Ya no quedan más enigmas. Mi búsqueda termina aquí. Cuando salí de Alemania, ni en sueños imaginaba que fuera a lograr tanto. Si las horas oscuras regresan, recordaré el día de hoy. Si las dudas me asaltan de noche, si me atrapan con sus garras y me susurran que tal vez haya pasado algo por alto, pensaré en Amir, mi viejo amigo. Me volveré de lado y oleré el pelo de mi mujer, le daré un beso en la nuca, la oiré respirar. Posaré un brazo sobre ella, sentiré su calidez y volveré a repetirme: «Estoy aquí. Contigo. Todo ha acabado bien. ¿Quién lo habría pensado?».

—Me encantaría poder decirte dónde encontrarlo —añade Amir—. A mí mismo me encantaría volver a verlo. Pero creo que él no quiere que lo encontremos. No hay ningún rastro que conduzca hasta él. Puedes buscar otros caminos, y estoy seguro de que los encontrarás. Puedes incluso recorrerlos. Pero, cada vez que llegues al final, comprenderás algo: que vuelves a estar en la misma encrucijada de la que partiste. Así, toda la vida tendrás la sensación de mirar hacia delante, cuando en realidad solo estarás mirando hacia atrás. No hay camino que lleve hasta él. Todos llevan de vuelta al principio. Y ahí estás tú. Siempre tú, nada más. Y solo tú decides cómo seguir adelante. —Su mano tocó la mía—. ¿Me dejas que te dé un consejo?

Asiento con la cabeza.

—Vuelve a casa, Samir. Quédate con lo positivo, con todos estos nuevos pensamientos hermosos. Deja aquí los miedos. Repítete siempre que no eres el único que recuerda a tu padre. Ahí fuera hay muchas personas que lo conocieron. De una u otra forma, influyó en todas ellas.

Conocen su nombre, saben quién era, y así lo mantienen con vida. Piensa siempre que era un buen hombre, y sobre todo permítete recordar esto: lo que fuera que lo separó de ti no fue culpa tuya.

16

—Disculpe, ¿podría encuadernarme esto? —preguntó una voz de mujer.

Como de costumbre, sumido en la monotonía de los mismos procedimientos de siempre, al principio no levanté la mirada. Trabajaba en esa copistería desde principios de 2008. Hacía tres años de mi despido de la biblioteca y el asesinato de Hariri. Estábamos en otoño. Las hojas doradas sumían la ciudad en una extraña luz mágica, acababa de terminar un verano lluvioso. La copistería no quedaba lejos del centro de formación profesional en el que había estudiado, estaba en una calle estrecha entre la estación y el cine, junto a una pizzería a la que todos los días, sobre el mediodía, se acercaban hasta una treintena de adolescentes para asegurarse la oferta para estudiantes: pizza pequeña y Coca-Cola. La biblioteca estaba a tiro de piedra. A veces veía a Chris pasar por delante del escaparate de camino al trabajo, absorto en sus cosas, con el portafolios de piel bajo el brazo. Nuestros principales clientes eran estudiantes de formación profesional, pero de vez en cuando también venían universitarios para que les encuadernáramos trabajos o les fotocopiáramos los papeles de una ponencia. Yo llevaba una gorra y una camiseta negras. Con la palabra «Copycenter» en letras verdes. La parte de atrás de la camiseta tenía estampada la frase con que se publicitaba el establecimiento: «¿Te lo fotocopio?». Yo que siempre miraba con compasión a las personas que atendían las cajas de los supermercados y se pasaban el día diciendo: «¿Tiene puntos de fidelidad? ¿Cupones? ¡Que pase un buen día!», había acabado siendo no muy diferente a ellos. Para mi caída a los infiernos solo había necesitado tres años y un par de malas decisiones.

La tarde que Aurea me dejó plantado en la calle, abrí la puerta del edificio y entré en la escalera. Como siempre, primero miré en el buzón, aunque casi nunca recibía correo, salvo la nómina de la biblioteca y los molestos folletos de publicidad. Alina me escribía ya muy poco. Esa tarde fría y gris, sin embargo, encontré una postal. Era del casco antiguo de una ciudad del norte de Alemania. Muchas casas con paredes de entramado y postigos de colores. Una fotografía tomada un día de verano, una localidad idílica y prometedora, una torre de una iglesia con destellos verdosos descollando de entre los tejados, al fondo.

Samir:

Hoy he estado buscando piso aquí. A partir del próximo otoño este será mi nuevo hogar. ¿Te gusta? :) Empezaré mi residencia como terapeuta en el hospital local, que es un referente en terapias para el trauma. Echaré de menos la universidad (menos Estadística), pero me alegro de empezar las prácticas. Por desgracia, no

podré ir a casa este verano. Todavía estoy acabando el trabajo de fin de carrera, y luego tengo la mudanza. Por lo menos, seguro que tanto tú como yo pasamos mucho tiempo en una biblioteca. ;) Espero que sigas sintiéndote a gusto allí. ¿Vendrás a verme algún día?

Con cariño,

YASMIN

Su letra era clara y sobria. Resuelta, igual que ella. El bolígrafo había dejado suaves surcos en la cartulina que podía seguir con el dedo. O sea, que tres años más. Tres años en los que continuaría siendo inalcanzable. A Yasmin se le quedaba pequeña nuestra ciudad. Y también yo. Cuanto más tiempo hacía que no la veía, más grandiosa me parecía. Una obra de arte hecha de recuerdos, que brillaba con mayor intensidad cuanto más la añoraba.

Solo por las noches me reencontraba con ella, cuando daba vueltas y más vueltas en la cama. Entonces paseábamos bajo una azulada luz onírica y caminábamos sobre el agua. En mis sueños, a menudo caminaba sobre el agua. Las noches especialmente intranquilas, el cielo estaba negro y las olas crecían a mi alrededor hasta convertirse en muros altos como montañas. Eran sueños vertiginosos, de los que muchas veces despertaba bañado en sudor y dando bocanadas de aire en la oscuridad de mi habitación por miedo a ahogarme. Cuando Yasmin aparecía en ellos eran más soportables, porque entonces me daba la mano y tiraba de mí. Llevaba un vestido blanco cuyo dobladillo rozaba el agua. Sentir su mano suave me tranquilizaba, su paso era seguro y certero. Siempre despertaba antes de que llegáramos a ninguna parte, pero los sueños en los que aparecía ella eran los únicos de los que despertaba con la sensación de que en algún lugar había una orilla.

Noches intranquilas, el oscurísimo silencio de mi piso y yo, que me había ido arrastrando de trabajo en trabajo como un río apático hasta acabar en esa copistería. Así habían pasado tres años.

—Disculpe, ¿podría encuadernarme esto? —preguntó, como decía, una voz de mujer.

Mi mirada recayó en la gruesa pila de papeles metidos en una caja de cartón que me tendían sus manos.

—Claro —respondí, todavía sin mirarla—. Puedo ofrecerle tapa blanda o tapa dura y encuadernación con cola. También podemos hacerlo con pegamento o espiral, que…

—Lo prefiero con tapa dura —dijo la voz—. Lo que sea de mayor calidad. Es para un regalo.

—Por supuesto, ningún problema —repuse mientras cogía la caja de cartón y leía la portada de un trabajo de fin de carrera: «Trauma e identidad. Construcciones del sujeto en hijos de refugiados en Alemania».

Alcé la cabeza. Me estaba mirando a los ojos.

Es difícil describir lo que sentí en ese momento, pero fue algo profundo, verdadero. Los años la habían transformado de una forma mágica. Irradiaba un brillo cálido y único. Llevaba el pelo

más corto. Sus facciones se habían vuelto más marcadas, más seguras, más hermosas aún. En algún momento entre la universidad, el trabajo de fin de carrera, el traslado y las prácticas se había convertido en una mujer. Veintiséis años, una aparición de ensueño, más de lo que yo era capaz de soportar. Me quedé allí plantado sin habla, presa del miedo a que pudiera ser una ilusión y Yasmin desapareciese en cuanto alargara la mano hacia ella. De pronto me vi con mi estúpido uniforme, más alto y más flaco que antes. De eso me di cuenta poco a poco, mientras nuestras miradas se encontraban.

—¿Samir?

La ternura con que pronunció mi nombre me hizo un daño infinito y también un bien infinito. Cerré los ojos. Su voz parecía tan sorprendida, tan delicada… Parpadeó como si intentara adivinar cómo había llegado yo allí. Después me acarició la mejilla, despacio, como una ciega.

Sentí vergüenza y bajé los ojos, aunque cada milésima de segundo que no la miraba era tiempo de mi vida desperdiciado. ¿Cuánto hacía que esperaba ese momento? ¿Cuántas horas había contemplado su postal, colgada sobre mi cama, mientras los colores se desvanecían con los años?

Si me levantaba por las mañanas, era solo porque recordaba que ahí fuera me esperaba un mundo en el que ella había dejado un rastro. Y de pronto, Yasmin había entrado con un abrigo de un amarillo cálido, como una hoja otoñal hecha persona.

—Samir. —Le temblaban los párpados.

Yo no era capaz de responder nada, me atragantaba.

Ocho años. Ocho años desde que me despidiera de ella en aquel aparcamiento. Ocho años desde que nos coláramos en el deteriorado complejo de viviendas de nuestra infancia. Ocho años desde el fugaz beso susurrado ante la puerta de nuestro viejo piso.

—Yasmin. —Estuve a punto de ahogarme.

De repente se acercó y me estrechó entre sus brazos. Tras años de agotamiento y de flotar a la deriva, una ola me arrastraba a la orilla. Recurrí a mis últimas fuerzas, la rodeé con mis brazos y hundí la cabeza en su hombro. Era mi isla.

Paseamos por la ciudad bajo un triste cielo otoñal decorado por oscuros jirones de nubes que parecían garabateados a lápiz. Yasmin iba cogida de mi brazo, mi hombro tocaba el suyo, yo la miraba de reojo. Seguía teniendo la costumbre de apartarse el mechón de la cara con una naturalidad digna de veneración. La ciudad: calles y callejuelas sinuosas, escaparates con adornos de otoño, el rumor metálico del ajetreo que resonaba desde los adoquines. Mi sensación: explosiones luminosas, unos latidos atronadores, manos sudadas.

Yasmin lo contemplaba todo y no dejaba de asombrarse de lo mucho que había cambiado.

Para ella debía de ser como haber dado un salto brutal. No hacía más que detenerse delante de edificios que antes no estaban allí, o que tenían un aspecto del todo diferente. Para Yasmin, la ciudad desprendía el nostálgico aroma del pasado, mientras que para mí hacía tiempo que solo olía a moho. Todavía me parecía irreal tenerla a mi lado.

—Aquí vivía Aimée —dijo señalando una valla que encerraba un gran zanja de obra—. ¿Te acuerdas? ¿Aimée, del colegio?

—Sí. Ahora quieren abrir un lavado de coches.

Recordaba vagamente a Aimée, y que su familia se había marchado hacía años.

—He estado fuera una eternidad.

«A un océano de distancia —pensé—, estabas a un océano de nosotros».

Antes de salir, había encuadernado su trabajo de fin de carrera a toda prisa. Ahora, de su bolso sobresalía una esquina superior de cartulina negra.

—¿Cuándo has llegado?

—¿Aquí? Hoy por la mañana.

Asentí y me esforcé por parecer lo más indiferente posible y mucho menos entusiasmado de lo que estaba en realidad.

—¿Cuánto vas a quedarte?

Junto a nosotros, un autobús abrió la puerta con un siseo, un hombre ayudó a una mujer a subir un cochecito de bebé y el autobús arrancó de nuevo.

—Todavía no lo sé —dijo—. Existe la posibilidad de que el hospital donde he hecho las prácticas me contrate. En realidad, es una locura no haber aceptado al instante. Allí tengo muchos amigos y compañeros muy majos, les he cogido cariño a los pacientes, el hospital es fantástico, con estupendas oportunidades de ascenso.

—¿Pero?

Me miró. Le había caído una hoja de árbol en la capucha.

—Pero mi padre lleva mucho tiempo solo. Creo que debería estar más cerca de él una temporada, así que a lo mejor también busco trabajo aquí.

No parecía del todo contenta con esa idea. Más bien daba la sensación de que había seguido el impulso de su corazón, pero no de su cabeza.

—Hijos de refugiados —dije, y como me miró un instante como si no me entendiera, señalé su bolso con la cabeza.

—Ah. —Sonrió—. Sí.

—¿De qué trata exactamente?

—Del entorno vital de los refugiados de diferentes generaciones. —Cruzamos al otro lado de la calle porque la acera desembocaba en un solar en obras—. Y de la construcción de su identidad en la infancia, hasta qué punto les ha influido el trauma provocado por la huida. Son

niños que de la noche a la mañana se ven catapultados a otra vida, que en sus países de origen han experimentado cosas terribles. Y, por lo general, también durante la huida. Esos niños crecen en un entorno en el que están en contacto con las historias vitales y las experiencias de huida de generaciones anteriores, y por lo tanto disponen de diferentes memorias culturales. La cuestión que más me interesa es cómo adoptan una postura de sujeto individual, pero… Ay, perdona, cuando estudias algo durante tanto tiempo, tienes la sensación de que debes expresarte con un vocabulario académico. —Soltó una risotada—. Me interesa investigar qué es lo que hace a esos niños lo que son, y cuánto de lo que personifican son tal vez conductas y opiniones interiorizadas de manera inconsciente.

—Caray —fue mi escueto comentario, aunque era justo lo que sentía.

—Bueno. Es una locura lo que pasa, ¿no? Esas personas han vivido un infierno, y aquí se encuentran con gente que querría enviarlas de vuelta a él. Evidentemente, eso es un lastre adicional para ellos.

—Sí, por desgracia, es lo que ocurre aquí.

El gimnasio seguía utilizándose como centro de acogida para refugiados. De vez en cuando los veías por la ciudad. Llamaban la atención tanto si querían como si no. Y lo que también veías eran las miradas de desprecio que les dirigían algunas personas antes de dar un rodeo para esquivarlos. Hacía poco que a dos sirios del gimnasio los habían devuelto a Hungría, porque allí era donde les habían tomado las huellas dactilares en su huida. Me pregunté hasta qué punto había contribuido el pasado personal de Yasmin a que se dedicara a ese tema.

—¿Ya has ido a verlo? —pregunté.

—¿A mi padre? Todavía no. Pensaba ir al mediodía.

—Se pondrá como loco de contento.

—Creo que espera que vaya. Mañana es su gran cumpleaños.

Hakim cumplía sesenta y cinco años. Yo había ido a visitarlo a menudo durante los últimos tres, pero era cierto que se le veía solo y había desmejorado un poco, sobre todo desde que se había jubilado dos años atrás. Aunque hacía bastantes arreglillos en el cobertizo y daba largos paseos en los que recogía madera para tallar figuritas, se notaba que echaba en falta el taller y una rutina de trabajo. Había algo infinitamente tranquilizador en la idea de que Yasmin volviera a estar en su antiguo piso durante unos días.

—Tu habitación está tal como la dejaste —dije, y me froté la nariz—. Bueno, casi. Me deshice de tu póster de esa *boyband*.

—Nunca hubo ningún póster de una *boyband* en mi habitación —repuso. Se rio con ganas y me dio un codazo—. Tenía diecinueve años cuando me marché.

Seguía utilizando el mismo perfume. Tenía que concentrarme para que la tormenta de imágenes que provocaba en mí no se me llevara por delante.

—Ya lo sé. —La miré con disimulo. Su paso parecía el de un equilibrista, con una ligereza maravillosa que se contagiaba—. Puede que fuera de un surfista sin camiseta.

—No deberías haberlo hecho —dijo, fingiendo estar molesta—. Quería llevarme ese póster a mi siguiente piso.

—Creo que aún está en una caja.

—Más te vale…

A nuestro alrededor: padres que hacían footing mientras empujaban cochecitos de bebé; dos indigentes que se peleaban por una botella de cerveza en una papelera; ancianas encorvadas que cargaban con bolsas de las que sobresalían hojas de lechuga y rabanitos; una despedida de soltero con un novio digno de lástima que intentaba desesperadamente parar a algún transeúnte.

Yasmin seguía cogida de mi brazo, nuestros hombros seguían tocándose. Empezamos a decir tonterías, como para poner a prueba si todavía éramos los mismos niños de antes, solo que dentro de un cuerpo adulto. Luego, un par de pasos en silencio.

—Hacía mucho tiempo, ¿eh? —dijo Yasmin al rato, con tono pensativo. Sonreía cohibida, como si justo entonces se hubiera dado cuenta de que ambos habíamos crecido.

No respondí nada.

—Me alegro de verte. —Se miraba las puntas de los pies porque caminaba haciendo equilibrios en el bordillo sin soltarme el brazo.

—Sí, y yo de verte a ti. —Sentí que se me aflojaban las rodillas.

La callejuela por la que íbamos: guirnaldas decorativas casi medievales, casas de entramado, el último bastión del pequeño comerciante, tiendas de costura, de bombones artesanales, de juguetes hechos a mano; cada objeto, un ejemplar único.

—Sigo sin creer en eso del «ojos que no ven, corazón que no siente». —De pronto me miró—. Cuántas veces me he acordado de ti y me he preguntado qué estarías haciendo. —Me soltó el brazo, se detuvo y compró una bolsita de bombones. Mientras guardaba el souvenir en el bolso, preguntó—: ¿Por qué hemos pasado tanto tiempo sin vernos?

«Porque la sola idea de no poder estar siempre contigo era demasiado dolorosa para soportarla», pensé.

Pero lo que dije fue:

—No lo sé.

—Mi padre fue muchas veces a verme. Podrías haber ido con él.

¿Era reproche lo que percibía en su voz? ¿O tal vez decepción? Tenía razón. Hakim había ido a menudo a verla, y siempre me preguntaba si quería acompañarlo. Pero yo nunca fui capaz, porque la idea de volver a verla iba siempre ligada a la certeza de volver a despedirme de ella.

—Lo sé, y me habría gustado. —Debería haber añadido un «pero». En su lugar, dejé un espacio blanco—. ¿Por qué nunca viniste tú aquí?

La hoja de su capucha tembló y una pequeña ráfaga de viento se la llevó consigo.

—Allí todo era nuevo y emocionante —contestó—. Tenía miedo de perderme algo. Cuando me marché, lo que más miedo me daba era lo que me estaría esperando, pero no pasó ni una semana y ya no fui capaz de imaginar haber aguantado más sin marcharme de este sitio. Aquel mundo era completamente diferente, y me encantó. El plan de estudios era muy intenso, tenía clases por la mañana y por la tarde, luego había que estudiar, preparar presentaciones… Y los fines de semana surgían muchos planes. A menudo salíamos de acampada, o a visitar ciudades. Me he visto casi toda Alemania. Después, cuando me mudé en 2005, Alex no pudo venirse conmigo. Había perdido dos semestres enteros porque se rompió los ligamentos cruzados. Cuando me marché, él tuvo que recuperar esos semestres, así que de pronto me encontré en una ciudad nueva, con un trabajo nuevo y, encima, un relación a distancia.

—Ah —dije. Eso no lo sabía.

—Sí. Yo, con una relación a distancia. —Le dio una patada a una piedra que rebotó en los adoquines.

—Si no recuerdo mal, en aquel entonces no eras capaz de imaginarlo.

—Ya. —En ese momento parecía triste—. Pero a veces no puedes elegir.

Hacía siglos que no me acordaba de Alex. Cuando pensaba en Yasmin, nunca aparecía él.

—¿Cómo le va? —No lo pregunté porque me interesara, sino porque la conversación parecía pedirlo.

Negó con la cabeza.

—No funcionó.

—Lo siento —mentí, y le envié un agradecimiento mudo al universo.

Por un instante pareció que no quería hablar del tema, pero luego lo hizo sin que tuviera que insistir.

—Acabé teniendo la sensación de que ya no había nada que nos uniera, ¿entiendes? Yo estaba en ese hospital, enfrentándome a casos difíciles todos los días, y el fin de semana me veía inmersa otra vez en el torbellino estudiantil: fiestas en residencias, rollos de pasillo, vajilla pringosa en la cocina. Puede que fuera injusta, pero me sentía demasiado mayor para todo eso. Y Alex no quería crecer. Le habría gustado seguir siendo un estudiante eternamente, organizar noches de póquer en su habitación y esa clase de cosas. —Se encogió de hombros—. ¿Y tú? ¿Tienes novia?

—No. —Breve pausa—. No funcionó.

El viento le echó el pelo a la cara y Yasmin me miró por entre los mechones. Ahora le sacaba toda una cabeza.

—¿Te apetece hablar de ello? —me preguntó.

—¿De la chica? Bueno, es que teníamos muy poco en…

—No, no. —Me agarró del brazo con fuerza—. Me refiero a tu trabajo. A por qué ya no estás en la biblioteca.

No habíamos tardado nada en volver a ser los de antes. Me pregunté si sería una señal. Si ocho años no nos habían cambiado, si no nos habían distanciado ni un poco, ¿no sería que estábamos hechos el uno para el otro? A cualquiera que me hubiera preguntado lo mismo le habría salido con excusas. Habría contestado que no era lo mío, o que me encontraba en una fase en la que buscaba nuevos objetivos. Pero Yasmin no era cualquiera. Aunque ella no lo viera así, era mi alma gemela. Mi otra mitad.

—Porque la cagué —dije—. La cagué y me despidieron.

Ella apretó los labios. Me alegré de que no me preguntara nada más.

—Hakim no sabe nada —añadí enseguida con timidez.

Un temblor apenas perceptible en sus cejas.

—¿Y no piensas contárselo?

Respiré hondo.

—Se lo oculté porque no quería decepcionarlo —reconocí—. Se ha tomado tantas molestias conmigo que no quería entristecerle.

—No creo que nunca puedas llegar a decepcionarlo—dijo Yasmin, y en su tono casi se oía la pregunta de cómo se me había ocurrido pensar semejante tontería—. Te quiere. Siempre me lo ha dicho. «Te echo de menos», decía, «pero me alegro de tener aquí a Samir. Es como un hijo, cuida de mí, es trabajador, sigue su propio camino, como tú».

«Como un hijo».

—No tienes por qué soltarle la bomba el día de su cumpleaños, pero ¿quizá la semana que viene?

—No puedo.

—¿Por qué no? Estoy segura de que saber la verdad le parecerá mejor que enterarse por otra persona a saber cuándo.

—¿Tú se lo dirás?

Negó con la cabeza, pero de repente se puso de mal humor. Una tormenta minúscula arreciaba en su rostro, porque indirectamente la estaba obligando a ocultarle algo a su padre.

—No. Pero no entiendo por qué no… —Aflojó el paso y me miró—. ¿Cuánto hace que te despidieron, Samir?

—Bastante —dije en voz baja. No podía mentirle. A ella no.

—¿Bastante? ¿Un par de meses?

Negué con la cabeza.

—Tres años.

Yasmin frenó en seco y me clavó una mirada.

—¿Tres años? ¿Y qué has hecho desde entonces?

—Diferentes cosas.

Era la verdad. Aunque no toda.

De las densas nubes empezó a caer un poco de lluvia. Gotas separadas por grandes intervalos. No nos mojaban, pero de pronto Yasmin no parecía estar a gusto. Aceleró el paso en dirección a la cafetería a la que solía ir siempre.

—Vamos a tomar algo. —Me indicó que la siguiera.

Poco después estábamos sentados con dos tazas humeantes de chocolate caliente. No habíamos vuelto a decir nada desde que se había marchado el camarero, como si esperásemos a que llegara una tercera persona para seguir hablando. Entonces reparé en que ahí sí que se había producido un pequeño cambio. Nunca me había sentido incómodo con ella. Ahora, sin embargo, ese silencio me ponía un poco nervioso, porque hacía que me preguntara qué pensaría Yasmin de mí. Aun así, estaba contento de tenerla sentada delante, de poder mirarla sin tener que volver la cabeza. Pero la despreocupación de su mirada se había transformado en una seriedad manifiesta.

—¿Tú cómo estás, Samir? —preguntó por fin, en voz baja.

—Bien.

Me miró en silencio.

—¿Qué? ¿Me estás analizando? —solté a disgusto.

Negó con la cabeza.

—No, estoy preocupada por ti.

—Pues no hace falta.

—¿Es que no tienes sueños? No sé. Tres años, Samir. —Levantó tres dedos en el aire, como para dejármelo bien claro al ponérmelos delante de los ojos—. Tres años. ¿Es que no quieres seguir adelante? ¿Llegar a algo? ¿Ganar un buen dinero y lograr salir de aquí en algún momento, ver algo nuevo, incluso establecerte en otro lugar?

Normalmente me habría sentido arrinconado y obligado a defenderme, pero sabía que Yasmin tenía mucha razón, así que me encogí de hombros y bajé la mirada.

—No hagas eso —dijo, y me asió la mano.

—¿El qué?

—No te cierres conmigo. Por favor. He estado fuera mucho tiempo, pero no soy una extraña, Samir. Nos conocemos de toda la vida. Eres importante para mí.

En otra situación, esas últimas cuatro palabras me habrían provocado una tormenta de júbilo, pero su voz era casi suplicante. Yasmin estaba muy preocupada por mí, y eso me asustó.

—Me resulta difícil —reconocí incómodo. Levanté los ojos, pero solo pude sostenerle la mirada unos segundos.

¿De dónde salía de repente ese nudo en la garganta que me obligaba a carraspear?

—Pues habla conmigo.

¿Había tenido Yasmin siempre esa marca diminuta sobre los labios? Mientras que fuera empezaba a llover con más intensidad y el día se oscurecía, el interior del local relucía. Las luminosas lámparas se reflejaban en los soportes metálicos de los periódicos y en el mango de mi cucharilla. De soslayo veía los destellos de la cafetera y de los ojos de Yasmin, un mar de esperanza.

—Por las mañanas me despierto y lo siento todo vacío —le empecé a explicar nervioso—. Paso mucho tiempo solo. El trayecto hasta el trabajo me cuesta horrores. Ya no cruzo el parque; no soporto ver a las familias.

Sus dedos tocaron los míos, pero los sentí como si llevara puestos unos guantes; su cuerpo estaba allí, pero a la vez muy lejos.

—No consigo atravesar la ciudad si no fijo la vista al frente. En todas las tiendas por las que paso pienso: «Aquí me tomé un helado con mi padre», o: «Aquí, en esta esquina, me levantó y me sentó sobre sus hombros». Incluso voy a comprar a un supermercado que me queda mucho más lejos porque no quiero ir al de siempre, al que íbamos a comprar juntos. No tengo amigos. Me refiero a que no salgo y esas cosas. He tenido algún rollo con alguna chica, pero no soporto la idea de que me abandonen. Me cuesta pensar en mañana. Pasado mañana me queda lejísimos. Y la semana que viene es como si no existiera. —¿De dónde salía todo eso? Llevaba años sin hablar de mí. Con nadie. De pronto, las palabras salían rodando de mi boca como piedras pesadas—. No duermo de un tirón, siempre me despierto sobre las tres o las cuatro, bañado en sudor. Tengo sueños en los que no hay tierra firme… —«Solo la promesa de la orilla, cuando apareces tú»—. Veo a mis padres por todas partes. Mi madre es cualquier madre que se despide de su hijo en la puerta de un colegio, que limpia la papilla de la comisura de los labios a su bebé en el banco de un parque, que lo arropa en su cochecito por la calle. Y mi padre —le daba vueltas a la taza, avergonzado, con los dedos de Yasmin todavía sobre los míos—, mi padre es cualquier padre que anima a su hijo mientras juega al fútbol, que le lee cuentos, que lo acompaña a una fiesta de fin de curso y le dice que puede beber lo que quiera, porque la vida es demasiado corta para no pasarlo bien. Los veo a ambos tan a menudo… Y quiero decir que los veo de verdad. Los veo en los escaparates, en los carteles publicitarios, en el autobús, en la caja del súper, en el quiosco. Y la ciudad —la mano que sostiene la cucharilla empieza a temblarme—, la ciudad se vuelve muy estrecha, muy pequeña. Siempre me cruzo con las mismas personas, todo es monótono, y aun así… Aun así, tengo la sensación de no poder salir de aquí. No veo ninguna salida, ni siquiera soy capaz de imaginar adónde podría ir. No sé, me siento tan… tan…

—¿Solo?

Asiento en silencio. Al hombre de la mesa de al lado le llevan la cuenta, unas monedas repiquetean en el platito, detrás de mí se oye el susurro de unas páginas de periódico.

—Todas las personas a las que he querido han desaparecido en algún momento. Ya no tengo ningún contacto con Alina. Me encantaría hacerme responsable de ella, pero ni siquiera sé lo que hace, cómo está. Tendrá ya diecisiete años, ¡diecisiete! Sé cómo suena eso —dije, y suspiré con cansancio—. Como si me diera miedo vivir. Y un poco sí que es cierto. Pero no se trata solo de miedo.

—¿Qué más?

No me soltaba la mano.

—Estoy furioso. Intento no estarlo, pero no lo consigo. Estoy furioso conmigo mismo porque no dejo de preguntarme qué podría haber hecho diferente. Pero, si me remonto más atrás, da igual las vueltas que le dé, siempre acabo pensando en él. En mi padre. Estoy furioso con él por hacerme aquello, y lo peor es que sé que sigue vivo y está en algún lugar, muy lejos de aquí.

Yasmin tomó un sorbo de chocolate.

—¿Lo sabes? ¿Se ha puesto en contacto contigo?

—No. —Niego otra vez con la cabeza—. Pero de alguna forma lo siento. ¿Sabes cuando de pronto piensas en alguien y entonces suena el teléfono y es esa persona, que te ha llamado? Pues es algo parecido. Como si él no dejara de pensar en mí todo el rato. También yo pienso todo el rato en él, pero el teléfono nunca suena. Aunque no soy creyente, a veces me pregunto si no será una prueba. Y en ese caso, cuál sería mi misión.

—¿Por qué crees que su desaparición significa que tú tienes una misión?

—Porque tengo la sensación de haber pasado algo por alto. De que podría haberlo evitado. O de que hace tiempo que debería haber sido capaz de dar con él. Y en cambio, aún sigo aquí.

—¿Es que quieres ir a buscarlo?

La lluvia repiqueteaba contra los cristales. Alguien abrió la puerta de golpe y entró en la cafetería. Una fuerte ráfaga de aire se coló dentro y agitó periódicos y servilletas hasta que la puerta volvió a cerrarse.

—No hay un solo día en que no piense en ir a buscarlo. Ni un solo día.

Cuando Yasmin habló, lo hizo con una voz clara, y en su pregunta no resonó ningún juicio de valor sobre lo que acababa de contarle.

—Si algún día lo encontraras, ¿qué le dirías?

La miré.

—Le preguntaría por qué. Por qué se marchó sin más. Por qué me hizo eso. A mí y a todos. Por qué nos hizo eso.

Yasmin cogió la galleta del platito y la sumergió en el chocolate. Me miró a los ojos y bajó la voz.

—¿Alguna vez has llegado a hablar con alguien de todo esto? ¿Igual que ahora conmigo?

—No —respondí con cierto reparo.

En realidad, un par de años antes había pensado en buscar ayuda, pero tenía una idea bastante preconcebida de lo que era una terapia: una habitación luminosa con grandes plantas de interior en el rincón, una estantería de libros hasta el techo, un sillón de piel en el que alguien se sentaría frente a mí tomando notas mientras yo me tumbaba en un sofá a hablar de mi vida. De mis padres. De mi padre. De cómo me había hecho prometerle que no lo traicionaría. Pero contarlo ya sería una traición.

—¿Y nunca has intentado escribirlo?

—¿Escribirlo? —La miré sorprendido.

Yasmin asintió. Su galleta mordida goteó chocolate en la porcelana blanca.

—Las cartas que me escribías eran preciosas.

Tragué saliva.

—Te expresas de una forma muy bonita. Tus imágenes están llenas de vida. Las releía muchas veces.

—¿De verdad?

—Claro. Ojalá no hubieras dejado de escribir —añadió cohibida.

Nunca había dejado de hacerlo, solo que ella no lo sabía. En casa tenía un cajón con un centenar de cartas que nunca le había enviado.

—Tienes talento para escribir. Para contar historias. Creo que eso también te ayudaría. —Me miró a los ojos—. ¿Qué te parece?

—No lo sé. Vamos, que no sabría sobre qué escribir.

—¿Por qué no sobre ti? Solo es una idea, pero lo pensaba muchas veces cuando leía algo tuyo. Creo que incluso eres mejor cuentacuentos que tu padre. —Se ruborizó al sonreír.

Había releído mis cartas. ¿Por qué no le había enviado las demás? Habría sido una oportunidad para estar más cerca de ella.

«Algún día, también tú acostarás a tus hijos y les contarás historias», me había dicho mi padre.

—Seguro que también Alina se alegraría muchísimo si le enviaras alguna historia —añadió Yasmin—. Una historia de su hermano mayor. Sé que le parecería bonito.

—¿Alina? Pero si ni siquiera estamos en contacto.

—¿Y qué? Ella habla de ti a menudo.

Había destrozado la servilleta de puro nerviosismo. Alguien abrió la puerta y el viento volvió a entrar e hizo volar los pedazos.

—¿Habláis?

—Nunca hemos dejado de hacerlo —me aseguró Yasmin, como si fuera lo más natural del mundo—. Nos escribimos. También hablamos por teléfono.

—¿Y cómo está?

Sentí un nudo en la garganta, como siempre que pensaba en Alina. Era la única pariente a

quien tenía localizada y, aun así, me parecía inalcanzable.

—Vive con una familia maravillosa. Se siente muy a gusto allí. Tal vez, ¿cómo decirlo?, haya tomado un camino algo religioso, seguramente porque su padre de acogida es pastor. El caso es que va a menudo a la iglesia y sale de excursión con grupos de jóvenes de la congregación, pero tampoco se pone muy pesada con el tema, ya sabes a lo que me refiero. —Yasmin rio—. Me pregunta muchas veces por ti. Quiere saber cómo estás, qué haces. Si crees que no le interesas, te equivocas. Alina ha tardado años en recuperarse. Han sido horas y horas de terapia. Pensaba que también tú habrías recurrido a alguien. Me dijo que se alegraría de volver a verte algún día, hacer algo contigo, ver en quién te has convertido, saber si… —Me miró, y esta vez su mano apretó la mía mientras hablaba—. Si estás mejor.

Tal vez Yasmin sí fuera la salvación que veía en ella desde hacía años. Por lo menos me había dado la primera buena noticia en siglos.

—Alina —murmuré, como si fuera un nombre de hada—. ¿Y ella está bien? No sé, ¿qué hace? ¿Tiene alguna asignatura preferida? ¿Tiene novio?

—Creo que está enamorada —confesó Yasmin con una sonrisa.

—¿De verdad?

—Creo que sí. En todo caso, me pidió consejo sobre qué hacer en una primera cita.

Eso también me hizo sonreír a mí. Por lo menos desde la muerte de mi madre, cada día me había parecido una batalla cruda e interminable. Ahora, sin embargo, me desconcertó comprobar que, por lo visto, los años habían pasado volando y mi hermana pequeña se había convertido en una joven que florecía y empezaba a vivir.

—Entonces ¿te ve como una hermana mayor?

—No lo sé. Puede.

—Sería bonito.

Yasmin sonrió sin decir nada.

—¿Y se alegraría de tener noticias mías?

—Seguro que sí.

—Pensaba que me lo reprocharía.

Yasmin acababa de llevarse la taza a los labios y volvió a dejarla en la mesa.

—Samir, ¡nadie te reprocha nada! ¿Qué se te podría reprochar?

—Mi madre… —Solo fue un susurro.

—Samir, Rana estaba enferma. Ninguno de nosotros habría podido salvarla. Alina también lo sabe.

Guardé silencio.

—¿Y querrá verme?

—No tenéis por qué quedar directamente. Pero ¿y una carta? ¿Qué tal una historia, y luego

una llamada? Algo así requiere su tiempo, Samir, pero dentro de unos meses cumples veinticuatro años. ¡Veinticuatro! No quisiera sonar como una vieja, pero todavía tienes la vida entera por delante. Nadie duda de todo lo que has sufrido. —Entonces se inclinó hacia delante y puso las dos manos sobre las mías—. Yo no dudo de lo que has sufrido. Y sé cómo te sientes. También crecí sin madre. Nunca la conocí, no tuve el mismo vínculo con ella que tú con tu padre, pero de todos modos fue difícil no tener cerca a una mujer mientras crecía. Mi padre fue maravilloso, hizo por mí más de lo que debería. No sé, lo que quiero decir es que puedo sentir lo que tú sientes, pero también sé algo que tú todavía tienes que aprender: que la vida sigue. Es una imagen manida, pero siempre hay también una luz allí donde solo ves oscuridad.

Deseé que no parara de hablar y que nunca me soltara la mano. Habría podido quedarme allí sentado eternamente, algo hundido en mi silla, con el aroma del chocolate caliente en la mesa y, ante mí, el rostro de Yasmin, lo único que importaba. Pero calló un momento y me miró; supe que tenía que contestar algo.

—¿Y si no veo esa luz?

Su mirada abandonó mis manos para clavarse en mis ojos.

—Entonces necesitas que alguien te muestre dónde está.

El repiqueteo de la lluvia se había convertido en un rumor que bajaba por el cristal. Fuera, la ciudad se alejaba flotando como en un sueño.

—¿Qué hora es? —preguntó Yasmin.

Miré automáticamente al reloj que había detrás de la cafetera.

—Casi las tres.

—Quería estar en casa de mi padre a las cuatro como mucho. Vente conmigo —dijo.

De todas formas, tenía pensado ir a verlo ese día. Quería preguntarle si necesitaba ayuda para la fiesta, que íbamos a organizar por todo lo alto tanto si él quería como si no, porque los vecinos llevaban semanas anunciándolo.

—Bueno, solo tengo que cambiarme de ropa —repuse. Aún llevaba el uniforme de la copistería.

—¿Vives por aquí cerca?

Asentí.

—Entre la biblioteca y nuestra calle. A unos diez minutos.

Yasmin llamó al camarero y sacó el monedero del bolso.

—Pues venga, vamos. Te acompaño.

El aire pegajoso de mi piso se abalanzó sobre mí al abrir la puerta. Durante el camino hasta allí: el mundo entero transformado en una película borrosa, ruidos y voces distorsionados. El rugido

de los coches al pasar, un trueno demasiado fuerte; la señal acústica del semáforo, un pitido chillón; cada luz, un resplandor fragmentado; y el repiqueteo de nuestros zapatos sobre el asfalto, un sonido venido de otro mundo. Lo que con más fuerza oía eran los latidos de mi corazón. Notaba el brazo de Yasmin, de nuevo aferrado al mío bajo el paraguas, pero estaba muy lejos de allí. Mientras caminábamos despacio hacia mi piso bajo la lluvia, que ya remitía, me sentía como si yo mismo, desdoblado, nos estuviera observando desde lo alto. Con cada paso que dábamos, intentaba tranquilizarme, convencerme de que no pasaba nada por llevar allí a Yasmin.

Era la única persona que me había abandonado y luego había vuelto a mí. ¿Cómo iba a liberarme de mi calabozo, si no la dejaba entrar?

Lo percibía todo como amortiguado, pero también como a través de sus ojos. El piso: un espacio oscuro, húmedo y frío, una estrechez agobiante y viciada, un desorden que saltaba a la vista. Las persianas estaban cerradas. A través de los finos resquicios se colaba una luz difusa. Yasmin iba delante de mí, sus ojos intentaban acostumbrarse a la oscuridad. Los latidos de mi corazón se convirtieron en un martilleo cuando me di cuenta de que aminoraba el paso y lo miraba todo sin poder creerlo. Yo solo la veía desde atrás, pero notaba lo mucho que se estaba asustando.

La escasa luz que caía sobre mis paredes iluminaba puntos concretos con palabras clave que llamaban la atención desde páginas de periódico amarillentas:

EL LÍBANO NO ENCUENTRA LA PAZ
LA GUERRA FRATRICIDA
LOS INVERSORES ABANDONAN BEIRUT
BASHIR GEMAYEL MUERTO EN UN ATENTADO
¿QUÉ OCURRIÓ EN SABRA Y CHATILA?
EL ESTADO DE LOS CEDROS AL BORDE DEL ABISMO

Las paredes estaban cubiertas de hilos extendidos y sujetos por chinchetas, como una telaraña gigantesca que unía artículos de periódico diferentes. Fechas, topónimos, nombres de personajes importantes rodeados por círculos o señalados con signos de exclamación, más hilos que salían de allí hacia otros artículos repartidos por toda la habitación en los que volvía a aparecer ese mismo nombre. Daba igual adónde miraras: por todas partes encontrabas palabras, imágenes, recortes de periódico. Incluso los muebles tenían papeles pegados, los respaldos de las sillas, las puertas de los armarios, la superficie de las mesas y hasta el techo, como si estuvieras atrapado dentro de un periódico descomunal, o de una sala oculta tras una estantería de libros donde sospechosas asociaciones secretas maquinaban sus conspiraciones. Aquello parecía una clásica escena de cine: el piso de un poli desesperado que, abandonado por su mujer y sus hijos, se pasa las noches en camiseta interior sucia, con un vaso de whisky medio vacío, estudiando los

documentos de una investigación que ha pegado en la pared mientras fuera cae una tormenta. Sabe que ha pasado algo por alto, que sin duda tiene la prueba delante de las narices, pero no hace más que emborracharse. Ese poli lo ha perdido todo, lo ha abandonado todo porque hace una eternidad que persigue a ese asesino en serie y está absolutamente obsesionado con él.

En la pared más grande, en el punto donde confluían todos los hilos, colgaba la foto de mi padre con gesto soñador junto a Bashir Gemayel. Sobre su cabeza, un papel blanco con un enorme signo de interrogación. Una vez más oí la incrédula voz de Chris: «¿Por qué no podías simplemente fotocopiar las páginas?». Y mi respuesta, con la mirada gacha: «No habría sido lo mismo». Sin los originales no había autenticidad.

—Creía que tenía derecho —susurré, y me estremecí al pensar que llevaba años agazapado allí dentro.

Yasmin seguía dándome la espalda, pero vi que se había tapado la boca con la mano, conmocionada.

—Nadie se interesaba de verdad por nada de todo eso —murmuré. Era la misma excusa con la que había justificado todo ante mí mismo—. Lo buscaba en el ordenador.

La cara de Yasmin se había quedado cenicienta. Me miró con horror. Buscaba las palabras, pero no las encontraba.

Estaba allí plantada, dolida, desconcertada, espantada. Cuando le puse una mano en el hombro, se estremeció y volvió a mirar la pared.

—Pero ¿qué te has hecho? —preguntó con voz temblorosa.

Tragué saliva mientras, a la desesperada, buscaba una explicación.

—Eso… Ver eso es doloroso. Quiero decir que… —Yasmin alargó la mano hacia uno de los hilos que recorrían la habitación, que tembló cuando lo tocó—, ¿cómo has podido vivir así?

—Con la esperanza de encontrar una pista.

Por fin volvió la cabeza hacia mí. Tenía las pupilas dilatadas por la oscuridad, y en ellas se reflejaba su lástima.

—Respiras, Samir —dijo con amargura—, pero no vives.

Asentí en silencio. ¿Qué podría haber dicho? Me había desenmascarado y me había hecho ver aquello como lo que era: un delirio, una quimera. Estábamos allí de pie, rodeados de las mismas fotografías que nos habían enseñado en la pared de nuestro salón cuando éramos pequeños, como si fueran las señalizaciones de un rastro temporal tridimensional. Había arrastrado brutalmente a Yasmin conmigo hacia un pasado funesto, y ella no había podido aguantarlo.

—Lo siento. —Me puso una mano en el hombro mientras se volvía—. No puedo hacer esto.

Entonces salió huyendo del piso y me dejó allí plantado. Unos segundos después, oí que bajaba corriendo la escalera.

Me quedé paralizado, aturdido, hasta que un golpe repentino hizo que me estremeciera: la

puerta de la calle al cerrarse.

—¡Yasmin!

Salí corriendo, bajé los escalones de dos en dos, abrí la puerta de golpe, el aire limpio del exterior, el cielo despejado, el asfalto húmedo y reluciente. A la derecha: nada. A la izquierda: el abrigo amarillo de Yasmin, el eco de sus pasos.

—¡Espera! —grité. Oía mi pulso como un susurro constante—. ¿Te acuerdas del secreto? —No podía perderla—. ¿Te acuerdas?

Se detuvo y dio media vuelta.

—Su tesoro —dije sin aliento—. El secreto del que todos hablaban. ¿Te acuerdas? —¿Era eso una sonrisa en sus labios?—. Te acuerdas —dije—, ¡aún te acuerdas!

Se había vuelto solo a medias, como si tuviera intención de seguir andando.

—¿Qué pasa con el secreto? —Era la niña de antes quien lo preguntaba.

—Sé cuál es —anuncié con emoción—. Sé lo que es.

El viento arrastraba hojas otoñales y también imágenes del pasado. Entonces se volvió del todo hacia mí.

La miré.

—Desde el sur hasta el norte, desde Chouf hasta el mar, desde Beirut hasta Damasco… —empecé sin aliento.

—… corrían rumores —añadió Yasmin.

Asentí.

—Desde Tiro hasta Trípoli, tras muros y postigos cerrados…

—… entre las cajas de fruta de los mercaderes y ante las columnas de los palacios…

—… se hablaba de su secreto…

—… un secreto que él protegía y guardaba…

Yasmin ya estaba delante de mí.

—… incluso de Amir, su mejor amigo…

—… y la gente intentaba adivinarlo y se preguntaba qué podría ser…

—… lo que Abu Youssef ocultaba allí arriba, en su humilde casa —susurré.

En los ojos de Yasmin se encendió la antigua magia. Un telón abierto de lado a lado tras el que aparecieron un amplio escenario, luces y bambalinas.

—¿Conoces el secreto?

Asentí.

—Tuve miedo de decírtelo.

—No sabía que él te lo hubiera contado.

—Su última noche.

Tenía las mejillas encendidas, el pelo algo rizado a causa de la humedad.

—Tienes que decirme cuál es.

«Claro —pensé—. Tengo que decírselo. Ya nos distanciamos una vez por no hacerlo».

Yasmin tenía la mano fría cuando tiré de ella hacia el portal, donde se sentó en el último escalón, que estaba seco. Yo me quedé de pie en la calle, alzando y bajando la voz mientras relataba y gesticulaba. Me sabía la historia de memoria. Cada una de sus palabras. Frases e imágenes salían bailando de mi boca hacia sus oídos y ponían en marcha un viaje en el tiempo; lo veía en sus ojos. Un cálido resplandor salido de un pasado muy profundo.

No estábamos en nuestra vieja casa. No estábamos en nuestra vieja calle. Ni siquiera en nuestra vieja vida. Pero estábamos allí, compartiendo lo que teníamos en común. Volvíamos a ser unos niños de ocho y diez años. La había llevado de vuelta a aquella noche en la que todo había ido bien por última vez.

17

Tengo unos tres años de edad y estoy más alto que nunca. Desde mi posición elevada, sobre sus hombros, contemplo un mundo habitado por pequeños adultos y niños diminutos. Soy un gigante. El más grande. Incluso puedo mirar por encima de los techos de los coches, donde se reflejan las nubes. Soy ingrávido, vuelo. Cuando alargo la mano, me parece que puedo alcanzar las copas de los árboles, e incluso el cielo, tal vez. Entonces, dos manos fuertes me agarran, me elevan un poco más y me bajan. De nuevo noto el suelo firme bajo los pies y levanto la vista. Mi padre me mira. Lleva una gorra roja de visera para protegerse del sol, por debajo le sobresalen unos rizos de pelo negro, justo encima de las orejas. Me da unas palmaditas en la cabeza, me acaricia la mejilla. Lo miro y me pregunto cómo se sentirá uno al ser tan grande como él. Cómo será poder tocar el cielo solo con alargar la mano. Y mientras lo miro, él sonríe misteriosamente. Ese es el primer recuerdo que tengo de mi padre.

En la calle, bajo mi ventana, el tráfico serpentea como un reguero de hormigas. Personas en miniatura, coches de juguete. Las cortinas ondean en el viento suave, todavía tengo el pelo mojado de la ducha. Para mi última noche he pedido una habitación en la planta más alta; quería poder contemplarlo todo una vez más. Los rascacielos del centro parecen haberse apiñado más aún, se reflejan unos en las fachadas de cristal de los otros. Al mirar por encima de las cúpulas azuladas de la mezquita de Al-Amin, a mi derecha, tras ellas adivino el puerto. Delante veo bloques de viviendas, azoteas con cuerdas de tender la ropa, antenas parabólicas, depósitos de agua y macetas con plantas. Entre ellos, mezquitas y campanarios de iglesias como puntos de referencia.

La primera mañana aquí estuvo marcada por una oleada de impresiones que me apabullaron: ruidos, bruma y calor. Ahora sé que Beirut me ayudará. Esta ciudad que resurge, estruendosa, anhelante, loca, este crisol de culturas, religiones, lenguas que se superponen. Beirut es al mismo tiempo alegría pura y tristeza pura. Beirut es perdón. Beirut cojea, está aturdido, lleno de cicatrices y, a pesar de todo, baila. Beirut es como yo.

Tras nuestro regreso de Brih, ayer por la noche, me encontré con una ciudad transformada que me recibía con los brazos abiertos. Las aceras bordeadas de palmeras estaban repletas de

hombres y mujeres jóvenes con camisas claras y vestidos elegantes que desaparecían en los parpadeantes chiringuitos y los clubes nocturnos. Música y risas por doquier.

Cojo la mochila que tengo preparada en la cama y salgo de la habitación. Mi rostro en el espejo del ascensor: ojeras oscuras, pupilas pequeñas. Una mirada cansada pero satisfecha. Dormiré en el avión.

La recepcionista quiere saber si lo he encontrado todo bien y si regresaré. Los empleados del hotel trasladan maletas por el vestíbulo, en cuyos sillones de piel hay personas parapetadas tras ordenadores portátiles. Una visión familiar. Busco su rostro en la sala. El reloj marca las ocho y media. Llego tarde. No está.

—A las ocho, no hay problema —dijo ayer al despedirse. Eran entre las tres y las cuatro de la madrugada, en un callejón oscuro. Estábamos apoyados en una pared, borrachos, algo alejados de los bares—. Te llevaré al aeropuerto a tu hora.

Regresé al hotel en taxi y Nabil se alejó tambaleándose en la oscuridad. A pesar del dolor de cabeza que tengo, no puedo evitar sonreír. ¡Menuda locura de noche!

—¡Tenemos que celebrarlo! —propuso Nabil mientras conducía el coche por la carretera llena de baches, montaña abajo.

Brih había desaparecido de mi campo de visión después de la primera curva, encerrado entre las laderas del valle. Me gustó sentir la ausencia de esa carga que llevaba lastrándome tanto tiempo. Respiraba con calma. Pensé en Amir y en lo que me había contado.

«Quédate con lo positivo. Lo que fuera que lo separó de ti no fue culpa tuya».

Me sentía en paz.

—¡Hemos resuelto el caso! —exclamó Nabil con énfasis al ver que no reaccionaba.

Acababa de contarle lo de la foto, lo de la escena preparada con Bashir Gemayel. Lo de las visitas secretas de mi padre a mi madre, y que trepaba por el canalón. Lo de Amir, el personaje que había cobrado vida.

—Es la mejor historia que he oído en muchísimo tiempo —aseguró Nabil, y dio un golpe con la mano abierta en el volante—. Samir, tendrías que venirte a vivir a Beirut. Contigo nunca se acaban las sorpresas. ¡Ahora te casarás! Tráete a tu mujer y abriremos una agencia de detectives en el centro… Necesitaremos un logo. ¿Qué te parece una lupa? ¿Demasiado tópico? ¿De verdad quieres regresar ya mañana? Qué pena… ¡Entonces, hoy tenemos que celebrarlo!

—¿Y cómo se celebra la resolución de un caso? —pregunté antes de dar un trago de la botella de agua recalentada que tenía bajo el asiento.

—Ni idea. —Se encogió de hombros, aunque estaba pletórico—. Ha sido mi primer caso. Tenemos un porcentaje de éxito del cien por cien. No está mal para dos novatos, ¿no?

—En absoluto. Algo así no lo consigue cualquiera —dije, y volví a guardar la botella con una sonrisa.

—Eso mismo digo yo. Bueno… —Se rascó la cabeza—. En realidad, el caso lo has resuelto tú solo. Has hecho las preguntas adecuadas. Eso encaja también con la dramaturgia de nuestra historia.

—¿La dramaturgia?

—Sí. Es el detective quien debe resolver el caso en última instancia, no su asistente.

—Pero, Nabil, tú eres Philip Marlowe, no un asistente cualquiera.

—Puede, pero tú eres Sherlock Holmes, y él sigue siendo bastante más legendario.

—Así que por eso te has quedado dormido debajo de un árbol… Querías que el caso lo resolviera yo.

Nabil se echó a reír.

—Exactamente. Sabía que esta noche habría algo que celebrar, así que he preferido echarme una siestecita.

Más tarde: barullo de voces, la música de los bares, un aire algo más fresco aunque con una temperatura agradable, callejuelas estrechas, hombros que se rozaban, aroma de lociones para después del afeitado y perfumes, luces de neón, terrazas al aire libre, fachadas elegantes con iluminación dorada.

—Te propongo que empecemos por el primero y vayamos bebiendo de bar en bar hasta el final de la calle. Será lo más fácil. —Nabil sonrió de oreja a oreja al ver mi cara de asombro. Downtown Beirut. Uruguay Street. El lugar al que los noctámbulos se sentían tan atraídos como las polillas a la luz. Todos los asientos al aire libre estaban ocupados, pero encontramos una mesa en el interior de un pub donde el aire cálido y los murmullos de los clientes apretujados se mezclaban con los tintineos de la barra y la música que salía de los altavoces. Nabil pidió por los dos. Cuando el camarero asintió y nos dejó, mi compañero cerró la carta de bebidas y anunció:

—La respuesta, por cierto, es no.

—¿La respuesta a qué?

—Antes me has preguntado si bebo vino. La respuesta es no.

—Vale, pero acabas de pedir chupitos para los dos. ¿Los tienen sin alcohol?

—Eso es diferente —contestó Nabil, con la misma cara de un chaval que ha comprado alcohol en una gasolinera por primera vez—. Es *arak*. Más discreto.

—¿Más discreto?

—Sí. Parece agua. —Nabil levantó el dedo índice hacia el techo—. Alá está muy arriba y aquí hay mucha gente. Si por casualidad ve mi vaso desde lo alto, no hay problema: nada sospechoso.

—Ya entiendo. —No pude evitar sonreír.

También echaría de menos a Nabil. Tal como lo tenía sentado ante mí, con esa expresión afable mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa como si fuera el teclado de un piano, tenía el aire de un controlador aéreo bondadoso que durante el día desempeñaba su trabajo a conciencia para por la noche, cuando la tensión remitía, maniobrar con temeridad a través de cualquier jaleo que le ofreciera la vida. Había vuelto a hacerlo: me había llevado a uno de los lugares más turísticos de la ciudad. Pero en esta ocasión no me importó, lo acepté sin más.

—¿Qué harás tú ahora? —le pregunté.

—¿Yo? —Extendió ambas manos con las palmas hacia arriba—. Hasta que te vengas a vivir a Beirut, buscaré un despacho. Algún lugar en el centro, en una vigésima quinta planta o algo así, con vistas bonitas para nosotros y para los clientes, fuente en el vestíbulo, grifería dorada… —Me guiñó un ojo—. No, haré lo que hago siempre. Conducir. Lo de resolver casos lo dejaré para mis ratos libres, cuando se presente algo emocionante. Y algún día me compraré el coche de Philip Marlowe en la película del *El sueño eterno*. ¿La has visto?

—No.

—Con Robert Mitchum. Fantástica.

—¿Qué coche tiene?

—Un Chrysler de 1930. Puede que para conseguirlo tenga que robar un museo —bromeó Nabil—. Por otro lado, tal como se conduce en Beirut, nadie querría salir a la calle con una belleza así.

Los altavoces vomitaban una machacona música electrónica; el ambiente recordaba más al de un club que al de un pub, pero estábamos sentados junto a la pared y los equipos lanzaban el sonido hacia delante por encima de nosotros. Al contrario que los demás clientes, no teníamos que gritar para entendernos.

Vi que Nabil paseaba la mirada por el local. La mayoría de los turistas eran sin duda de los países del golfo, pero también había ingleses y rusos en una mesa del rincón, al fondo, jugando a un juego de beber, de esos que hermanan y traspasan fronteras. Era difícil decir si tenían las mejillas coloradas a causa del alcohol o del sol.

—Qué bien que hayan vuelto los turistas —comentó Nabil, tal vez porque había reparado en que estaba mirando a esa gente—. En 2006, después de que Israel nos bombardeara, pensamos que tardarían una eternidad en regresar. La ciudad, el aeropuerto, todo quedó destruido otra vez, todo lo que habíamos construido después de 1990 estaba en peligro. Pero de algún modo ha salido bien. —Sonrió—. Como siempre. De algún modo, todo sale siempre bien.

—Deberíamos brindar por ello —opiné.

Nabil se volvió para llamar al camarero.

—Eso si nos sirven el licor hoy…

—Más turistas significa también más clientes para nosotros —comenté.

—¿Lo ves? —repuso riendo—. Eso es lo que me gusta de ti. Me gusta cómo piensas. Es bonito que nos hayamos conocido. Eres una buena persona, *habibi*, como un hermano para mí.

Entonces me puso una mano en el brazo, y yo regresé a nuestra calle. Era un niño otra vez. Unos hombres a quienes apenas conocía me abrazaban y me llaman *habibi*, y era completamente normal y estaba muy bien.

—Te diré una cosa, Samir —dijo entonces Nabil—. Hace treinta años que no tengo vacaciones. Treinta años. Mis hijos nunca han salido del país. Mi mujer y yo, solo una vez. Estuvimos en Siria cuando en Damasco y Alepo todavía había más bazares y mercados que cráteres de bombas. Ya te he contado que aparto dinero para los estudios de Jamel, pero tu historia ha hecho que por fin me decida a tomar una decisión.

—¿De verdad? ¿En qué sentido?

—Me paso todo el día fuera de casa. No me malinterpretes, no me refiero a esta noche ni a esta semana contigo. Lo digo en general. Trabajo como un poseso. Apenas veo a mis hijos. Me deslomo para que ellos tengan una buena vida. Jamel debería ir a la universidad. Por eso me paso catorce horas al día llevando a desconocidos de aquí para allá, y por las noches a menudo me acerco al aeropuerto para traer a algún viajero a la ciudad. Cuando llego a casa, mis hijos ya están durmiendo, o justo salen para el colegio. Solo los veo de pasada. Espero que no te lo tomes a mal —vaciló un instante—, pero no quiero que mis hijos lleguen algún día a tu edad, Samir, y tengan que ir a visitar a desconocidos para descubrir qué clase de persona fui. ¿Me entiendes?

Asentí.

—¿Te parece mal?

—De ninguna manera.

—Pues, entonces, tal vez estarían bien unas vacaciones. Hacer las maletas con la familia y, venga, a pasar unos días juntos. Puede que incluso les lea historias. —Sonrió, aunque fue una sonrisa pensativa.

El camarero nos trajo el licor y levantamos los vasos.

—¿Por que todo acabe siempre bien? —propuso Nabil.

—No. Por los padres.

—Pues por los padres. Mira… —Se limpió los labios con el dorso de la mano y sacó un folleto arrugado del bolsillo del pantalón—. Esto es lo que he pensado. Turquía. No está muy lejos, pero ya es otro país.

Por lo descolorida que se veía la foto, debía de hacer siglos que lo llevaba encima. Como un tesoro. Se veía un complejo hotelero. El fotógrafo debía de haber escogido un ángulo favorecedor y, aun así, resultaba evidente que la piscina era minúscula y el hotel, una caja de hormigón. Dos estrellas, sin salida directa a la playa, y todas las atracciones turísticas a un

mínimo de treinta kilómetros de distancia. Sin embargo, por la forma en que Nabil me puso el folleto delante y lo señaló con el dedo, vi que para él era un lugar de ensueño, la solución a todos sus problemas.

—Tiene buena pinta. Deberías hacerlo, Nabil.

—Lo haré. Chapotear con los críos, relajarme, leer. Tiempo —dijo mientras daba golpecitos al folleto con el dedo—, simplemente pasar tiempo juntos. —Entonces me miró—. Sus historias significaban mucho para ti, ¿verdad?

—¿Las historias de mi padre? Ya lo creo —repuse—. Para mí lo eran todo.

—Durante la guerra, mi padre también nos contaba alguna de vez en cuando. Era bonito, porque en esos momentos podías olvidarte de todo. Así que te entiendo bien. ¿Conoces *Kilun ’indūn sīyārat wa gidī’indu hmār* ?

—¿La canción infantil? ¡Por supuesto que sí! —*Kilun ’indūn sīyārat wa gidī ’indu hmār* . «Todos tienen un coche y el abuelo tiene un burro»—. Mis padres nos la cantaban a menudo.

—También nosotros a nuestros hijos —dijo Nabil—. Me encantaría volver a cantar canciones infantiles. Contar historias no se me da tan bien, pero sí sé inventar canciones para niños.

Lo imaginé reuniendo a su familia las noches siguientes para cantar todos juntos. Casi me pareció recuperar esa nostalgia pesada, pero entonces el propio Nabil se sacudió la añoranza de encima y dio una palmada.

—¿Y tú? Después de volver a casa, ¿cuándo será la boda?

—Todavía no tenemos fecha —expliqué. Y enseguida añadí—: Pero la celebraremos.

El resto fue diversión. Y licor. Pedimos una ronda tras otra mientras nos íbamos soltando y poniendo cada vez más parlanchines. Al cabo de un rato cambiamos de local y nos pasamos a la cerveza, que Nabil pidió en un vaso de zumo. Se llevó el índice a los labios y dijo:

—Que quede entre nosotros.

En cierto momento, varios turistas estadounidenses —todos llevaban camisetas rojas con el logo de una universidad— decidieron que era buena idea apartar las mesas a un lado y hacer sitio para bailar. Estuvimos mirándolos un rato, pero luego nos unimos a ellos y nos sumergimos en la melodía y el ritmo del bajo agitando brazos y piernas, cantamos a voz en grito y desafinamos a más no poder, y me reí tanto y con tanta alegría como nunca desde hacía siglos. Me sentía flotar entre la cálida sensación de haber estado por fin en el Líbano y la impaciencia por regresar a casa, dejar la mochila en un rincón y decir con orgullo que lo había conseguido. Que mi viaje había terminado con éxito.

Más tarde, nos sentamos en un muro —la vieja muralla fenicia, según explicó Nabil—, bajo una luna anaranjada. Dejamos colgar las piernas, bebimos cerveza en lata y le cantamos canciones infantiles al despejado cielo nocturno, como si fuese el último verano de nuestra juventud y nosotros lo supiéramos.

Estoy bastante seguro de que hoy es el día más caluroso de mi vida. A esta hora de la mañana, el termómetro ya marca treinta y cinco grados. He salido del fresco vestíbulo y vuelvo a sentirme envuelto en un paño húmedo hecho de aire caliente. El joven portero del hotel me sostiene la puerta y sonríe con valentía pese a que también él tiene perlas de sudor en la frente. Las nueve. Y ni rastro de Nabil. Tal vez se haya quedado dormido. De todas formas, seguramente no debería volver a conducir todavía, aunque no creo que aquí eso les importe a muchos. Sin embargo, empiezo a intranquilizarme. Puedo llevar la mochila como equipaje de mano, la verdad, pero el trayecto hasta el aeropuerto y el control de seguridad requieren su tiempo. Maldigo al ver el tráfico parado delante del hotel. Los coches están atravesados de cualquier manera, como congelados en mitad de un movimiento caótico. Dentro veo a hombres con bigote, o emperifollados ejecutivos de traje. Muchos hablan por teléfono, nerviosos, y de vez en cuando se oye un bocinazo, aunque no hay forma de avanzar ni un metro. Intento identificar el Volvo de Nabil entre ese caos lento, pero no lo encuentro. No me extraña que esté tardando tanto. Béchara El-Khoury Street está completamente embotellado.

—¿Quiere que le pidamos un taxi? —pregunta el portero.

—No, gracias. Estoy esperando a alguien.

Pero no puedo quedarme aquí mucho tiempo, y quiero ver a Nabil antes de partir. La despedida de ayer fue cortísima.

—Será mejor que llame a esa persona y acuerden otro punto de encuentro al que pueda llegar a pie desde aquí. —Señala la calle con un gesto de la cabeza—. Esto no va a despejarse pronto.

¿Todavía conservo la tarjeta de Nabil? Debo de tenerla en la cartera.

—¿Conoce algún lugar que pueda estar bien? —pregunto mientras la busco.

El portero reflexiona.

—Si va usted hacia el sur por ahí, dos travesías a la izquierda está la Saint Joseph University. Serán unos quince minutos a pie más o menos. Tiene un aparcamiento grande y queda muy cerca de la autovía. Quiere ir al aeropuerto, ¿verdad?

—Sí.

Marco el número de Nabil en el móvil. Suena un rato, luego salta el buzón de voz.

—Humm… Muchas gracias.

En la universidad consigo parar un taxi. Mientras tomamos la entrada de la autovía, el conductor me cuenta no sé qué de una fuga en un gaseoducto, unas obras y el mayor embotellamiento desde hace meses. Lo escucho solo a medias porque tengo el móvil en la oreja. Suena, pero Nabil no contesta. Otra vez el buzón de voz.

Me he despertado con una relajación y una plenitud que hacía mucho que no sentía. Por fin,

ese camino del que hablaba Amir parece conducir solo hacia delante. Sin embargo, echar a andar por él sin haberme despedido de Nabil resulta extraño. Tengo la sensación de dejar algo incompleto, y esa es una mala forma de empezar. No quiero irme del Líbano con este mal sabor de boca.

Vuelvo a intentarlo. No hay forma de dar con él.

Me invade una sensación familiar que detesto: el deseo de haber hecho algo de otra forma en el pasado. Ayer nos sentimos tan unidos, tan cercanos, como dos viejos amigos. Habría sido el momento perfecto para despedirse. Con el subidón de un viaje que ha llegado a buen puerto, del final de una velada fantástica. Envueltos por la intimidad de la noche. Un abrazo sentido, un «Gracias», un «¡Buenas noches!». En lugar de eso, nos dijimos un sencillo «¡Hasta mañana!», el taxi se detuvo ante mí y Nabil desapareció en la oscuridad.

Las señales de tráfico anuncian el aeropuerto, y también el avión que aparece despegando por detrás de un edificio. La idea de que Nabil pueda estar en el hotel en este instante, preguntando por mí, me resulta insoportable. Tal vez incluso me siga hasta el aeropuerto y no llegue a alcanzarme por poco. Aunque quizá esté en su casa y no se encuentre bien.

«Era más seguro cruzar Beirut Oeste siendo dos»; las palabras de Amir. El amigo que acompañaba a mi padre por el Beirut bombardeado. ¿Fui negligente? ¿Debería haberle dejado el taxi a Nabil para asegurarme de que llegaba bien a su casa? Es mi amigo. Nunca he tenido amigos, por eso puedo decirlo con tanta seguridad; es una sensación nueva, hermosa. Pero ahí también se esconde algo más: una sospecha oscura, sin nombre, que cada vez se hace más fuerte.

La certeza lo es todo. Sin ella no sé vivir. Es posible que mi preocupación sea infundada, pero ahora es más fuerte que yo. Sé muy bien lo que ocurriría si regresara a casa con un nuevo enigma. Sin haberme asegurado de que se encuentra bien. Mi padre dejó a Amir colgado; yo no puedo cometer el mismo error.

—Disculpe… —le digo al conductor, y le tiendo la tarjeta de Nabil con una mano temblorosa mientras pierdo de vista el aeropuerto y no dejo de repetirme lo mismo: a los amigos no se los deja colgados.

La casa: balcones uniformes, gris sobre gris. En la escalera ya se acumula todo el calor del día. El largo pasillo de la primera planta parece el de un hotel venido a menos: una puerta de madera reseca tras otra, un ascensor averiado. He llamado al timbre de abajo y, al llegar arriba, un desconocido asoma desde el piso y me mira parpadeando.

—Hola —digo sin inflexión en la voz—. Busco a Nabil.

El hombre me mira un instante. No pregunta quién soy, solo niega con la cabeza y traga saliva.

—Nabil —repito—. ¿Está aquí?

Parece que no es capaz de seguir mirándome. Fija los ojos en el suelo, expulsa el aire.

Ese gesto me resulta perturbadoramente familiar. Lo recuerdo muy bien: nuestro salón, la luz débil, mi cabeza enturbiada por el alcohol cuando me vi sentado frente a Hakim, que no era capaz de mirarme mientras me contaba lo que le había ocurrido a mi madre.

—La policía dice que conducía borracho —susurra el hombre—. Un accidente horrible.

Se lleva un dedo a los labios y me pide que entre en silencio. El pasillo está a oscuras. El aire es asfixiante, sin ventilar, huele a comida: *mujaddara* y cebolla frita. El hombre me indica con un gesto que lo siga, pero no dice ni una palabra y continúa andando. ¿Es un hermano? En la vitrina del pasillo hay fotos de Nabil, sus hijos y su mujer, típicos retratos de familia, desvaídos y cálidos contra un fondo azul. El hombre recorre el estrecho pasillo y abre la puerta de una sala. Cuando entro, veo a un anciano con una barba larga sentado en una silla. Tres chicos y cuatro adultos están sentados a sus pies. El que me ha traído hasta aquí señala al suelo sin decir nada: «Siéntate, por favor». Todos menos el anciano de la silla levantan la cabeza un instante y saludan al verme entrar. Después apartan la mirada, mudos. El silencio es reverencial y solo lo interrumpe un murmullo profundo e incesante: el anciano de la barba recita el Corán. Susurra versículos en voz baja, y los demás escuchan.

Me siento como un intruso, alguien que perturba ese silencio. Me sobreviene el impulso de levantarme y marcharme. Esta es la casa de unos desconocidos. Aquí vive su familia. Los tres chicos son indudablemente Majid, Ilias y Jamel, sus hijos. El último tiene unos enormes ojos castaños y la piel perfecta. El hermoso, como lo describió su padre con orgullo. Cuando nuestras miradas se cruzan, en algún lugar tras su honda tristeza creo ver que también él me reconoce. Los hermanos de Jamel me miran entonces, y por una horrible fracción de segundo creo adivinar en sus ojos el futuro de todos ellos: un futuro lleno de preguntas sin responder.

Las palabras masculladas del anciano de la barba flotan y se alejan por encima de mí. Apoyo la espalda en la pared, la cabeza. Los hijos de Nabil se vuelven de nuevo hacia el hombre. Nadie parece interesarse más por mí. Todos los ojos están puestos en el anciano, que ahora mismo recita la sura 36 del Corán, *Yāsīn*.

No puedo evitar recordar el día en que murió Shahid al-Nur, un viejo libanés de nuestra calle. Por entonces yo tenía seis o siete años, y mi padre me llevó de la mano a su casa.

—Debemos presentar nuestros respetos sin hacer ruido —me dijo—. Su casa será ahora un lugar de luto durante tres días. La familia de Shahid ha hecho venir al jeque, que durante estos tres días leerá en voz alta el Corán de principio a fin mientras los demás escuchan.

—Pero si nosotros somos cristianos —objeté.

Mi padre asintió.

—Eso ahora no importa. Un amigo ha muerto.

Allí, el ambiente era similar. La casa estaba llena de amigos, parientes y vecinos. Un silencio

opresor. Hombres y mujeres separados en salas distintas. Yo seguía agarrado a la mano de mi padre y miraba al jeque de reojo. Llevaba una *galabiya* blanca y por encima un kaftán marrón. La cabeza se la cubría el *amamah*, como un turbante. Sus palabras eran claras, y parecía desprender un aura resplandeciente que no resultaba en absoluto triste, sino sublime.

—Las familias pobres no pueden permitirse un jeque que les lea el Corán cuando muere un pariente. —Mi padre se había inclinado hacia mí y me susurraba al oído—. En ese caso, son vecinos o amigos quienes leen.

Es ahora cuando me fijo en la ondulante cortina de cuentas que separa esta sala del piso de Nabil de la de al lado. La ventana está entreabierta, la brisa que entra mueve los cordones de cuentas y los hace sonar. Detrás intuyo sombras. En la cama parece que hay sentada una mujer que lleva una *abaya* y un *hiyab* negros. En el suelo creo ver a otras cuatro sentadas. Junto al murmullo del anciano, me llega desde allí dentro la voz tenue de la mujer, que también está leyendo el Corán.

Es extraño, pero de repente me siento seguro. Nabil ha muerto y yo me siento a salvo. En realidad debería romper en un llanto convulsivo delante de su familia, caer de rodillas y suplicar su perdón por no haberlo protegido, pero estoy tranquilo. Rodeado de sus familiares me siento a gusto. Mis latidos se ralentizan, mi respiración se vuelve más regular y escucho los versículos sagrados. Para mí no significan nada, pero me provocan una sensación de protección, de estar acompañado, de no tener que preocuparme por nada.

—'Innā Naĥnu Nuĥyi Al-Mawtá Wa Naktubu Mā Qaddamū Wa 'Āthārahum Wa Kulla Shay'in 'Ĥşaynāhu Fī 'Imāmin Mubīnin —murmura el anciano en su silla. «Nosotros resucitamos a los muertos. Inscribimos todo lo que antes hicieron, así como las consecuencias de sus actos. Todo lo tenemos en cuenta en un Libro claro».

Los hijos de Nabil juntos, sentados con las piernas cruzadas, dándome la espalda. Los hombres adultos, sin afeitar y vestidos con pantalones azul oscuro, sentados a su alrededor como guardianes.

Amigos y parientes, me digo. No están solos. Tienen apoyo, alguien que los ayudará.

El hermano de Nabil me mira. Aquí, en la tenue luz de la sala, el parecido entre ambos es innegable. Sus labios forman mi nombre: «¿Samir?».

Asiento despacio.

Posa una mano sobre la palma de la otra, cierra los ojos y se inclina brevemente: «Gracias».

Señalo con la cabeza la cortina de cuentas y muevo los labios en una pregunta muda: *Umm Jamel?* «¿La madre de Jamel?».

Él asiente.

Me llevo la mano derecha al corazón y lo miro. No sé de qué otra manera mostrar lo mucho que lo lamento.

Las palabras del anciano de la barba llenan la sala. Recorren la habitación y de algún modo me recuerdan la forma en que nos reunía mi padre a su alrededor para contarnos historias.

Me quedo sentado un rato más, y cuando por fin me levanto, nadie se vuelve a mirarme. Solo veo los hombros delgados y caídos de Jamel, Majid e Ilias, sus cabezas inclinadas hacia delante. También su tío sigue sentado, pero me sonríe un instante para despedirse. Abro la puerta despacio y salgo a la oscuridad del pasillo. Las últimas palabras que oigo dicen:

—*Wa ’In Nasha Nughriqhum Falā Ṣarīkha Lahum Wa Lā Hum Yunqadhūna*. —«Si quisiéramos, los anegaríamos. Nadie podría ayudarles y no se salvarían».

18

Notaba una opresión en la garganta justo a la altura de la laringe. Sentía calor y mareo, no podía respirar. Por la pequeña ventana de la habitación apenas entraba luz. Las paredes, la mesa, todo me daba vueltas. Fuera oía murmurar a las personas reunidas.

—Espera —dijo Yasmin—, te desabrocharé un botón.

Se acercó y, con dos o tres movimientos de la mano, me deshizo la pajarita y me abrió el primer botón de la camisa. Después se puso de puntillas y me dio un beso en la frente.

—¿Mejor? —preguntó con calma.

Asentí. Retrocedió un paso y me miró sonriendo.

—Deberías ponerte traje más veces.

Se había recogido el pelo en la nuca y llevaba un vestido claro, de color narciso, que le llegaba justo por encima de las rodillas. En su escote brillaba una cadena de plata, y en el pecho llevaba prendida una flor. Yasmin parecía la primavera.

—¿Tienes el anillo? —me preguntó.

Me di unos golpecitos en el bolsillo de la americana, el gemelo lanzó un destello plateado en mi muñeca.

—Sí, aquí está —dije al notar la cajita en el bolsillo interior. Entonces la miré—. ¡Estás guapísima!

—Tú también. —Parecía darse cuenta de mi nerviosismo—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias. —Sonreí con timidez.

Yasmin se acercó y me quitó una mota del hombro con la mano.

—No tienes motivo para estar nervioso. Disfruta del día. Disfruta de cada segundo. Alégrate de que estemos aquí. Lo has conseguido. Los dos os lo merecéis más que nadie.

Iba a abrazarla cuando Marcel abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Listo?

Lo recuerdo todo: por las altas cristaleras de la iglesia entraba luz a raudales, el altar estaba alegremente engalanado, los bancos de madera crujían bajo el peso de los invitados a la boda. Alina llevaba un vestido blanco con cola larga. Ante su rostro colgaba un velo a través del que se veía el brillo de sus emocionados ojos verde grisáceo. Recuerdo también el murmullo de los

presentes, que se volvieron cuando el órgano empezó a sonar y por primera vez vieron a la novia, a mi lado en la puerta de la iglesia, y tras nosotros la luz del día, proyectando nuestras largas sombras en el suelo. Los veo ante mí, sus rostros emocionados y resplandecientes. La madre de acogida de Alina, que nos saludó un instante cuando pasamos junto a ella. Hakim, con setenta años, enjugándose con discreción una lágrima de los ojos. Marcel y Sulola, los hermanos de Alina, que estaban en primera fila con Yasmin y sonreían con orgullo. El padre de acogida de Alina, que oficiaba la ceremonia en persona.

La joven a quien llevaba del brazo era muy guapa. Tenía una belleza tan discreta como la de nuestra madre, y no me cansaba de mirarla. No era una belleza que hubiera visto florecer poco a poco, sino que me asaltó de repente en nuestro reencuentro. Era imposible no fijarse en ella. Desde entonces, muchas veces había intentado descubrir en sus rasgos a la niña de antes y, de vez en cuando, si Alina se exaltaba al hablar o estallaba en risas, aparecía un tímido destello de ella. Todavía recuerdo que temblaba un poco cuando primero me dio la mano y luego se cogió de mi brazo, y que me fijé en las pequeñas islas de luz que cubrían el suelo de la iglesia mientras la llevaba al altar. También recuerdo que el corazón me latía con fuerza en esos momentos, y que en ese instante sentí una felicidad enorme e indiscutible.

Durante el banquete, Alina se sentó entre su marido, Hendrik, y yo. Estaban juntos desde hacía tres años. Alina tenía veintidós. La conversación giró en torno a su próxima luna de miel, lo deliciosa que estaba la comida y el emotivo discurso de Hakim, que había insistido en hablar en la iglesia y había elogiado las aptitudes musicales que Alina mostraba ya de niña, mientras la emoción lo dejaba sin voz a cada instante. Después, cuando un coro cantó acompañado de música de violines, derramó un par de lágrimas más. Yo me sentí orgulloso sobre todo en ese momento. Era su hermano, y ella mi hermana. Ya no era Alina El-Hourani, sino Elbrink, pero éramos una familia.

Más tarde, cuando los recién casados se pusieron a bailar rodeados de sus invitados, enamorados y muy abrazados, yo estaba con Yasmin y le apreté la mano, agradecido de que no me hubiese dejado recorrer ese camino solo.

Cuando llegó el momento del baile con el padre de la novia, Alina se me acercó sonriendo y tiró de mí. Le rodeé la cintura con un brazo y la llevé junto a los demás, dimos vueltas ante la mirada de los invitados y todo cuanto había alrededor empezó a difuminarse y casi pareció girar igual de deprisa que los últimos cinco años.

Cierto es que la inquietud seguía ahí, pero en mis momentos de claridad se me antojaba más controlable que antes. Como siempre, pensaba en mi padre a menudo. Le hacía reproches, maldecía su ausencia, deseaba que pudiera ver lo mucho que me esforzaba por volver a

recomponer los pedazos de nuestra familia. Ya no tenía colgados artículos de periódico, ni hilos, ni fotos de mi padre. Ni siquiera vivía en el mismo apartamento. Pero la idea de encontrarlo seguía tentándome. Partir en su busca. Hablar con él. En mi interior ardía el deseo de ver el país del que procedíamos, de viajar por el Líbano siguiendo su rastro. Yo, Samir, capitán fenicio de un cascarón de nuez, en busca de lo desconocido. Nada había cambiado en ese sentido. Ni siquiera el hecho de que Yasmin estuviera ahora a mi lado.

La magia de las historias había conseguido que ella y yo nos reencontráramos. No enseguida. No justo el día en que, con quince años de retraso, le desvelé el secreto de Abu Youssef en aquellos escalones. Sucedió poco a poco, pero fueron mis historias las que consiguieron que también ella se enamorara de mí.

Me convenció para que escribiera y, una vez que empecé, me animó para que no lo dejara. Escribir, enseguida me di cuenta, solo podía hacerse aceptando una vida llena de historias, y para vivir experiencias debía salir de casa. Debía recorrer el mundo prestando atención, en lugar de girar solo en torno a mí mismo y mi pasado.

Por primera vez salí de forma consciente al mundo que había más allá del viejo complejo de viviendas. Vi muchos lugares misteriosos fuera de nuestra ciudad. Yasmin venía de excursión conmigo. Recorríamos la orilla del río en bicicleta hasta salir del casco urbano, nos tumbábamos en una manta sobre la hierba y yo intentaba describir lo que veíamos con todo el detalle y la agudeza posibles. Después arrancaba una brizna de hierba y trazaba círculos con ella alrededor de su ombligo, subía hasta la comisura de sus labios y allí delineaba su sonrisa. Una noche nos zambullimos en el alboroto de una feria: la disparatada iluminación de las casetas de tiro y los trenes fantasma, voces alegres junto a los carruseles, el olor del algodón de azúcar y las gominolas de plátano recubiertas de chocolate, osos de peluche cambiando de manos por encima de los mostradores, niños de ojos relucientes.

Mi primera historia trataba de un chico que estaba enamorado de una chica. Le aquejaba una grave enfermedad cuyos síntomas solo desaparecían cuando ella estaba cerca. De modo que, para sobrevivir, debía conseguir que también ella se enamorara de él. La historia no era especialmente buena, estaba llena de imágenes torpes, y nosotros dos aparecíamos entretejidos en ella con demasiada tosquedad. Pero a Yasmin le gustó, así que empecé por ahí. A veces, cuando iba a ver a Hakim, pasaba las páginas de una nueva historia bajo la puerta de la habitación de Yasmin. Eso fue antes de que ella encontrara su propio piso, al que luego también yo me fui a vivir. Y cuando al cabo de unos días le preguntaba qué le había parecido el relato, me decía: «No he tocado las páginas. Quiero que me las leas tú».

Era como si la belleza del pasado hubiese sobrevivido todo ese tiempo. Volvíamos a ser dos niños capaces de desaparecer durante horas en mundos extraños, y no había nada que pudiera unirnos con más fuerza. Éramos dos espíritus afectuosos que flotaban juntos, y aunque también

había historias oscuras que yo nunca le mostraba, Yasmin y la escritura no tardaron en convertirse en los dos pilares más importantes de mi vida.

Ella había encontrado trabajo en una consulta de terapia para el trauma que quedaba a veinte minutos en coche de la ciudad. Tenía sus propios pacientes, un despacho para ella sola y a veces, cuando el horario se lo permitía, se ofrecía como contacto para los refugiados de nuestro gimnasio.

Aún hoy sigo sin entender por qué Chris no puso ninguna denuncia después de despedirme de la biblioteca. En cualquier caso, su indulgencia —¿o fue negligencia?— me ofreció la posibilidad de empezar de cero y sin antecedentes en otro lugar.

La biblioteca a la que ahora iba todos los días estaba en otra ciudad, a un trayecto de media hora en tren. No era tan grande, pero, como contrapartida, mis funciones abarcaban muchísimo más.

El primer par de años de nuestra relación estuvo marcado por la ligereza que embarga a los recién enamorados, esa pasión y ese cosquilleo, la magia de lo nuevo, esa sensación de antes de que el sentimiento se convierta en algo más profundo, en algo más grande pero tal vez menos emocionante. Yasmin había tenido varias relaciones pasajeras después de Alex, pero nunca habían cuajado. Sin embargo, estar con alguien a quien conocías de toda la vida era una experiencia completamente nueva para ambos, y también descubrir que había muchísimas cosas que ignorábamos el uno del otro. Sobre todo detalles pequeños: que Yasmin tarareaba canciones mientras se lavaba los dientes sentada en el borde de la bañera, o que después de ducharse se paseaba por el piso envuelta en la toalla y no se vestía hasta llegar al dormitorio, mientras que yo me llevaba toda la ropa conmigo al cuarto de baño. Ella me observaba cuando yo, por las mañanas, me levantaba de la cama siempre con el pie izquierdo, me ponía primero el calcetín izquierdo y metía la pierna izquierda en el pantalón, y a mí me divertía verla estremecerse un segundo antes de quedarse dormida, como si se sobresaltara. Casi todo eran pequeñas manías, tonterías que no significaban nada pero que siempre nos hacían reír.

Pero la maldición seguía estando ahí. La maldición de no poder confiar en mi felicidad, de no saber concederme etapas demasiado largas de alegría. Mi manía de intuir una catástrofe oculta detrás de cualquier día bonito, de cualquier instante mágico. La paradoja era la siguiente: cuanto más regresaba a la vida en el ámbito de lo personal, mayor era mi deseo de descubrir de una vez por todas por qué me había abandonado mi padre. A esas alturas, habían pasado ya más de veinte años.

Un día, estábamos dando una vuelta por la ciudad cuando pasamos por delante del escaparate de una agencia de viajes, desde donde nos asaltaron ofertas de último minuto e imágenes de playas con palmeras.

—¿No te gustaría ir al Líbano algún día? —le pregunté a Yasmin cuando nos detuvimos

delante—. ¿Ver de dónde procedemos? ¿Conocer nuestro hogar?

—Nuestro hogar está aquí —se limitó a decir ella, y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta con los ojos fijos en el mar azul turquesa de un cartel.

Mencionar el viaje al Líbano era delicado. Mientras que para mí era el país natal de mi padre y donde creía que podía encontrarse, el país de las historias de Abu Youssef, para Yasmin era el lugar en el que había muerto su madre.

—Allí no se me ha perdido nada —dijo, como hacía siempre. No sé si mi gran sueño le hacía daño justamente porque había luchado tanto por librarme de esa obsesión. Quizá lo tomaba como una recaída. En cualquier caso, expresó su opinión con claridad—: Cuando nuestros padres llegaron a Alemania, no tenían casi nada. Habían huido con la esperanza de que nosotros, sus hijos, viviéramos una vida mejor que la suya. Con su decisión de dejarlo todo atrás y venir aquí nos ofrecieron un hogar, pusieron a nuestro alcance una vida que no habríamos podido tener en ningún otro sitio. —Hizo una pausa que aprovechó para apartarse el pelo de la cara y bajó un poco la voz—: En el Líbano no me espera nada. Aquí me siento en casa. Quiero que mi padre se sienta orgulloso de mí. Quiero demostrarle que, si renunció a su antigua vida por mí, no fue en vano. Que le estoy agradecida por todo lo bueno y lo malo.

Solo era cuestión de tiempo que recayera en los viejos hábitos. Cuando eres un adicto, lo eres toda la vida. Empecé por quedarme hasta más tarde en el trabajo y sentarme rodeado de libros. Pronto volví a sentir ese placer infame que sabía que me satisfacía solo brevemente. Y como también era el responsable de la adquisición de fondos de la biblioteca, me encargué de que el volumen de recursos sobre el Líbano fuera creciendo sin prisa pero sin pausa. En realidad, me daba cuenta de que obraba mal, pero no podía resistirme. Ya no robaba, pero sí leía. Leía todo lo que podía. Así aumentaron las tardes en las que perdía la noción del tiempo sumergido en los libros, meditando, para solo mucho después abrir la puerta de nuestro piso y comprobar que Yasmin había salido y que en la mesa de la cocina me esperaba un plato con la cena ya fría. Por las mañanas, daba un rodeo exagerado de camino a la estación para pasar por la mezquita y oír la llamada del muecín, y cuando compraba en los puestos de comerciantes árabes del mercado, insistía en hablarles en su lengua.

Yasmin tenía un amplio círculo de amistades, pero no fue fácil integrarme en él. Antes habíamos ido a clubes y bares, pero ahora nos encontrábamos en una fase vital en la que la mayoría de nuestros amigos se casaban, esperaban un bebé o montaban fiestas en el jardín donde hablaban de vecinos raros, del trabajo, de los mejores encendedores para barbacoa o de cursos de preparación al parto; temas y problemas que a mí me parecían del todo irrelevantes en comparación con lo que me ocupaba. Así que casi siempre era un mero apéndice, más que un

verdadero acompañante. En esas conversaciones solía estar presente y poco más. Daba vueltas a mi copa, chupaba los cubitos de hielo y sonreía con educación hasta que se acababan.

Había muchas señales, pequeñas y grandes, de que volvía a moverme en la dirección equivocada. Indicios de algo inevitable. Los dos lo notábamos.

—Últimamente vuelves a estar muy inquieto —comentó Yasmin un día. Estábamos tumbados en la cama, mirando el techo a oscuras.

«Inquieto». Era la palabra que había encontrado para describir mi estado con exactitud. Se volvió de lado y yo me acurruqué contra ella, la rodeé con un brazo e inhalé el aroma de su piel y su pelo. Y aun así, no estaba del todo allí, sino pensando en viajes.

—Recorreremos el camino hasta el final, cargaremos con la responsabilidad y aceptaremos todas las víctimas y las consecuencias que puedan producirse —oí decir al cabecilla de Hezbolá, Hassan Nasrallah, por televisión.

Llevaban por las calles de Beirut un féretro envuelto en una bandera amarilla. Cientos de personas alargaban los brazos desde las aceras para tocarlo. Dentro iba el cadáver de un combatiente de Hezbolá que había caído en Siria. Hacía semanas que los hombres regresaban a casa en ataúdes, semanas que yo lo veía en las noticias. El Hezbolá libanés luchaba ahora en el bando de Al-Ásad en una guerra civil que no tenía nada que ver con el Líbano. Una decisión con la que desenmascaraban como nunca antes su tosca farsa, esa que desde siempre fundamentaba su existencia y su uso de las armas en la lucha contra Israel, algo que no tenía la menor relación con la guerra civil siria.

—No les queda más remedio —dijo Hakim delante del televisor de su salón—. Sin Al-Ásad en el poder en Siria, Hezbolá tendría graves problemas.

Yasmin estaba sentada en el sofá, hojeando un prospecto.

—Por el respaldo directo que les hace llegar Al-Ásad —añadí yo.

Hakim asintió y se echó un trago de agua directamente de la jarra de barro en la boca. Luego se secó los labios con el dorso de la mano.

—Pero sobre todo por Irán. Siria es el nexo de unión entre el Líbano e Irán. Son los únicos dos países que apoyan a los chiíes del Líbano. Si Siria cae en manos rebeldes, las vías de suministro quedarán cortadas.

A esas alturas, el conflicto se había extendido por toda Siria. Cientos de miles de civiles huían hacia el Líbano; en las imágenes de la televisión se veía a niños y mujeres helados de frío en las zonas fronterizas, donde los habían sorprendido las repentinas nevadas. Los refugiados sirios mostraban a los equipos de televisión sus precarios alojamientos en Beirut, las tuberías de agua con escapes y las líneas eléctricas improvisadas. El norte del país se había convertido en la

retaguardia de los contrarios a Al-Ásad, que allí entrenaban a sus combatientes y se organizaban para luchar contra el régimen. Por eso siempre había incidentes y derramamiento de sangre junto a la frontera.

Nada de todo eso me desalentaba. La sensación de que el país —igual que yo mismo— estaba tomando una deriva peligrosa solo intensificaba más aún mi deseo de visitarlo al fin. El Líbano era un lugar de huida para millones de personas. ¿Por qué no para mí?

Lo que también se intensificó fue la vehemencia con la que discutíamos a veces Yasmin y yo. En ningún otro momento se manifestaba con mayor claridad lo diferentes que eran las direcciones que habíamos tomado desde nuestra infancia.

—Tienes a *baba* —a su padre—, tienes a Alina y me tienes a mí, Samir. ¿Y aun así te falta algo? —me soltó un par de semanas después de la boda de mi hermana.

—Lo siento mucho —fue mi respuesta.

Pero como era lo mismo que decía siempre, en lugar de calmarla, eso la enfadó más aún.

—Si de verdad lo sintieras, te esforzarías por arreglarlo —repuso—. Pero ya apenas te veo. Llegas a casa a saber a qué hora y no me explicas qué has estado haciendo todo ese tiempo. Me encantaría volver a pasar una noche contigo a solas, aquí, en el sofá, viendo una peli, pero no hay forma de sacarte de las noticias. Y tus ojos, Samir; tendrías que verte la mirada cuando oyes la palabra «Líbano». No entiendo por qué sigue siendo así. ¡Explícamelo, por favor! ¿Por qué te importa todo eso más que nosotros?

No podía explicarlo, pero sentía que las cosas no harían más que empeorar si no iba a buscar a mi padre. Nada cambiaría si no intentaba por lo menos encontrar respuestas a las preguntas que me atormentaban. Y Yasmin también lo sabía.

Aun así, al mismo tiempo sentía que no quería perderla. Aunque no siempre fuera capaz de demostrárselo, la amaba con todo mi ser. Ella me había arrastrado hasta tierra firme, pero yo todavía no estaba del todo allí. El resto del camino debía recorrerlo yo solo. Solo, siempre que ella me esperase al final. Si podía confiar en que ella estaría allí cuando alcanzara la orilla.

Casi un año después del día que llevé a Alina al altar, fui a ver a Hakim para pedirle la mano de su hija. Evidentemente, Yasmin era libre para decidir sobre su vida, pero me pareció lo correcto. Por muy moderno que se sintiera y mucha tolerancia que mostrara con el estilo de vida alemán y sus costumbres, en el fondo seguía siendo un libanés orgulloso.

Desde que volvía a tener a su hija cerca, Hakim había revivido. Reía a menudo, estaba más ágil y de vez en cuando lo veía trabajar en el cobertizo, donde sujetaba un sencillo tablón entre

los tornillos del banco de carpintero. Su pelo gris se había vuelto blanco y lo llevaba más alborotado que nunca. Cuando le expuse mis intenciones, se levantó de la silla haciendo crujir sus articulaciones, se acercó a mí y me dio un beso en la frente. Luego se quedó inmóvil y me miró en silencio.

—Nosotros dos, Samir… —dijo un momento después—. A menudo he deseado que nuestra relación se estrechara más aún. —Quise decir algo, pero él levantó la mano para impedírmelo—. Por desgracia, no pude mantener la promesa que le hice a tu padre. Intenté salvarte, pero sé lo que han hecho estos años contigo y sé que he fracasado. En cambio, Yasmin… —Tomó mi rostro entre las manos y me miró a los ojos—. Yasmin es la luz que siempre has buscado. Si ella no puede salvarte, nadie podrá. —No apartó la mirada de mí, pero habló más despacio y en voz más baja—: *Ana fachur fik ya ibne*. —«Estoy orgulloso de ti, hijo mío»—. Y no existe ninguna otra circunstancia que me diera derecho a pedirte una promesa después de que yo mismo haya fracasado al mantener la mía. Pero me estás pidiendo la mano de mi hija. Ella es la estrella más brillante de mi vida, y por eso te digo esto: si quieres casarte con Yasmin, tienes que prometerme que la amarás como merece. Eso quiere decir incondicionalmente. De verdad. Cada segundo, hasta el final de tus días. Y no debes ser un lastre para ella.

—La amo —dije mirándolo a los ojos—. Siempre la he amado.

El viejo Hakim bajó las manos y las posó en mis hombros.

—Lo sé —dijo, y sonrió con un suspiro—. Siempre lo he sabido.

Yasmin iba siguiendo las pistas que encontraba en mis historias. Era una caza del tesoro que la llevó de vuelta a los lugares que había recorrido en su juventud y que en cierta forma también eran «nuestros». La primera historia la condujo a esa cafetería que tanto le había gustado. Allí, en la carta que le entregó el camarero, encontró la segunda. Trataba de una sirena que había salido del agua hacía muchos años, pero que añoraba regresar al mar. De modo que Yasmin se dirigió a las antiguas piscinas cubiertas de la ciudad. Allí, el hombre que vendía las entradas le dirigió una sonrisa misteriosa y le hizo entrega de la llave de una taquilla donde la esperaba la tercera historia. Esta iba de una muchacha que estudiaba en la biblioteca para un examen muy difícil cuando, de repente, un espíritu solitario salió de las páginas de un libro y le propuso hacer el examen por ella si, a cambio, ella se comprometía a ir a verlo de vez en cuando y charlar con él. Cuando Yasmin cruzó la gran sala, se fue directa al lugar donde solía estudiar. Allí encontró un papelito con la inscripción «L ELH 2008». La primera «L» significaba «literatura», de manera que fue a esa sección y buscó en la estantería de la letra «E» hasta que, entre los años 2007 y 2009, encontró una pequeña carpeta en la que ponía «El-Hourani». Dentro estaba la última historia, que se titulaba *La flor artificial*. Estaba narrada desde la perspectiva de una flor que

crecía en el asfalto gris de un complejo de viviendas y que se sentía sola a pesar de ser muy querida. Era la única nota de color en mitad de una triste aridez, y por eso los habitantes la apreciaban tanto. Cuando la flor fue creciendo, sus colores perdieron intensidad y los vecinos se entristecieron porque temieron que se marchitara. La flor, sin embargo, se puso muy contenta porque eso le parecía menos malo que la soledad. Los desesperados habitantes llamaron a un mago que le propuso a la envejecida flor convertirla en una flor artificial. Cierto era que ya no tendría conciencia, pero a cambio siempre estaría exuberante y alegraría la vida de aquellos vecinos, que no tenían nada más, siendo una luz para ellos. La flor accedió.

De modo que Yasmin tomó el autobús hacia el antiguo complejo. Los bloques grises se alzaban hacia el cielo como esqueletos de dinosaurios. El viejo muro que rodeaba el recinto tenía más agujeros todavía que en nuestra última visita, y también más pintadas. El columpio del parque infantil estaba devorado por el óxido. Cuando Yasmin entró en el patio interior, los pequeños reyes del complejo la miraron sin decir nada, luego juntaron las cabezas y se pusieron a cuchichear. Apenas un instante después, una chica echó a correr hacia ella y, con los ojos muy abiertos, le entregó una flor roja de papel. Yasmin la aceptó y la desplegó. «Ve al río», vio allí escrito.

Yo ya estaba esperándola en la orilla cuando apareció por entre los árboles y bajó hasta el agua pisando piedras y ramas. A su espalda, el telón de fondo de nuestra infancia bajo el cielo gris contrastaba con su abrigo, y los ojos de Yasmin relucían tanto como aquella flor. La emoción de la aventura le había teñido las mejillas de un rojo mágico. Me sonrió.

Las manos me temblaron al ponerle el anillo en el dedo. La miré con los ojos humedecidos. Ella asintió en silencio, y nos abrazamos sin decir nada mientras el río susurraba a nuestro lado. Cuando retrocedió un paso, se miró la mano bajo la luz que se colaba por entre las copas de los árboles.

—Es precioso —dijo, refiriéndose al anillo—. Y quiero ser tu mujer, Samir… —Hizo una pequeña pausa que aprovechó para contemplar aquel lugar tan familiar—. Pero no puedo —terminó entonces.

Se quitó el anillo del dedo, levantó mi mano entumecida y me lo devolvió.

La miré.

Sus ojos eran afectuosos; tristes, hermosos.

—Te quiero, Samir —aseguró—. Lo eres todo para mí. Pero ambos sabemos que todavía no estás preparado para casarte.

En algún lugar, algo se rompió y cayó con un golpe sordo.

—Pero yo siempre te querré —dije en voz baja.

—Lo sé. —Me acarició la mejilla con una mano—. Lo sé, pero debo pensar en el futuro. —Bajó la mano a mi hombro y me apartó un hoja—. ¿Qué pasará si algún día tenemos hijos,

Samir? ¿Podrás soportar esa responsabilidad? ¿Conseguirás ser un buen padre para ellos? ¿O tendrás siempre miedo de cometer un error por desear con tanta fuerza ser ese padre que añoras? Incluso ahora, casi siempre estás con él, la mayor parte del tiempo, lo noto. Lo percibo en tus ojos cuando ves las noticias, o cuando te cruzas por la calle con un hombre que se le parece. Lo buscas por todas partes.

Bajé la mirada y volví a sentirme gris como el complejo que teníamos a la espalda.

Yasmin suspiró.

—Tienes que hacer ese viaje, ambos lo sabemos. No soy capaz de imaginar nada más bonito que tenerte a mi lado el resto de mi vida. Pero antes debes poner en orden la tuya, Samir. Pensaba que podría ayudarte, darte lo que te faltaba. Pero no puedo. Eso solo puede hacerlo él. No sé lo que encontrarás allí, ni si sabes muy bien lo que estás buscando. Pero, si es lo que necesitas para transformarte, hazlo.

Asentí sin decir nada. Por un lado era lo que deseaba. Sin embargo, la probabilidad de encontrar las huellas de mi padre era muy escasa. Que ese viaje hubiera adoptado un significado tan decisivo, del que dependía la felicidad futura de Yasmin y la mía, me oprimía el pecho.

—¿No quieres acompañarme? —pregunté junto al murmullo del agua, aunque, por supuesto, ya conocía la respuesta.

—No. —Una pausa—. Allí no se me ha perdido nada.

¿Volveríamos a estar algún día ahí, junto al río? ¿O recordaríamos ese momento y nos preguntaríamos cómo habíamos logrado llegar siquiera a esa orilla?

Quise darle la mano, pero Yasmin había entrelazado las suyas.

—¿Seguirás aquí cuando vuelva?

Me miró. Sus ojos transmitían una enorme incertidumbre, pero su voz fue firme:

—Te esperaré, y si allí adonde vas necesitas mi ayuda, te ayudaré en lo que pueda. —Entonces sí me dio la mano y la apretó—. No importa cuándo regreses —dijo Yasmin—. La cuestión es más bien quién serás al regresar.

19

Si yo nunca hubiera venido, él seguiría vivo. Me tambaleo como un borracho por las estrechas callejuelas. Ha muerto por mi culpa. No sé dónde estoy. Es tarde, estoy cansado, pero no debo cerrar los ojos. La camiseta se me pega al cuerpo, tengo los ojos secos a causa del calor, siento la lengua hinchada. ¿Cuánto hace que no bebo nada?

El peso de la mochila me hunde, mi mirada cae hasta mis zapatos, cubiertos de polvo. Meto la mano en el bolsillo de los pantalones en busca del anillo. «Yasmin». Noto su peso en la palma de la mano, el pequeño diamante tiene un brillo anaranjado a la luz de las farolas.

Antes le he enviado un mensaje de texto, no podía llamarla. ¿Cómo habría podido explicárselo? «Todavía en Beirut, te llamaré. S». Seguramente ya había ido al aeropuerto a buscarme.

El tráfico pasa veloz a mi lado. Tuerzo por una travesía, me apoyo en la pared y cojo aire un momento. Vuelvo a guardarme el anillo en el bolsillo. ¿Cómo he acabado metido en este caos?

Mi mantra de culpabilidad: no tendría que haberlo dejado solo. Tendría que haberle quitado la llave del coche. «Ha muerto por mi culpa». Caigo en un agujero negro. Nada me sostiene. Cuando aterrice en el suelo, volveré a estar en Alemania, sentado en la cama, más roto que antes, viendo cómo Yasmin hace la maleta. Porque la habré decepcionado una vez más.

Una eternidad después, perdida la noción del tiempo, me dejo caer en el taburete de un bar y apoyo la mochila a mi lado. Oigo canciones árabes; no es música de club, ya no sé dónde estoy. Solo el susurro del mar me orienta. La Corniche no debe de andar lejos. Aquí no hay turistas, llamo la atención, reparo en las miradas de los demás clientes. Se han arreglado para salir. En las mesas humean los narguiles. Pido una cerveza. Cuando me la traen, está tibia. Abro la mochila, confuso, y busco el diario. Solo quiero tenerlo un momento en las manos, sentir su peso. Tal vez pueda devolverme esa sensación de protección que he sentido hace un rato en la sala del duelo, antes de derrumbarme al salir y volver a encontrarme solo.

Siempre he creído que el diario era un mapa del tesoro que me mostraría el camino. Un libro secreto lleno de códigos que debía descifrar. Con frases que eran señales hacia mi padre. Pero he sobrevalorado su relevancia. ¿O no? Todavía siento que es más que una mera colección de anécdotas. No sé explicarlo. Pero ahora lo tengo aquí y, por mucho que lo hojeo y paso la mirada

por la agitada letra de mi padre, no me dice nada. Lo único que oigo es la voz de Amir: «No hay camino que lleve hasta él. Todos llevan de vuelta al principio. Y ahí estás tú. Siempre tú, nada más. Y solo tú decides cómo seguir adelante». Sin embargo, viene de muy lejos y queda amortiguada por los susurros de Hakim: «Si dejó alguna pista que pueda decirte dónde está o por qué tuvo que marcharse, la encontrarás en su diario».

Dos hombres se han fijado en mí. Cuando les devuelvo la mirada, levantan sus vasos y brindan conmigo. Yo hago lo propio, y ellos vuelven la cara hacia otra parte. Me bebo la cerveza de un trago. El calor y el alcohol me atontan, tengo la sensación de que esos dos tipos están hablando de mí. No hacen más que mirar en mi dirección. Cuando cuento el dinero y lo dejo en la mesa, uno le da un codazo al otro en las costillas, y también ellos vacían enseguida sus vasos.

Guardo la cartera y el diario en la mochila. La foto de mi padre con Bashir está en el compartimento secreto. Levanto la vista y los hombres han desaparecido sin que los haya visto marcharse. Percibo las miradas de los demás clientes en mi espalda cuando salgo a la calle.

El mar tiene que estar muy cerca, en efecto, porque puedo oírlo y olerlo. El aire se nota húmedo y salado, tal como lo imaginaba de niño. Por encima de mí se ciernen los edificios, sus luces apagan las estrellas bajo un cielo interminablemente negro.

Me vibra el móvil. Un SMS de Yasmin: «Estoy preocupada. Llama, por favor!».

Oigo pasos en algún lugar detrás de mí.

20

Desperté sobresaltado. Un instante antes había estado sentado allí mismo, absorto en mis cosas, con la luz colándose por las cortinas corridas. Enseguida noté que ocurría algo importante. Hakim no me miraba. Bajó la cabeza al entrar y se dejó caer en su sillón sin decir palabra. Dudó un momento, luego depositó en la mesa el objeto que llevaba en las manos. Los dos nos quedamos mirando el trapo negro que lo cubría. En su mirada había vergüenza.

Hacía un día soleado y habíamos encontrado a Hakim trabajando en el cobertizo al llegar. Nos saludó, se quitó el basto delantal y se sacudió las virutas de la ropa antes de abrazarnos.

—¡Enhorabuena! —exclamó tras darle un beso a Yasmin—. ¡Me alegro por vosotros!

A eso le siguió un momento incómodo. Yasmin y yo, cohibidos, no hacíamos más que mirarnos mientras intentábamos explicárselo en pocas palabras. Hakim, molesto, bajó la mirada a la mano de su hija, donde no había ningún anillo de compromiso.

—Entonces ¿no habrá boda? —preguntó casi sin querer. Cada segundo que pasaba parecía más decepcionado. Después me miró—: ¿Quieres ir al Líbano? —Lo dijo como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza la posibilidad de que un día yo partiera en busca de mi padre.

—Debo hacerlo —contesté.

Hakim asintió en silencio y se sentó en el tocón del cerezo.

—Ya no es el país del que tanto te habló —dijo en voz baja—. Y seguramente nunca volverá a serlo.

—Lo sé —repuse—. Pero, aun así, debo intentarlo.

—¿Y por dónde quieres empezar? El Líbano es pequeño, cierto, aunque, sin un punto de partida, puedes pasarte años buscando.

—Zahlé —respondí. Porque era lo único que sabía con seguridad—. Tal vez logre encontrar a mi abuela. Si es que vive todavía.

Hakim no nos miraba. Tal como estaba allí sentado, mirándose las manos, parecía un niño pequeño en el cuerpo de un anciano.

—Zahlé —repitió con voz plana—. También yo me he preguntado a menudo si Brahim seguirá con vida. Y dónde podría estar. —Hizo una pausa—. Incluso hubo una época en que quise ir a buscarlo… —Sonrió con timidez. Después miró a Yasmin—. ¿Y tú no quieres acompañar a Samir?

—No —respondió ella, y se volvió a mirarme—. Esto tiene que hacerlo solo.

Estaba en el piso de Hakim. Habían pasado varios días y me había llamado para pedirme que fuera solo. Cuando me senté en su salón, él desapareció y regresó con el objeto cubierto que de pronto estaba ante nosotros, en la mesa. Casi podía tocar el silencio, el cansancio y el frío de aquel entonces, mientras los espiaba agazapado en la escalera. La última noche. Hacía mucho que solo conservaba un recuerdo de imágenes borrosas, difuminadas, como de un cuadro antiguo. De pronto, sin embargo, volvía a ver claramente ante mí el objeto que mi padre había sacado del sótano y con el que entró en el piso de Hakim.

Este carraspeó.

—Te mentí… —dijo con voz temblorosa—. Cuando me preguntaste qué me había dado Brahim aquella noche, no pude decírtelo. Aún no era capaz. —El objeto cubierto resultaba tan extraño e innegable en aquella habitación como un menhir caído del cielo—. Me dio esto y me dijo que lo guardara. —La voz de Hakim apenas se oía. Estaba muy avergonzado—. Le pregunté por qué no se lo daba a tu madre, o a vosotros. Brahim contestó: «Te lo doy a ti. Si algún día crees que Samir puede necesitarlo, entrégaselo». Y me hizo prometerle que cuidaría bien de él.

Me di cuenta de que se debatía consigo mismo. Sabía perfectamente lo que sentía: mi padre le había arrancado una promesa. Nadie entendía lo que significaba eso mejor que yo.

—No es el álbum de fotos que me enseñaste aquella vez —susurro.

Negó con la cabeza, confirmándolo. Después alargó la mano sin mediar palabra y retiró el trapo negro. En la mesa apareció el diario.

Me costó contener las lágrimas al abrirlo. Ver la letra de mi padre después de tantos años me provocó un dolor infinito y dulce. Recordé sin querer las notas que solía dejarnos en la mesa de la cocina cuando tenía que salir de improviso. Para que no nos preocupáramos por él. También recordé que había buscado una de esas notas cuando, la mañana después de aquella noche, no lo encontraba en casa. Al hojearlo, fechas y nombres me llamaron la atención: Rana, Hakim, Beirut.

—Creo que ahora lo necesitarás —dijo Hakim—. Tal vez tu padre presintió que llegaría este momento. Tal vez sabía que un día irías en su busca. Y es mejor que empieces a buscar sabiendo algo más de él. —Calló un momento—. Tal vez esto te ayude a comprender mejor algunas cosas. Y cuando regreses, tal vez Yasmin te diga que sí.

Yo solo veía la letra de mi padre.

—¿Lo has leído?

Hakim no dijo nada.

—¿Hay alguna pista sobre lo que ocurrió?

Me obligué a levantar la mirada un instante y fijarla en él, pero también Hakim tenía los ojos clavados en las páginas.

—Solo es una sensación, pero creo que, si dejó alguna pista que pueda decirte dónde está o por qué tuvo que marcharse —tomó aire antes de terminar la frase—, la encontrarás en su diario.

21

Todo late, todo brilla. Beirut de noche, esa belleza resplandeciente, una diadema de luces centelleantes, una banda que quita la respiración. Ya de niño, me encantaba soñar con venir aquí algún día. Ahora, sin embargo, siento la navaja clavada entre las costillas, y el dolor que me atraviesa el tórax es tan intenso que ni siquiera soy capaz de gritar. «Pero si somos hermanos», quiero exclamar mientras me arrancan la mochila de la espalda y me hacen caer de rodillas a fuerza de patadas. El asfalto está caliente. Desde la Corniche llega la brisa, oigo el mar acariciando la orilla y la música de los restaurantes del paseo. Huelo la sal del aire, y el polvo, y el calor. Noto el sabor de la sangre en los labios, un reguero metálico sobre piel seca. Siento que me invade el miedo. Y la rabia. «No soy un extranjero», quiero gritar tras ellos. El eco de sus pasos se burla de mí. «Aquí tengo mis raíces», quiero vociferar, pero solo me sale una gárgara.

Veo el rostro de mi padre. Su silueta en el vano de la puerta de mi habitación infantil antes de que se me cerraran los ojos, nuestro último momento juntos. Me pregunto si el tiempo y los remordimientos le habrán pasado factura.

Recuerdo los versículos que el anciano de la barba murmuraba hace un rato: «Nadie podría ayudarles y no se salvarían».

«La mochila», pienso, y con ello no me refiero al dinero ni al pasaporte, que ya han volado. Me refiero a la fotografía del compartimento secreto de la parte delantera. Y a su diario. Todo ha desaparecido. El dolor casi me hace caer inconsciente.

«Soy responsable de la muerte de un hombre», pienso.

Y después, mientras la sangre mana de la herida: «Serénate, esto tiene que significar algo. Es una señal».

Los pasos de los hombres se pierden a lo lejos, estoy solo, no oigo más que los latidos de mi corazón.

«Si sobrevives a esto —me digo, y de repente siento una extraña calma—, es que hay un motivo. Es que tu viaje no ha terminado aún. Es que realizarás un último intento de dar con él».

III

El que no vea las señales es que debe de estar ciego: algo terrible está a punto de pasar.

1

Lo que antes me llama la atención es la ausencia de ruido. Por primera vez desde hace mucho tiempo me rodea un aire limpio; huele a orquídeas, y el aroma de la tierra está tan presente que casi puedo paladearlo. Este lugar irradia una jovialidad especial. Un par de olivos aquí, una hilera de cipreses y pinos piñoneros allá. Unos bancos ofrecen descanso a su sombra. Todo está orientado al mar. Un equipo de rugby entrena en la pista de deportes. A la izquierda, donde el mar y la costa se funden sin suturas, despunta un faro. Los senderos entrelazados forman una red de venas que atraviesa parcelas de césped y bordea setos arreglados. Un oasis bien oculto entre muros de color ocre, protegido por un guarda medio dormido en la verja. Desde su caseta, un camino flanqueado de arriates de flores pasa junto a unos edificios de piedra y va a parar a una gran plaza. Allí, los jóvenes sentados bajo las hojas de las palmeras tienen el rostro enterrado en sus libros.

Estoy descansando en los escalones. Pestañeo al mirar al sol y observo las manchas de color naranja que se mueven erráticas tras mis párpados.

Hace cuatro días desperté en una cama extraña, sobresaltado por un júbilo lejano que el viento nocturno hacía entrar por la ventana. La luz de las viviendas de enfrente me tiñó los dedos de plata cuando rocé con ellos la venda que me envolvía el pecho. El dolor que sentí al respirar me estremeció. En la habitación había un escritorio grande con libros apilados junto a un portátil, notas pegadas en la pared, un póster: el hombre de Vitruvio. Me bajé la almohada hacia la espalda para quedar medio incorporado e intenté recordar cómo había llegado allí.

Ahora oigo pasos detrás y noto una mano en el hombro.

—Samir, ¿qué te ha dicho el médico? —pregunta Wissam. Lleva pantalones cortos y una camiseta Abercrombie. Se ha subido las gafas de sol a la cabeza en plan informal.

—Que la herida tiene buena pinta —respondo—. Te ha elogiado expresamente.

Wissam hace que no con la mano.

—Tuviste suerte. Un par de centímetros hacia un lado y te habrían tocado el pulmón. —Me tiende una mano para ayudarme a levantarme del escalón.

Cuando estoy de pie ante él, su cabeza me tapa el sol. Intento recordar cómo se inclinó sobre mí en la calle. Su cabeza también me tapó la farola entonces, antes de que me hundiera en la oscuridad.

—¿Vamos?

Asiento y me vuelvo una vez más hacia el edificio en cuya entrada estamos: AMERICAN UNIVERSITY OF BEIRUT - MEDICAL CENTER, dice sobre las puertas de cristal. Wissam está en el cuarto semestre de Medicina. Quién sabe dónde habría acabado yo sin él. Consiguió detener la hemorragia ya en la calle y luego me llevó a su casa. Allí desinfectó y cosió la herida. No recuperé la consciencia hasta entrada la tarde siguiente.

Le pregunté por qué no me había dejado en el hospital. Su respuesta: «No llevabas documentación encima y yo no tenía suficiente dinero. Nos habrían echado». La cita en el hospital universitario me la ha pedido él. «Es mejor que alguien te mire eso. Puedes quedarte aquí hasta que todo esté arreglado —dijo, e hizo un gesto que abarcó todo su apartamento—. Quédate el tiempo que quieras, *Ahlan wa sahlan*».

Su apartamento es grande: dos dormitorios, una cocina moderna, el agua del baño sale con mucha más presión que en el Best Western. Abajo, en el vestíbulo, un portero vigila quién entra. Wissam vive en pleno Hamra, en Beirut Oeste, en un reluciente complejo de cristal a pocos minutos a pie de la American University.

Paseamos por el campus. Cerca de la entrada principal, el campanario del College Hall estira su largo cuello hacia el cielo. La entrada está formada por unos arcos lanceolados de estilo árabe, elegante y agradable. Todo desprende un aura venerable y sólida.

—Hemos cancelado tu tarjeta de crédito —informa Wissam, que ha sacado una hoja de papel con una lista de cosas pendientes que ya tiene varios puntos tachados—. Con el móvil no estaba seguro. ¿Es de contrato?

—No —contesto—. De prepago.

—Vale. —Tacha también ese punto—. He llamado a la embajada. Necesitan una foto de pasaporte. Ahí hay un fotomatón, luego nos encargamos de eso. Mañana se la llevamos, firmas, y luego tardarán unos diez días más en expedir el pasaporte nuevo. Tu prometida tendrá que enviar por fax una copia de tu carnet de identidad y tu partida de nacimiento directamente a la embajada.

—Muchas gracias, Wissam.

Vuelve a quitarle importancia con un gesto de la mano. Siempre que le doy las gracias hace lo mismo.

—Eso te deja tiempo para buscar a tu padre, ¿no? —pregunta en lugar de contestar.

—Sí —digo. «Diez días», pienso. El nuevo plazo.

Wissam me ha explicado que la primera noche llamé a mi padre en sueños, así que le he contado todo sobre mi búsqueda. El motivo de mi viaje. Se preocupa desinteresadamente por mí, y me resulta desagradable sentirme tan desvalido. Cartera, pasaporte, documentación… Me lo robaron todo. Incluso la camiseta que llevo es suya.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

Las puertas del edifico de la derecha se abren de golpe y por ellas sale una turba de estudiantes.

Wissam se guarda la lista en el bolsillo del pantalón.

—Rassan nos espera en la entrada principal.

Solo he visto a Rassan una vez. En el apartamento de Wissam, ayer por la noche. Fue para cuidar de mí, y porque había algo importante que ambos querían decirme. Rassan también estudia aquí, Sociología, y está en el cuarto semestre. Sus padres viven en Estados Unidos, el padre es arquitecto. Estos dos jóvenes fueron los primeros que se acercaron después del atraco. Rassan ayudó a Wissam a llevarme a su casa.

—Me alegra que estés mejor —dice Wissam, y me pone una mano en el hombro. Su alivio es evidente.

—Tengo que darte las gracias, de verdad —vuelvo a decir—. ¿Qué habría hecho sin vosotros?

Wissam sonríe con inseguridad.

—Eso es lo de menos.

Desde anoche sé por qué lo dice.

El mar queda a nuestra izquierda. El agua brilla, una brisa suave sopla colina arriba y hace que las hojas de los olivos susurren. El campus se asemeja a una pasarela: tanto hombres como mujeres van muy peripuestos, con ropa de diseño y bolsos caros. Es sorprendente lo descocadas que visten las estudiantes. Algunas llevan camisetas muy abiertas que dejan ver el sujetador y tacones altos con minifalda. Entre ellas también se ve a alguna chica con velo. La universidad es pluriconfesional, aquí se da una convivencia relajada, una mezcolanza de idiomas: árabe, inglés, francés, a veces incluso los tres saliendo de una misma boca.

Me pregunto si Nabil conocía este lugar. Si soñaba con que sus hijos pudieran estudiar aquí. Si sus ahorros alcanzarían.

—¿Cuánto se paga aquí por la carrera? —pregunto.

—Depende de lo que estudies. —Wissam se pone bien las gafas cuando llegamos a una gran plaza—. Entre seis y ocho mil dólares estadounidenses.

—¿Cada semestre?

Ya antes, en el aparcamiento, me han llamado la atención los Porsche, Jaguar y SUV negros. La mejor universidad del país está reservada para la élite financiera, y esta exhibe lo que tiene. Probablemente todos estos estudiantes viven en apartamentos como el de Wissam. Hasta ahora me lo ha pagado todo. Hoy, en el desayuno, le he asegurado que se lo devolveré en cuanto pueda, pero él lo ha rechazado con la mano: «Tenemos parte de responsabilidad en lo que ha ocurrido. Para mí es importante resarcirte».

Ayer por la noche estábamos sentados bajo la tenue luz del apartamento de Wissam. Entre nosotros había un plato con sándwiches y tomates abiertos, pero ninguno comía nada.

—Tenemos que hablar contigo de una cosa. —El tono de su voz hizo que prestara atención al instante—. El martes, cuando te atracaron, Rassan y yo no estábamos cerca por casualidad. —Los dos se miraron y luego se volvieron hacia mí. Rassan asintió sin decir nada—. Estábamos esperando en el bar de enfrente.

—Ya lo sé —interrumpí—, me lo habéis contado.

Wissam se retorcía tanto las manos que tenía los nudillos marcados y blancos.

—Sí… —dijo—, pero estábamos allí… por un motivo en concreto. —Titubeó un poco.

¿Se avergonzaba de algo?

—¿Y…?

—Y cuando vimos lo que pasaba y corrimos hacia ti, fue porque pensamos que… Bueno…

Miró a Rassan como buscando ayuda, y este acabó la frase por él:

—Al principio pensamos que eras otra persona.

—¿Otra persona?

Wissam se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Habíamos quedado con un amigo. En la oscuridad no era fácil distinguir si eras él; sois más o menos de la misma altura, lleváis un peinado parecido. La ropa no le pegaba, pero pensamos que a lo mejor había querido camuflarse.

—¿Por qué iba a camuflarse vuestro amigo para quedar con vosotros?

Wissam se levantó y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. Rassan lo miraba sin decir nada, y entonces se dirigió a mí:

—Porque a lo mejor sospechaba lo que podía pasar.

Wissam se acercó a la ventana que había junto a su escritorio y miró a la calle.

—¿Lo que podía pasar?

—El atraco —concretó Rassan con calma—. Nuestro amigo podría haberse camuflado para que no lo reconocieran.

—¿Para que no lo reconociera quién? —Los miraba alternativamente a uno y al otro, y poco a poco empecé a entender—. ¿Lo que queréis decirme —pregunté mientras sopesaba la posibilidad — es que me confundieron con él?

Wissam asintió. Como estaba junto a la ventana, la mitad de su cara quedaba a oscuras.

—Es posible que no quisieran atracarte a ti.

—Pero, entonces, ¿a quién?

—A nuestro amigo —contestó.

—¿Por qué?

Wissam se volvió desde la ventana y miró a Rassan. Los dos guardaron silencio.

—Será mejor que no hablemos más de eso —saltó Wissam. Aun estando en su propia casa, miró alrededor como si pudiera haber algún extraño—. Por lo menos no aquí.

«Se sienten culpables —pensé—. Los dos se esfuerzan tanto por ayudarme porque se sienten responsables».

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué no podéis contármelo todo?

De nuevo fue Rassan quien respondió:

—No sabemos si hay micros en el apartamento. —A él se lo veía mucho más sereno que a su amigo—. Levántate. —Me indicó con un gesto de la cabeza que me colocara junto a Wissam—. ¿Ves ese coche?

Había un Mercedes plateado en el tenue círculo de luz de una farola. A través de las lunas tintadas se distinguían las siluetas de dos hombres.

—Están ahí todas las noches —dijo Wissam—. Nunca salen del coche. Cuando llego de la uni, la plaza está vacía, pero poco después aparcan y se quedan horas ahí.

—¿Quiénes son?

—A saber —respondió sin emoción—: Hezbolá, Amal, las Fuerzas Libanesas…

—¿Os vigilan?

Rassan se acercó a nosotros y quedé entre ambos.

—Sí, desde hace varias semanas. Vayamos a donde vayamos, ese coche no tarda en aparecer.

—Pues no es una vigilancia demasiado buena —opiné—. Llaman un poco la atención, ¿no?

—Justo es eso lo que quieren —repuso—. Que sepamos que están ahí.

—Pero ¿por qué?

—Para intimidarnos —murmuró Rassan, y se mesó la barba—. Es pura intimidación.

Las dos siluetas del coche no se movían, pero tuve la impresión de que levantaban la mirada hacia nosotros.

—En cualquier caso, deberíamos ir con cuidado y no hablar de él aquí dentro. De nada de todo el asunto —añadió Wissam, y se apartó.

Poco después, cuando acompañamos a Rassan a la puerta, no pude contenerme más.

—¿Por qué iban a querer intimidaros los partidos gubernamentales? —pregunté—. ¿En qué lío andáis metidos?

Lo cierto es que no contaba con que me dieran una respuesta.

—Quieren que lo dejemos —susurró Rassan.

—¿Que dejéis el qué? —También yo hablé en voz baja, y en ese mismo instante me pregunté si de verdad creía que podía haber micros en el apartamento.

Rassan se me quedó mirando en silencio. Después contestó:

—Que dejemos de buscar la verdad. —Y salió al descansillo.

Ahora Rassan está en la entrada principal, a la sombra, hablando con una chica. Cuando nos ve, se disculpa con un gesto y corre hacia nosotros.

—¿Cómo te encuentras, Samir? —me pregunta—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que me recuperaré.

—¡Me alegra oírlo! Tengo una sorpresa para ti, luego. Te gustará.

Le guiña un ojo a Wissam, que asiente con agradecimiento.

—Oye —dice Rassan—, respecto a lo de anoche, puedo entender que te desconcertara. Pero hay una cosa que deberías saber: no estamos metidos en nada ilegal. Es complicado. Lo que hacemos no está prohibido, pero, aun así, nadie quiere que sigamos. Hasta que te apuñalaron, pensábamos que solo querían meternos miedo, dejarnos claro que saben quiénes somos e intimidarnos, ¿entiendes?

Asiento, aunque no acabo de entenderlo muy bien.

—No sabemos si el atraco tuvo alguna relación —añade Wisssam—, pero, si es así, se trataría de una fase nueva. Con la violencia han traspasado un límite, y por eso debemos ir con más cuidado todavía.

—Vuestro amigo —digo—. ¿Qué es lo que ha hecho?

¿Una conspiración gubernamental que quiere quitar a alguien de en medio? Eso solo pasa en las novelas.

—No sabemos qué pretendían de verdad. —Rassan levanta la mano, apaciguador—. Creemos que dejaron que sobrevivieras a propósito.

—¿A propósito? —repito. Intento recordar las caras de los hombres de aquel bar, pero estaba demasiado concentrado en el diario—. Supongamos que no iban a por mí, sino a por él —continúo—, y supongamos también que habían planeado herirle de gravedad. ¿Qué se esconde detrás? ¿No os parece una forma de intimidación algo extrema?

—Ya lo creo —opina Wissam, y vuelve a retorcerse las manos—. Pero estamos convencidos de que en el fondo solo querían la mochila.

Cruzamos los arcos apuntados del College Hall para ir a la parte trasera del edificio, donde un estrecho sendero sube una cuesta entre matas silvestres. Wissam va delante, y lo seguimos. Ni idea de lo que nos espera. Los últimos días me han parecido una película mala. Verme atracado y malherido me ha indignado y humillado. Lo que más me duele, sin embargo, es haber perdido el diario de mi padre y su fotografía. Por las noches sueño con los hijos de Nabil sentados en el

suelo, escuchando al anciano de la barba. Veo a la mujer de Nabil como una sombra plañidera tras la cortina de cuentas y me siento culpable.

—¿Vuestro amigo también estudia aquí? —pregunto.

—No —contesta Rassan, y aparta una rama—. Estudia Historia en la Universidad del Líbano. El que no puede permitirse una universidad privada va allí. Es la pública. La influencia política es enorme en esa universidad. El campus queda lejos, en el sur de la ciudad. Aquello es otro Beirut; apenas encontrarás taxistas que se atrevan a llevarte. Es un mundo diferente; los estudiantes de la UL no vienen aquí prácticamente nunca, y nosotros tampoco nos acercamos por allí.

—Y, entonces, ¿cómo os conocisteis?

—En nuestra biblioteca —contesta Rassan—. ¿Cómo explicártelo…? Llevaba ropa gastada, zapatos rotos, una camisa sucia. Aquí llamaba mucho la atención.

—¿Y qué venía a hacer en la biblioteca?

—Buscaba algo que en la Universidad del Líbano no tienen.

—¿Libros?

—Apoyos —explica Rassan—. La UL es una universidad estatal. Eso quiere decir que los profesores son funcionarios. Era imposible que encontrara partidarios para su idea entre ellos. Los responsables se habrían dirigido a la oficina pública más cercana y lo habrían denunciado. Su proyecto habría fracasado antes de empezar.

Estoy a punto de preguntar qué clase de proyecto es ese, cuando, de pronto, Wissam se detiene y casi tropiezo con él.

—Tiene que ser aquí —dice.

Ante nosotros hay un banco pintado de verde y flanqueado por dos enormes coníferas. Entre sus ramas, a lo lejos, se atisban los sólidos muros del College Hall. Wissam se inclina hacia la placa dorada que hay en el respaldo. Entonces ríe y nos mira parpadeando.

—Nuestro amigo está hecho un poeta.

Me acerco yo también y leo:

Valiente no es quien no tiene miedo.
Valiente es quien conoce el miedo y lo supera.

JALIL YIBRÁN

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto—. ¿Qué significa esto?

Rassan me aparta delicadamente con un brazo, da un paso adelante y se arrodilla ante el banco.

—Veamos qué es lo que ha ideado esta vez —dice, y pasa la mano por la parte inferior del asiento.

De repente se detiene, palpa y saca un papel blanco. Lo desdobla, lo lee y se lo entrega a Wissam, que me lo da tras echarle un vistazo.

«Horsh Beirut. Mañana por la noche». No dice más. Estoy estupefacto.

—¿Así os comunicáis? —Me parece exagerado, como salido de una película de espías—. ¿No podría haberos dicho dónde quedabais por teléfono?

Wissam y Rassan se miran con gravedad y, antes aún de que nieguen con la cabeza, me doy cuenta de lo torpe que ha sido mi pregunta: evidentemente, creen que también tienen pinchado el teléfono.

Cuando casi hemos regresado a la entrada principal, Rassan me da unos golpecitos en el hombro.

—Espera un momento —dice, y desaparece en dirección a las taquillas.

Me siento en los escalones de la biblioteca junto a Wissam. El sol brilla en el cielo, unas pequeñas gotas de sudor me caen de la frente y se me meten en los ojos.

—Horsh Beirut —digo—. ¿Dónde está eso?

—Es el lugar más seguro de la ciudad.

—¿Y vuestro amigo estará allí?

Asiente.

—Todos estarán allí. Somos muchos.

—¿Cuánto hace que estás en el Líbano?

—Regresé hace dos años justos —explica—. Tenía diez cuando mis padres se fueron a Francia. Yo volví para estudiar, y estaba muy decidido a marcharme otra vez después. Aquí casi no hay perspectivas de encontrar un buen trabajo, los médicos jóvenes están mucho más demandados en otros lugares. En realidad, cualquier profesión está más demandada en otros lugares. En fin, el caso es que tenía pensado volver a Francia al terminar. O irme a Estados Unidos.

—¿Pero?

—Pero entonces nuestro amigo se presentó aquí y me convenció para que me uniera al proyecto.

Casi parece como si Wissam lo lamentara. Es más, tengo la impresión de que lo que me ha ocurrido lo ha asustado mucho. No solo que haya acabado involucrado alguien de fuera, sino sobre todo que el ataque haya podido estar dirigido a uno de los suyos. Creo sentir su temor a aparecer también en alguna lista. Es como si de pronto se hubiera dado cuenta de que no es ningún juego.

—¿De qué va exactamente ese proyecto? —pregunto—. Me habéis dicho que no es nada ilegal. Entonces ¿qué puede ser tan peligroso para que, de buenas a primeras, el Gobierno ordene que os sigan?

Wissam se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano y mira a lo lejos.

—Verás —empieza a decir—, no me da miedo lo que pasará si fracasamos. —Vuelve la cabeza despacio hacia mí—. Lo que me asusta es lo que pasará si lo logramos.

Nos quedamos sentados un rato en silencio. El calor centellea sobre el asfalto, un jardinero poda los setos, varios estudiantes se salpican agua entre risas, alguien salva su portátil con un salto acrobático. Pasa tanto tiempo que el silencio llega a resultar incómodo, cuando, de repente, el rostro sonriente de Rassan aparece de entre un grupo de personas. Se acerca a nosotros con una gran bolsa de plástico.

—¿Qué llevas ahí? —pregunto.

—Tu sorpresa. —Se le ilumina la cara—. Pero será mejor que te tapes la nariz, porque huele un poco mal.

—¿Como que huele un poco mal?

—Es que la rescaté de un charco… junto a un montón de bolsas de basura.

—No sé qué decir.

Rassan ríe.

—Ten cuidado antes de ponerte sarcástico. Aquella noche no te enteraste, pero mientras Wissam te extraía la navaja del pecho, yo eché a correr detrás de esos tipos. Se me escaparon, claro, pero estaba bastante seguro de que tirarían tu mochila.

Al entenderlo, me recorre un escalofrío.

—¿Has encontrado mi mochila?

Rassan mete la mano en la bolsa.

—Sí, pero tengo que advertírtelo: tu cartera, tu pasaporte, tu móvil… todo ha desaparecido. Ahora saben quién eres.

—¿De verdad has recuperado mi mochila? —repito.

—Bueno, lo que queda de ella.

La tela está oscurecida y apesta a pescado. La cremallera está medio abierta y, cuando la tomo en mis manos, el diario cae en mis rodillas.

—Me gustaría tener mejores noticias para ti —dice Rassan—, pero creo que tus bóxers siguen dentro. Al menos tienes una muda de recambio.

Apenas oigo lo que dice. Mis dedos acarician el papel. La letra de mi padre ha quedado desdibujada y es casi ilegible en muchos lugares. Las tapas están manchadas de aceite, las páginas se rizan en los bordes. Oigo la voz de Hakim como venida de lejos: «Si dejó alguna pista, la encontrarás en su diario».

«Diez días», pienso. Tengo diez días para encontrarlo.

2

Beirut, 3 de agosto de 1982
14 h

Tened compasión del pueblo que está partido en pedazos, cada uno de los cuales se tiene a sí mismo por un pueblo.

Es como si Yibrán hubiese predicho la guerra.

Hoy no es un buen día. Hace un rato he subido a la azotea. Por todas partes hay barricadas y sirenas. Los tiros resuenan por la ciudad. En las calles hay hombres con fusiles. Se gritan órdenes, señalan en direcciones diferentes, suben a vehículos y desaparecen entre los bloques de pisos. En el sur se ven columnas de humo. Están bombardeando los campos de refugiados. Los israelíes ya han entrado en Beirut. Hace unas semanas, los tanques llegaron por la carretera de la costa y desde entonces no ha pasado un solo día sin que haya disparos. Han sitiado la parte oeste de la ciudad y van en serio: Bourj El-Barajneh, Mar Elias, Sabra, Chatila; todos los campos de refugiados están rodeados. La OLP no lo soportará. La situación no ha hecho más que empeorar, pero hacía tiempo que no estaba tan mal como hoy. Ya no salimos solos a la puerta a fumar, vamos siempre con un compañero. Es demasiado peligroso. Cada vez que un coche para con un frenazo ante nosotros, nos estremecemos. La cantidad de secuestros ha aumentado con rapidez. Casi no queda ninguna familia que no busque a algún pariente. Los periódicos están llenos de partes de desaparición. Desde primera hora se oyen los disparos de los fusiles, y en intervalos cada vez más cortos. Antes se han callado durante un buen rato, pero ahora vuelven a oírse con claridad, incluso con las ventanas cerradas. Dicen que los franceses van a asistir a la retirada de los militantes palestinos, y también los estadounidenses y los italianos. Lo están negociando, por lo visto. Sin embargo, nadie sabe cuándo aterrizarán. Ni si llegarán a hacerlo.

16 h

Tus labios, novia mía, destilan miel;
cual fragancia del Líbano es la fragancia de tus vestidos.

El tiempo es un concepto muy relativo cuando uno no sabe si habrá un mañana; aún faltan dos meses para la boda. Mi madre sigue creyendo que con esto me salva la vida. Han llamado a su puerta incontables veces con la culata de los fusiles.

—Tu hijo —parece que le dijeron—. Nos iría muy bien alguien como él.

Aunque hace tiempo que estoy en Beirut, fueron a ver a mi madre a Zahlé.

Voy a casarme con Rana. Sé que el teatro que hacía mi madre cuando se presentaban esos hombres estaba

injustificado. Nunca han obligado a nadie a alistarse en sus filas. Lo único que querían era dinero, pero ella no soporta perder el control. Mueren muchos hijos. Mi madre va a casa de los vecinos, prepara pasteles, se sienta en el salón de esas familias y llora con ellos. Y mientras tanto, piensa: «No quiero veros nunca en mi casa. No quiero que me beséis la mano y me digáis lo mucho que lo sentís». La sola idea de que yo esté en Beirut, fuera de su alcance, debe de provocarle noches de insomnio. Así que intenta mover los hilos para protegerme todo lo posible. A veces no estoy seguro de si de verdad está preocupada por mí, o más bien por demostrarse a sí misma que sigue siendo influyente. Su jugada ha sido maestra. El padre de Rana es primo de un oficial de las Fuerzas Libanesas. Contactos. Siempre se trata de conseguir contactos.

—Cásate con esa chica y dejarán de pedirte que luches con ellos —dijo mi madre.

—¿Por qué?

—Porque no querrán dejar viuda a su hija.

Dicen que el que entra en las milicias cumple con su deber nacional. ¡Como si existiera una nación! A veces, la línea del frente discurre entre balcones. Antes, los vecinos se pasaban café y azúcar por allí; ahora se lanzan granadas. Y eso que muy pocos saben por qué luchan, o contra quién. Las alianzas cambian tan a menudo que, al final, cada cual lucha únicamente por sí mismo. Todos afirman representar a una tierra que juntos solo destruyen. Y el que apele a nuestro deber como cristianos, como drusos, como musulmanes, es que no lo ha entendido. ¿A quién beneficia que al final todos quedemos exterminados? ¿A Jesucristo? ¿A Mahoma? ¿Cómo podremos mirarnos otra vez a los ojos?

17.20 h

Una barba no hace al profeta.

En el vestíbulo patrullan jóvenes con fusiles colgados del hombro. ¿Conocerán el dicho? Tienen miradas vacías y barbas pobladas. Yo estaba en una de las habitaciones cuando han llegado con sus jeeps y han saltado de los vehículos. Ahora los oigo abajo, yendo de aquí para allá y pidiendo la documentación a la gente. Casi siempre dura poco. Es un juego. Una breve demostración. «Controlamos este barrio —quieren poner de manifiesto—. Aquí, en Beirut Oeste, mandamos nosotros, no ellos. Y nosotros os protegemos. No os preocupéis».

Desde que Bashir Gemayel ha anunciado que quiere ser presidente, vienen más a menudo. Los controles han dejado de darme miedo. Ya he vivido muchos. Cada vez que entran en el hotel, solo me inquieta una cosa: espero que la puerta no esté cerrada.

En estos tiempos hay pocas reglas que no sean flexibles. Esa, sin embargo, ha permanecido inamovible: la puerta del sótano debe estar abierta. El control de seguridad es solo un pretexto; vienen a por el aguardiente. Porque por la noche, tras el combate, quieren fiesta. Lo he visto muchísimas veces: llegan por la calle en esos jeeps, a toda velocidad, disparando al aire y celebrando que han sobrevivido un día más. Las botellas más caras están guardadas al fondo. Nunca llegan hasta allí, sacan lo que está delante. Pero lo importante es que puedan entrar en el sótano y no se enfaden.

Esta noche tenemos una boda en el hotel. El día de hoy no será diferente por ello. Las celebraciones de boda se cuentan entre los momentos más bonitos de la vida. Puede que no tengamos nación, pero identidad nacional sí que la hay: «Podréis pegarnos tiros y destrozar nuestras casas, pero no podréis quitarnos la alegría de vivir». Eso nos caracteriza. Acaban de terminar los últimos preparativos. Las mesas están puestas. Los cartelitos con

los nombres, repartidos. Las velas también. Más tarde encenderemos las antorchas de la piscina. En la sala, los invitados se levantarán de sus sillas y se pondrán a bailar. Cantarán y celebrarán, y el laúd de Hakim los embelesará a todos.

—¿Sabías que esta es nuestra sexagésima boda juntos? —le he dicho cuando repasábamos la planificación.

—Eso me gusta —ha contestado—. No tendríamos que medir nuestra amistad en años, sino en bodas.

Pronto, también yo estaré casado. ¿Y después?

22.30 h

Hakim no ha aparecido. No sé dónde se ha metido, nadie ha logrado dar con él. No ha habido boda. La puerta del sótano estaba cerrada con llave. Ha pasado algo.

3

Las manchas de luz que pasan a toda velocidad iluminan las páginas del diario. Rassan, a mi lado, no hace más que alargar el cuello para mirar por la luna trasera. El Mercedes plateado no se ve por ninguna parte. Hace un rato, al salir del garaje subterráneo del edificio de Wissam, se ha puesto en marcha y se ha pasado todo un minuto reluciendo tras nosotros entre el tráfico denso, pero le hemos dado esquinazo en algún punto del trayecto en dirección al sur.

La imagen de la ciudad se ha transformado. Esto es el Beirut del otro lado de las relucientes vallas publicitarias. Este barrio está habitado por chiíes en su mayoría, y en las casas llaman la atención unas pancartas enormes con la insignia amarilla de Hezbolá. Cuanto más al sur, más pobre es el entorno.

El diario, sucio, me pesa sobre las piernas. Arrugo la frente al mirar la entrada que acabo de leer. Quiero concentrarme en los últimos meses antes de la boda de mis padres. Son los decisivos. La releo. Añado la información a todo lo que me han contado mi abuela, Aziz y Amir, y vuelvo a sopesarlo. Da la sensación de que mi padre desconfiara de su propio diario. Hay vacíos, contradicciones. A Aziz y a Amir no los menciona en ningún momento. Escribe sobre Bashir, pero no sobre esa foto que tan importante era para él. Si de verdad contiene una solución, no está en estas líneas, sino entre ellas. Le doy vueltas y más vueltas a un fragmento: «Ya no salimos solos a la puerta».

Secuestros, barricadas, ejecuciones arbitrarias de personas de la religión equivocada, la lucha por las posiciones en el Beirut Oeste. Si la situación de la ciudad era tan dramática como para que, según parece, no se atreviera a salir del hotel, ¿por qué corrió el peligro de ir a ver a mi madre tantas veces… cuando solo faltaban diez semanas para la boda?

¿Y por qué no escribió nada de todo eso?

—Ya hemos llegado —dice Wissam.

Aparca el coche junto a la acera y echa un vistazo por el retrovisor. A la derecha se alzan unos bloques de pisos muy deteriorados, con las paredes acribilladas a balazos y agujeros grandes como puños. A nuestra izquierda, al otro lado de la calle, impera la negra noche.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

Tengo que parpadear para distinguir la alambrada de espino que delimita la oscuridad al otro lado de la calle. Un par de metros más allá hay un hombre esperando a la luz de una farola. Va

vestido con un uniforme de camuflaje manchado y lleva un fusil automático apoyado en el hombro.

—Horsh Beirut —informa Rassan—. Nuestro punto de encuentro.

—Esta zona fue fuertemente bombardeada por Israel en 2006 —explica Wissam—. Es un bastión de Hezbolá.

—¿Y qué clase de sitio es este?

—El mayor parque de la ciudad —contesta Rassan, al tiempo que lanza una rauda mirada hacia la calle.

—¿Horsh Beirut es un parque?

—Exacto. —Rassan alarga un brazo por encima del respaldo trasero, alcanza un portafolios de piel del maletero y se lo pasa a Wissam—. Setenta y cinco hectáreas de zona verde. Cerrado al público desde hace más de veinte años.

Vuelvo a mirar más allá del alambre de espino. Allí detrás, el viento sopla por entre las matas oscuras.

—Debe de ser un biotopo —digo con asombro.

Rassan mira al otro lado por encima de mi hombro.

—El parque ha quedado borrado de la conciencia de la población —comenta, y empieza a contar un fajo de billetes—. Está ahí, delante de sus narices, pero muy pocos saben que este sitio existe.

—¿Por qué lo cerraron?

—La versión oficial —Rassan alarga la mano hacia delante mientras habla y Wissam le entrega más billetes— es que el público podría destruir los plantones y que el parque necesita todavía más tiempo para recuperarse. Es lo que llevan años diciendo.

—¿Y la extraoficial?

Rassan deja de contar un momento y me mira.

—El parque es un importante enclave estratégico. Limita con un gran barrio chií, otro suní y otro cristiano. El Gobierno teme que los diferentes grupos de población pudieran enfrentarse en estos terrenos, aunque jamás lo reconocería. Nos encontramos delante de uno de los mayores parques urbanos de Oriente Próximo, pero nadie tiene permiso para poner un pie en él.

—¿De verdad tienen miedo de que pudiera haber enfrentamientos?

—Es posible. —Wissam vuelve la cabeza hacia nosotros, hacia el asiento de atrás—. Pero lo que más miedo le da es que esos grupos se entiendan. Que entre ellos haya diálogo —añade—. Todos nuestros problemas y nuestros prejuicios se deben a que en Beirut no tenemos una vida pública que permita la mezcolanza. Todo se circunscribe siempre a tu barrio, todo sucede dentro de tu propia confesión. Se habla mucho de «los otros», pero nunca con ellos.

—Listo —dice Rassan. Pasa el pulgar por el fajo de billetes y lo mete en una bolsa. Después

abre la puerta y cruza la calle hacia el hombre del fusil.

—¿Preparado? —pregunta Wissam—. Tenemos que ser rápidos.

Asiento con la cabeza.

Al otro lado de la calle, Rassan lanza la bolsa a un contenedor de la basura y pasa por delante del guardia.

—¡Vamos!

Salimos del coche y cruzamos. El guardia alza la cabeza y nos mira. Por una fracción de segundo me invade el miedo a que pueda apuntarnos con el arma, pero se limita a mirar hacia otro lado y echa a andar en dirección al contenedor. Vía libre.

—Me encantan las costumbres de este país —dice Rassan, y me guiña un ojo cuando nos colamos en el parque por un agujero circular que hay en la valla.

Tropezamos con ramas que se parten con un chasquido bajo nuestros pasos y nos abrimos camino por entre una hierba que nos llega hasta las rodillas. No puedo evitar recordar la soledad de aquellas tardes con mi padre junto al lago: prados otoñales barridos por el viento, el crujir de los árboles bajo el peso de sus frutos, el constante zumbido de las libélulas en los oídos.

Por fin llegamos a una explanada que está algo mejor iluminada. Una media luna pende sobre Beirut. Allá adonde dirijas la mirada, te encuentras con aterciopeladas praderas en penumbra. Los árboles muestran sus brazos de pulpo, el pesado y dulce aroma de la fruta pasada llega hasta nosotros. La ciudad no se oye en absoluto; los únicos ruidos son el aleteo de unas palomas tras una piedra y los maullidos de los gatos, ocultos en la oscuridad.

—Por aquí —indica Wissam.

Lleva el portafolios de piel bajo el brazo mientras nos guía con su smartphone por caminos de grava. Los mosquitos acuden enseguida a la luz de la pantalla.

El parque se extiende en todas direcciones como una alfombra oscura. A lo lejos, en el borde, resplandecen las solitarias luces de las casas. Al cabo de unos minutos llegamos a otra superficie abierta entre las espesas arboledas.

—Es ahí delante —informa Wissam, y señala un círculo de luces.

—Los demás ya han llegado —dice Rassan.

Cruzamos una hierba espesa y, cuando nos acercamos, veo que el círculo de luces está formado por velas. Sus llamitas se estremecen bajo el cielo nocturno y me recuerdan a los campamentos de vacaciones de las películas de adolescentes: alguien tocando la guitarra junto a una fogata, malvaviscos pinchados en palos, un mar de estrellas e historias de noches estivales. Hay más o menos una docena de jóvenes sentados en círculo; todos miran a una figura que se mueve entre las sombras.

Wissam me toca en el hombro.

—Pst —susurra—. Aquí mismo.

Nos sentamos. Los reunidos se apartan un poco a derecha e izquierda para hacernos sitio. Me miran fijamente y luego asienten con afabilidad. Wissam deja el portafolios en la hierba, enfrente de él, y dirige toda su atención al joven que habla más adelante. La escena tiene algo de ceremonia secreta.

El joven lleva sandalias, unos pantalones de lino que ondean alrededor de sus piernas y el torso cubierto por una camisa desgastada. De él nace un torbellino que me absorbe de inmediato. Por un lado están las potentes líneas de su nariz y su barbilla, que lo hacen a un tiempo fuerte y elegante, aunque su voz es suave, como la de un barítono. Lo mismo sucede con su mirada, que tan pronto parece extasiada y espiritual como vuelve a ser clara y decidida. Es alarmante lo delgado que está, y aun así sus movimientos tienen presencia, ocupan más espacio de lo que deja intuir su figura.

—Tengo miedo —le oigo decir—. Miro a los estudiantes, a nosotros, a la élite formada de nuestro país, y tengo miedo…

Una brizna de hierba llega volando hasta la llama de una vela y brilla con fuerza al chisporrotear.

—Ya no aprendemos a pensar por nosotros mismos —sigue el joven, y pasea la mirada por los presentes—. Nos han lavado el cerebro. Nuestros líderes religiosos piensan por nosotros. Los jóvenes se suben a sus coches y tocan la bocina por ellos en las calles. «Te entregamos nuestra sangre, nuestras almas, oh, Nasrallah, oh, Jumblatt, oh, Al-Rahi», exclaman. Y yo me pregunto —se detiene y cierra la mano en un puño—: ¿quiénes de nuestros políticos han dado alguna vez su propia sangre por este país?

Se oye un murmullo de aquiescencia. Wissam y Rassan asienten pensativos mientras el joven retoma su discurso.

—Por las mañanas, el estudiante chií pone la radio de Hezbolá mientras desayuna y aprende que Israel es el enemigo y por qué resulta importante luchar en Siria. El suní lee en su periódico que es mejor no visitar Haret Hreik o Ghobeiry, porque allí viven chiíes que quieren aniquilarlo. Y el cristiano ve en su cadena de televisión que Mar Mikhael o Ashrafieh son las zonas más seguras, porque allí puede salir de fiesta entre sus semejantes. Los universitarios se lanzan piedras porque no se ponen de acuerdo en cómo celebrar la santa Ashura. Las jóvenes politizan sus pestañas, escogen el color según el de su partido. Seguimos hoy igual de divididos que antes. —Su voz, pese a ser tan ligera, no se disipa con el viento. Su público está pendiente de todo lo que dice—. No hemos conseguido encontrar un punto de unión —asegura, y entonces su tono se vuelve más apremiante—. Sin embargo, una nación que no ha vivido su propia revolución conjunta nunca estará en situación de construir un futuro para sí.

—¡Eso! —exclama alguien en voz baja, y de nuevo se oye un murmullo, pero el joven levanta la mano y lo acalla al instante.

—Necesitamos este libro —dice con seriedad, y mira a los presentes—. Todos los que estuvieron involucrados en esa guerra deben dialogar, y es nuestro deber encargarnos de que lo hagan. Debemos encabezar la marcha con valentía para que otros encuentren el valor necesario para juzgar el pasado. Esa revolución es imprescindible, y sé que es difícil. Nos topamos con obstáculos. Solicitamos documentos, fotos, papeles, y nos dicen: «Olvidad el pasado». Pero ¿cómo vamos a olvidar el pasado cuando en este país hay padres que hasta el día de hoy no saben dónde están sus hijos? Si viven o si están enterrados.

Me recorre un suave escalofrío. El silencio que sigue a esas palabras es poderoso y categórico. Me inclino a un lado, muy cerca de la oreja de Wissam, y pregunto en voz baja:

—¿Quiénes son todas estas personas?

—Estudiantes —me susurra por toda respuesta—. De todas las religiones. De diferentes universidades, la mayoría de letras. Todos participan en el proyecto. —Se lleva un dedo a los labios y murmura—: Después habrá tiempo para hablar.

—Vivimos en un país que no está en situación de escribir su propia historia porque la gente no consigue ponerse de acuerdo en una historia común. —El joven camina por la hierba sin hacer ruido, mira a cada uno de los que están sentados a su alrededor. También nuestras miradas se cruzan por un breve instante—. Ya conocéis mi historia —dice—. Yo mismo lo he vivido en carne propia. Muchos de vosotros lo seguís viviendo hoy. Quieren darnos miedo, pero no pueden prohibirnos que sigamos adelante. Podrán ponernos obstáculos, pero nosotros no permitiremos que nos detengan. Seguiremos recopilando. Hablaremos con testigos de la época, iremos a los archivos. No pararemos hasta que tengamos todo lo que necesitamos. —Hace una pequeña pausa que aprovecha para mirar alrededor. Después vuelve la cabeza en dirección a nosotros—. Wissam, Rassan —dice, y los dos alzan la vista—, ¿tuvisteis éxito?

Wissam alcanza el portafolios y lo levanta.

—No fue fácil. Hicieron muchas preguntas. Supongo que a partir de ahora será más difícil conseguir algo de allí, pero al menos es un comienzo.

Abre el portafolios y saca dos páginas de periódico. A la luz de la velas, el papel tiene un brillo amarillento. He pasado tanto tiempo rebuscando entre archivos que reconozco un documento original al instante. Wissam se pone de pie y carraspea, los demás se vuelven hacia él.

—Estuvimos en las redacciones de *An-Nahar* y *As-Safir* —dice, y como si solo tuviera que aclarármelo a mí, añade—: *An-Nahar* es el periódico de orientación cristiana de Beirut Este. *As-Safir*, el musulmán del Oeste. Allí encontramos esto.

Extiende las dos páginas en la hierba, una junto a la otra, y los estudiantes juntan las cabezas

por encima de ellas.

Es como si, después de muchos años de abstinencia, cayera en mi boca una gota de un vino caro que al instante despierta mi ansia. Siento un mareo al ver la fecha junto a la cabecera del periódico: «14 de abril de 1975». Un día después del comienzo de la guerra civil.

Me inclino hacia Rassan y le digo al oído:

—¿Estáis escribiendo un libro de historia?

Sus ojos refulgen a la luz de las velas.

—El Líbano no tiene un libro de historia consensuado. Estamos escribiendo el primero. Incluimos también temas que hasta hoy han sido tabú y nunca se tratan. Queremos destapar las contradicciones. —Señala las páginas de periódico.

El artículo hace referencia al acontecimiento que acabó desencadenando la guerra civil. Después de que unos combatientes palestinos dispararan contra una iglesia cristiana, varios cristianos armados atacaron un autobús lleno de palestinos en Beirut Este.

A la izquierda, en la portada de *An-Nahar* leo: «27 militantes palestinos muertos en el ataque a un autobús en el Este». A la derecha dice: «Ayer murieron 27 mártires en un ataque en el Este, hermanos palestinos asesinados por cristianos». Dos voces. Dos opiniones.

—Gracias a los dos —dice el joven—. Llevad esto al almacén en los próximos días, por favor. Ahora que el material empieza a ser más abundante, es importante que nos organicemos bien. No podemos apilarlo todo sin más. Eso nos retrasaría meses cuando empecemos a escribir. Necesitamos que alguien lo ordene, cronológica y temáticamente. Partes de desaparición, reportajes, declaraciones de testigos, confesiones, grabaciones de audio, grabaciones de vídeo, todo lo que tengamos. Hay que rotularlo, archivarlo, guardarlo de forma que sea fácil de encontrar…

El joven continúa hablando y los demás lo escuchan con atención. Mi mirada, sin embargo, sigue fija en los periódicos que todavía están en la hierba, esos retazos de historia que muestran con sencilla claridad todo lo que ha ido mal hasta ahora. Luego observo a ese joven que capta la atención de sus compañeros solo con pequeños gestos. En sus ojos veo su afán, su fe, su convencimiento sobre lo que están haciendo. Estos últimos días, una idea ha ido calando cada vez más en mi conciencia, y ahora por fin debo aceptar el hecho de que el Líbano, tal como me lo presentó mi padre, no existe en la actualidad. Lo perdí en algún punto de esos años en los que crecí llorando a mi padre. Para ver ese Líbano debería haber venido mucho antes. Aunque tal vez ya no existiera tampoco cuando mi padre decidió abandonarlo. Sin embargo, en lo más hondo de mi ser, siento que mi padre regresó aquí. ¿Por qué, si no creía que su tierra pudiera volver a ser la misma? Los jóvenes que se han reunido en este lugar olvidado del corazón de la ciudad me

llevan mucha ventaja. Han crecido tras la guerra, entre los escombros y las cenizas. Mientras que yo me sumergía en los archivos y me obsesionaba mirando atrás, ellos buscan el pasado para mirar hacia delante.

Un poco más tarde, cuando se extingue la última llama, casi todos se han marchado ya. La luna sonríe de medio lado sobre el parque, y solo el círculo de hierba aplastada atestigua que han estado aquí. Wissam y Rassan hablan con el joven, que repara en que los miro. Levanta un momento el índice, a lo que Wissam calla y se vuelve. El joven se acerca a mí. Tiene los ojos castaño oscuro y cuando sonríe le salen unos hoyuelos a ambos lados de la boca.

—Tú debes de ser Samir. —Toma mi mano, la aprieta y la encierra entre las suyas—. Sé bienvenido —dice—. Yo me llamo Youssef.

4

Beirut, 15 de agosto de 1982
7.30 h

Por todas partes veo a personas que se preguntan
qué sentido tiene todo esto.
Y quiero gritarles: El Líbano no tiene ningún sentido.
Esta tierra es un misterio para todo el que la ama.

Todos los días se oyen historias. Secuestros y asesinatos. Se leen en el periódico, te las cuentan de viva voz. Miras fuera y ves la destrucción, las ventanas rotas, el hormigón destrozado. Y aun así, siempre queda la sensación de que nada de eso tiene que ver con uno mismo. Es como si la guerra estuviera muy lejos, como si no te encontraras en medio de ella. Oyes que paran arbitrariamente a personas en la calle, que les piden la documentación y les preguntan por su filiación religiosa, y que matan en el acto de un tiro a todo el que sea de otra fe. Te dices: «Qué horror, pero seguro que a mí no me pasa. Ni a nadie que yo conozca». Hasta que un día pasa y te preguntas cómo ha podido ocurrir.

Esto es lo que me han contado: a primera hora del 3 de agosto, un joven musulmán salió de su casa, donde vivía con su madre. La madre estaba enferma, y la hermana del joven había ido a cuidarla. Un par de calles más allá, el joven subió a la azotea de un edificio en la que se apostó como francotirador. Por la tarde, con el sol ya bajo, vio a una mujer sin velo apresurándose por la calle. Disparó. Con una sonrisa en los labios vio cómo caía al suelo y se desangraba en el pavimento, pues nadie acudió en su ayuda. Por la noche, el joven regresó a su casa y se encontró con que todos los vecinos del edificio y muchos amigos de la familia estaban allí. Le contaron que a su hermana la había matado un francotirador cuando intentaba ir a la farmacia a por medicamentos para su madre. Por miedo a los francotiradores cristianos que llevaban semanas disparando en el barrio, se había quitado el velo. Para confundirlos. El joven se vino abajo. Había matado a su propia hermana.

Mis palabras no pueden consolar a Hakim. Fida, su mujer, ya está enterrada. Quiere marcharse del país. Eso me ha dicho. Tal vez no tenga sentido, pero la guerra me parece ahora más real que antes. Su muerte no ha encontrado una gran repercusión en los medios. Es solo una de tantas. Una cifra oscura más, una marca en la pared. Pero, para mí, ahora la guerra tiene un rostro que conocía.

18.15 h

Abdallah sigue fuera de sí por la cancelación de la boda. Tal cual: está furioso por lo de la boda, lo demás no parece molestarlo en absoluto. Va cabreado por los pasillos, soltando espumarajos y haciendo cuentas de todo el dinero que ha perdido con esto.

Lo que pasó fue lo siguiente: dos hombres entraron y se pusieron a disparar por todas partes. Junis, el joven de recepción, ha muerto. Solo hacía un par de semanas que trabajaba aquí. Sucedió la noche del 3 de agosto. Cuando bajé al vestíbulo, vi a varios milicianos alterados, quejándose de que no podían entrar en el sótano. La puerta estaba cerrada y lo tomaron como una afrenta. Primero gritaron e insultaron, luego salieron del hotel. Dos de ellos, sin embargo, regresaron poco después y empezaron a disparar.

Abdallah se ha empeñado en descubrir quién cerró la puerta con llave. No hace más que soltar sapos y culebras, nos grita a todos, a mí incluido. Nos obliga a formar en fila, se acerca con su cara escamosa y nos amenaza: «Cuando me entere de quién de vosotros, parásitos inútiles, cerró con llave esa puerta, no habrá Dios que os pueda ayudar».

Son dos las cosas que me inquietan desde ese día. La primera: qué responder cuando Hakim me pregunte si quiero irme del país con él. La segunda: que al agacharme junto a Junis, que se desangraba tras el mostrador, sentí en el bolsillo un objeto duro y comprobé que era la llave del sótano.

El problema: que se trata de la única llave.

5

Los cuerpos se contorsionan al ritmo de la música bajo las ráfagas de luz. Todo baila, todo gira. Estallidos estroboscópicos, los bajos sonando, hombros que se rozan, sudor, delirio en la pista de baile, en las escaleras, en las mesas, en los sofás. Colores por todas partes: escotes de lentejuelas, cuellos de camisa con pintalabios, uñas brillantes, daiquiris de fruta congelada.

«No puedes irte de Beirut sin haber salido de marcha», me había dicho Wissam mientras me tendía una de sus camisas, y Rassan le dio la razón asintiendo insistentemente con la cabeza.

Ahora tengo delante a una americana rubia y de piel suave que está bastante buena, pero hace cinco minutos que me grita al oído:

—*Beirut is so amazing!* —Su cabeza no deja de sacudirse al compás de la música como en un ataque epiléptico—. *The country is really fucked up, but the nightlife, it's crazy! I have travelled so many countries, but only in Beirut they have these vibes, you know?*

Asiento con la cabeza.

—*Where are you from again?*

—*Germany.*

—*Oh, I love Germany! Are you here for the nightlife, too? Berlin has amazing clubs, but you can't compare…*

Le doy un sorbo a la copa que Wissam me ha puesto en la mano. De los altavoces sale un ritmo atronador, hoy es la *International DJs Night* y en la mesa de mezclas está DJ Hammer, que es de Wuppertal.

—*I love the Lebanese* —grita ahora la chica—, *they are so open-minded.*

—*Yes* —grito yo también—, *very nice people.*

Del techo cuelga un espejo torcido que dobla la cantidad de personas que se contorsionan. Las máquinas de niebla escupen un humo espeso, el local entero vocifera y levanta los brazos. Lo reconozco entre los vapores. Aparece cruzando la niebla como un fantasma, lleva las manos metidas en los bolsillos de los pantalones y sonríe al verme. El humo de la máquina hace que me lloren los ojos, parpadeo y, cuando miro una segunda vez, Youssef ha desaparecido.

—*It's really sad they don't have nice beaches in the city* —chilla la americana—, *unlike Barcelona, you know, but really, the parties are so amazing, people over here are so full of energy.*

—*Yes* —grito—, *it's because they believe they can die tomorrow.*

—*They what?*

—*They die* —repito, y me paso un pulgar por el pescuezo—. *They know tomorrow the whole country could burn down to the ground again.*

Encuentro a Youssef fuera. Está apoyado en la pared, rascándose con una uña el sello que el portero le ha puesto en la muñeca. También él lleva una camisa de Wissam, y se siente visiblemente incómodo. Con sus sandalias gastadas y la ropa vieja desprendía una dignidad muy diferente; ahora parece un colegial a quien su madre acaba de peinar.

—¿Y bien? ¿Es como te lo imaginabas?

—Sí —contesto—, impresionante. —No sé qué otra cosa podría decir. Hace años que no voy a ninguna fiesta y me alegro de haber salido a tomar el aire.

Han pasado dos días desde que cruzamos el agujero de la valla del parque y desde entonces no había vuelto a ver a Youssef. Sin embargo, no me quito de la cabeza la imagen de todas esas personas pendientes de sus palabras. En el fondo hay muchas cosas que me gustaría preguntarle, pero no sé por dónde empezar ahora que lo tengo delante, tan accesible.

—¿Y tú? —comento—. Habría dicho que las fiestas te parecerían una pérdida de tiempo.

Youssef niega con la cabeza.

—Intentar disfrutar de la vida no me parece una pérdida de tiempo.

—¿Pero?

—Pero hay otras cosas que me divierten más. —Sonríe—. La gente diría que eso no es nada típico de un Hamoud.

—¿Hamoud es tu apellido?

En ese momento, Wissam sale tambaleándose del club con una rubia del brazo, y yo tardo unos segundos en darme cuenta de que se trata de la americana que me estaba hablando a gritos. Me lanza una mirada que bien podría querer decir: «¡Mala suerte!», y luego empiezan a darse el lote. Poco después sale Rassan, también algo perjudicado.

—Samir —me llama Wissam cuando la chica le deja un momento para recuperar el aliento. La señala con la cabeza y se encoge de hombros.

—Tranquilo —digo—. No volveré a casa hasta dentro de tres horas por lo menos.

Wissam sonríe y levanta un pulgar.

—¡Oye, Rassan! —exclama, y luego pasa al inglés para que la chica lo entienda—: *Samantha wanted to know why we're not afraid about the Islamic State being only two hours away from our borders. Tell her why conquering Beirut will be impossible for the IS.*

—*Too much traffic* —dice Rassan, irónico.

Wissam estalla en estruendosas carcajadas, la chica se parte de risa. Youssef me mira.

—Es su chiste preferido —explica.

También yo me echo a reír.

Más tarde, cuando Wissam y la chica ya se han subido a un taxi, Youssef y yo paseamos por las calles. Rassan ha vuelto a casa solo. Pasa mucho de la medianoche, pronto saldrá el sol. Mientras callejeábamos, entre nosotros ha surgido un silencio que ni a él ni a mí parece molestarnos. Me recuerda un poco a la nostalgia de cuando mi padre y yo nos sentábamos callados junto al lago hace más de veinte años. ¿Y por qué no? Youssef y yo compartimos una nostalgia similar. Ya en el parque, al ver su rostro iluminado por la luz de las velas, sentí ese vínculo. Tengo la sensación de haber encontrado en él lo que muchas veces he deseado para mí: seguridad, determinación, una visión.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿No te dan miedo? Me refiero a que en algún momento vayan a por ti.

—Ah. —Youssef ríe. Una risa alegre y peculiar—. En algún momento lo harán. Lo que me preocupa es más bien que el libro no esté listo antes.

—Ese libro… —No sé cómo formularlo sin ofenderle—. ¿De verdad crees que cambiará algo?

Youssef se detiene y me mira con simpatía. Casi parece que jamás se haya planteado la posibilidad de que el libro no encuentre lectores, que no cambie nada, que tal vez ni siquiera llegue a publicarlo ninguna editorial.

—Funcionará, Samir.

—¿Lo tenéis muy avanzado?

—No mucho, todavía. —Cruzamos la calle y, justo a nuestra derecha, las cúpulas de la mezquita de Al-Amin aparecen entre los vapores anaranjados que cubren la ciudad—. Es una batalla contra el tiempo —continúa Youssef—. Los testigos de entonces olvidan, se hacen mayores, menos fidedignos, mueren. Quedan pocos que puedan o quieran dar su versión. Los documentos, los papeles y las pruebas no se han guardado bien y se estropean. Una gran parte ya es inutilizable.

—He leído que también se ha destruido una cantidad enorme de documentación.

—Es cierto. Los partidos sabían que después de la guerra se harían preguntas, así que incluso volaron por los aires sus propios archivos. Nadie sabe qué se destruyó exactamente, pero el tiempo apremia también por otro motivo. —Con cada frase, se nota que su tono intrascendente va adquiriendo algo más de urgencia. Una transformación que observo fascinado: sus rasgos enérgicos se endurecen; su mirada, que hace un instante era afable y suave, parece ahora severa, casi fanática—. ¡La amenaza crece a diario! Y no solo en Beirut. Todo el país se descompone en

zonas de conflicto marcadas por la religión. Las instituciones estatales están paralizadas. En el sur, Hezbolá lucha contra Israel; en Siria, contra los rebeldes. En el norte se está formando un frente islamista; en Trípoli, los jóvenes van por ahí montados en jeeps ondeando la bandera del EI. Y ahora vienen los refugiados sirios…

—Igual que entonces los palestinos.

—Sí. Hace poco estuve en Trípoli. Visité una asociación de militantes, quería reunir material. ¿Quieres saber lo que vi allí? En Bab al-Tebbaneh, los contrarios a Al-Ásad luchan contra sus partidarios… en pleno Líbano. Los niños cogen palos de la calle y juegan a que son fusiles, porque es lo que aprenden de sus padres.

—Tienes miedo a que las generaciones futuras cometan los mismos errores.

—Esos errores ya se están cometiendo. El problema es la falta de confianza. ¿Has visto el campus de la American University? Parece que la convivencia sea armoniosa, pero solo es porque ese lugar une a la gente. Fuera del campus apenas hay unidad, no hay amistad ni confianza entre confesiones. Ahí reside el gran peligro: tenemos dieciocho comunidades religiosas diferentes. Cada grupo teme a los demás y cree que quieren aniquilarlo. Cada grupo se siente abandonado a su suerte cuando se trata de superar las experiencias de la guerra civil. Pero alguien debe explicarles que todos padecieron el mismo dolor. Que todos, absolutamente todos, se vieron implicados por igual.

Me recuerdo de niño, creciendo en mi calle. La vida comunitaria siempre me había parecido armoniosa. Era como si esas personas hubieran tenido que volverle la espalda a su país primero para aprender que ciertas diferencias deben superarse si se quiere vivir en paz con los demás. Por otro lado, ¿no estaría mi percepción sesgada por mi condición de niño? Quién sabe lo que decían a puerta cerrada de que Yasmin no llevara nunca pañuelo y Hakim fuese tan tolerante con ella. Quién sabe lo que de verdad pensaba la gente de mi madre cuando mi padre desapareció.

—Si ahondas en nuestra historia —prosigue Youssef—, te topas con más y más datos ocultados, informaciones censuradas, medias verdades. Este libro es nuestra gran oportunidad. Mientras cada profesor explique su propia versión de la guerra, la verdad de los musulmanes diferirá de manera fundamental de la verdad de los cristianos. Eso empieza a suceder ya en el siglo XIX. Los cristianos recibieron a los franceses como a amigos; los musulmanes, como a señores coloniales. ¿Y pretendemos que haya un relato común de la guerra civil?

—Memoria selectiva —digo—. Mi prometida ha escrito sobre eso en relación con los hijos de refugiados.

—Ese es el concepto clave —coincide Youssef conmigo—. Los hijos, los jóvenes, crecen con una memoria selectiva del pasado y de las injusticias sufridas. Eso los lleva a identificarse por completo con la comunidad religiosa en la que han nacido. Nosotros los cristianos, nosotros los

chiíes, nosotros los alauíes, nosotros los drusos, nosotros los suníes. Cuando deberíamos decir: nosotros los libaneses.

Me mira, tiene las mejillas encendidas por su ardor.

—Le habrías caído bien a mi padre —comento—. Estoy convencido.

Youssef me pasa un brazo por los hombros.

—Háblame de él —pide—. Me encantaría saber algo más sobre ese hombre.

—Ojalá yo lo supiera —digo con amargura—. Hace veinte años que intento descubrirlo. Las circunstancias de mi búsqueda se parecen un poco a las de la vuestra: el tiempo corre en mi contra y ni siquiera estoy seguro de que las pistas me sirvan de algo.

Le damos la espalda al barrio que rodea la mezquita y enfilamos en dirección al puerto. En el horizonte, sobre las montañas que hay detrás de la ciudad, se vislumbra una delgada franja de luz.

—Estoy convencido de que mi padre apoyaría vuestro proyecto si lo conociera —digo—. Me parece que, como tú, lo consideraría clave para que, en un futuro, el país pueda volver a ser como antes. Colorido, cosmopolita, libre de miedos. Hablaba mucho de ello.

—¿Y tu madre? —pregunta Youssef—. ¿También ella quiere que lo encuentres?

Niego con la cabeza.

—Murió.

—Igual que la mía.

Por las laderas se derrama un suave brillo dorado que ilumina la ciudad como si fuera un tesoro. Cae sobre los tejados y el mar, por cuya orilla paseamos.

—Yo crecí en un pueblo —explica Youssef—. Antes no soportaba Beirut. Los demás siempre querían venir aquí: el mar, las tiendas, los cines. A mí, la ciudad nunca me atrajo. Hoy, en cambio, no soy capaz de imaginarme viviendo en otro lugar. Me gustan sus contradicciones, me gusta ver los edificios todavía con agujeros de metralla y, unos metros más allá, encontrarme con un centro comercial modernísimo. Me gusta que en Hamra haya poca gente por la calle cuando el muecín llama a la oración, y que a esa misma hora las plazas del Este estén abarrotadas.

—Sin embargo —señalo, y espero no resultar demasiado receloso—, ¿no son justamente esas contradicciones las que quieres eliminar?

—En algún momento, sí. Pero, mientras trabajamos en el proyecto, las contradicciones me recuerdan todos los días lo importante que es el libro.

—¿Cuándo queréis tenerlo listo?

Youssef busca una piedra plana y la lanza hacia el mar, donde rebota tres veces antes de hundirse.

—Depende de la cantidad de resistencia que encontremos. Sé cómo suena eso, Samir —dice, y se vuelve de nuevo hacia mí—, pero no soy un soñador. —Aun así, mira con ojos románticos

más allá de mí, hacia la ciudad resplandeciente—. Rassan, Wissam y los demás están entusiasmados con la idea, y sin ellos no tendría ninguna oportunidad. Es importante que el libro lo escriban estudiantes de los diferentes bandos, que vengan de universidades diferentes, que investiguen en campos diferentes y profesen religiones diferentes. Solo así será un proyecto común. Pero no me engaño: yo soy el único que no va a una universidad privada. Los demás se despedirán lanzando un beso con la mano para marcharse al extranjero en cuanto acaben la carrera. Y si quieren irse, ¿quién soy yo para reprochárselo? Con eso no quiero decir que se lo tomen solo como un entretenimiento. Todos ellos participan de corazón, todos saben que se ponen en peligro. De momento nos va bien, pero no siempre será así. Por eso, pueden pasar años antes de que nuestro libro esté listo. Pero lo terminaré.

Youssef me recuerda mucho a mí mismo. Reparo en ello con una mezcla de afecto y compasión.

—Tú no lo crees, ¿verdad? —Mete las manos en los bolsillos de los pantalones y mira al frente—. Crees que nuestro plan no saldrá adelante.

—Espero que sí.

—¿Puedo preguntarte algo yo a ti?

—Claro.

—Cuando viniste aquí, ¿creías que encontrarías a tu padre?

—Sí.

—Y ahora… ¿lo sigues creyendo?

—No lo sé. He llegado a pensar que nunca debió convertirse en mi objetivo, ¿entiendes? Que solo debía hacer este viaje para superar su pérdida.

—Pero sientes que no lo conseguirás.

—Por lo menos me gustaría saber qué fue de él.

—En el fondo, intuyes que todavía existe una posibilidad de que algo lo cambie todo.

—Exacto.

—Y esa sensación es mucho más fuerte que cualquier pensamiento racional que te diga que conseguir tu objetivo es imposible.

—Así lo siento.

—Esa sensación es más fuerte que cualquier otra cosa, te hace pensar que toda tu vida ha girado únicamente en torno a perderlo para poder salir en su busca. —Calla unos instantes—. Sientes que tu destino es encontrarlo.

Asiento con la cabeza.

—Justo eso me pasa a mí con el libro —concluye Youssef. Saca la mano derecha del bolsillo del pantalón y, cuando la abre, hay un papel en ella. Está doblado con cuidado, cosa que no oculta lo gastado y viejo que está.

—¿Qué es eso? —pregunto, pero Youssef no contesta, solo me tiende el papel.

Lo desdoblo. Es un recorte de periódico. En el lado izquierdo veo el rostro de un hombre. No es una fotografía, sino un retrato robot mal dibujado y desgastado por el tiempo.

—¿Qué es? —insisto, pero entonces yo mismo lo veo.

Me lo dice el texto que acompaña a la imagen:

> Este hombre fue visto por última vez el viernes 17 de septiembre de 1982. Salió de su casa en Msaybeth, Beirut, y no regresó. Si tienen alguna información sobre su paradero, por favor, llamen al siguiente número de teléfono: 00 961 01 273881.

Youssef me mira. El viento matutino le alborota el pelo negro y agita el cuello de su camisa.

—¿Un parte de desaparición?

Asiente.

—¿Y quién es el hombre?

Youssef me quita el papel de la mano y estudia la imagen con detenimiento, como si conociera muy bien sus rasgos. Una breve sonrisa curva sus labios.

—Es mi padre.

6

Beirut, 31 de agosto de 1982

El destino nos hace pedazos, como si fuéramos de cristal,
y los añicos no pueden volver a recomponerse.

ABU AL-ALA AL-MA‘ARRI

Estábamos sentados en la azotea mirando al norte cuando los barcos salieron del puerto. Los convoyes de camiones se detuvieron bajo la protección de los soldados franceses que habían llegado el 21 de agosto. Hombres de uniforme caqui bajaron saltando de ellos y subieron a bordo. En la entrada del puerto aguardaban más vehículos. Decían que el propio Sharon había acudido para presenciar la retirada de la OLP de la ciudad.

En el futuro se contarán historias sobre esto. Sobre estos días en especial. Sopla un viento de cambio, lo noto. Aunque no estoy seguro de si trae cosas buenas o malas. Bashir Gemayel, nuestro nuevo presidente. Una nación unida, su sueño. Hakim no lo cree.

—En noviembre —me dijo hace unos días—. Me iré del país con Yasmin en noviembre. Tocaré para ti en tu boda y luego me despediré del laúd.

Se reprocha lo de su mujer. Cree que estaba muy poco en casa con ella, que pensaba demasiado en sí mismo.

—Ahora todo gira en torno a mi hija —dijo—. Mira a tu alrededor: cuando la guerra termine, no quedará ninguna casa en pie y no habrá familia que no llore la muerte de alguien. No quiero que crezca en este sitio. Aquí no.

Mi boda. Pienso en cómo será el baile. Rodearé a Rana con mis brazos. Tal vez consigamos hacer como si estuviéramos solos. Solos, cuando estaremos rodeados de gente. Mi madre. Sus invitados. Los invitados del padre de Rana.

Cada vez somos menos. Abdallah ha descubierto que le divierte mucho despedir empleados al azar.

«Cada día se irá uno de vosotros», anuncia. «Cada día pondré a uno de patitas en la calle. Hasta que me digáis quién cerró con llave esa puerta».

Los agujeros de bala de la recepción ya están tapados, nada recuerda a Junis. Siguen llegando clientes. ¿Qué narices atraerá a esas personas a Beirut en los tiempos que corren? Por las noches me quedo despierto pensando en las consecuencias de todo esto para mí. Abdallah lucha su propia guerra. Nos recorta el sueldo.

«Hasta que recupere el dinero que he perdido por vuestra culpa, animales inútiles», dice.

Trabajamos hasta la extenuación. Los compañeros están agotados, tienen miedo. Muchos son los únicos de la familia que llevan algo de dinero a casa.

No puedo confesar. Hace mucho que confía en mí. Si se entera, lo perderé todo. Y no puedo ser un marido sin trabajo. No ganar nada significaría volver a casa de mi madre. No puedo contarlo.

7

Seguimos el taxi con la mirada y nos quedamos solos en el desierto, a unos veinte kilómetros de las puertas de Beirut. La sequía ha dibujado grietas hexagonales en la tierra. El sol derrite el asfalto, la carretera que tenemos delante se pierde entre colinas ondulantes.

—¿Qué estamos haciendo aquí exactamente? —pregunto, pero Youssef no contesta.

Quiere enseñarme algo. Miro a mi alrededor: a izquierda y derecha de la carretera no hay nada más que arbustos resecos, arena y bolsas de basura reventadas que la gente ha lanzado desde los coches al pasar. Más allá, algo que una vez fue una cabaña. Vamos directos hacia ella.

—Hubo un tiempo en el que venía aquí casi a diario —explica.

—¿Por qué? Yo no veo nada.

—Porque fue aquí donde tuve la idea de nuestro libro.

La carretera no parece llevar a ninguna parte; a nuestra espalda, Beirut se difumina en el aire cual ciudad fantasma.

—¿Qué clase de sitio es este?

—En la guerra desaparecieron casi quince mil personas. —Youssef habla como si no oyera mis preguntas—. Hasta hoy no hay rastro de ninguna de ellas.

—Youssef, ¿por qué estamos aquí?

—Tras la guerra, se creó una comisión que debía averiguar cuál había sido el destino de los desaparecidos. Fue una farsa. La comisión estaba dirigida por un oficial de policía y compuesta por representantes del ejército y los servicios de seguridad. Solo trabajaban con las pruebas que aportaban los familiares, hasta que llegaron a la conclusión de que ninguno de los desaparecidos seguía con vida. Recomendaron a las familias que los declararan muertos sin comprobación alguna.

Estamos muy cerca de la cabaña. Bajo la luz deslumbrante de la mañana, parece la guarida olvidada de una banda de ladrones.

—Estos últimos años se han encontrado cada vez más fosas comunes. En cualquier otro país, eso habría provocado un escándalo y se habría querido determinar con claridad quiénes eran esos muertos, quién asesinó a esas personas. Solo los libaneses preferimos no hablar de ello. Nos da miedo descubrir qué verdades pueden salir a la luz, que se destruya la convivencia. —Se acerca a la cabaña y pasa una mano por la madera—. Callamos, por la paz. —Me mira por primera vez desde que hemos llegado—. La cuestión de los desaparecidos nunca se convirtió en una cuestión

nacional —dice—. Ese será el capítulo más importante del libro. Todos los que participaron en la guerra deben involucrarse en su superación. Nuestro Gobierno y nuestra población, pero también el régimen sirio y los palestinos. Los desaparecidos son parte del problema, pero no podemos disociar el esclarecimiento de su destino del hecho de que gran parte de los responsables de esas desapariciones gobiernan hoy el país.

—Se trata de tu padre —digo—. Cuéntame qué ocurrió.

Youssef mira al suelo.

—Mi madre se negó a declarar muerto a mi padre. Ninguna mujer quería declarar muerto al padre de su hijo sin pruebas. La comisión aseguró a todas las familias que no quedaba nadie con vida. Estábamos en 1992, la guerra había terminado, querían cerrar ese capítulo y pasar página.

—¿Y luego?

—Unas semanas después, en invierno, cincuenta y cinco desaparecidos regresaron de cárceles sirias. Mi padre era uno de ellos.

La mirada de Youssef refulge. Una sonrisa nostálgica asoma a sus labios al recordar aquel día: una mañana invernal, oro sobre las montañas, rocío en las praderas, las casas del pueblo envueltas aún en la niebla. Un hombre avanza por la calle con botas pesadas, y entonces se oyen unos golpes en la puerta que despiertan al niño.

—Lo secuestraron aquí —susurra Youssef, como si se hubiera quedado sin voz—. Esto solía ser un puesto de control sirio. No le gusta hablar de esa época, le cuesta mucho. Pero, por lo que sé, lo apresaron aquí y se lo llevaron a Anja.

—¿La base militar?

—Exacto. Dijeron que espiaba para Israel y lo acusaron de haber participado en una conspiración contra la presencia siria en el Líbano. Después desapareció y estuvo diez años en paradero desconocido.

La punzada que siento ahora mismo… ¿es por la herida o por los celos? Durante todos estos años he experimentado una soledad enorme, y no solo a nivel social. Siempre ha estado vinculada a la sensación de que nadie podía comprender mi dolor, de que nadie estaba pasando por lo mismo que yo. Era un pensamiento irracional, pero hacía que mi soledad fuese completa.

Miro fijamente a Youssef.

—¿Y tú qué sentiste? —pregunto—. Cuéntamelo, por favor. Quiero saber cómo es ese momento.

—Parece irreal —empieza a relatar. Su voz, que hasta ahora ha sido suave y clara, se vuelve tan tenue que tengo que acercarme mucho a él para no perderme ninguna palabra—. Mi madre nunca dejó de hablar de él. En todos esos años. Así que, cuando por fin entró por la puerta, tuve la sensación de conocerlo bien. Los dos lloramos. No nos conocíamos, pero me dijo que había pensado en mí todos los días y que yo era tal como me había imaginado. Su desaparición le había

causado mucho sufrimiento a mi madre, demasiado para describirlo, y maldije los años en los que estuvo ausente. Pero ahora, al mirar atrás, me alegro de que todo sucediera así, ¿y sabes por qué?

Siento un nudo en la garganta. Cuando hablo, mi voz suena extraña, quebradiza.

—El libro —murmuro—. Si no, no escribirías ese libro.

Youssef asiente con la cabeza.

—Te deseo de todo corazón que tengas éxito en tu búsqueda —dice—. Si de verdad sientes tan dentro de ti que tu padre está aquí, en algún lugar, entonces será cierto.

Estamos en mitad de la carretera. Tal vez en el punto exacto donde se detuvo el coche del que sacaron a su padre. Un sinfín de imágenes aparecen ante mí en el aire centelleante: mi padre en el vano de la puerta aquella última noche; el piso vacío a la mañana siguiente; la mirada de mi madre, inquieta pero aún optimista, afligida después. No conozco a la madre de Youssef, pero de todas formas la veo también ante mí: el pelo negro, la tez fina y pálida, la misma mirada, la misma sensación.

—¿Cuántos años tenías cuando lo secuestraron? —pregunto.

En el punto en que la carretera se funde con las colinas aparece un coche que se acerca a nosotros.

—¿En 1982? —pregunta Youssef, y me mira parpadeando—. Ni siquiera había nacido.

8

Beirut, 15 de septiembre de 1982

La traición, sire, es solo una cuestión de fechas.

TALLEYRAND

6.00 h

Acaban de decirlo por la radio: Bashir no ha sobrevivido al atentado. No sé cuántas malas noticias más seré capaz de soportar. Esto no tiene fin.

15.45 h

Apenas se ha corrido la voz, los tanques israelíes han vuelto a entrar en Beirut. Han sitiado los campos de refugiados.

Oficialmente, para proteger a los palestinos de la venganza de los cristianos, pero el que no vea las señales es que debe de estar ciego: algo terrible está a punto de pasar.

17.20 h

El instinto me dice que lo intuyen. Los compañeros. Intuyen quién cerró la puerta con llave. ¿O será el miedo lo que me hace malinterpretar sus miradas? Ayer por la noche lo estuve pensando mucho. Ahora sé que existe una solución. Abdallah me recibirá dentro de dos horas.

9

Miro las líneas del diario con el corazón palpitante, hasta que se emborronan ante mis ojos.

—«Le he dicho lo que había que decir» —mascullo, y me rasco la nuca distraído.

—¿Qué? —pregunta Wissam, que me mira confuso mientras se acaba el café. Sin apartar los ojos, deja los platos en el fregadero y coge su bolsa del aparador de la cocina—. ¿Va todo bien?

—De maravilla.

—Estás muy pálido.

—Me encuentro bien.

Lanza una mirada al reloj que hay encima de la puerta.

—Tengo una clase a las diez. Si quieres, nos vemos después en el campus y vamos a comer a la cafetería. Si no, esta noche… Ah, espera. —Busca en la bolsa y me tiende un móvil y un cable de carga—. Te he conseguido el teléfono que querías —dice—. No es un smartphone, pero solo lo necesitas para llamar, ¿verdad? Aunque no sé cuánto te durará el saldo si hablas con Alemania. —Se cuelga la bolsa del hombro y la correa le arruga la camiseta—. También te he grabado nuestros números. Si sigues pasando tanto tiempo solo, es mejor que podamos localizarnos enseguida.

—Gracias.

—No hay de qué. Noura vendrá a recogerte en algún momento de la tarde.

—¿Noura?

—Sí, Noura. —Wissam me mira entornando los ojos—. La viste un día, comiendo. Y también estaba en el parque. ¿De verdad que va todo bien?

—Sí, no te preocupes.

—Te enseñará el archivo. Estoy impaciente por ver qué te parece.

No digo nada. Wissam se detiene un instante en el recibidor sin saber qué hacer. Luego sacude la cabeza.

—Vale, Samir, hasta luego.

Cuando la puerta se cierra, vuelvo mirar el diario que tengo delante. A Wissam le he explicado que me he despertado hace un par de horas, pero la verdad es que no he dormido nada. Me encuentro fatal. Me he pasado la noche subrayando y marcando fragmentos, llenando los márgenes de anotaciones. Por el borde del cuaderno asoman notas adhesivas con breves comentarios como: «Ver entrada del 3 de agosto», o: «¡Contradicción!».

Estos últimos dos días he estado agitado a causa de esas horas con Youssef. Sigo sin aliento por la envidia, la admiración, el afecto hacia él. No hago más que imaginarlo de pie en la entrada de su casa del pueblo, donde su padre se arrodilló ante él. Todo el rato intento evocar lo que debió de sentir en ese momento: una extraña familiaridad, una ligereza liberadora al notar que el dolor remitía después de tantos años.

Regresamos a la ciudad en taxi, nos despedimos dándonos la mano y luego recorrí en trance las pocas calles que me separaban del apartamento de Wissam. Al llegar, él no estaba, pero Samantha me recibió con una sonrisa arrogante. Se había puesto un camiseta suya y se paseaba orgullosa por la cocina con las piernas desnudas. Me fui a mi cuarto, saqué el diario de la mochila y no volví a levantar la cabeza hasta que la luz de la luna ya no bastaba por sí sola para iluminar las páginas. También ayer pasé todo el día sentado delante de esas líneas mordiendo el extremo de un bolígrafo, hasta que las sombras cubrieron las hojas del diario. Estaba tan absorto en lo que explicaba mi padre que Wissam me preguntó en cierto momento si estaba enfadado con él por lo de Samantha. Me sentía superado, encendido por el miedo a no vivir jamás un momento parecido al que me había descrito Youssef.

La idea me asaltó de improviso, mientras leía. Intenté quitármela de la cabeza, pero la conmoción de ese instante me detuvo el corazón y, cuando volvió a latir de nuevo, golpeteaba como un puño contra mi pecho. Me asusté, no quería aceptar ese pensamiento que me miraba fijamente desde los renglones. Empecé a leer los párrafos en diagonal buscando otra explicación. Sin embargo, cuanto más leía, con más claridad regresaba esa posibilidad concreta, hasta que en algún momento fue la única que quedó, evidente y perturbadora.

«Nos da miedo descubrir qué verdades pueden salir a la luz». Las palabras de Youssef sobre los desaparecidos. Ahora siento ese mismo miedo.

¿Por qué habría tenido que hacer mi padre algo así? Esa pregunta no me deja en paz.

Junto al diario, la tarjeta del Rhino Night Club. Estaba en la mochila, arrugada y sucia, entre mi ropa. Parece que la foto del compartimento secreto ha sido lo único que ha sobrevivido más o menos intacto a estos días en la basura. Solo está un poco desgastada y rizada en los bordes, pero los colores son igual de claros que antes. Saco el móvil que me ha conseguido Wissam y marco el número.

Suena dos veces, luego se oye un resuello.

—Sinan Aziz.

—Tengo que hablar con Amir —disparo.

Silencio.

—¿Quién es?

—Samir El-Hourani.

—¿Samir? ¿Todavía estás en el Líbano?

—Sí, ¿puede ayudarme?

En la breve pausa que sigue, lo oigo respirar con fuerza.

—¿No fuiste ya a verlo? —pregunta.

—Sí.

—Entonces sabes dónde encontrarlo.

—Sí. —Me esfuerzo por hablar con calma—. Pero no puedo acercarme a Brih. No sé cómo lo hizo usted la otra vez, pero consiguió hablar con él enseguida. Por favor, tengo que hablar con Amir.

Sinan Aziz guarda silencio. Lo imagino en la penumbra de su despacho, con la enorme barriga contra el borde de la mesa. Su gigantesca nariz se ensancha al inspirar, los ojos se convierten en dos estrechas ranuras.

—No puedo prometerte nada.

—Ya lo sé.

—¿Tienes un número que pueda darle? —Se le nota el fastidio en la voz.

—Un momento. —Wissam ha pegado una nota adhesiva en el cargador con el número del teléfono. Se lo dicto.

—¿Qué quieres que le diga?

Tomo aire, me tiemblan las manos.

Me paso las horas siguientes caminando de aquí para allá sin parar. Me aseguro de que el móvil esté cargado. Llamo una vez desde el teléfono de Wissam para comprobar que le haya dado el número correcto a Aziz. Una angustia espantosa me oprime el pecho. Tan pronto me maldigo por haber leído con extrema minuciosidad como me enfado al ver que ese detalle no me hace avanzar. Solo coloca a mi padre bajo una luz más oscura.

Cuando era pequeño, tenía un truco: antes de quedarme dormido intentaba pensar en mi padre para soñar con él. Recordaba nuestros momentos juntos más felices: su peso al sentarse en mi colchón, su mano en mi manta, el castaño profundo que rodeaba sus pupilas. Después imaginaba que me encontraba con él en el lugar donde se desarrollaban sus historias. A veces funcionaba, y entonces, en el sueño, estábamos muy cerca, y la fría sensación de vacío no regresaba hasta la mañana siguiente, cuando despertaba sin él.

Aquí, el truco no me funciona. No consigo recordar su gentileza, así que pruebo con otra forma de distracción de años atrás: busco animales y formas en la pared del pasillo, que está iluminada por el sol, y en el fregadero, donde los posos del café han dejado burdos rastros hacia el desagüe. No tengo éxito.

Pasan las horas. Recorro el apartamento, deslizo un dedo por los libros de las estanterías, leo

las descripciones de las carátulas de DVD y, cuando vuelvo a dejarlas en su sitio, ya no me acuerdo del contenido. Cualquier sonido me parece ensordecedor y me sobresalta: el chirrido del sofá de piel, el agua que gotea del grifo del baño, el tictac del reloj de la cocina. Estoy crispado, quiero recibir esa llamada ya, a pesar del miedo a que Amir confirme mi sospecha. El teléfono vibra una vez, pero es un SMS de Wissam, que me comunica dónde se ha sentado en la cafetería, por si al final voy. Por la tarde, los objetos proyectan sombras afiladas en el suelo. Rozan las puntas de mis pies y siento que el frío trepa por mis piernas. Me planteo salir para distraerme, pero no quiero arriesgarme a pasar por un punto sin cobertura.

Cuando por fin suena el móvil, corro del pasillo a la cocina, me doy un golpe en las espinilla y caigo en una silla maldiciendo. La pantalla indica que llaman desde un número oculto.

—¿Diga?

—Hola, Samir. —Su voz es vacilante, tenue, y está acompañada de ruidos de fondo, como si sostuviera el teléfono lejos de la cara—. ¿Has encontrado a tu padre?

—No —digo sin aliento—. No, por desgracia no.

Mi mirada recae en la entrada de diario que he marcado con un enorme signo de interrogación: el 16 de septiembre de 1982.

—Pero ahora ya sé lo que te hizo.

10

Beirut, 16 de septiembre de 1982

Ahí no hay nadie.
Es inútil gritar.
Ahí no hay nadie.

FAIRUZ

9.00 h

He ido a ver a Abdallah. Le he dicho lo que había que decir.

18.50 h

Si Hakim me pregunta si voy a salir del país con él, ahora sé lo que debo hacer. No tengo otra opción.

11

Hay momentos en los que vives algo y te extraña. Luego vienen más momentos en los que te sigue extrañando. Y solo mucho después, cuando apenas lo recuerdas ya, aquello cobra un significado nuevo, porque entretanto has descubierto algo más de lo que sabías entonces sobre tal o cual persona. Todos los gestos, las miradas, los movimientos, los comportamientos que no podías explicarte, de pronto tienen sentido. Es como si, pasados los años, encontraras una pieza y la añadieras a ese puzle que has guardado todo ese tiempo por si algún día conseguías completarlo.

Ese día es hoy. Después de hoy, todo cambiará.

Rassan está ante un viejo bloque de pisos y fuma mientras Noura y yo pasamos por delante con el coche para bajar al aparcamiento subterráneo. El calor del día se ha acumulado allí abajo y se mezcla con el olor a gasolina y aceite. Mis ojos tardan un momento en acostumbrarse a las sombras. Poco después oigo el eco de los pasos de Rassan. Tira el cigarrillo al charco que se ha formado bajo una tubería que gotea, saluda primero a Noura, luego a mí, y unos segundos después nos encontramos en un ascensor chirriante que nos lleva a la planta más alta.

—¿Youssef también ha venido? —pregunto en voz baja, pero Rassan niega con la cabeza.

—No, no vuelve hasta mañana.

Nos miramos en el espejo. Cuando los ojos de Noura se topan con los míos, baja la cabeza. Calculo que tendrá unos veintitantos años. Ojos verdes, nariz pequeña y recta, una tez blanca y salpicada de pecas. El pelo le cae en ondas hasta los hombros. En el coche me ha contado cómo conoció a Youssef.

—La exposición se titulaba *The Missing*. Yo estudiaba arte, era mi primer proyecto. La idea consistía en formar un collage con los retratos individuales de los desaparecidos, así que solicitamos a miles de familias que contribuyeran con fotografías de sus parientes. Youssef trajo una copia del parte de desaparición de su padre y me dijo: «Deberías colaborar en algo que cambie las cosas de verdad». Desde entonces estoy a bordo.

—¿Qué es lo que te fascina de él?

—Su convicción —ha respondido con la mirada puesta en el retrovisor, para intentar escapar del denso tráfico—. Nos transmite a cada uno de nosotros la sensación de formar parte de algo

especial e importante. —Luego ha sonreído con timidez y ha añadido en voz baja—: ¿Quién no sueña con cambiar el curso de la historia para bien?

Suena un timbre y el ascensor nos deja en el rellano. La puerta ante la que nos detenemos tiene tres cerraduras, aunque no están echadas.

—Es un piso, aunque lo llamamos «la sala de explosivos» —explica Rassan, y pica con la mano.

«¿La sala de explosivos?», quiero preguntar, pero ya oigo que se acercan pasos por el otro lado y, un instante después, nos abren la puerta.

En este piso todo tiene una pátina de recuerdo angustioso. Los archivadores se apilan a izquierda y derecha, contra las paredes. Está sin amueblar. En el suelo de una habitación veo páginas de periódico repartidas junto a notas manuscritas y documentos protegidos en plásticos, todo medio revuelto, y en el medio un charco de luz sobre las baldosas. En otra habitación hay unos estudiantes arrodillados pegando notas de colores en unas carpetas. El suelo está repleto de pequeños circulitos de papel, de haber perforado hojas, y también se ven tijeras y lápices. Pasamos de largo por la cocina. En la puerta cuelga un horario de tareas. Para mi sorpresa, hay unos veinte nombres anotados, y el archivo parece estar ocupado las veinticuatro horas del día.

—Ten cuidado con donde pisas, por favor —susurra Rassan, y me pregunto por qué de pronto habla tan bajo.

En una tercera habitación veo carteles de desaparecidos colgados en la pared y, al lado, las fotografías de sus maridos, mujeres e hijos, algunas en color, la mayoría en blanco y negro. Habrá un millar.

> Saad al-Deen Hussein al-Hajjar trabajaba de conductor en Trípoli.
>
> La mañana del 8 de julio de 1975 desayunó con su mujer, que vive en Tarik El Jdideh. Después se despidió de ella, pero no regresó a casa.
>
> Si tienen alguna información sobre su paradero, llamen por favor al Café Abou Hette. Teléfono: …

Todos los carteles están redactados en ese tono. Los desaparecidos me observan desde la pared y yo tengo que apartar la mirada. Esos carteles cuentan algo más que una simple historia de desaparición, son algo más que un llamamiento a aportar información. Ofrecen breves destellos de la vida cotidiana de unas familias que quedaron destrozadas de pronto.

> A los que tienen a mi hijo, Adel Shamieh:
>
> ¡Devuélvannoslo, por favor! Rezo a Dios por que los corazones de sus madres no tengan que sufrir nunca el mismo dolor que padece el mío ahora.
>
> Salió de mi casa el 4 de mayo de 1981 para llevar el coche al mecánico en Sabra.
>
> ¡Por favor, devuélvanme a Adel!

—¿Cómo vais a incluir todo eso en el libro? —le pregunto a Rassan, y constato que yo mismo susurro también.

—Eso tiene que decidirlo Youssef. No los publicaremos todos, claro, pero nos ayudan a calcular su número, que es claramente superior al que sostiene el Gobierno. Ahora mismo lo estamos ordenando todo. Eso de ahí… —señala una habitación en la que dos chicas levantan diapositivas a contraluz— son las fotografías y los microfilms históricos. Y allí… —me tira del brazo para llevarme a una cuarta sala— tenemos octavillas de las milicias, pósteres, revistas y escritos propagandísticos. Wissam me ha dicho que has preguntado por ello. Puedes curiosear con tranquilidad.

Estoy a punto de entrar en la habitación cuando lo llama un joven.

—Ven —dice Noura—, yo te lo enseño.

Pasamos por encima de cajas llenas hasta arriba de octavillas y periódicos. Ante una hay un joven sentado con las piernas dobladas que está ordenando revistas en un archivador con la inscripción de «Amal, 1984». Cuando entramos, levanta un momento la cabeza y enseguida vuelve a sumergirse en su trabajo.

—¿Son revistas de la milicia Amal?

Noura asiente.

—Las de 1984. Las del 81 al 83 ya nos las hemos llevado.

—¿Os las habéis llevado?

—Hace poco decidimos dividir el archivo. Es más seguro que no esté todo en un mismo lugar. El gran traslado tendrá lugar mañana, por eso está bien que hayas venido hoy.

—¿Y adónde os lleváis todo esto?

—Tenemos localizados diferentes puntos de la ciudad, pero la mayoría se lo llevará mañana Youssef al pueblo. Dice que aquello es más seguro.

En ese momento entra Rassan, que se rasca la cabeza y pone cara seria.

—El coche plateado está abajo —dice pensativo—. Os han seguido.

Noura expulsa aire con un siseo. De sus labios sale una maldición.

—He ido con mucho cuidado —asegura disculpándose.

—Está bien. —Rassan niega con la mano—. De todas formas, mañana lo sacaremos todo de aquí. Samir, será mejor que eches un buen vistazo. —Luego se vuelve hacia Noura—. No te preocupes. Cuando esté todo repartido lo tendrán más difícil.

Se la ve abatida, con los brazos pegados a las caderas y la cabeza gacha.

—¿Noura? —pregunto—. ¿Tenéis también documentación de las Fuerzas Libanesas?

—¿De las Fuerzas Libanesas? —Me mira como si acabara de despertarla.

—Exacto. ¿Tenéis algo, o ya os lo habéis llevado a otra parte?

—No, no. —Se rasca la frente. Mientras piensa, parece mirar por la ventana a la calle—. Claro

que tenemos algo. ¿Medhi?

El joven del suelo se vuelve hacia nosotros y levanta una ceja interrogante.

—Si eres tan amable de enseñarle a Samir lo que tengamos de las Fuerzas Libanesas, o… —me mira— ¿buscas algo en concreto?

—Sí. Una revista.

—¿De qué año?

—De 1982. No sé de qué mes exactamente. A poder ser, todos entre enero y junio, si los tenéis.

El joven asiente y señala una caja que hay contra la pared opuesta.

De las fangosas profundidades de mi memoria emergen despacio los contornos de mi piso, el olor acre del papel viejo, el vacío agotador que no hacía más que crecer cuanto más se llenaban las paredes. Tener esas revistas delante me provoca la misma angustia que me caracterizó durante años. Hojeo los números: imágenes pletóricas de jóvenes que recorren Beirut en vehículos, blandiendo banderas y fusiles, milicianos en poses heroicas, y por todas partes el distintivo de las FL: el cedro dentro de un círculo rojo. Los artículos publicados justifican en primera instancia la necesidad de la guerra y ofrecen extrañas legitimaciones para la violencia. Un artículo de tres páginas sobre la historia de Oriente Próximo apenas se ocupa de los hechos históricos, sino que reivindica el papel de los cristianos como víctimas del conflicto.

En el número de mayo encuentro la fotografía que quiero ver desde mi visita a Amir. Casi la paso por alto de lo poco habitual que es: los dos hombres del centro miran de frente al fotógrafo sin los observadores de alrededor. Es mucho más grande de lo que había imaginado y ocupa toda la página. El pie de foto: «Nuestro cabecilla Bashir Gemayel saluda personalmente al combatiente número veinticinco mil de las Fuerzas Libanesas». En blanco y negro el contraste es mayor. Sin embargo, la araña de luz que tienen por encima pierde brillo. La escalera alfombrada ante la que se encuentran desaparece mucho antes en la oscuridad y la barandilla resulta más gris que dorada. Es bonito ver a mi padre de joven. El uniforme tampoco parece encajar con su cuerpo desde esta perspectiva; la pistola resulta desconcertante, pero su mirada soñadora, esa que siempre me ha extrañado, deja intuir al poeta que lleva dentro. El hombre a quien le gustaba ir a ver los cedros para escribir versos, el romántico, el idealista. Aquí, con la cámara enfocándolo no de lado, sino frontalmente, esa mirada llama la atención de una forma mucho más evidente.

El zumbido del Leitz-Prado sobre nuestra mesa de comedor es un ruido que no he olvidado en todos estos años. Casi me parece oír el susurro del vestido azul de Yasmin y sentir el peso de mi hermana en mis brazos. Tampoco he podido olvidar nunca el chasquido con que la misteriosa imagen apareció de pronto en la pared.

Cuántas veces no habré rememorado esa escena. Mi madre volviéndose hacia otro lado, los ojos atónitos de mi padre mirando la imagen casi como si no se reconociera a sí mismo, el silencio que siguió a ese chasquido. A menudo me he formulado la pregunta de por qué le prometió a mi madre destruir la diapositiva, para luego conservarla. También me he preguntado por qué nunca me acusó, pese a saber, que yo la tenía. Y desde luego, durante todos estos años he querido saber por qué fue esa fotografía y no otra la que obró ese cambio en él.

Alcanzo mi mochila, toqueteo la cremallera del compartimento secreto, saco la foto y la dejo al lado de la revista. El efecto es asombroso. En la revista se ve el original, tal como Bashir Gemayel preparó la escena: la luz es buena, la perspectiva está bien escogida, con la escalera que sube hacia arriba como punto de fuga, Bashir y mi padre atraen la atención del espectador. Se hace evidente al compararlas que la imagen que yo poseo es la instantánea de un aficionado. Tal vez uno de los compañeros de trabajo del Carlton, que aprovechó el momento para inmortalizar el paso de una celebridad por el hotel.

—Eso explicaría también por qué no los fotografió solo a ellos dos, sino todo el entorno —mascullo.

Esa es la sensación que transmite: en mi imagen, Bashir y mi padre también atraen la atención del espectador, pero más bien porque las demás personas de la foto los están mirando.

—¡Qué demonios! —exclama Rassan.

Encojo los hombros. Estaba tan absorto en la imagen que no lo he oído acercarse.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta, y levanta la fotografía—. Es la misma escena, ¿verdad? Me estoy volviendo loco, Samir, ¿de dónde la has sacado?

—Por favor, Rassan, devuélvemela.

Está de pie a mi lado, con las piernas separadas y la boca abierta de asombro. Mira mi foto y la imagen de la revista una y otra vez.

—¡No me digas que conoces a este tío! —exclama.

—No levantes la voz. ¡Y dámela ya, por favor!

—Samir, ¿qué está pasando aquí? ¡Tengo que saber dónde has conseguido esta foto! —A Rassan le ha salido un gallo de la emoción. Parece un arqueólogo que acabara de descubrir una ciudad perdida.

Oigo pasos en el pasillo; no quiero que los demás entren y vean mi fotografía.

—Humm… —vacila Rassan de pronto, y suelta una carcajada.

—¿Qué pasa?

—Mira esto de aquí. —Se arrodilla a mi lado y pone la foto junto a la revista.

Miro con atención.

—¿El qué?

—No sé quién será ese Sarkoun Younan, pero está bastante despistado, ¿no te parece?

—¿De qué hablas, Rassan?

Me fijo mejor en la fotografía de la revista. Bashir mira directamente a cámara. Sus ojos casi me atraviesan, como si quisiera atraerme hacia él. Mi padre, en cambio, parece soñar despierto, como siempre. Su mirada va más allá de la cámara, como contemplando algo a lo lejos.

—¡Este bebe los vientos por alguien! —exclama Rassan.

—Oye, déjame cinco minutos a solas con la foto, por favor, y luego me marcho. No tengo ni idea de lo que quieres decir.

—¡Mira esto! —Rassan señala la revista, justo en la frente de mi padre—. Míralo bien… ¡Pues claro que está enamorado! ¡No me lo puedo creer! ¡Está al lado de Bashir Gemayel y solo tiene ojos para la chica!

Es la primera vez que siento algo muy parecido a una descarga eléctrica.

—¿Qué chica?

Rassan señala mi foto, junto a la revista.

—Esta de aquí —dice, y me indica a una joven que está entre los espectadores.

La conozco. Conozco a todas las personas de la fotografía, pero, por algún motivo, esa mujer no me había llamado la atención más que los demás.

—No puede ser verdad… —murmuro.

—Créeme, sé cuándo alguien está enamorado. Tengo ojo para esas cosas, y ese tío… —Rassan vuelve a señalar a mi padre— está tan enamorado que hasta le da igual quién está a su lado. Fíjate hacia dónde dirige la mirada, fíjate bien.

La revista: mi padre mirando más allá de la cámara.

Mi foto: mi padre mirando hacia la izquierda del encuadre, donde la joven está junto a los demás, al lado del fotógrafo.

Tengo la sensación de caer hacia delante.

—No está soñando despierto… —Mi estómago se encoge, el corazón me late con tal fuerza que me duele el pecho—. Enamorado, está enamorado.

—¿Todavía necesitas la foto? —pregunta Rassan, aunque apenas lo oigo.

Los ojos se me llenan de lágrimas y, a través de ese húmedo telón, contemplo a la joven con más detalle: está algo borrosa porque la foto enfoca al centro de la imagen, pero es fácil reparar en su belleza. Un vestido negro cubre su delicada figura, y su pelo… su pelo…

—No, por favor. —Miro con pánico a Rassan, que me observa extrañado—. Por favor, que no sea cierto.

Mi desamparo me resulta insoportable, como si fuera un niño. De pronto vuelvo a ver la cara de mi padre. Está sentado en mi cama, aquella última noche:

«Debajo apareció una mujer tan bella como recién salida de un cuento. Tenía el pelo negro

azabache y lo llevaba recogido con un broche dorado, sus ojos eran azules como el Mediterráneo, y su tez, tan blanca y pura como el mármol».

El broche recoge en alto el pelo de la joven de la fotografía. Tiene un rostro hermoso, como de hada, y mira justamente hacia mi padre.

Me enjugo las lágrimas deprisa con el dorso de la mano, pero no logro contenerlas y siguen cayendo en la revista.

—Por Dios, Samir —susurra Rassan.

Oigo pasos como desde lejos, muchos pasos, la habitación se llena de personas.

Cierro los ojos y ante mí aparece Amir en su terraza: «Sé que una vez comentó algo extraño…».

—Lo que tiene de especial esta fotografía es lo que la rodea —susurro.

Oigo el murmullo de los demás, que me ven sentado en el suelo, junto a Rassan. Pero están muy lejos.

Solo Amir está cerca, y su voz es tranquila y me lo explica todo con dolorosa claridad:

«Iba a menudo a visitarla. Casi siempre por la noche, después de trabajar. Y por la mañana, antes de empezar su turno, volvía a estar en el hotel».

No me llega el aire, me aprieto las muñecas contra la frente.

«Nunca conocí a tu madre».

«Tu padre, que estaba como una cabra, trepó por el canalón hasta su balcón».

Es como si me desgarrara por dentro.

«Era bonito verlo así».

La última vez que había llorado delante de otros era un niño arrodillado en el césped, en una fiesta de cumpleaños. También ahora hay personas a mi alrededor, mirándome con incredulidad. En una tormenta de imágenes final y espantosa veo a mi padre ante mí, explicándome con un brillo en la mirada lo que ocurrió en aquel balcón:

«“¡Mi hijo!”, exclamó Abu Youssef. Los fuegos artificiales convirtieron la calle, las casas y la ciudad entera en un espectáculo resplandeciente. Brillantes cohetes atravesaron el aire silbando… Las explosiones de alegría resonaron por todo el cielo… Los gritos de júbilo tomaron la noche».

12

Beirut, 17 de septiembre de 1982

Estábamos en el balcón cuando ha ocurrido. Al amparo de la oscuridad, los aviones israelíes han pasado por encima de nosotros a toda velocidad y han lanzado unas bolas luminosas. El cielo nublado se ha convertido en pura luz roja y amarilla. El balcón ha quedado bañado en oro. Gritos y disparos han atravesado la noche. Las bolas de luz se han hundido en el sur. Han caído sobre Sabra y Chatila.

Ahora estoy tumbado en la cama. Lo he pensado bien.

He roto con todo.

A partir de ahora, todo es diferente.

A partir de ahora, todo es diferente.

13

—¿Cómo lo etiqueto? —pregunta Medhi, y mira el diario que acabo de entregarle.

—No lo sé —digo con inseguridad—. ¿Como «testimonio de la época», quizá? O «Informe de testigo ocular».

—¿Y de verdad ya no lo necesitas?

Niego con la cabeza.

—Con vosotros está en las mejores manos.

Ya es el día siguiente, el día de la mudanza. A mi alrededor hay estudiantes apilando archivadores en el pasillo y cargando cajas de cartón que sacan del apartamento. Las habitaciones se vacían, los pasos resuenan desde las paredes desnudas. Los carteles de desaparecidos han dejado contornos oscuros en ellas. En los rostros de los estudiantes se ve un brillo especial que hace pensar en una firme convicción. Irradia de ellos mientras se pasan informes y documentos en cadena hasta que, al final de la fila, alguien acciona los botones del ascensor para que se lleve la documentación abajo, donde otros la recogen y la reparten en coches.

Medhi guarda el diario en una caja de cartón. Cuando va a salir de la habitación con ella, exclamo:

—¡Espera!

Se detiene y da la vuelta.

—También podéis quedaros esto.

Saco la foto del bolsillo del pantalón y la miro una última vez. ¿Por qué no me había dado cuenta en todos estos años de que los dos se estaban mirando? El motivo del cambio de actitud de mi padre me resulta ahora evidente: en el momento en que volvió a ver la foto, regresaron a él todos los recuerdos, todos los sentimientos que había contenido tras la presa del olvido. La fotografía le hizo ver que se había casado con mi madre a la fuerza, y que con el paso de los años simplemente se había acostumbrado a ella. Le hizo ver una vida diferente: una vida en el Líbano, una vida en Beirut. Su vida con esa otra mujer.

Youssef está en la entrada del aparcamiento subterráneo y saluda con la mano al verme.

—Qué bien que me acompañes —dice.

Hemos amontonado cajas en el maletero y en el asiento de atrás. En estos instantes, cuatro coches se dirigen a los diferentes puntos cardinales para poner los documentos a buen recaudo.

Me reclino en el asiento mientras nos alejamos de la ciudad. Por el retrovisor veo el polvo que levantan los neumáticos, hasta que en cierto momento Beirut ya no es más que una aglomeración de líneas azuladas.

—Les he dicho que voy con un amigo —señala Youssef—. Se alegran de que vayamos.

Una luz dorada se derrama sobre las montañas. Las matas de campanillas hacen reverencias en el borde de la carretera. Al arrancar, sentía las piernas entumecidas. Sin embargo, cuanto más nos alejamos de Beirut, más se me pasa; la sensación se ha transformado primero en un hormigueo y en unos pinchazos como de mil agujas, y ahora que la sierra asoma ante nosotros, ha desaparecido del todo.

—Estás muy pensativo, ¿va todo bien? —Youssef me mira con preocupación.

—Sí, creo que sí.

Me pregunto de dónde salió esa mujer. Quién sería su familia, dónde conocería a mi padre. Cómo se llamaría. Me pregunto si mi madre sabía de su existencia. Si de ahí venía esa rabia al ver que él había conservado la fotografía. O si sería solo porque le parecía peligroso y tonto conservar una diapositiva en la que salía al lado de un presidente al que habían asesinado.

El paisaje despliega una belleza áspera. Es como si mi interior se reflejara en él: mucho vacío, senderos hollados y una lejanía sobrecogedora.

Youssef se pone a cantar. En realidad, su voz es demasiado clara para la melancolía que desprenden la letra y la melodía. La canción no pega con el nuevo comienzo hacia el que se dirige. Tengo la sensación de que la canta para mí.

—*Mā fī hadā la tindahī, mā fī hadā. Šū qaoulakun ṡārū ṡada? Mā fī hadā.* —«Ahí no hay nadie. Es inútil gritar. Ahí no hay nadie. ¿Es posible que se hayan convertido en ecos? Ahí no hay nadie».

Cierro los ojos.

—¿Tú también cantas alguna vez? —me pregunta.

—Ahora ya no tanto.

—Qué pena. ¿Por qué no?

—Me faltan las canciones.

—Invéntatelas. Improvisa una melodía y canta algo, lo que sientas en ese momento.

El terreno serpentea hacia el sur, sus estribaciones desaparecen entre las nieblas de las montañas.

—Antes siempre lo hacía, con mi padre —explica—. Nos inventábamos canciones y luego las cantábamos juntos.

—Seguro que era bonito.

Yo también cantaba con mi padre. ¿Qué pasó con esa mujer? ¿Volvió con ella? ¿También tenían sus propias canciones?

Poco después de una bajada bastante empinada, la carretera vuelve a ascender. Youssef apaga el motor y deja que el coche se detenga en el arcén.

—Tenemos que aparcar aquí. La carretera no llega al pueblo. Acerquémonos primero nosotros y después ya nos ayudarán a descargar el coche.

La grava cruje bajo nuestros pies. Las matas de hierba marrón que sobresalen de entre las piedras son cada vez más abundantes, el sendero se vuelve más y más agreste y acaba convertido en un camino de maleza que nos lleva a un bosquecillo. Las ramas se parten cuando las pisamos. En la sombra hace fresco, por entre la cubierta de coníferas se ve brillar un poco de cielo aquí y allá. Al otro lado del bosque, los árboles se van abriendo a un claro por el que una vereda baja en pendiente. Por todas partes veo roca desnuda, y un arroyo que mana de ella. El silencio del valle llega hasta nosotros. El sol del mediodía cae sobre las laderas de las montañas y baña el paisaje en su luz satinada. Las bandadas de moscas vuelan en círculos. Contemplamos el panorama desde las alturas como dos pioneros. Tardo un momento en distinguir que esas manchas grises de ahí abajo son casitas de adobe recostadas contra la ladera. La hierba del borde del camino nos llega casi a las caderas, sus tallos se mecen bajo la luz del sol. Un lugar recóndito, un secreto bien guardado.

—¿Me enseñas dónde vivías? —le pido a Youssef.

Quiero pisar los tablones en los que se abrazaron por primera vez. Youssef y su padre. Quiero embeberme del lugar en el que se reencontraron, porque ya noto el pasaporte en mi bolsillo. He ido a recogerlo esta mañana. Aunque es cierto que no he encontrado a mi padre, sí he resuelto su misterio. Y ahora voy a ayudar a Youssef a poner la primera piedra de la transformación definitiva de su país. Luego debo regresar.

A lo lejos veo las ventanas cuadradas de las casitas. Ante ellas, una pelota roja vuela por el aire como si la hubiese levantado el viento. Luego oímos unas risas infantiles.

—¡Es Youssef! —exclaman desde la distancia los niños que juegan.

—¡Mirad, por fin ha vuelto Youssef!

Y antes de que nos demos cuenta, un grupo de cuerpecillos se ha reunido a nuestro alrededor. Los niños le agarran de las piernas, ríen y preguntan:

—¿Qué nos has traído?

A mí me miran con timidez y con los ojos muy abiertos a medida que nos acercamos a las casas. Un par de ellos se adelantan corriendo.

—¡Mamá, papá, Youssef ha vuelto y ha venido con un amigo!

Poco después, los adultos salen de las casas.

Youssef ríe, levanta a un niño en alto y da vueltas en círculo con él.

—¡Yo también, yo también! —piden los demás, que tiran de él y lo empujan.

Me mira, levanta las manos en un gesto de disculpa y desaparece detrás de una casa.

Lo sigo con la mirada, y entonces noto una mano en el hombro.

—¿Samir? —pregunta un anciano.

—¿Sí?

—*Ahlan wa sahlan* —dice, y sonríe. Una barba desarreglada enmarca su rostro. En su sonrisa aparece un agujero donde debería tener los incisivos—. Soy Abu Karim. —Me ofrece una mano —. Youssef nos ha contado que lo acompañas. Nos alegramos. Ven conmigo.

Rostros amables por todas partes. Como si regresara a casa después de mucho tiempo. Este es un pueblo perdido en la historia. El adobe tiene grietas, en los tejados ha crecido el musgo y los ancianos se sientan delante de las casas a abanicarse. Todo el que se encuentra con mi mirada me saluda con cariño. El camino dibuja una curva suave y pasa junto a brillantes matas de agracejo. Las gallinas se pasean orgullosas por la hierba.

Más adelante veo a un grupo de hombres. El sol está bajo. Forman un círculo alrededor de un anciano que habla en su centro. Lo oigo murmurar y me detengo de repente.

—La casa es esa de ahí delante —dice Abu Karim, y me indica que siga.

No me muevo. El viento me trae la voz del viejo y mis músculos se tensan cuando el último velo que ciega mis ojos cae.

—Abu Karim —digo en voz baja, y señalo al grupo—, ¿podría decirme exactamente cuándo regresó de Siria ese hombre?

Mi acompañante arruga la frente.

—¿Abu Youssef? En 1992, *hamdala*. —«Gracias a Dios»—. Su mujer estaba muy enferma cuando volvió. A saber qué habría sido del niño…

Parpadeo, el sol me deslumbra, la hierba susurra.

«No hay camino que lleve hasta él. Todos llevan de vuelta al principio. Y ahí estás tú. Siempre tú, nada más», oigo la voz de Amir como si las hierbas le murmuraran al viento.

—No puede ser… —susurro, y sigo andando con cautela.

Apenas si me atrevo a respirar.

El círculo se abre cuando nos acercamos, el hombre se vuelve hacia nosotros. El sol cae en la explanada y solo veo una sombra que se acerca a mí despacio. Me cubro la frente con la mano.

«Y la gente intentaba adivinarlo y se preguntaba qué podría ser lo que Abu Youssef ocultaba allí arriba, en su humilde casa».

—¿Padre? —pregunto con voz temblorosa.

Sale de la luz y se detiene ante mí. Su barba de aventurero es larga y gris, unas profundas bolsas se abultan bajo sus ojos, rodeados de arrugas. Cuando nuestras miradas se encuentran, lo

primero que veo son los delicados hoyuelos a cada lado de su boca. Después, sus ojos se iluminan.

14

Doy un pisotón, giro. Mi brazo descansa sobre los hombros de Youssef, el suyo sobre los míos. A nuestro alrededor están los vecinos del pueblo, que dan palmas y cantan mientras bailamos. Poco después, los demás jóvenes se unen a nosotros y formamos una hilera frente a las mujeres, que siguen dando palmas mientras reímos, hombro con hombro. Luego bailan todos. Los niños dan vueltas, las mujeres se llevan las manos a las caderas, pisan con fuerza, nos miran desafiantes. Giramos unos alrededor de los otros. La música sale de un viejo televisor que hay en el alféizar de una ventana: tambor, pandereta, cítara, flauta y violines varios. Hasta los viejos participan; nadie que se tenga en pie se priva de bailar. Es una locura. Es como un sueño.

Entre el torbellino de cuerpos que dan vueltas veo a mi padre, que rodea la fiesta cojeando un poco, aunque solo quienes lo saben lo notan.

Poco después, el aroma a carne asada llega a la calle. El café humea en las tazas, en las mesas hay fuentes llenas de comida, los panes planos están aún calientes y tiernos.

A mi lado, Youssef, mi hermano.

—Por favor —me ha pedido mi padre—, no le digas nada.

Estábamos sentados junto al lago y soltamos el aire a la vez. La cadena de cimas montañosas de la orilla contraria describía en el cielo nerviosas líneas de electrocardiograma cuyos picos llegaban hasta las nubes. Tras nosotros, el pueblo brillaba bajo el sol de la tarde y a lo lejos se oían risas infantiles.

Estábamos allí sentados, casi sin hablar, como si los años nos hubieran vuelto taciturnos. Hay momentos en los que con el silencio basta, porque existe entre dos personas un vínculo que ni la mayor de las distancias es capaz de romper. Una vez lo aclaramos todo, no hicieron falta más palabras. Lo ocurrido se explicaba deprisa. En algunos instantes se me quebró la voz, en otros sentí que se me humedecían los ojos. Mi mano en la hierba suave, la suya al lado, y nuestros dedos que se tocaban alguna que otra vez.

Cuando le conté que mi madre había muerto, lloró.

También su historia se puede contar deprisa. Tan deprisa que me parece increíble la cantidad de años que he dedicado a poder escucharla. Se llamaba Layla. Era la hija del proveedor de verduras del hotel. Cuando mi padre la abandonó, estaba embarazada. Para él debió de suponer el

fin del mundo, y no sé si tal vez hubo ahí algo más que el puro miedo a las consecuencias. Antes de dejarla, la mañana del 17 de septiembre, habían salido juntos al balcón —el cristiano y la musulmana— mientras los cristianos llevaban a cabo una matanza de musulmanes en el sur de la ciudad y el cielo se iluminaba por encima de ambos con el fuego que caía sobre los campos de refugiados. Las milicias vengaban la muerte de Bashir. La guerra no habría podido hacerles ver de una forma más clara que su amor no tenía futuro.

Debió de ser en ese momento cuando mi padre comprendió que tenía que abandonar el país, pues los hombres que estaban protagonizando esa matanza eran familiares de la mujer con quien iba a casarse. Pensar eso debió de llevarlo al borde de la locura. Me conmueve mucho —ya que es algo muy propio de él— que mi padre convirtiera la realidad en historias para hacerla más soportable. Que creara un mundo imaginario donde él era un héroe al que la gente amaba, y no un cobarde que había desaparecido sin dejar rastro.

—Sin tu madre, jamás habría encontrado el valor necesario para huir —dijo, y le creí—. Era mucho más fuerte que yo.

Adoptó su apellido. Solo que no para vengarse de su madre.

—No quería que nadie pudiera encontrarme —explicó—. Nadie.

¿Nadie? Eso también incluía a Amir.

—Él era el único que podía relacionarme con Layla.

Mi padre miró al lago, que el viento rizaba con suavidad. La larga barba ocultaba gran parte de su rostro, lo que resaltaba el pesar de su mirada con mayor claridad aún.

—Por eso quisiste deshacerte de él y le dijiste a Abdallah que Amir había cerrado la puerta del sótano.

Un tenue «Sí».

¿Y de dónde había salido el apellido de Youssef?

Layla había buscado a mi padre con un retrato robot en el periódico. No sé si su parte de desaparición se publicó sin nombre porque ella desconocía su apellido o porque no quería hacerlo público. Sin embargo, nunca consiguió ninguna pista, claro, y como se había quedado embarazada estando soltera, y de un odiado cristiano, además, su familia la repudió. Quién sabe qué habría sido de madre e hijo si un día no los hubiera recogido un anciano que todas las mañanas pasaba por la esquina donde ella mendigaba. Antes de que el hombre muriera unos años después, se casó con ella para dejarle su apellido.

—Hamoud —dije.

Mi padre asintió, pero sin mirarme.

Lloró una vez más mientras estuvimos allí sentados. El sol se escondía ya por las montañas, rojo como un ascua ardiente, cuando volvió a hablar.

—Las amé a las dos. A tu madre aprendí a quererla. Fue el amor más sensato, el amor con más

futuro. La mujer con quien quise empezar de cero. —Unió las manos y se miró las palmas como si en ellas pudiera ver su rostro—. Layla fue el amor más salvaje, el juvenil, el impulsivo. A las dos las amé de verdad.

En su voz se percibía dolor, por supuesto. Rabia, decepción, amargura. Pero también orgullo. Orgullo al ver que yo había conseguido encontrarlo. Y pese a que el motivo de su desaparición fuese tan desasosegante, para mí resultó curativo saber que por lo menos había tenido uno, y que ese motivo no era yo. En ese momento deseé que Nabil pudiera ver cómo se engranaban todos los mecanismos, cómo resolvía el caso. Estoy seguro de que se habría alegrado de que todo cobrara sentido de repente: las llamadas misteriosas de aquella época, la pregunta de a quién enviaba dinero mi padre. Poco después de nacer yo, sus remordimientos empezaron a hacerse más fuertes. Al mirarme a mí, debía de recordar todos los días que tenía también otro hijo, al que había abandonado. Buscó a Layla, se enteró de que su hijo era un chico al que había llamado Youssef, y empezó a enviarle dinero de forma anónima para su manutención, según me explicó. Sin embargo, en algún momento ella logró averiguar de dónde venía ese dinero, y así supo también dónde vivíamos. Aquella inquietante noche de invierno en que mi padre llegó a casa empapado y confuso, se había enterado de que su amor de juventud estaba en su lecho de muerte y comprendió que no le quedaba más opción que abandonarnos. Había decidido aceptar su responsabilidad. Con diez años de retraso. El país se aventuraba hacia un nuevo comienzo y su primogénito estaba allí, completamente solo.

¿Qué habría hecho yo?

Las ascuas todavía brillan cuando entramos en el pueblo con las cajas del coche y las apilamos con cuidado en el salón de mi padre. Los jóvenes que nos han ayudado se sacuden la ropa y asienten con educación para despedirse. Youssef me toma del brazo para llevarme fuera. Me vuelvo un instante y veo que nuestro padre saca la vieja revista de la caja y se reconoce en la fotografía que colgó en su habitación en aquella época.

—Este joven —dice Abu Karim por la noche, cuando estamos sentados en círculo junto a los demás— nos traerá o bien muchísimos problemas o bien fama y honor. —Le da un pellizco en la mejilla a Youssef, que no se lo toma a mal.

Todos ríen.

—Si viene alguien con la idea de llevarse ese material, nos negaremos —exclama otro hombre mayor.

—Qué pena que no hayáis recopilado las noticias deportivas de la época, joven. —Abu Karim se inclina hacia delante y se da unos golpecitos en el pecho con un dedo—. Seguro que habríais encontrado una foto mía, porque jugaba al voleibol y era muy bueno.

—A lo mejor te dedican un capítulo entero —suelta alguien en broma.

Abu Karim niega con la mano, y todos vuelven a reír.

El aire es más fresco aquí, en las montañas. Se ven luces aisladas en las casas de alrededor, pero estamos envueltos por la oscuridad, y solo las brasas sobre el papel de aluminio del narguile iluminan la reunión en cada calada, antes de que la pipa pase al siguiente fumador. Mi padre está sentado en una silla, frente a mí. Se acaricia la barba con una mano y nuestras miradas se cruzan. Me sonríe. Le sonrío. Después mira más allá de mí, a lo lejos.

—Cuando Youssef termine su proyecto, transformará el país —ha dicho mi padre mientras volvíamos del lago al pueblo. A unos cientos de metros nos esperaba Youssef, que nos ha saludado con la mano. La voz de mi padre estaba teñida de nostalgia—. Su idea es difícil de llevar a cabo, pero tiene el potencial de ofrecerles a las generaciones futuras una vida que en mis tiempos solo podíamos soñar.

Miro a Youssef. Los demás siguen hablando del libro, pero da la sensación de que él está en otro lugar, a varios años de aquí, tal vez buscando ya una editorial, o subido a un estrado y recibiendo los vítores de innumerables jóvenes. Justo ahora, al llevarse una mano a la barbilla y mirar a lo lejos, se parece mucho a nuestro padre.

Los dos estamos obsesionados con la verdad. Los dos hemos dedicado nuestra vida casi exclusivamente a buscarla. Sin embargo, mientras que mi viaje ha llegado a su fin, su búsqueda continúa. En realidad, debería indignarme. Debería plantarme, gritar, porque la historia sobre la que basa todo su sueño es falsa. Sin embargo, al verlos a ambos juntos, no puedo evitar sonreír.

Tal vez no exista esa verdad superior que yo siempre había anhelado encontrar. Una gran verdad, válida hasta el final de los tiempos, que dé respuesta a todo y no solo explique contextos y hechos, sino que también haga tangible lo profundo, lo insondable. ¿Qué nos une? ¿Por qué nos sentimos conectados unos con otros? ¿Qué fuerza es la responsable de que nos parezca que fue ayer cuando en realidad volvemos a vernos después de muchos años? Y si finalmente existe esa verdad superior, entonces quizá solo resida en comprender que no podemos escoger quiénes somos. Veo a mi padre frente a mí, y veo a Youssef medio oculto en las sombras, con la mirada perdida a lo lejos, donde encuentra la promesa de un futuro mejor, y pienso que tal vez sea eso lo que al final nos convierte en hermanos: que nuestro padre cambió nuestra vida contándonos una historia.

15

Cuando Amir tuvo que irse del Carlton, sus padres y él se quedaron sin dinero para seguir viviendo en Beirut, de modo que regresaron a Brih, donde sus padres fueron fusilados al año siguiente por negarse a abandonar las montañas de Chouf. Amir tuvo que presenciarlo, y sobrevivir fue su castigo. Durante años maldijo a mi padre por ello, me contó por teléfono.

Me marcho al tercer día de mi estancia en el pueblo.

—¿Tienes la foto? —me ha preguntado mi padre por la mañana, cuando estábamos en su salón, rodeados de cajas como entonces, después de mudarnos al piso nuevo de nuestra calle.

He asentido y he mirado la polaroid que nos ha sacado Abu Karim. Mi padre está sentado, erguido, y mira directamente a cámara. Tiene la barba tan larga que casi se le apoya en los muslos. A su derecha está Youssef de pie. A su izquierda, yo, y cada uno tiene una mano en sus hombros.

—¿Has resuelto todo lo que querías resolver? —me ha preguntado Youssef a continuación.

—Sí —he contestado—. Salvo una cosa.

Algún día les contaré a mis hijos cómo fueron esos días. Iré a su habitación, donde esperarán con los ojos muy abiertos, impacientes por escuchar el último capítulo. Les brillará la mirada cuando les cuente cómo fue conocer a Abu Youssef. Y a Amir, su gran amigo. Y les describiré la escena con todo detalle:

«El viento susurraba misteriosamente cuando miré hacia lo alto de la colina, que estaba envuelta por una suave luz mágica. En ese momento, las figuras de los dos hombres parecían dos sombras chinescas acercándose entre sí. El uno, encorvado; el otro, cojeando. Me volví para marcharme justo cuando Abu Youssef y Amir se reencontraban tras numerosos años para vivir una última aventura».

Epílogo

Hay un dicho que reza: «Si alguien cree haber entendido el Líbano, es que no se lo han explicado bien». Creo que eso vale también para mi padre. Al igual que el país, él sigue siendo un misterio para todos los que alguna vez lo amaron. Un hombre que sabe disfrutar de la vida. Un oportunista. Un cuentacuentos. Alguien que personifica el Líbano como ningún otro al que haya conocido: el jolgorio y la poesía son tan propios de él como la melancolía y el cerrar los ojos ante la realidad. ¿Es una mala persona por las cosas que hizo? ¿No son acaso sus actos los que lo convierten en alguien tan humano, pues demuestran que siempre siguió a su corazón? ¿Encontró lo que buscaba? No lo sé. Tampoco se lo he preguntado. La última vez que lo tuve cerca, lo contemplé largo rato para poder recordar su rostro cuando los colores de la polaroid empiecen a desvanecerse. Pienso en los suaves hoyuelos junto a sus labios resecos; la piel arrugada, sobre todo en la frente; los rizos de su barba; el castaño oscuro de sus ojos, que ya miran cansados.

El cielo está rayado de verde oscuro, la luz del sol cae difuminada por entre las agujas del cedro bajo cuyas ramas me he sentado. Una lagartija se estremece en una roca, el aire está cargado del aroma resinoso que despiden los árboles de alrededor. Beirut refulge muy por debajo de mí, y las montañas del norte desaparecen entre vapores. Cada vez que pienso en el Líbano, me conmuevo en lo más hondo de mi ser: esa belleza inquebrantable en la que nada es capaz de dejar cicatriz, su fatalidad, la bendición de ser hogar de tantos…, origen al mismo tiempo de su perdición. Y quedo profundamente impresionado cada vez que recuerdo la tenacidad con que se enfrenta a esa perdición, cada vez que veo cómo logra rebelarse con toda su humilde fuerza. Desde aquí arriba no se ven las grietas que atraviesan el país. Aquí arriba tampoco se oye su rumor. No se percibe en lo más mínimo la tensión del ambiente de ahí abajo. Esto de aquí es el Líbano tal como fuera una vez. El país como lo conoció mi padre. Como aprendió a amarlo.

Un personaje muy querido por mí cuando era pequeño dijo una vez en una historia: «Existen dos sentimientos que pueden relacionarse con la palabra “despedida”: una despedida triste, porque lo que se deja atrás es demasiado valioso e importante para abandonarlo de buen grado; y una despedida alegre, porque aquello que se tiene por delante posee un gran atractivo y no despierta tristeza, sino júbilo».

«Ahora sé cómo termina la historia», le escribo a Yasmin. Poco después, la pantalla de mi móvil se ilumina: «Qué ganas tengo de escucharla».

El cedro en cuyo tronco estoy apoyado todavía es joven y mucho más bajo que los demás. Aun

así, tiene los años suficientes para haber visto cómo se ha transformado el país, y sin duda será testigo de muchos cambios más. ¿Para mejor, tal como es la convicción de mi hermano? No lo sé. Quizá estemos abocados a la desaparición, y así las generaciones futuras podrán escribir sobre nosotros porque no habremos dejado ningún libro de historia que nos describa. Se verán obligadas a seguir nuestro rastro, a preguntarse quiénes fuimos, qué nos hicimos los unos a los otros y por qué. Pero, hasta entonces, todavía tienen que llegar muchas olas a la orilla. Pasará una eternidad. ¿Y al final? Al final, quedarán los cedros, que se alzarán unos al lado de otros, muy juntos, y contemplarán el Líbano, allá abajo. Y tal vez, si el viento es favorable y sopla desde el mar, se oirá algo. Se oirá cómo se susurran que una vez estuve sentado a su sombra, y que caminé entre ellos buscando a mi padre.

Breve cronología de la guerra civil libanesa hasta 1992

1970: En el llamado Septiembre Negro, unidades de la OLP son expulsadas de Jordania y se establecen en el Líbano. Ya en 1948, numerosos palestinos habían llegado al país huyendo de las tropas israelíes.

13 de abril de 1975: Como venganza por un atentado en una iglesia cristiana, milicianos maronitas de la Falange matan a veintisiete pasajeros palestinos en un autobús de Beirut. Es el comienzo de la guerra civil. En poco tiempo, el país queda dividido en territorios a cuál más pequeño, donde ya solo las organizaciones militares de cada uno de los bandos ostentan el poder. La zona de batalla entre musulmanes y cristianos, la Línea Verde, divide Beirut.

Dos amplias alianzas se enfrentan en la guerra civil: por un lado, el Frente Libanés, constituido por partidos de derechas principalmente cristianos, con la Falange (también llamada Kataeb) a la cabeza. Por otro, el Movimiento Nacional del Líbano, compuesto por guerrillas palestinas, nasseristas, baasistas, drusos, musulmanes y las izquierdas. Estas alianzas, sin embargo, cambian a menudo en el transcurso de la guerra.

Junio de 1976: El Movimiento Nacional del Líbano ha conseguido controlar gran parte del país. Para mantener al gobierno cristiano en el poder, Siria envía treinta mil soldados al país vecino.

1977: Bashir Gemayel, hijo del líder falangista Pierre Gemayel, funda las Fuerzas Libanesas como brazo militar del Frente Libanés. En los años siguientes, las Fuerzas Libanesas absorben varias milicias cristianas y no escatiman en actos violentos.

Marzo de 1978: Un comando palestino mata a treinta y nueve israelíes cerca de Tel Aviv. Tres días después, el ejército de Israel ocupa el sur del Líbano. La operación Litani pretende expulsar a la OLP del país. La ocupación del sur del Líbano dura pocos meses. Finalmente, el Ejército Libanés Libre toma el control de la región y acto seguido se enfrenta a la OLP, a sus aliados y, tras 1982, a la nueva fuerza chií, Hezbolá.

6 de junio de 1982: Con el ministro de Defensa israelí Ariel Sharon comienza una segunda invasión del Líbano, la operación Paz para Galilea. Dos meses después, tropas israelíes cercan Beirut Oeste para obligar a los combatientes de la OLP a retirarse.

21 de agosto de 1982: Tropas multinacionales, compuestas por soldados estadounidenses, franceses, italianos y británicos, llegan a Beirut para supervisar la retirada de la OLP.

23 de agosto de 1982: Las tropas multinacionales supervisan la elección de Bashir Gemayel como presidente del Líbano.

30 de agosto de 1982: Bajo el liderazgo de Yasir Arafat, unos seis mil quinientos combatientes de la OLP abandonan la ciudad. Israel sostiene que también en los campos de refugiados se ocultan terroristas.

14 de septiembre de 1982: Bashir Gemayel es asesinado en un atentado contra el cuartel general de la Falange.

15 de septiembre de 1982: Las tropas israelíes marchan de nuevo por Beirut Oeste y cercan los campos de refugiados palestinos.

16-18 de septiembre de 1982: Bajo la mirada del ejército de Israel y con su apoyo, la Falange ataca los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila, en Beirut. Tras la retirada de la OLP, en esos campos residen mayoritariamente civiles. Entre dos mil y tres mil quinientas personas son víctimas de la matanza.

1983-1985: Las conferencias de reconciliación de los bandos de la guerra civil no dejan de fracasar y propician una serie de capturas de rehenes y asesinatos políticos.

Julio de 1985: Las tropas israelíes se retiran a una «zona de seguridad» de entre diez y veinte kilómetros de ancho en el sur del país. Hezbolá inicia sus acciones de guerrilla.

Noviembre de 1989: El Parlamento libanés y miembros de la Liga Árabe trabajan por conseguir un plan de paz y poner fin a la guerra civil. El Acuerdo de Taif modifica el reparto de poder del Parlamento del Líbano ligeramente a favor de los musulmanes, puesto que han llegado a constituir la mayoría de la población.

Agosto-octubre de 1992: El Líbano celebra las primeras elecciones parlamentarias en veinte años. Resulta elegido como primer ministro el millonario Rafik al-Hariri, cuya empresa Solidere tiene un papel decisivo en la reconstrucción del país. El asesinato de Hariri en el año 2005 desencadena la Revolución de los Cedros, que consigue la retirada completa de las tropas sirias del Líbano.

Títulos que me ayudaron e inspiraron durante la creación de la novela

Bernhardt, Karl-Heinz, *Der alte Libanon*, Koehler & Amelang, 1976.

Chidiac, May, *Ich werde nicht schweigen!*, Blanvalet, 2009.

Fisk, Robert, *Sabra und Shatila*, Promedia, 2011.

—, *Pity the Nation – The Abduction of Lebanon*, Nation Books, 2002.

Knudsen, Are; Kerr, Michael (edit.), *Lebanon: After the Cedar Revolution*, Hurst, 2012.

Konzelmann, Gerhard, *Der unheilige Krieg – Krisenherde im Nahen Osten*, DTV, 1988.

Pott, Marcel; Schimkoreit-Pott, Renate, *Beirut – Zwischen Kreuz und Koran*, Westermann, 1985.

Von Broich, Sigrid, *Libanon – warum es geschah*, BOD, 2004.

Vorlander, Dorothea (edit.), *Libanon – Land der Gegensatze*, Verlag der Ev.-Luth. Mission, 1980.

Gracias

a mi mujer, Kathleen, por su paciencia, su apoyo y la infinita libertad sin la que no habría podido escribir este libro. Gracias también a mis padres, que siempre me animaron a contar historias. Le agradezco a mi agente, Markus Michalek, su entrega y su fe en esta historia, y a todo el equipo de AVA International, así como a mi editor Andreas Paschedag, su entusiasmo y su profesionalidad, y a Berlin Verlag su confianza. También debo agradecer enormemente a la ciudad de Múnich la beca literaria que otorgó a la novela. Quisiera dar las gracias en especial a Kamil El-Hourani por esas trascendentales conversaciones de horas de duración y por compartir conmigo sus experiencias fundamentales de la guerra civil del Líbano y los detalles de su huida. También a todas las personas que me brindaron su consejo: el catedrático Georges Tamer, de la Universität Erlangen; el presidente de la Asociación Evangélica de Escuelas Schneller del Líbano, Klaus Schmid; Houda Jaber, por su transcripción de los fragmentos en árabe; Paul Khauli, de la American University of Beirut, que me introdujo en la vida nocturna y estudiantil de la ciudad; los colaboradores del centro de documentación UMAM de Beirut, por la visita a sus archivos; y la Comunidad Evangélica de Beirut, por su hospitalidad.

Un cuento inolvidable, un viaje emocionante al pasado, un Líbano herido por la guerra y una familia que sufre el lastre de un gran secreto.



Los padres de Samir huyeron de la guerra del Líbano y se refugiaron en Alemania para salvaguardar el futuro de la familia. Pero, cuando él apenas tenía ocho años, su padre desapareció sin dejar rastro; una ausencia que nunca ha podido superar. Ese duelo sigue ensombreciendo su presente y lo empuja a viajar a Beirut en busca de su padre, pero con el anhelo también de conocer su propia historia y la de su familia. Sin más pistas que una vieja fotografía y el recuerdo de los cuentos que le contaba su padre para dormir, Samir emprende un viaje que arrojará luz sobre el pasado, al mismo tiempo que le descubrirá la infinita belleza de la tierra de sus ancestros, un Líbano exótico y hostil.

Con tintes de *Cometas en el cielo*, La sombra del viento y Las mil y una noches, la novela de Pierre Jarawan nos hace recorrer un Beirut de cuento. Una historia inolvidable sobre una familia de exiliados que sufre el peso de los secretos y de la guerra.

«Delicado y conmovedor».
Marie France

«Este libro es una obra de arte».
Booklover & Dreamcatcher

«Con un estilo que recuerda las grandes narrativas orientales, Jarawan nos habla del exilio, de la migración y de una familia divida entre dos culturas».

Kulturtipp

«Una historia maravillosa que te hechizará durante mucho tiempo».
WDR 1Live Klubbing

Pierre Jarawan es escritor, poeta, guionista y presentador. Hijo de padre libanés y madre alemana, nació en 1985 en Jordania debido a la guerra civil en el Líbano. A los tres años se mudó con su familia a Alemania.

Comenzó a escribir cuando era adolescente inspirado por los cuentos para dormir que su padre le contaba de niño. Años más tarde se coronó ganador de varios campeonatos internacionales de Poetry Slam.

En 2016 publicó su primera novela, *El silencio del contador de historias*, por la que recibió la beca literaria de la ciudad de Múnich y el premio Bayerischer Kunstförderpreis, además de ser nombrado el autor con la Literaturstern des Jahres (estrella literaria del año) por el periódico AZ. Asimismo, esta novela fue reconocida como el mejor debut en alemán en el Festival du Premier Roman en Chambéry, recibió el Prix des lecteurs du Livre de poche 2021 y, traducida a seis idiomas, tuvo una gran acogida entre los lectores de todo el mundo. En 2020, Jarawan publicó su segunda novela.



Título original: *Am Ende bleiben die Zedern*

Primera edición: octubre de 2022

© 2016, Piper Verlag GmbH, München/Berlin
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Laura Manero Jiménez, por la traducción

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración de portada: ©Nour ElMokadem

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6162-3

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El silencio del contador de historias

Primera parte

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Segunda parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Tercera parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Breve cronología de la guerra civil libanesa hasta 1992

Títulos que me ayudaron e inspiraron durante la creación de la novela

Gracias

Sobre este libro

Sobre Pierre Jarawan

Créditos